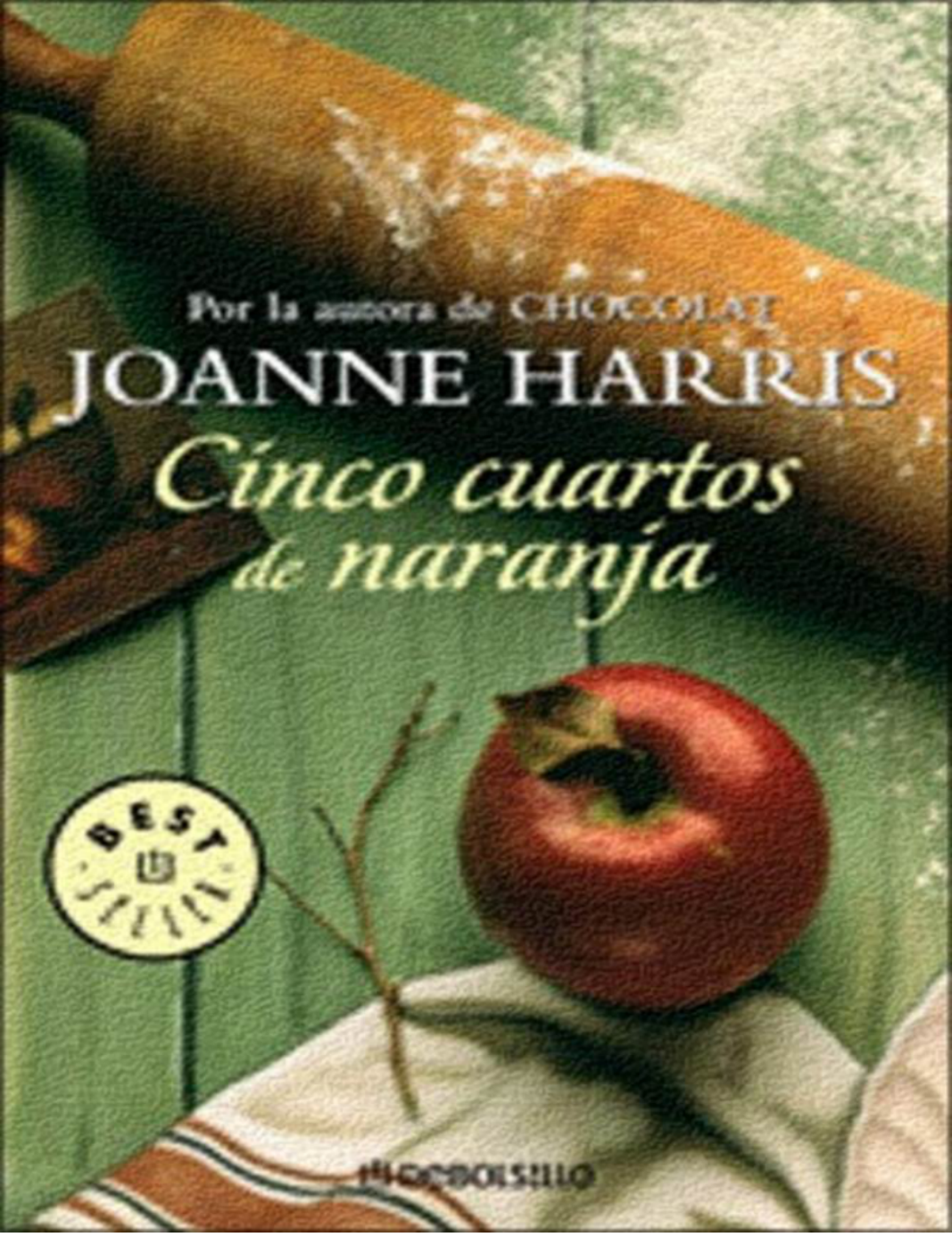

Por la autora de CHOCOLAT
JOANNE HARRIS
Cinco cuartos de naranja
BEST
DEBOLSILLO

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

Cuando tras décadas de ausencia Framboise Simon regresa a su pequeño pueblo en la campiña francesa, los habitantes no la reconocen como la hija de la mal afamada Mirabelle Dartigan,la mujer que aún consideran responsable de la tragedia sucedida en los años de la ocupación nazi. A la búsqueda de un nuevo comienzo en su vida, Framboise descubre rápidamente que el presente y el pasado se encuentran inextricablemente unidos, mientras recorre las páginas del cuaderno de recetas de cocina heredado de su madre.

Con la ayuda de esas recetas, Framboise recrea los platos de su madre, que sirve en un coqueto restaurante. Y a medida que analiza el cuaderno -a la búsqueda de pistas que le permitan comprender la contradicción entre el amor de su madre por la cocina y su conducta opresiva-, descubre poco a poco un significado oculto detrás de las crípticas anotaciones de Mirabelle. Entre las páginas del cuaderno, Framboise encontrará la clave para comprender lo que realmente sucedió aquel fatídico verano en el que tenía tan solo nueve años.

Exquisito y lleno de matices, Cinco cuartos de naranja es un libro sobre madres e hijas del pasado y del presente, sobre la resistencia y la derrota y, sin lugar a dudas, una extraordinaria muestra del talento de la autora de Chocolat.

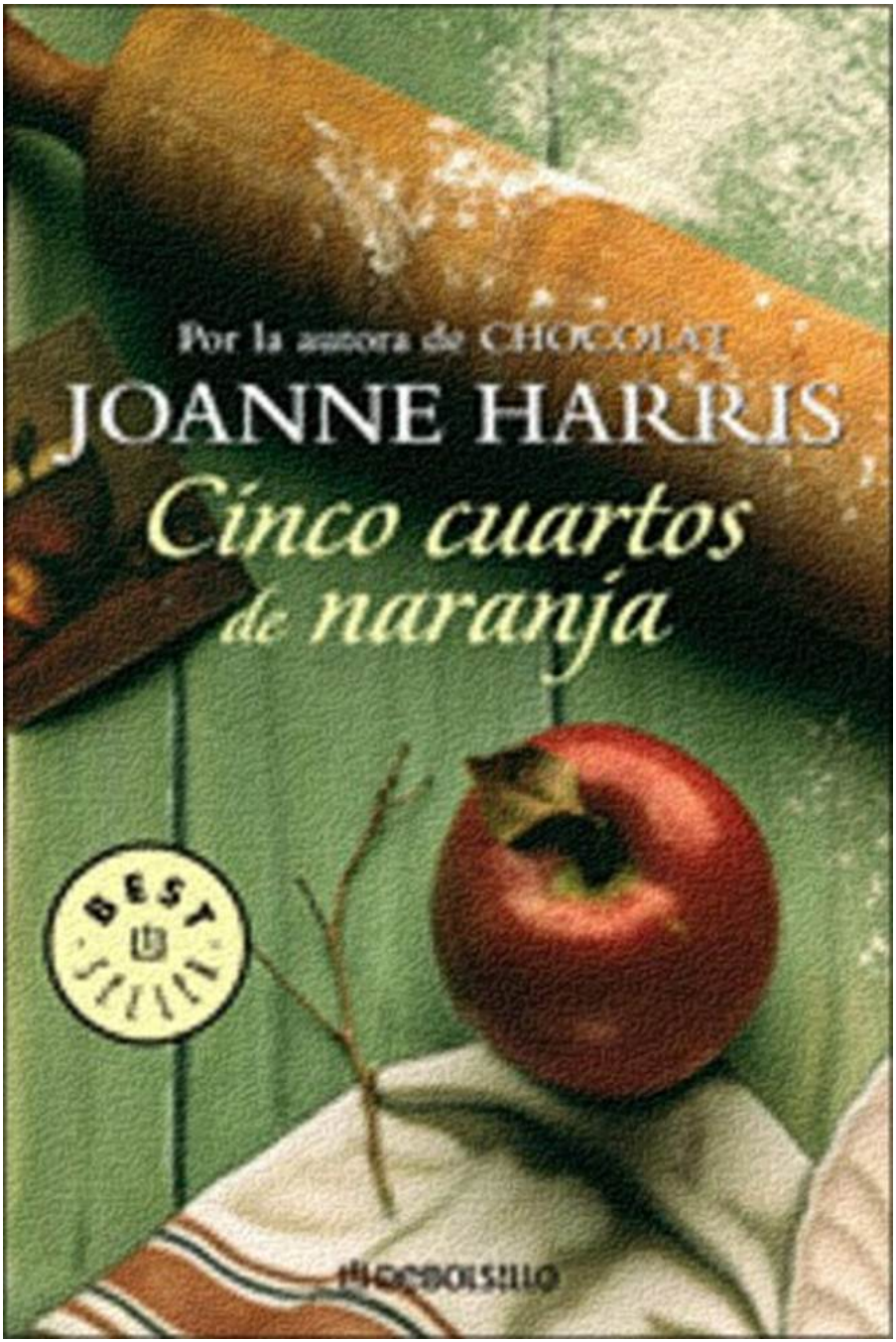
- Joanne Harris
  - ○
  - ○
  - ○ AGRADECIMIENTOS
  - ○ PRIMERA PARTE . La Herencia
    - ■ Capítulo 1
    - ■ Capítulo 2
    - ■ Capítulo 3
    - ■ Capítulo 4
    - ■ Capítulo 5
    - ■ Capítulo 6
    - ■ Capítulo 7
    - ■ Capítulo 8
  - ○ SEGUNDA PARTE. La Fruta Prohibida
    - ■ Capítulo 1
    - ■ Capítulo 2
    - ■ Capítulo 3
    - ■ Capítulo 4
    - ■ Capítulo 5
    - ■ Capítulo 6

- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16

- TERCERA PARTE.El Puesto De Snacks
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4
  - Capítulo 5
  - Capítulo 6
  - Capítulo 7
  - Capítulo 8
  - Capítulo 9
  - Capítulo 10
  - Capítulo 11
  - Capítulo 12
  - Capítulo 13
  - Capítulo 14
- CUARTA PARTE. La Mauvaise Réputation
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4
  - Capítulo 5
  - Capítulo 6
  - Capítulo 7
  - Capítulo 8
  - Capítulo 9
  - Capítulo 10
  - Capítulo 11
- QUINTA PARTE. La Cosecha
  - Capítulo 1
  - Capítulo 2
  - Capítulo 3
  - Capítulo 4
  - Capítulo 5
  - Capítulo 6

- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22

Joanne Harris


Por la autora de CHOCOLAT
JOANNE HARRIS
Cinco cuartos de naranja
BEST
DEBOLSILLO

Joanne Harris

Cinco cuartos de naranja

© 2001, Joanne Harris
Título original: Five quarters of orange
© 2001 Marta Arguilé, por la traducción

A mí abuelo, Georges Payen
(aka P'tit Père), que estuvo ahí.

AGRADECIMIENTOS

Gracias de todo corazón a todos aquellos que participaron en la serie de encuentros armados en los que se convirtió este libro; a Kevin y Anouchka por servir los cañones, a mis padres y a mi hermano por su apoyo y suministros; a Serafina, la Princesa Guerrera, por defender mi rincón; a Jennifer Luithlen por la política exterior; a Howard Morhaim por derrotar a los nórdicos; a mi leal editora Francesca Liversidge; a Jo Goldsworthy y la artillería pesada de Transworld; a mi abanderada Louise Page; y a Christopher, por estar de mi lado.

PRIMERA PARTE . La Herencia

Capítulo 1

Cuando mi madre murió, le dejó la granja a mi hermano Cassis, la fortuna en la bodega a mi hermana Reine-Claude y, a mí, la menor, su álbum y un tarro de dos litros que contenía una trufa de Périgord, del tamaño de una pelota de tenis, suspendida en aceite de girasol que aún ahora, al destaparlo, sigue despidiendo el rico y húmedo perfume del suelo del bosque. Una distribución de riquezas un tanto desigual, pero así era madre, una fuerza de la naturaleza, otorgando sus favores a voluntad, sin revelar nada sobre el funcionamiento de su peculiar lógica.

Y como Cassis siempre solía decir, yo era su favorita.

Jamás lo demostró en vida. Mi madre nunca tuvo tiempo para complacencias, ni siquiera de haber sido de ésas. No con un marido muerto en la guerra y una granja que sacar adelante ella sola. Lejos de ser un consuelo en su viudez, éramos un estorbo para ella, con nuestros juegos ruidosos, nuestras peleas y nuestras discusiones. Si caíamos enfermos, nos cuidaba con ternura renuente, como si calculara el coste de nuestra supervivencia, y el poco amor que demostraba tomaba las formas más elementales: potes de comida para lamer, sartenes de mermelada para repelar, un puñado de fresas silvestres cogidas de los márgenes dispersos que había detrás del huerto y entregadas sin una sonrisa en un pañuelo liado. Cassis pasó a ser el hombre de la familia. Aún se mostraba menos tolerante con él que con el resto. Reinette ya andaba rompiendo corazones antes de llegar a la adolescencia y mi madre era lo bastante vanidosa como para enorgullecerse de la atención que recibía. Pero yo era la boca de más, ni un segundo hijo que pudiera ampliar la granja y, ciertamente, ninguna belleza.

Siempre fui la difícil, la discordante y, después de morir mi padre, me volví hosca e insolente. Flaca y morena como mi madre, con sus mismas manos grandes y desgarbadas, sus pies planos y su boca ancha, debía de recordarle demasiado a sí misma, pues a menudo había cierta tirantez en su boca al mirarme, una especie de estoica valoración, de fatalismo. Como si previese que sería yo, y no Cassis ni Reine-Claude, quien mantendría viva su memoria. Como si hubiese preferido un receptáculo más adecuado.

Quizá por eso me dio el álbum a mí, carente de valor salvo por los pensamientos y anotaciones escritos en el margen junto a las recetas, los recortes de periódico y las curas herbales. No se trataba de un diario propiamente dicho. El álbum no contiene fechas, ni orden preciso alguno. Las páginas fueron insertadas al azar: hojas sueltas cosidas posteriormente con puntadas pequeñas y obsesivas; algunas

páginas delgadas como piel de cebolla, otras, trozos de cartulina recortados y ajustados para encajar en la maltrecha cubierta de cuero. Mi madre marcaba los acontecimientos de su vida con recetas, platos de su invención o variaciones de sus viejos platos favoritos. La comida era su nostalgia, su celebración, y su provisión y preparación, la única vía de escape para su creatividad. La primera página está dedicada a la muerte de mi padre: el lazo de la *Légion d'Honneur* pegado burdamente debajo de una fotografía borrosa junto a una esmerada receta de *crêpes* de trigo sarraceno encierra un sentido del humor un tanto morboso. Debajo del retrato mi madre escribió en tinta roja: «Acuérdate de desenterrar las aguaturmas, ja, ja, ja».

En otros sitios es más gárrula, con muchas abreviaciones y referencias crípticas. Reconozco algunos de los incidentes a los que se refiere. Otros han sido alterados para satisfacer las necesidades del momento. Otros aún parecen ser puras invenciones, mentiras, imposibilidades. En muchos lugares hay párrafos escritos en letra diminuta en un lenguaje que no puedo descifrar. *Inoni iodeupni nilocarpliexi*. *Inoni iodeupni iolratroposi nisami*. A veces una sola palabra garabateada, aparentemente al azar, en el encabezamiento o en uno de los lados del papel. En una página, «balancín» escrito con tinta azul, en otra: «aceite de gualteria», «cebolleta» y «adorno», con un lápiz de colores anaranjado. En otra, lo que podría ser un poema, aunque jamás la vi abrir un libro que no fuera un recetario:

Esta dulzura
sacada a cucharadas
como alguna fruta lustrosa
ciruela melocotón albaricoque
sandía acaso
de mí misma
esta dulzura.

Hay un toque fantástico que me sorprende y me preocupa: que esta mujer fría y prosaica hubiera albergado tales pensamientos en sus momentos secretos. Pues siempre se mantuvo cerrada para nosotros, para todo el mundo, con tal fiereza que la había creído incapaz de rendirse.

Jamás la vi llorar. Apenas sonreía y eso sólo sucedía cuando estaba en la cocina con su paleta de condimentos al alcance de la mano, hablando consigo misma, al menos eso creía yo, en el mismo murmullo apagado; enunciando los nombres de las hierbas y las especias -canela, tomillo, hierbabuena, culantrillo, azafrán, albahaca, apio caballar-, susurrando un comentario monótono. *Ves la plancha. Tiene que tener el calor adecuado. Si el fuego está demasiado bajo, la* crêpe *queda reblandecida; si está demasiado fuerte, la mantequilla se quema, humea y la* crêpe *queda seca*. Más adelante comprendí que

estaba intentando enseñarme. Yo la escuchaba, porque en nuestros seminarios de cocina veía la única forma de ganar un poco de su aprobación y porque toda buena guerra necesita de alguna amnistía ocasional. Las recetas campestres de su Bretaña natal eran sus preferidas; las crêpes de trigo sarraceno que comíamos con todo, el *far breton* y el *kouign amann* y la *galette bretonne* que vendíamos río abajo, en Angers, junto con nuestros quesos de cabra, salchichas y frutas.

Siempre pretendió que Cassis se quedara la granja. Pero Cassis fue el primero en marcharse hacia París, despreocupadamente, rompiendo todo contacto a excepción de una firma estampada en una postal cada Navidad, y cuando ella murió, treinta y seis años después, ya no había nada que le interesara en aquella granja medio abandonada sobre el Loira. Se la compré con mis propios ahorros, mi dinero de viudedad, a un buen precio, pero fue un trato justo y en aquel momento él se sintió muy satisfecho de hacerlo. Comprendió la necesidad de mantener el lugar en la familia.

Naturalmente, ahora todo eso ha cambiado. Cassis tiene un hijo. El muchacho se casó con Laure Dessanges, la escritora de gastronomía, y tienen un restaurante en Angers, Aux Délices Dessanges. Lo vi varias veces antes de que Cassis muriera. No me gustó. Moreno y ostentoso, con tendencia a engordar como su padre, pero atractivo aún y, sabiéndolo, parecía estar en todas partes a la vez en su avidez por complacerme; me llamaba Mamie; me traía una silla, insistía en que me sentara en el sillón más cómodo, me preparaba café, con azúcar, con crema, se interesaba por mi salud, me adulaba en esto y en aquello hasta casi marearme. Cassis, que rondaba los sesenta y pico por entonces, hinchado con el germen de la trombosis que habría de matarlo, lo observaba con orgullo apenas contenido. Mi hijo. Fíjate qué hombre más refinado. Qué sobrino más admirable y atento tienes.

Cassis le puso Yannick, como nuestro padre, pero mi sobrino no me gustaba más por ello. En eso soy igual que mi madre: la misma aversión por las convenciones, por las falsas intimidades. No me gusta que me toquen ni que me sonrían bobamente. No veo por qué la sangre que compartimos debería unirnos en afecto. O el secreto de sangre derramada que mantuvimos oculto durante tanto tiempo entre nosotros.

¡Oh, sí! No creáis que me he olvidado de ese asunto. Ni por un instante, aunque los otros se esforzaron para que lo hiciera. Cassis limpiando *pissoirs* fuera de su bar en París. Reinette trabajando de acomodadora en un cine porno en Pigalle y yendo de hombre en hombre, despreciada como un perro perdido. ¡Vaya eso por el carmín y las medias de seda! En casa había sido la Reina de la Cosecha, la niña bonita, la belleza indiscutible del pueblo. En Monmartre todas las mujeres se parecen. Pobre Reinette. Sé lo que estáis pensando.

Querríais que continuara con la historia. Es la única historia de los viejos tiempos que os interesa ahora; el único hilo de esta bandera mía hecha jirones, a la que aún llega la luz. Queréis saber de Tomas Leibniz. Tenerlo claro, etiquetado, concluido. Bueno, no es tan fácil. Al igual que sucede con el álbum de mi madre, las páginas no están numeradas. No hay un principio y el final parece el borde sin hilvanar de una falda sin dobladillo. Pero soy vieja -parece que aquí *todo* envejece muy deprisa; debe de ser el aire-, y tengo mi forma de hacer las cosas. Además, hay tantas cosas que debéis entender… Por qué mi madre hizo lo que hizo. Por qué ocultamos la verdad durante tanto tiempo. Y por qué elijo contar mi historia ahora, a extraños, a gente que cree que una vida puede condensarse en dos páginas del suplemento dominical, un par de fotografías, un párrafo y una cita de Dostoyevski. Pasa la página y se ha acabado.

No. Esta vez no. Escribirán cada palabra. No puedo hacer que la impriman, claro está, pero por Dios que me escucharán. Haré que me escuchen.

Capítulo 2

Me llamo Framboise Dartigen. Nací aquí, en el pueblo de Les Laveuses, a menos de quince kilómetros de Angers, en el Loira. Cumpliré sesenta y cinco años en julio, tostada y amarillenta por el sol como un albaricoque seco. Tengo dos hijas, Pistache, casada con un banquero en Rennes, y Noisette, que se trasladó a Canadá en el ochenta y nueve y que me escribe cada seis meses, así como dos nietos que vienen a pasar los veranos a la granja. Llevo luto por un marido que murió hace veinte años, bajo cuyo nombre he regresado en secreto a mi pueblo natal para volver a comprar la granja de mi madre, abandonada desde hace mucho tiempo, medio consumida por el fuego y los elementos. Aquí soy Françoise Simon, la *veupe Simon*, y a nadie se le ocurriría relacionarme con la familia Dartigen que se fue de aquí a raíz de aquel espantoso asunto. No sé por qué tenía que ser esta granja, este pueblo. Quizá sólo sea terquedad. Así es como fue. Este es el lugar adonde pertenezco. Los años con Hervé me parecen ahora como un espacio casi en blanco, como los extraños momentos de calma que a veces se instauran en un mar embravecido, un momento de espera, de olvido. Pero en realidad nunca olvidé Les Laveuses. Ni por un instante. Una parte de mí siempre estuvo aquí.

Fue necesario casi un año para hacer habitable la granja. Me instalé en el ala sur donde, al menos, el tejado se había mantenido en pie, y mientras los trabajadores recomponían el resto del tejado, teja a teja, yo trabajaba en el huerto, o en lo que quedaba de él, podando, arreglando y arrancando grandes ristras de muérdago devorador de los árboles. Mi madre sentía pasión por todas las frutas salvo por las naranjas, a las que se negaba a dar entrada en la casa. Por un aparente capricho suyo, nos puso nombres de fruta y de una receta. Cassis, por su pastel de casis; Framboise, por el licor de frambuesa; y Reine-Claude por las ciruelas Claudias que crecían contra el muro sur de la casa, espesas como uvas y almibaradas con avispas en verano. Hubo un tiempo en que llegamos a tener cien árboles -manzanos, perales, ciruelos, ciruelos Claudios, cerezos, membrillos, sin mencionar los frambuesos y los campos de fresas, grosellas, zarzamoras- cuyos frutos desecábamos, almacenábamos y convertíamos en confituras y licores y en maravillosas tartas sobre *pâte* brisée, crème pâtissière y pasta de almendras, y mis recuerdos están impregnados de sus olores, colores y nombres. Mi madre cuidaba de ellos como si se tratase de sus hijos predilectos. Los braseros contra la escarcha que alimentábamos con nuestro propio combustible para el invierno. Carretillas de estiércol que echábamos alrededor de la base cada primavera. Y en el verano, para ahuyentar a los pájaros, atábamos tiras de papeles plateados en

los bordes de las ramas que temblaban y se mecían al viento, poníamos espantapájaros asegurados fuertemente con cuerdas que pasábamos a través de latas vacías para que emitieran ruidos extraños que asustaran a los pájaros, hacíamos molinillos de papeles de colores que giraban vertiginosamente, de modo que el huerto se convertía en un carnaval de chucherías, lazos brillantes y alambres chillones, como una fiesta navideña en pleno verano. Y los árboles tenían nombres.

Belle Yvonne, solía decir mi madre al pasar junto al nudoso peral. Rose d'Aquitaine, Beurre du roi Henry. En aquellos momentos su voz era suave, casi monocorde. No podría decir si estaba hablando consigo misma o conmigo. *Conference*. *Williams*. *Ghislaine de Penthièvre*.

Esta dulzura.

Ahora no quedan ni veinte árboles en el huerto, aunque son más que suficientes para cubrir mis necesidades. Mi licor amargo de cerezas goza de especial popularidad, aunque me siento un poco culpable por no poder recordar el nombre del cerezo. El secreto está en dejar los huesos. Se van echando alternativamente capas de cerezas y de azúcar en un tarro de vidrio de boca ancha; cada capa se va cubriendo con un licor (el kirsch es el mejor, pero también se puede utilizar vodka o incluso *armagnac*) hasta llenar la mitad de la capacidad del tarro. Se acaba de rellenar el contenido con el licor y se deja macerar. Cada mes, se decanta el tarro para extraer el azúcar acumulado. Al cabo de tres años, el licor ha exudado las cerezas que ahora son blancas, y se ha teñido de un rojo intenso, penetrando incluso en el hueso y en la almendra diminuta de su interior, tornándose acre, evocativo, una esencia del otoño pasado. Se sirve en pequeños vasos de licor, con una cuchara para extraer la cereza, y se deja en la boca hasta que la fruta macerada se disuelva bajo la lengua. Perfora el hueso con la punta del diente para extraer el licor que encierra en su interior y déjalo largamente en la boca, jugueteando con él con la punta de la lengua, pasándolo de arriba abajo como si se tratase de una sola cuenta del rosario. Intenta recordar el momento de su maduración, aquel verano, aquel otoño caluroso, cuando el pozo se secó, aquella vez que tuvimos el nido de avispas, tiempo pasado, perdido y recuperado en el lugar duro del corazón de la fruta…

Lo sé. Lo sé. Queréis que vaya al grano. Pero esto es casi tan importante como el resto, el *método* de contarlo, y el tiempo empleado en hacerlo… Me ha costado cincuenta y cinco años empezar. Al menos, dejadme que lo haga a mi manera.

Cuando llegué a Les Laveuses estaba casi segura de que nadie me reconocería. En cualquier caso me mostré abiertamente, casi con descaro, por el pueblo. Si alguien sabía quién era, si conseguían distinguir en mí los rasgos de mi madre, quería saberlo de inmediato. Quería saber el terreno que pisaba. Paseaba hasta el Loira cada día y

me sentaba en las piedras lisas donde Cassis y yo solíamos pescar tencas. Iba hasta el cabo de nuestro puesto de vigilancia. Algunas de las piedras alzadas han desaparecido, pero todavía se pueden ver las estacas en que colgábamos nuestros trofeos, las guirnaldas, los lazos y la cabeza de la Gran Madre cuando finalmente la capturamos. Fui al estanco de Brassaud -ahora es su hijo quien lo lleva, aunque el anciano aún sigue con vida; los ojos oscuros, hoscos y despiertos-, al café de Raphaël, a la estafeta de correos donde Ginette Hourias hace de administradora.

Fui incluso al monumento a los caídos. A un lado, los dieciocho nombres de nuestros soldados muertos en guerra, bajo el lema grabado: «Morts pour la patrie». Observé que el nombre de mi padre ha sido borrado, dejando un parche rugoso entre Darius G. y Fenouil J-P. Al otro lado, una placa conmemorativa con diez nombres escritos en letras más grandes. No necesitaba leerlos. Los sabía de memoria. Pero fingí interés, sabiendo que, inevitablemente, alguien acabaría por contarme la historia, quizá me mostraría el lugar contra el muro oeste de la iglesia de Saint Benedict, me contaría que cada año hay un servicio especial en su memoria, que leen sus nombres en voz alta desde la grada del monumento y que les ponen flores… Me pregunto si podría soportarlo. Me pregunto si no lo adivinarían por mi expresión.

Martin Dupré, Jean-Marie Dupré, Colette Gaudin, Philippe Hourias, Henri Lemaître, Julien Lanicen, Arthur Lecoz, Agnès Petit, François Ramondin, Auguste Truriand. Hay tanta gente que aún lo recuerda… Tanta gente con los mismos nombres, los mismos rostros. Las familias han permanecido aquí. Los Hourias, los Lanicen, los Ramondin, los Dupré. Sesenta años después todavía recuerdan, los jóvenes criados en el odio casual de los mayores.

Durante algún tiempo desperté cierto interés. Algo de curiosidad. La misma casa. Abandonada desde que ella se fuera, la mujer Dartigen, «No, no puedo recordar los detalles, señora, pero mi padre, mi tío…». En cualquier caso, ¿por qué había comprado aquel lugar?, me preguntaban. Era una monstruosidad, un lugar lóbrego. Los árboles que aún permanecían en pie estaban medio podridos a causa del muérdago y la enfermedad. El pozo había sido tapado con hormigón, y estaba lleno de escombros y de piedras. Pero yo recordaba una granja limpia, próspera y animada; caballos, cabras, gallinas, conejos… Me gustaba pensar que quizá los conejos salvajes que veía correr por los campos del norte y en los que vislumbraba algunos parches blancos entre el color pardusco eran descendientes de aquellos otros. Para satisfacer a los curiosos, me inventé una infancia en una granja bretona. La tierra era barata, expliqué. Me mostré humilde, apologética. Algunas de las personas mayores me miraban

con recelo, pensando, tal vez, que la granja debería haber seguido siendo un monumento conmemorativo para siempre. Iba de luto y ocultaba mi cabello bajo una sucesión de pañuelos. Como veis, fui vieja desde el principio.

Aun así, tardé algún tiempo en ser aceptada. La gente era educada pero poco cordial, y dado que yo tampoco poseo un talante demasiado sociable por naturaleza -áspera, solía decir mi madre-, las cosas continuaron igual. No iba a la iglesia. Sé cómo debía de sentar aquello, pero no podía obligarme a ir. Arrogancia quizá, el tipo de rebeldía que hizo que mi madre nos pusiera nombres de frutas en vez de los santos de la iglesia… Tuve que esperar a la tienda para pasar a formar parte de la comunidad.

Empezó como una tienda, aunque siempre tuve la intención de crecer. Dos años después de mi llegada, el dinero de Hervé casi se había agotado. Ahora la casa era habitable, aunque la tierra era prácticamente inútil: una docena de árboles, una parcela de hortalizas, dos cabras pigmeas y algunas gallinas y patos; era evidente que tardaría bastante tiempo en poder ganarme la vida con la tierra. Empecé a hacer pasteles y a venderlos: el brioche y pain d'épices de la región, así como otras especialidades bretonas de mi madre, paquetes de crêpes dentelle, tartas de frutas y paquetes de *sablés*, galletas, pan de nueces, pastelillos de canela… Al principio los vendía desde la panadería del pueblo, luego desde la granja misma, añadiendo poco a poco otros productos: huevos, quesos de cabra, licores de frutas y vinos. Con las ganancias compré cerdos, conejos y más cabras. Utilizaba las viejas recetas de mi madre, trabajando casi siempre de memoria pero consultando el álbum de cuando en cuando.

La memoria resulta a veces tan extraña… nadie en Les Laveuses parecía recordar la cocina de mi madre. Algunas de las personas mayores llegaron incluso a comentar la diferencia que mi presencia había supuesto; la mujer que estuvo aquí antes era severa y desaliñada. Su casa apestaba, sus hijos corrían descalzos. Fue un alivio librarse de ella, de ellos. Sentí que un estremecimiento me recorría por dentro, pero no dije nada. ¿Qué podría haberles dicho? ¿Que mi madre enceraba el suelo cada día, que nos obligaba a llevar zapatillas en la casa para evitar que le rayásemos el suelo con nuestros zapatos? ¿Que las jardineras de nuestras ventanas estaban siempre rebosantes de flores? ¿Que nos frotaba con la misma fiera imparcialidad con la que frotaba las escaleras, abrasándonos las caras con la manopla hasta que a veces temíamos sangrar?

Es una leyenda malvada de aquí. Incluso hubo una vez un libro. En realidad no fue más que un panfleto. Cincuenta páginas y algunas fotografías. Una del monumento, una de la iglesia de Saint Benedict, un primer plano del fatídico lado oeste. Sólo una referencia de pasada

a sus tres hijos, ni siquiera nuestros nombres. Me sentí agradecida por ello. La ampliación de una fotografía borrosa de mi madre, con el cabello peinado hacia atrás con tal fiereza que sus ojos parecían achinados, la boca encrespada en una fina línea rígida de desaprobación. La fotografía oficial de mi padre con uniforme, la misma del álbum, en la que aparece ridículamente joven, con el rifle apoyado despreocupadamente en el brazo, sonriente. Luego, al final del libro, la fotografía que me hizo contener el aliento como un pez con el anzuelo en la boca. Cuatro hombres jóvenes con uniformes alemanes, cogidos todos del brazo salvo el cuarto, que permanece un poco apartado del resto, como cohibido, con el saxofón en la mano… Los otros también llevan instrumentos musicales: una trompeta, un tamboril, un clarinete, y aunque no se mencionan sus nombres los conozco a todos. «La banda militar de Les Laveuses, hacia el año 1942. A la derecha, Tomas Leibniz.»

Tardé algún tiempo en entender cómo pudieron llegar a averiguar tantos detalles. ¿Dónde habían descubierto la fotografía de mi madre? Que yo supiese, no había fotografías suyas. Incluso yo sólo había visto una, una vieja fotografía de boda en el fondo del cajón del dormitorio, dos personas enfundadas en abrigos de invierno en la escalera de la iglesia de Saint Benedict, él con un sombrero de ala ancha y ella con el pelo suelto y una flor detrás de la oreja… Una mujer diferente entonces, sonriendo rígida y tímidamente a la cámara. El hombre a su lado rodeándole los hombros con el brazo en actitud protectora. Comprendí que si mi madre se enteraba de que había visto aquella fotografía se enfadaría y la volví a poner en su lugar, temblando un poco, preocupada sin saber apenas el motivo.

La fotografía del libro es más como era ella, más como la mujer que creía conocer pero a la que en realidad nunca llegué a conocer de verdad, una mujer con el rostro endurecido y eternamente al borde de la ira… Entonces, al mirar la autora de la fotografía al final del libro, entendí de dónde se había sacado la información: Laure Dessanges, periodista y escritora gastronómica, pelo corto y pelirrojo y sonrisa adiestrada. La mujer de Yannick. La nuera de Cassis. Pobre, estúpido Cassis. Pobre ciego Cassis, cegado por el orgullo en su hijo triunfador. Arriesgando nuestra ruina por… ¿Por qué? ¿O, acaso había acabado por creerse su ficción?

Capítulo 3

Tenéis que entender que para nosotros la Ocupación fue muy diferente que para la gente de las ciudades. Les Laveuses apenas ha cambiado desde la guerra. Miradla ahora: un puñado de calles, algunas de ellas no son más que anchos caminos sin asfaltar que se prolongan desde el cruce principal. La iglesia queda al fondo, ahí, el monumento de guerra en la Place des Martyrs con su pedazo de jardín y la vieja fuente detrás, luego en la Rue Martin et Jean-Marie Dupré, la oficina de correos, la carnicería de Petit, el Café de La Mauvaise Réputation, el bar con su anaquel de postales del monumento a los caídos y el viejo Brassaud sentado en su balancín junto a la escalera, enfrente el director de la funeraria-floristería (la comida y la muerte siempre fueron un buen negocio en Les Laveuses), la tienda de ultramarinos (que todavía pertenece a la familia Truriand, aunque afortunadamente la lleva el nieto que se trasladó aquí hace poco) y el viejo buzón de correos pintado de amarillo.

Más allá de la calle principal pasa el Loira, suave y pardusco como una serpiente asoleándose, ancho como un campo de trigo, su superficie interrumpida en tramos irregulares por las islas y los bancos de arena, que para los turistas que van en dirección a Angers pueden parecer tan firmes como el camino que pisan. Por supuesto nosotros sabemos que no es así. Las islas, sin raíces, están moviéndose continuamente. Impulsadas insidiosamente por los movimientos del agua subterránea y opaca, se hunden y vuelven a emerger como lentas ballenas amarillentas, dejando pequeñas estelas en su despertar, inofensivas si se las ve desde un barco, pero mortíferas para el nadador; la resaca tirando sin piedad debajo de la suave superficie, arrastrando hacia abajo al imprudente para ahogarlo sin dramatismos, invisiblemente… Todavía hay peces en el viejo Loira: tencas, lucios y anguilas, crecidos hasta alcanzar proporciones monstruosas en las aguas residuales y en los desperdicios que hay río arriba. Casi todos los días se ven barcas por ahí, aunque la mitad de las veces los pescadores vuelven a tirar lo que han pescado.

En el viejo muelle, Paul Hourias tiene una cabaña en la que vende cebos y aparejos de pesca, a un tiro de piedra de donde nosotros solíamos pescar -él, Cassis y yo- y donde a Jeannette Gaudin le mordió una serpiente de agua. El viejo perro de Paul que yace a sus pies guarda un extraño parecido con el chucho marronáceo que fuera su compañero constante en los viejos tiempos, mientras él observa el río, haciendo oscilar un trozo de cuerda en el agua como si esperara capturar algo.

Me pregunto si recuerda. A veces lo sorprendo mirándome (es

uno de mis clientes regulares) y casi puedo imaginarme que sí. Ha envejecido, por supuesto, todos lo hemos hecho. Su rostro redondo y distraído se ha ensombrecido; está abolsado y afligido, con un bigote lacio del color del tabaco mascado y una colilla entre los dientes.

Apenas habla (nunca fue muy hablador) pero mira con esa expresión de perro triste, la boina azul marino calada sobre el cráneo. Le gustan mis *crêpes*, mi sidra. Quizá por eso nunca dijo nada. Nunca fue de los que hacen una escena.

Capítulo 4

Habían pasado casi cuatro años desde mi regreso cuando abrí la *crêperie*. Para entonces había conseguido dinero, clientela y aceptación. Tenía un chico trabajando para mí en la granja (un chico de Courlé, no de una de las Familias), y contraté a una muchacha para que me ayudara con el servicio. Empecé con sólo cinco mesas (el truco siempre está en tener pocas pretensiones al principio, para evitar alarmar a la gente), pero acabé por doblar esa cantidad, más las mesas que podía colocar en la terraza los días de buen tiempo. Ofrecía una carta sencilla, que se limitaba a crêpes de trigo sarraceno con una variedad de rellenos, un plato principal cada día y una selección de postres. De esa forma yo me podía encargar de la cocina, mientras Lise tomaba nota de los pedidos. Llamé al lugar Crêpe Framboise, por la especialidad de la casa, una torta dulce con frambuesas *coulis* y mi licor casero, y sonreí para mis adentros, pensando en su reacción de haberlo sabido… Algunos de mis clientes habituales acabaron incluso por llamar al lugar *Chez Framboise*, lo que me hizo sonreír aún más.

Justamente entonces volví a llamar la atención de los hombres. Habéis de entender que me había convertido en una mujer bastante adinerada según los estándares de Les Laveuses. Después de todo, sólo tenía cincuenta años. Además sabía cocinar y llevar adelante una casa… Algunos hombres me cortejaron amablemente; hombres buenos y honestos como Gilbert Dupré y Jean-Louis Lelassiant, hombres holgazanes como Rambert Lercoz, que quería una comida gratis de por vida. Incluso Paul, el dulce Paul Hourias con su bigote caído y manchado de nicotina y sus silencios. Por supuesto aquello era totalmente imposible. Era una locura a la que jamás podía sucumbir. No me causó más que alguna que otra punzada ocasional de arrepentimiento; no, tenía el negocio. Tenía la granja de mi madre, mis recuerdos. Un marido me haría perderlo todo. No había manera de que pudiera ocultar para siempre mi identidad, y aunque los aldeanos pudieran perdonar mis orígenes al principio, no podrían perdonar cinco años de engaño. Así que, una a una, rechacé todas las propuestas, tanto las que me hicieron abiertamente como las otras más sutiles, hasta que se me consideró inconsolable al principio, inexpugnable después y, al final, pasados los años, demasiado vieja.

Llevaba casi diez años en Les Laveuses. Los últimos cinco años había invitado a Pistache y a su familia a pasar aquí las vacaciones de verano. Veía a los niños crecer desde ser meros fardos de ojos grandes y curiosos hasta pajarillos de colores brillantes que revoloteaban por mi pradera y mi huerto con alas invisibles. Pistache es una buena hija. Noisette (mi secreta favorita) se parece más a mí, astuta y rebelde, con

los ojos negros como los míos y un corazón lleno de fiereza y resentimiento. Podría haber evitado que se marchara (una palabra, una sonrisa hubieran bastado), pero no lo hice; temiendo quizá, que por ella, yo acabaría siendo como mi madre. Sus cartas eran insípidas y sumisas. Su matrimonio ha acabado mal. Trabaja como camarera en un café nocturno en Montreal. Rechaza mis ofertas de dinero. Pistache es la mujer en la que Reinette pudo haberse convertido, rechoncha y digna de confianza, amable con sus hijos y fiera en su defensa, con el cabello castaño claro y los ojos tan verdes como el fruto del que ha tomado el nombre. Gracias a ella y a su hijos he aprendido a revivir los buenos momentos de mi infancia.

Por ellos he aprendido a ser madre otra vez, preparándoles *crêpes* y butifarras de hierbas y manzanas. Haciéndoles confituras de higos, tomates verdes, cerezas amargas y membrillo. Dejándoles jugar con los cabritillos castaños y traviesos, y alimentarlos con mendrugos de pan y zanahorias. Juntos dábamos de comer a las gallinas, acariciábamos los suaves hocicos de los ponis y recogíamos acedera para los conejos. Les enseñé el río y cómo llegar hasta los soleados bancos de arena. Les advertí (con el corazón compungido) de los peligros, las serpientes, las raíces, los remolinos y las arenas movedizas. Les hice prometer que nunca, *nunca* nadarían hasta allí. Les enseñé los bosques de los alrededores, los mejores lugares para ir a buscar setas, cómo distinguir los mízcalos falsos de los verdaderos, los amargos arándanos silvestres que crecían bajo los matorrales. Esta era la infancia que mis hijas deberían haber tenido. En vez de eso, tuvieron la costa agreste de Côte D'Armor en la que Hervé y yo vivimos durante un tiempo; las playas expuestas al viento, los bosques de pinos, las casas de piedra con tejados de pizarra. Intenté ser una buena madre para ellas, bien cierto que lo hice, pero siempre sentí que faltaba algo. Ahora me doy cuenta de que lo que faltaba era esta casa, esta granja, estos campos, el Loira adormecido y maloliente de Les Laveuses. Esto es lo que quería para ellas y volví a empezar con mis nietos. Al mimarlos a ellos, me mimaba a mí misma.

Quiero pensar que mi madre habría hecho lo mismo de haber tenido la oportunidad. Me la imagino como una abuela plácida, aceptando mis regaños con un parpadeo impenitente (desde luego, madre, vas a hacer de estas niñas un par de mimadas insoportables), y no me parece tan imposible como en otros tiempos lo fuera. O quizá la esté reinventando; quizá fue realmente como yo la recuerdo, una mujer dura que nunca sonreía y que me observaba con aquella mirada llena de un hambre monótono e incomprensible.

Nunca llegó a conocer a sus nietas, jamás supo de su existencia. A Hervé le dije que mis padres estaban muertos y él nunca me cuestionó la mentira. Su padre era pescador, su madre una mujer pequeña y

redonda como una perdiz, que vendía pescado en el mercado. Me arropé en ellos, como si de una manta prestada se tratase, sabiendo que algún día tendría que volver al frío sin ellos. Un buen hombre, Hervé, un hombre tranquilo sin aristas con las que pudiera lastimarme. Lo amaba, no de la manera punzante y desesperada con la que amaba a Tomas, pero suficiente.

Cuando murió en 1975 (alcanzado por un rayo mientras pescaba anguilas con su padre), mi dolor estuvo teñido con un sentimiento de inevitabilidad, casi de alivio. Había sido bueno durante un tiempo, sí. Pero el trabajo (la vida) debe continuar. Regresé a Les Laveuses dieciocho meses después, con la sensación de despertar de un letargo largo y oscuro.

Puede parecer extraño que esperara tanto tiempo antes de leer el álbum de mi madre. Era mi único legado, a excepción de la trufa de Périgord, y en cinco años apenas le había echado un vistazo. Naturalmente, conocía de memoria tantas recetas que apenas necesitaba leerlas, pero aun así… Ni siquiera había estado presente en la lectura del testamento. No puedo deciros en qué día murió aunque sí sé dónde: en una residencia de ancianos en Vitré llamada La Gautraye, como consecuencia de un cáncer de estómago. Fue enterrada allí también, en el cementerio local, aunque sólo estuve allí una vez. Su tumba queda cerca del muro más alejado, junto a los bidones de basura. «Mirabelle Dartigen», reza, seguido de algunas fechas. Noté, sin demasiada sorpresa, que mi madre nos había mentido con respecto a su edad.

No sé lo que realmente incitó mis primeros estudios del álbum. Fue durante mi primer verano en Les Laveuses después de la muerte de Hervé. Había habido sequía y el Loira estaba un par de metros por debajo del nivel acostumbrado, dejando al descubierto sus márgenes feos y secos como el raigón de un diente enfermo. Las raíces se enredaban en el agua, desteñidas por el sol, y los niños jugaban entre ellas en las orillas, chapoteando con los pies descalzos en los charcos turbios y parduscos, hurgando con palos la basura que flotaba de río arriba. Hasta entonces había evitado mirar el álbum, sintiéndome absurdamente culpable, una *voyeuse*, como si mi madre pudiera presentarse en cualquier momento y pillarme leyendo sus extraños secretos… La verdad es que yo no *quería* conocer sus secretos. Era como entrar en una habitación por la noche y oír a tus padres hacer el amor; una voz interior me decía que aquello no estaba bien y tardé más de diez años en comprender que la voz que escuchaba no era la de mi madre sino la mía propia.

Como he dicho, mucho de lo que ella había escrito resultaba incomprensible. El lenguaje -algo parecido al italiano e impronunciable- en el que gran parte del álbum había sido escrito me

era complejamente extraño, y después de algunos intentos infructuosos por descifrarlo, abandoné el empeño. Las recetas eran lo bastante claras, escritas en tinta azul o violeta, los garabatos frenéticos, los poemas, los dibujos y las anécdotas insertados entre ellas escritos sin ninguna lógica aparente, ni orden alguno que yo pudiese descubrir:

Hoy vi a Guilherm Ramondin. Con su pierna de madera. Se rió de R-C por quedarse mirándolo. Cuando ella le preguntó si le dolía, él le respondió que tenía suerte. Su padre hace zuecos. La mitad de trabajo que hacer un par, ja ja ja, y la mitad de posibilidades de pisarte los pies al bailar un vals, preciosa mía. No puedo dejar de pensar en el aspecto que tiene el interior de esa pata del pantalón recogida hacia arriba. Como una morcilla blanca y cruda, liada con un trozo de cuerda. Tuve que morderme la boca para no echarme a reír.

Las palabras están escritas, con letra muy pequeña, encima de la receta de la morcilla blanca. Estas breves anécdotas me parecían inquietantes con su triste sentido del humor.

En otros lugares, mi madre habla de sus árboles como si fuesen personas: «He pasado la noche entera en vela junto a Belle Yvonne, está resfriada». Y aunque sólo se refiere a sus hijos con abreviaturas -*R-C, Cass* y *Fra-*, nunca menciona a mi padre. Nunca. Durante muchos años me pregunté la razón. Naturalmente, no tenía forma de saber lo que había escrito en las otras secciones, las secciones secretas. Mi padre, por lo poco que sabía de él, bien podía no haber existido.

Capítulo 5

Luego se produjo el asunto del artículo. Yo no lo llegué a leer, sabéis; apareció en ese tipo de revistas que parecen considerar la comida puramente como un accesorio de estilo -«este año todos comemos cuscús, querida, es absolutamente el *rigueur*»- mientras que para mí la comida es sencillamente comida, un placer para los sentidos, algo efímero cuidadosamente elaborado, como los fuegos artificiales, un trabajo duro a veces, pero nada que deba tomarse en serio, no es *arte*, por el amor de Dios, por un extremo entra y por otro sale. En cualquier caso, ahí estaba un buen día, en una de esas revistas de moda, *Viajes por el Loira*, o algo parecido, las recomendaciones de un *chef* famoso probando restaurantes en su recorrido hacia la costa. Lo recuerdo bien; un hombrecillo pequeño y delgado, que llevaba sus propios frasquitos de sal y pimienta envueltos en una servilleta y un bloc de notas en el regazo. Tomó mi Paëlle Antillaise y la ensalada caliente de alcachofas, luego una ración del *kougn-amann* de mi madre con mi propia cidre bouché y un vaso de *liqueur framboise* para acabar. Me hizo muchas preguntas sobre mis recetas, quiso ver la cocina, el huerto y se sorprendió mucho cuando le enseñé la bodega con los estantes de *terrines*, mis confituras y aceites aromáticos de nuez, romero y trufa, y los vinagres de frambuesa, espliego y manzana ácida, me preguntó dónde había estudiado y casi se molestó cuando me eché a reír por la pregunta.

Quizá le conté demasiadas cosas. Me sentí adulada. Le invité a probar de esto y de aquello. Una rodaja de rillettes, otra de mi *saucisson sec*. Un sorbito de mi licor de pera, el *poiré* que mi madre solía hacer en octubre con las peras caídas que yacían ya fermentadas en el suelo caliente, tan enguantadas con avispas oscuras que teníamos que utilizar pinzas de madera para recogerlas… Le mostré la trufa que mi madre me dio, conservada cuidadosamente en el aceite como una mosca en ámbar, y sonreí al ver cómo se le agrandaban los ojos por el asombro.

– ¿Tiene usted idea de lo que vale esto?

Sí, me sentí adulada en mi vanidad. Un poco sola, también; contenta de poder hablar con ese hombre que conocía mi lenguaje, que sabía distinguir y nombrar las hierbas de una *terrine* al probarla y que me dijo que era demasiado buena para este lugar, que era un crimen… Quizá me eché a soñar un poco. Debería haberme dado cuenta antes.

El artículo apareció unos meses después. Alguien me lo trajo, arrancado de la revista. Una fotografía de la crêperie, un par de párrafos.

«Puede que los visitantes de Angers que anden buscando una auténtica cocina gastronómica se dirijan al prestigioso Aux Délices Dessanges. Al hacerlo se perderían sin duda uno de los descubrimientos más interesantes de mis viajes por el Loira… -Frenéticamente intenté recordar si le había hablado de Yannick-. Detrás de la modesta fachada de una casa de campo, un milagro culinario se está fraguando…»

Una sarta de tonterías le sigue sobre «las tradiciones campestres revitalizadas por el genio creativo de esta señora». Con impaciencia y pánico creciente escudriñé la página en busca de lo inevitable. Una sola mención del apellido Dartigen y todo mi trabajo cuidadosamente elaborado se iría al traste…

Puede parecer que estoy exagerando. No es así. La guerra sigue estando muy presente en Les Laveuses. Todavía hay personas que no se dirigen la palabra. Denise Mouriac y Lucille Dupré, Jean-Marie Bonet y Colin Brassaud. ¿No se destapó aquel asunto en Angers hace unos años, cuando encontraron a una mujer anciana encerrada en el desván de una casa? Sus padres la encerraron ahí en 1945 cuando descubrieron que había colaborado con los alemanes. Tenía dieciséis años. Cincuenta años después la sacaron, vieja y loca, cuando su padre murió por fin.

¿Y qué hay de esos hombres viejos -de ochenta y noventa años- encerrados por crímenes de guerra? Hombres viejos y ciegos, hombres viejos y enfermos endulzados por la demencia, sus rostros laxos y sin comprender. Resulta imposible creer que alguna vez fueran jóvenes. Imposible imaginar sueños sangrientos dentro de esos cráneos frágiles y olvidadizos. Destruye el receptáculo y la esencia se escapa. El crimen toma una vida -justificación- propia.

Por una extraña coincidencia, la propietaria de Crêpe Framboise, la señora Françoise Simon, resulta estar emparentada con la propietaria de Aux Délices Dessanges…

Se me cortó la respiración. Sentí como si una chispa de fuego me hubiese obturado la tráquea y de pronto me encontraba bajo el agua, el río pardusco tirando de mí hacia abajo, dedos de fuego aferrándose a mi cuello, a mis pulmones…

…nuestra mismísima Laure Dessanges. Resulta extraño que no haya conseguido averiguar muchos de los secretos de su tía. Yo por mi parte, en esta ocasión, preferí el encanto modesto de Crêpe Framboise a cualquiera de las elegantes (pero demasiado exiguas) propuestas de Laure.

Volví a respirar. Nada del sobrino, sino de la sobrina. No me habían descubierto.

Me prometí a mí misma que no habría más estupideces. No más

charlas con amables escritores gastronómicos. Un fotógrafo de otra revista de París vino a entrevistarme una semana después, pero me negué a recibirlo. Peticiones de entrevistas llegaban por correo, pero no contestaba a ninguna. Un editor me propuso escribir un libro de recetas. Por primera vez, Crêpe Framboise estaba inundada de gente de Angers, turistas, gente elegante con coches deslumbrantes. Los rechacé a montones. Tenía mis clientes habituales, mis diez o quince mesas. No podía acomodar a tanta gente.

Intenté comportarme con la máxima normalidad posible. Me negué a hacer reservas por adelantado. La gente hacía cola en la acera. Tuve que contratar a otra camarera, pero por lo demás desdeñé como pude tanta atención no buscada. Ni siquiera me digné a escuchar al pequeño escritor gastronómico cuando regresó para discutir -razonar- conmigo. No, no le permitiría que usara mis recetas en su columna. No, no habría ningún libro. Nada de fotografías. Crêpe Framboise seguiría siendo lo que era, una crêperie de provincia.

Sabía que si me cerraba en banda durante el tiempo suficiente acabarían por dejarme en paz. Pero para entonces el daño ya estaba hecho. Ahora Laure y Yannick sabían dónde encontrarme.

Cassis debió de decírselo. Se había trasladado a un piso cerca del centro de la ciudad y, aunque nunca fue buen corresponsal, me escribía de tanto en tanto. Sus cartas eran informes sobre su célebre nuera y su refinado hijo. Bien, después del artículo y el revuelo que causó, se propusieron encontrarme. Trajeron a Cassis consigo, como si se tratase de un regalo. Supongo que pensaron que nos sentiríamos conmovidos al volver a vernos después de tantos años, pero aunque los ojos de él se humedecieron de una forma reumática y sentimental, los míos permanecieron resolutamente secos. Apenas había rastro del hermano mayor con el que había compartido tantas cosas; ahora estaba gordo, sus rasgos perdidos en aquella masa informe, la nariz enrojecida, las mejillas surcadas por capilares rotos, la sonrisa vacilante. De lo que una vez sintiera por él -la devoción por el hermano mayor que en mi mente era capaz de cualquier cosa: escalar el árbol más alto, desafiar a las abejas para robarles la miel, cruzar a nado el Loira en su tramo más ancho- no quedaba nada salvo una tenue nostalgia teñida de desprecio. Después de todo, aquello pasó hacía mucho. El hombre gordo del umbral era un desconocido.

Al principio fueron astutos. No pidieron nada. Les preocupaba el hecho de que viviera sola, me hicieron regalos -un procesador de comida, alarmados por el hecho de que aún no tuviera uno, un abrigo, una radio- se ofrecieron a sacarme… Incluso me invitaron a su restaurante en una ocasión, un lugar enorme con mesas de mármol de imitación, con manteles a cuadros y luces de neón y con estrellas de mar y cangrejos de plástico de colores llamativos enredados en las

redes de pescador que colgaban de las paredes. Me referí a la decoración con cierta reserva.

– Bueno *Mamie*, es lo que se llama *kitsch* -me explicó Laure amablemente, dándome palmaditas en la mano-. No creo que te interesen estas cosas pero, créeme, en París esto está muy de moda. -Me mostró los dientes. Tiene los dientes muy blancos y grandes y el pelo es del color del pimiento fresco. Ella y Yannick se tocan y se besan a menudo en público. Debo admitir que me resultó todo bastante embarazoso. La comida fue moderna, supongo. No soy quién para juzgar estas cosas. Una especie de ensalada con un aderezo suave, varios tipos de verduras cortadas en forma de flores. Quizá había alguna endibia, pero la mayor parte eran simples hojas de lechuga, rábanos y zanahorias con formas caprichosas. Luego un trozo de merluza -un buen trozo, debo admitir, pero demasiado pequeño- con una salsa hecha con vino blanco y cebolletas y una hoja de menta encima, no me preguntéis por qué. Después, una raja de tartaleta de pera, prolijamente adornada con salsa de chocolate, azúcar de lustre y espirales de chocolate. Al mirar furtivamente al menú descubrí mucha palabrería autocongratulatoria del estilo de: «Nougatine de surtido de caramelos con una base de pasta finísima para hacer la boca agua, aderezada con chocolate espeso y oscuro y servida con coulis picante de albaricoques…». A mí no me pareció más que un simple florentino y cuando lo vi no era más grande que una moneda de cinco francos. Uno pensaría que Moisés lo había bajado de la montaña al leer cómo lo describían. ¡Y el precio! Cinco veces el precio de mi menú más caro y eso sin contar el vino. Naturalmente yo no tuve que pagar. Pero, en cualquier caso, empezaba a sospechar que habría algún precio oculto en toda aquella atención repentina.

Lo había.

Dos meses más tarde vinieron con su primera propuesta. Me ofrecían mil francos si les daba mi receta de la paëlle antillaise y les permitía incluirlo en su menú. *La paëlle antillaise de Mamie Framboise* tal y como aparecía mencionado en el *Hôte* & Cuisine (julio de 1991) por Jules Lemarchand. Al principio pensé que se trataba de una broma. «Una delicada mezcla de marisco fresco aderezado sutilmente con plátanos verdes, piña, moscatel y arroz azafranado…» Me eché a reír. ¿Acaso no tenían suficientes recetas propias?

– ¡No te rías, Mamie! -Yannick fue casi brusco, sus ojos negros y brillantes muy cerca de los míos-. Quiero decir que Laure y yo nos sentiríamos *tan* agradecidos… -Me dedicó una sonrisa amplia y abierta.

– No seas tan modesta Mamie. -Ojalá no me llamaran así. Laure me rodeó con su brazo desnudo y frío-. Me aseguraré de que todo el mundo sepa que es *tu* receta.

Cedí. En realidad no me importaba darles mis recetas; después de todo ya había dado bastantes a la gente de Les Laveuses. Les daría la *paëlle antillaise* gratis y todo aquello de lo que se encapricharan pero con una condición: que dejaran a *Mamie Framboise* fuera del menú. Ya me había escapado por los pelos. No quería atraer más atención.

Accedieron con tanta rapidez a mis condiciones como con pocas protestas. Y tres semanas después, la receta de La paëlle antillaise de Mamie Framboise apareció en *Hôte* & Cuisine al lado de un efusivo artículo de Laure Dessanges. «Espero poder proporcionaros más recetas campestres de Mamie Framboise muy pronto -prometió-. Hasta entonces, podéis probarlas en Aux Délices Dessanges, Rue des Romarins, Angers.»

Supongo que jamás se les ocurrió que leería el artículo. Quizá pensaron que no hablaba en serio cuando se lo dije. Cuando se lo mencioné se disculparon, como chiquillos a los que han pillado en una simpática travesura. El plato estaba teniendo mucho éxito y estaban planeando dedicar toda una sección de la carta a *Mamie Framboise*, en la que incluirían mi couscous à *la provençale*, mi *cassoulet trois haricot* y los famosos *crêpes* de *Mamie Framboise.*

– ¿Te das cuenta Mamie? -explicó Yannick encantador-. Lo más hermoso de todo es que no esperamos que hagas nada. ¡Sólo sé tú misma! ¡Sé natural!

– Yo podría publicar una columna en la revista -añadió Laure-. *Los consejos de Mamie Framboise*, o algo por el estilo. Por supuesto, tú no tendrías que escribirla. Yo me encargaría de todo. -Me sonrió alegremente, como si fuese un niña que necesita que le den seguridad.

Volvieron a traer a Cassis consigo; él también sonreía alegremente aunque parecía un poco confundido, como si todo aquello lo desbordase.

– Pero os lo advertí. -Mantuve la voz contenida, dura, para evitar que temblara-. Ya os lo advertí antes. No quiero nada de eso. No quiero formar parte de esto.

Cassis me miró desconcertado.

– Pero es una oportunidad tan buena para mi hijo… -suplicó-. Piensa en lo que esa publicidad significaría para él.

Yannick tosió.

– Lo que mi padre quiere decir -se apresuró a corregir- es que todos podríamos beneficiarnos de la situación. Las posibilidades son infinitas si la cosa resulta bien. Podríamos lanzar al mercado las confituras de *Mamie Framboise*, las galletas de *Mamie Framboise*… Naturalmente Mamie, tú tendrías un porcentaje sustancial.

Negué con la cabeza.

– No me estáis escuchando -dije alzando la voz-. No quiero publicidad. No quiero ningún porcentaje. No me interesa.

Yannick y Laure intercambiaron miradas.

– Y si estáis pensando lo que creo que estáis pensando -espeté cortante-, que fácilmente podéis hacerlo sin mi consentimiento (al fin y al cabo, un nombre y una fotografía es todo lo que necesitáis), entonces escuchadme bien. Si vuelvo a enterarme de que ha aparecido alguna receta más de *Mamie Framboise* en esa revista, en cualquier revista, ese mismo día llamaré al editor y le venderé los derechos de todas las recetas que tengo. ¡Qué diablos, se las daré gratis!

Estaba sin aliento, el corazón martilleándome por la rabia y el miedo. Pero nadie presiona a la hija de Mirabelle Dartigen. Ellos también sabían que estaba hablando en serio, podía leerlo en sus rostros.

– Mamie… -protestaron en vano.

– Y dejad ya de llamarme Mamie.

– Dejadme hablar con ella. -Ése era Cassis, levantándose con dificultad de la silla. Noté que la edad lo había encogido, lo había hundido suavemente en sí mismo, como un *soufflé* fallido. Incluso aquel pequeño esfuerzo lo hacía resollar dolorosamente.

– En el jardín.

Sentada en un tronco caído junto al pozo abandonado tuve un extraño sentimiento de duplicación, como si el viejo Cassis pudiese quitarse de la cara la máscara del hombre gordo y volver a aparecer como antes, intenso, temerario y salvaje.

– ¿Por qué haces esto? -inquirió-. ¿Es por mí?

Moví la cabeza lentamente.

– No tiene nada que ver contigo -le dije-, ni con Yannick. -Volví la cabeza bruscamente hacia la granja-. Te habrás fijado en que he podido arreglar la vieja granja.

Se encogió de hombros.

– Nunca supe por qué querías hacerlo -confesó-. Yo no hubiera tocado el lugar. Me da escalofríos sólo de pensar que estás viviendo aquí. -Y me dirigió una extraña mirada, maliciosa, casi penetrante-. Pero es típico de ti -sonrió-. Siempre fuiste su favorita, Boise. Incluso te pareces a ella ahora.

Me encogí de hombros.

– No me convencerás -le dije terminantemente.

– Incluso empiezas a hablar como ella. -Su voz, una mezcla de amor, culpa y odio-. Boise.

Lo miré.

– Alguien tenía que recordarla -le dije-. Y sabía que no ibas a ser tú.

– Pero aquí, en Les Laveuses… -dijo haciendo un gesto de impotencia.

– Nadie sabe quién soy -le dije-. Nadie me relaciona. -Sonreí de

pronto-. Sabes, Cassis, para la mayoría de gente, las mujeres mayores parecen todas iguales.

Asintió.

– Y crees que *Mamie Framboise* cambiaría todo eso.

– Sé que lo haría.

Silencio.

– Siempre fuiste buena mentirosa -observó casualmente-. Es otra de las cosas que heredaste de ella. La capacidad de ocultar. Yo soy un libro abierto. -Estiró los brazos a ambos lados para ilustrarlo.

– Bien hecho -comenté indiferente. Incluso se lo creía él mismo.

– Eres una buena cocinera, lo reconozco. -Miró al huerto por encima de mi hombro, los árboles pesados por la fruta madura-. A ella le habría gustado. Saber que mantienes las cosas funcionando. Te pareces tanto a ella… -repitió lentamente, no era un cumplido sino una afirmación, con cierto desagrado, cierto temor.

– Me dejó su libro -le confesé-. El que contiene las recetas. El álbum.

Sus ojos se agrandaron.

– ¿De veras? Bueno, eras su preferida.

– No sé por qué sigues diciendo eso -respondí impaciente-. Si madre tuvo alguna vez una preferida, ésa fue Reinette, no yo. Acuérdate.

– Ella misma me lo dijo -explicó-. Me dijo que de los tres tú eras la única con sentido común y agallas. «Hay cien veces más de mí en esa astuta zorrilla que en vosotros dos juntos.» Eso fue lo que dijo.

Sonaba a madre. Su voz en la de él, clara y afilada como el vidrio. Debía de estar enfadada con él, en uno de sus ataques de ira. Casi nunca nos ponía la mano encima, pero ¡Dios, aquella lengua!

Cassis hizo una mueca.

– Fue la forma de decirlo, también -me dijo suavemente-. Tan fría y seca. Con esa curiosa mirada en los ojos, como si fuese una especie de prueba. Como si esperase ver cómo reaccionaría yo.

– ¿Y cómo reaccionaste?

– Me eché a llorar, claro. Sólo tenía nueve años -dijo y se encogió de hombros.

Claro que lo hizo, me dije a mí misma. Siempre hacía lo mismo. Demasiado sensible debajo de su fiereza. Solía escaparse de casa con frecuencia, durmiendo en los bosques, en las cabañas que hacía en los árboles, sabiendo que madre no lo azotaría. Ella estimulaba secretamente su mala conducta, porque parecía desafío. Parecía fortaleza. Yo le habría escupido en la cara.

– Dime, Cassis -la idea me vino de pronto y casi me dejó sin aliento por la excitación-. Mamá… ¿tú recuerdas si hablaba italiano o portugués? ¿Alguna lengua extranjera?

Cassis me miró sorprendido y negó con la cabeza.

– ¿Estás seguro? En el álbum -le hablé de las páginas escritas en lenguaje extraño, las páginas secretas que jamás había aprendido a descifrar.

– Déjame verlas.

Las miramos juntos, Cassis palpando las hojas amarillentas y rígidas con renuente fascinación. Noté que evitaba tocar la escritura aunque a veces tocaba otras cosas: las fotografías, las flores secas, las alas de mariposas, los retazos de tela pegados en las páginas.

– Dios mío -musitó-. Jamás tuve ni idea de que hubiera hecho algo parecido. -Alzó la mirada hacia mí-. ¿Y tú dices que no eras su preferida?

Al principio parecía estar más interesado en las recetas que en cualquier otra cosa. Rozando levemente el álbum, sus dedos parecían haber recuperado parte de su antigua destreza.

– Tarte mirabelle *aux* amandes -susurró-. Tourteau fromage. Clafoutis *aux* cerises *rouges*. ¡Me acuerdo de éstos! -Su entusiasmo era de repente muy juvenil, muy del viejo Cassis-. Todo está aquí -dijo suavemente-. Todo.

Le señalé uno de los pasajes extraños.

Cassis los estudió por un momento y empezó a reír.

– No es italiano -dijo-. ¿No te acuerdas de lo que es? -Parecía que encontraba todo aquello muy divertido, sacudiéndose y resollando. Incluso sus orejas temblaban, unas orejas grandes de viejo como champiñones garzos-. Es el lenguaje que papá inventó. *Bilinienverlini*, solía llamarlo. ¿No te acuerdas? Solía hablarlo a menudo.

Intenté recordar. Tenía siete años cuando murió. Debía de quedar algo, pensé para mí. Pero había muy poco. Todo había sido engullido por una enorme garganta hambrienta de oscuridad. Puedo recordar a mi padre pero sólo en retazos. El olor a polillas y tabaco que desprendía su abrigo. Las aguaturmas que sólo a él le gustaban pero que todos teníamos que comer una vez a la semana. Cómo me había clavado accidentalmente un anzuelo en la parte membranosa de la mano, entre el dedo pulgar y el índice, y sus brazos rodeándome, su voz instándome a ser valiente… Recuerdo su rostro por las fotografías, todas en color sepia. En el fondo de mi mente, algo -algo remoto- arrojado por la oscuridad. Mi padre, sonriente, farfullándonos algo sin sentido. Cassis riendo, yo riendo sin entender realmente la broma y a salvo de madre, por una vez, fuera de nuestra vista, con uno de sus dolores de cabeza quizás, unas vacaciones inesperadas…

– Recuerdo algo -dije al final.

Entonces me lo explicó pacientemente. Un lenguaje de sílabas invertidas, de palabras al revés, prefijos y sufijos absurdos. «*Roquieni carpliexni*.» «Quiero explicar.» «*Inoi yotsei roguseni iedi nia iquieni*.» «No

estoy seguro de a quién.»

Por extraño que resulte, Cassis no parecía estar en absoluto interesado en los escritos secretos de mi madre. Su mirada se detenía en las recetas. El resto estaba muerto. Las recetas eran algo que podía entender, tocar, probar. Podía sentir su incomodidad al estar tan cerca de mí, como si mi parecido con ella pudiese infectarlo.

– Si mi hijo pudiese ver estas recetas… -musitó.

– No se lo digas -dije con firmeza. Empezaba a conocer a Yannick. Cuanto menos supiese de nosotros mejor.

Cassis se encogió de hombros.

– Naturalmente que no. Te lo prometo.

Y lo creí. Eso demuestra que no me parezco tanto a mi madre como él pensaba. Confié en él, que Dios me ayude, y durante un tiempo pareció haber cumplido su promesa. Yannick y Laure mantuvieron las distancias, *Mamie Framboise* desapareció de la escena y el otoño sucedió al verano, arrastrando una suave cola de hojas muertas.

Capítulo 6

Yannick dice que vio a la Gran Madre hoy -escribe-. Vino corriendo desde el río, medio loco por la excitación y farfullando. Con las prisas había olvidado el pescado y yo le reñí por perder el tiempo. Me miró con ese triste desamparo en sus ojos y creí que iba a decir algo pero no lo hizo. Supongo que se siente avergonzado. Yo me siento dura por dentro, helada. Quiero decir algo pero no estoy segura del qué. Trae mala suerte ver a la Gran Madre, todo el mundo lo dice, pero de eso, ya hemos tenido bastante hasta ahora. Quizá por eso soy como soy.

Me tomé tiempo para leer el álbum de mi madre. En parte era por miedo. De lo que pudiera descubrir, quizá. O de lo que me vería obligada a recordar. En parte era porque la redacción era confusa, el orden de los acontecimientos estaba experta y deliberadamente mezclado, como un ingenioso juego de cartas. Apenas recordaba el día en que había hablado, aunque soñé con él más tarde. La letra, aunque clara, era obsesivamente pequeña y me causaba terribles dolores de cabeza si la estudiaba demasiado tiempo. En esto también soy como ella. Recuerdo con nitidez sus dolores de cabeza, precedidos por lo que Cassis solía llamar sus «ataques». Habían empeorado cuando yo nací, me dijo. Él era el único de nosotros con edad suficiente para acordarse de cómo era ella antes.

Me acuerdo de cómo era antes -escribe debajo de la receta para la sidra especiada-. Estar en la luz. Sentirme pletórica. Yo fui así durante un tiempo, antes de que C. naciera. Intento recordar cómo era ser tan joven. Ojalá nos hubiésemos mantenido alejados, me digo a mí misma. No regreses nunca más a Les Laveuses. Y, intenta ayudar. Pero ya no hay amor. Ahora me tiene miedo, miedo de lo que pueda hacer. A él. A los niños. No hay dulzura en el sufrimiento, piense lo que piense la gente. Al final acaba por corroerlo todo. Y se queda por los niños. Debería estarle agradecida. Podría abandonarme y nadie pensaría mal de él. Al fin y al cabo, él nació aquí.

Nunca se le dio bien quejarse, aguantaba el dolor hasta que no podía más antes de retirarse a su habitación en penumbra mientras nosotros salíamos afuera sin hacer ruido, como gatos cautelosos. Cada seis meses solía sufrir un ataque realmente serio que la dejaba postrada durante días. En una ocasión, cuando yo era muy pequeña, se desmayó de camino a casa desde el pozo, desplomándose hacia delante sobre el cubo, un chorro de líquido tiñó el camino reseco ante ella, su sombrero de paja caído de lado para dejar al descubierto la boca abierta, los ojos mirando fijamente. Yo me encontraba en el huerto que estaba junto a la cocina recogiendo hierbas, estaba sola. Lo

primero que pensé fue que estaba muerta. Su silencio, el agujero negro de la boca en contraste con la piel tensa y ocre del rostro, los ojos como bolas. Dejé mi cesto muy lentamente y me dirigí hacia ella.

El sendero parecía deformarse extrañamente a mis pies, como si llevara puestas las gafas de otra persona y tropecé un poco. Mi madre yacía apoyada sobre el costado. Una pierna extendida, la falda negra un poco levantada dejando al descubierto la bota y la media. La boca abierta de par en par glotonamente. Yo estaba tranquila.

«Está muerta», me dije. El torrente de sentimientos que me inundó ante tal pensamiento fue tan intenso que por un instante me sentí incapaz de identificarlo. Una sensación como si fuese la brillante cola de un cometa, haciéndome cosquillas en las axilas y volteando mi estómago, como si se tratase de una *crêpe*. Terror, pena, confusión. Miré en mi interior pero no hallé nada de eso. En su lugar, una explosión de fuegos artificiales envenenados que me llenaban la cabeza de luz. Miré lacónica al cadáver de mi madre y sentí alivio, esperanza y una alegría fea y primitiva.

Esta dulzura…

Me siento dura por dentro, helada.

Lo sé, lo sé. No puedo esperar que entendáis cómo me sentí. También a mí me parece grotesco recordar cómo fue, me pregunto si no será éste otro falso recuerdo… Por supuesto, pudo ser el shock. La gente tiene experiencias extrañas bajo los efectos de un *shock*. Incluso los niños. Especialmente los niños, los salvajes gazmoños y reservados que éramos. Encerrados en nuestro mundo de locura, entre el Puesto de Vigilancia y el río, con las piedras alzadas para custodiar nuestros rituales secretos… En cualquier caso, fue alegría lo que sentí.

Estaba junto a ella. Los ojos muertos observándome sin pestañear. Me pregunté si no debía cerrárselos. Había algo inquietante en aquella mirada esférica y como de pez que me recordó a la de la Gran Madre el día en que por fin conseguí pescarla. Un hilo de saliva brillaba entre sus labios. Me acerqué un poco más…

Su mano salió disparada y se aferró a mi tobillo. No estaba muerta sino al acecho, los ojos brillándole con mezquina astucia. Su boca moviéndose penosamente, pronunciando cada palabra con precisión cristalina. Cerré los ojos para no gritar.

– Escucha. Tráeme mi bastón. -Su voz era áspera y metálica-. Tráelo. Cocina. Rápido.

La miré fijamente, su mano aferrada aún a mi tobillo desnudo.

– Esta mañana lo vi venir -dijo monótonamente-. Sabía que sería de los fuertes. Sólo veía la mitad del reloj. Olía a naranjas. Tráeme el bastón. Ayúdame.

– Pensé que ibas a morir. -Mi voz sonaba extrañamente como la suya, clara y dura-. Pensé que estabas muerta.

Frunció la comisura de la boca y emitió un graznido apagado que identifiqué como una carcajada. Fui corriendo hasta la cocina con aquel sonido en los oídos, encontré el bastón, una vara de espino pesada y retorcida con la que solía alcanzar las ramas más altas de los árboles y se la llevé. Ya se había puesto de rodillas, empujando el suelo con las manos. De cuando en cuando meneaba la cabeza con un gesto brusco e impaciente, como si la persiguieran las avispas.

– Bien -su voz era espesa como una bocanada de barro-. Ahora déjame. Ve y díselo a tu padre. Me voy a mi habitación. -Luego, levantándose violentamente con la ayuda del bastón, tambaleándose, manteniéndose en pie por el simple esfuerzo de su voluntad-: ¡Te he dicho que te vayas!

Y me golpeó torpemente con la mano entrecerrada, perdiendo casi el equilibrio, tropezando con el bastón. Corrí entonces, y sólo me di la vuelta cuando ya estaba fuera del alcance de su ira, ocultándome en una hilera de grosellas para observar su andar vacilante hacia la casa, arrastrando los pies y levantando espirales de polvo tras de sí.

Fue la primera vez que me di verdaderamente cuenta de la aflicción de mi madre. Más tarde mi padre nos lo explicó, el asunto del reloj y las naranjas, mientras ella yacía en la penumbra. No entendimos gran cosa de lo que nos habló. Nuestra madre padecía delirios, nos dijo pacientemente, dolores de cabeza que eran tan terribles que a veces ni siquiera era consciente de sus actos. ¿Habíamos sufrido alguna vez una insolación? ¿Experimentado aquel sentimiento de aturdimiento e irrealidad, imaginar que las cosas estaban más cerca de lo que lo estaban de verdad, oír los ruidos más fuertes? Lo miramos sin entender. Sólo Cassis, de nueve años frente a mis cuatro, parecía comprender.

– Hace cosas -prosiguió mi padre- cosas de las que después ya no se acuerda. Todo por los delirios.

Lo miramos con solemnidad. Delirios.

Mi mente infantil asociaba aquella palabra a cuentos de brujas. La casita de pan de jengibre. Los siete cisnes. Me imaginé a mi madre tumbada en la cama en la oscuridad, con los ojos abiertos, extrañas palabras deslizándose entre sus labios como anguilas. La imaginé mirando a través de las paredes y viéndome, viendo en mi interior y sacudiéndose con aquella risa espantosa y chirriante… Padre dormía a veces en la silla de la cocina cuando mi madre tenía sus delirios. Una mañana al despertar nos lo encontramos lavándose la frente en la pila de la cocina y el agua estaba teñida de sangre… Un accidente, nos dijo. Un estúpido accidente. Pero recuerdo haber visto sangre en las tejas de terracota. Había un haz de leña para la estufa sobre la mesa que también tenía sangre.

– Ella no nos haría daño, ¿verdad papá?

Me miró un instante. Titubeó un segundo, quizá dos. Y en sus ojos, una mirada valorativa, como si estuviera sopesando cuánto debía contar.

Luego sonrió.

– Por supuesto que no, cariño. -Qué cosas tienes, venía a decir su sonrisa-. Ella nunca os haría daño a vosotros. -Me estrechó entre sus brazos y olí a tabaco y a polillas y al olor dulzón de sudor rancio. Pero nunca olvidé aquel titubeo, aquella mirada de cálculo. Por un segundo lo había considerado. Le había dado vueltas en su cabeza, preguntándose cuánto debía contarnos. Quizá pensó que le quedaba tiempo, mucho tiempo para contárnoslo cuando fuésemos mayores.

Aquella noche escuché ruidos que procedían de la habitación de mis padres; gritos, rotura de cristales. Me levanté temprano para descubrir que mi padre había pasado toda la noche en la cocina. Mi madre se levantó tarde pero de buen humor -de tan buen humor como jamás lo estuvo-. Tarareando una cancioncilla en un tono bajo y discordante mientras removía los tomates verdes en su olla para la confitura, me dio un puñado de ciruelas Claudias del bolsillo de su delantal. Tímidamente le pregunté si se sentía mejor. Me miró sin entender, su rostro blanco e inexpresivo como un plato recién lavado. Más tarde me colé en su habitación y hallé a mi padre tapando la ventana rota con papel de cera. Los cristales estaban en el suelo y el reloj de la repisa de la chimenea yacía ahora boca abajo sobre las tablas del suelo. Una mancha rojiza se había secado en el papel de la pared justo encima del cabezal de la cama y mis ojos la perseguían con una especie de fascinación. Podían distinguirse las huellas de los cinco dedos y la palma de la mano donde había apuñalado el papel. Cuando volví a mirar unas horas más tarde la pared estaba limpia y la habitación volvía a estar en orden. Ninguno de mis padres mencionó el incidente, se comportaban como si no hubiese sucedido nada malo. Pero después de aquello, mi padre cerraba las puertas de nuestra habitación y echaba el cerrojo en las ventanas cada noche, como si tuviese miedo de que algo fuese a forzar la entrada.

Capítulo 7

Cuando mi padre murió no sentí verdadero pesar. Indagando en mi interior en busca de dolor sólo encontré un lugar duro, como el hueso en el centro de una fruta. Me decía que jamás volvería a ver su rostro, pero para entonces ya casi lo había olvidado. Había sido reemplazado por una especie de imagen con los ojos en blanco, como un santo de escayola, con los botones de su uniforme lanzando suaves destellos. Intenté imaginarlo muerto, caído en el campo de batalla, yaciendo en alguna fosa común, despedazado por una mina que le había explotado en la cara… Imaginé horrores pero eran tan irreales para mí como las pesadillas. Cassis fue el que se lo tomó peor. Se escapó y estuvo ausente durante dos días después de conocer la noticia. Cuando al final regresó a casa, estaba exhausto, hambriento y lleno de picaduras de mosquito. Había estado durmiendo en el otro lado del Loira, donde los bosques ceden paso al pantanal. Creo que tuvo la absurda idea de alistarse en el ejército, pero se había perdido, vagando en círculos durante horas hasta que volvió a encontrar el Loira. Intentó fanfarronear, hacernos creer que había vivido aventuras, pero por primera vez no lo creí.

Después de aquello le dio por pelearse con otros chicos y a veces llegaba a casa con las ropas rasgadas y sangre bajo las uñas. Pasaba horas y horas solo en el bosque. Nunca lloró por padre y se enorgullecía de ello, incluso llegó a insultar a Philippe Hourias cuando en una ocasión intentó consolarlo. Reinette, al contrario, parecía disfrutar de la atención que la muerte de padre le proporcionaba. La gente se presentaba con regalos o le acariciaban la cabeza cuando se la encontraban por el pueblo. En el café, el tema de nuestro futuro -y el de nuestra madre- se comentaba con voces quedas y serias. Mi hermana aprendió a humedecer sus ojos a voluntad y cultivó una sonrisa de niña valiente y huérfana que le valía regalos o caramelos, además de la fama de ser la única sensible de la familia.

Mi madre nunca volvió a hablar de él después de su muerte. Era como si, después de todo, mi padre nunca hubiese vivido con nosotros. La granja siguió funcionando y con más eficiencia si cabe. Arrancamos las hileras de aguaturmas que sólo a él le gustaban y las reemplazamos con espárragos y brécol púrpura que se mecía y susurraba en el viento. Empecé a tener pesadillas en las que estaba enterrada, pudriéndome, abrumada por el hedor de mi propia putrefacción. Me ahogaba en el Loira, sintiendo el cieno del lecho del río reptar por mi carne muerta y cuando intentaba pedir ayuda notaba cientos de cuerpos junto a mí, meciéndose suavemente con la corriente del río, amontonados unos junto a otros, hombro con

hombro, algunos enteros, otros mutilados, sin rostro, con sonrisas quebradas por las mandíbulas dislocadas y con los ojos muertos en blanco en una ostentosa señal de bienvenida… Me despertaba de esos sueños sudorosa y gritando pero madre nunca acudía. Cassis y Reinette venían en su lugar, a veces impacientes, a veces amables. En algunas ocasiones me pellizcaban y me amenazaban en voz baja y exasperada. En otras me abrazaban y me dormían acunándome en sus brazos. A veces Cassis nos explicaba historias y Reine-Claude y yo le escuchábamos con los ojos abiertos a la luz de la luna; eran historias de gigantes y de brujas, de rosas devoradoras de hombres, de montañas y dragones disfrazados de hombres… Oh, Cassis era muy bueno contando historias en aquellos días y aunque con frecuencia se mostraba cruel y se reía a menudo de mis terrores nocturnos, ésas son las historias que ahora recuerdo con más nitidez, además del brillo de sus ojos.

Capítulo 8

Al irse padre, aprendí a reconocer los delirios de madre casi tan bien como lo hiciera él. Al principio empezaba a hablar con cierta vaguedad, y sentía cierta tensión alrededor de las sienes que traicionaba meneando la cabeza con gestos impacientes y rápidos. A veces intentaba coger algún objeto -una cuchara, un cuchillo- y erraba, golpeándose la mano repetidamente contra la mesa o con el fregadero como si buscara el objeto. A veces preguntaba: «¿Qué hora es?», aunque estuviera justo delante del reloj de la cocina, grande y redondo. Y en todas aquellas ocasiones siempre la misma tajante y sospechosa pregunta:

– ¿Alguno de vosotros ha traído naranjas a casa?

Silenciosamente negábamos con la cabeza. Las naranjas escaseaban; sólo las habíamos probado ocasionalmente. En el mercado de Angers las veíamos de vez en cuando: jugosas naranjas españolas de corteza gruesa y cubierta de surcos; naranjas sanguinas de grano fino procedentes del sur, abiertas para revelar la carne purpúrea y áspera… Nuestra madre siempre se mantenía a distancia de esos tenderetes, como si su mera vista la pusiese enferma. Una vez, cuando una amable mujer del mercado nos dio una naranja para compartir, nuestra madre se negó a dejarnos entrar en la casa hasta que nos hubiéramos lavado, restregado las uñas y frotado las manos con bálsamo de limón y espliego, y aun así protestaba que podía oler el aceite de la naranja en nosotros, dejando las ventanas abiertas durante dos días hasta que finalmente el olor se desvaneció. Las naranjas de sus delirios eran puramente imaginarias, claro está. El perfume precedía a sus migrañas y al cabo de pocas horas de olerlo ya estaba echada en la cama a oscuras con un pañuelo empapado en lavanda en la cara y las pastillas a mano. Las pastillas, luego lo supe, eran morfina.

Ella nunca nos explicaba nada. La información que podíamos recoger era fruto de una larga observación. Cuando sentía aproximarse un ataque de migraña se limitaba a retirarse a su habitación sin darnos ninguna explicación, dejándonos que nos las arregláramos solos. Así fue como empezamos a considerar esos delirios suyos como una especie de vacaciones cuya duración podía variar entre dos horas y un día entero, quizá dos, durante los cuales corríamos libremente. Para nosotros eran días maravillosos, días que hubiera deseado que duraran eternamente, nadando en el Loira o pescando cangrejos en las aguas poco profundas, explorando el bosque, poniéndonos enfermos de tanto comer cerezas, ciruelas o grosellas, peleándonos, disparando con pistolas de patata y decorando las piedras alzadas con el botín de

nuestras aventuras.

Las piedras alzadas eran los restos de un viejo embarcadero arrastrado por la corriente tiempo atrás. Cinco pilares de piedra, uno más bajo que los demás, que emergían del agua. Un enganche de metal sobresalía en cada uno de los lados, derramando lágrimas oxidadas en la piedra podrida, donde una vez habían estado fijadas las tablas. En esas protuberancias metálicas colgábamos nuestros trofeos; bárbaras guirnaldas de cabezas de pescado y flores, señales escritas en códigos secretos, piedras mágicas, esculturas de madera a la deriva. El último pilar estaba asentado en aguas profundas, en un lugar donde la corriente era especialmente fuerte; ahí escondíamos nuestro cofre del tesoro. Se trataba de una caja de latón envuelta en un tejido alquitranado y sujeta con un trozo de cadena. La cadena estaba atada a una cuerda que a su vez permanecía sujeta al pilar al que todos nos referíamos como la piedra del tesoro. Para coger el tesoro era preciso nadar hasta el último pilar -toda una hazaña- luego, aferrándose a él con un brazo, había que levantar el cofre hundido, desatarlo y volver a nadar con él a cuestas hasta la orilla. Todos dábamos por sentado que Cassis era el único capaz de hacerlo. El «tesoro» consistía básicamente en objetos que ningún adulto consideraría valiosos. Las pistolas de patata, goma de mascar envuelta en papel untado de grasa para que se conservara mejor, una barra de azúcar, tres cigarrillos, algunas monedas en un monedero desgastado, fotografías de actrices (que, al igual que los cigarrillos, eran de Cassis) y algunos ejemplares de una revista ilustrada especializada en historias escabrosas.

Algunas veces Paul Hourias nos acompañaba en lo que Cassis solía llamar nuestras «salidas de caza», aunque no estaba totalmente iniciado en nuestros secretos. Me gustaba Paul. Su padre vendía cebos en la carretera de Angers y su madre hacía remiendos para poder llegar a fin de mes. Era hijo único de unos padres con edad suficiente para ser sus abuelos y la mayor parte de su tiempo lo pasaba quitándose fuera de su vista. Él vivía como yo ansiaba vivir; en verano pasaba noches enteras en el bosque sin despertar por ello ninguna intranquilidad en su familia. Sabía dónde encontrar setas en el bosque y hacer silbatos de las ramas de un sauce. Tenía unas manos diestras y ágiles pero a menudo era torpe y lento en el hablar y cuando había adultos cerca solía tartamudear. Aunque tenía casi la misma edad que Cassis no iba al colegio; en vez de eso ayudaba en la granja de su tío, ordeñando las vacas y sacándolas a pastar. Se mostraba paciente conmigo, más que Cassis, nunca se burlaba de mi ignorancia o me despreciaba por ser pequeña. Por supuesto, ahora ya está viejo. Pero a veces pienso que de nosotros cuatro es el que menos ha envejecido.

SEGUNDA PARTE. La Fruta Prohibida

Capítulo 1

Ya a principios de junio prometía ser un verano caluroso y el Loira estaba bajo y áspero por las arenas movedizas y los desprendimientos. También había serpientes, más de las acostumbradas: culebras cobrizas de cabeza plana que acechaban en el frío barro de las aguas poco profundas. A Jeannette Gaudin le mordió una de esas serpientes mientras chapoteaba en el agua una tarde seca y la enterraron una semana después en el cementerio de la iglesia de Saint-Benedict debajo de una cruz y un ángel de escayola. *Querida hija… 1934-1942*. Yo era tres meses mayor que ella.

De pronto sentí como si se hubiese abierto un abismo debajo de mí, un agujero caliente y profundo como una boca gigantesca. Si Jeannette podía morir también podía yo. Y cualquiera. Cassis me miró con desprecio desde la altura de sus trece años. Se supone que la gente muere en tiempos de guerra, estúpida. Los niños también. La gente muere continuamente.

Intenté explicarle lo que sentía pero no pude. Que los soldados muriesen -incluido mi propio padre- era una cosa. Incluso que mataran a civiles en un bombardeo, aunque había habido muy poco de eso en Les Laveuses. Pero esto era distinto. Mis pesadillas empeoraron. Me pasaba horas contemplando el río con mi red de pesca, capturando a las malditas serpientes pardas en las aguas poco profundas, aplastándoles sus planas cabezas con una piedra y colgando sus cuerpos en las raíces que quedaban al descubierto en la ribera. A finales de semana había más de veinte de ellas colgadas lánguidamente de las raíces y el hedor -un olor a pescado y extrañamente dulzón, como algo podrido y fermentado- era abrumador. Cassis y Reinette iban todavía a la escuela -los dos iban al *collège* en Angers- y fue Paul quien me encontró, removiendo tenazmente la sopa de barro de la orilla con mi red y con una pinza en la nariz para eludir el tufo.

Él llevaba pantalones cortos y sandalias y llevaba atado a su perro *Malabar* con una correa hecha de cuerda.

Le dirigí una mirada de indiferencia y concentré mi atención en el agua. Paul se sentó a mi lado. *Malabar* se dejó caer pesadamente en el camino, jadeando. Hice caso omiso de ambos. Al final Paul habló.

– ¿Qué te pasa?

Me encogí de hombros.

– Nada. Sólo estoy pescando. Nada más.

Otro silencio.

– Serpientes. -Su voz era cuidadosamente indiferente.

Asentí con gesto desafiante.

– ¿Y?

– Y nada. -Acarició la cabeza de Malabar-. Puedes hacer lo que quieras. -Una pausa se arrastró entre nosotros como un caracol de carreras.

– Me pregunto si duele -dije por fin.

Estuvo meditando unos instantes como si supiera a lo que me refería, luego meneó la cabeza.

– No lo sé.

– Dicen que el veneno llega a la sangre y te deja paralizado. Como si te durmieras.

Me miró evasivo, sin mostrarse de acuerdo o en desacuerdo conmigo.

– Cassis dice que seguramente Jeannette Gaudin vio a la Gran Madre -dijo por fin-. Ya sabes. Por eso la serpiente la mordió. La maldición de la Gran Madre.

Sacudí la cabeza. Cassis, el ávido cuentista de historias y lector de revistas insólitas (con títulos como La maldición de la momia o El enjambre bárbaro), siempre andaba contando cosas de ésas.

– Ni siquiera creo que la Gran Madre exista -le respondí desafiante-. En cualquier caso, yo nunca la he visto. Además las maldiciones no existen. Todo el mundo lo sabe.

Paul me miró con ojos indignados y tristes.

– Por supuesto que sí -afirmó-. Y está ahí abajo. Mi padre la vio una vez, antes de que yo naciera. El lucio más grande que hayas visto jamás. Una semana después se rompió la pierna al caerse de la bicicleta. Hasta tu padre… -se detuvo, bajando los ojos, confundido de repente.

– No mi padre -le respondí cortante-. A mi padre lo mataron en el campo de batalla. -Se me apareció vívidamente su imagen marchando, un eslabón en una línea infinita que se movía inexorablemente hacia el horizonte abierto.

Paul movió la cabeza.

– Está ahí -dijo tercamente-. Ahí, en el punto más profundo del Loira. Debe de tener unos cuarenta años, cincuenta quizás. Los lucios viven mucho tiempo, los viejos. Es oscura como el barro en el que habita. Es astuta, endiabladamente astuta. Es capaz de engullir un pájaro que esté sobre el agua con la facilidad con que se tragaría un trozo de pan. Mi padre dice que no es un lucio sino un fantasma, una asesina, condenada a observar a los vivos eternamente. Por eso nos odia.

Aquel era un discurso largo para Paul y, a mi pesar, lo escuché arrobada. El río era pródigo en historias y cuentos de viejas, pero de todas, la historia de la Gran Madre era la que más había perdurado. Un lucio gigante con el hocico hendido y los anzuelos de los

pescadores que habían intentado capturarla prendidos del labio. En sus ojos una inteligencia diabólica. En su estómago un tesoro de origen desconocido e incalculable valor.

– Mi padre dice que si alguien consiguiera cazarla, tendría que concederle un deseo. Dice que él se conformaría con un millón de francos y un vistazo a la ropa interior de esa Greta Garbo. -Sonrió tímidamente. «Son cosas de adultos», parecía decir su sonrisa.

Lo consideré. Me dije a mí misma que no creía en maldiciones ni en cuentos de brujas. Pero no podía borrar la imagen del viejo lucio.

– Si está ahí podríamos pescarla -le dije bruscamente-. Es nuestro río. Podríamos hacerlo.

De pronto, lo vi claro; no sólo era posible sino que era además una obligación. Pensé en los sueños que me habían estado mortificando desde que padre murió; sueños en los que me ahogaba, en los que me dejaba arrastrar ciegamente en la espuma negra del Loira crecido, con la pegajosa sensación de tener carne rodeándome por todas partes, de gritar y sentir mis gritos forzados a regresar a mi garganta, de ahogarme a mí misma. De algún modo, el lucio pasó a personificar todo eso y si bien mi pensamiento no era tan analítico como eso, algo en mí tuvo de pronto la certeza de que si pescaba a la Gran Madre, algo sucedería. No podía articular el qué, ni siquiera a mí misma. Pero algo, pensé con una excitación creciente e incomprensible. Algo.

Paul me miró asombrado.

– ¿Capturarla? -repitió-. ¿Para qué?

– Es nuestro río -le dije tercamente-. No debería estar en nuestro río. -Lo que quería decir era que el lucio me ofendía de algún modo secreto y visceral, mucho más que las serpientes; su malicia, su edad, su perversa complacencia. Pero no se me ocurría la forma de explicarlo. Era un monstruo.

– Además. Nunca lo conseguirás -continuó Paul-. Me refiero a que mucha gente lo ha intentado. Gente mayor. Con sedales y redes y todo. Muerde las redes. Y los sedales… los parte por la mitad. Es fuerte, ¿sabes? Más fuerte que cualquiera de nosotros.

– No tiene por qué -insistí-. Podemos atraparla.

– Tienes que ser endiabladamente lista para atrapar a la Gran Madre -dijo Paul imperturbable.

– ¿Y? -Empezaba a estar enfadada y lo encaré con los puños apretados y el rostro tenso por la frustración-. Pues seremos listos. Cassis y yo, Reinette y tú. Los cuatro. A menos que tengas miedo.

– No te-tengo miedo, pero es im-im-imposible. -Había empezado a tartamudear otra vez, como solía hacer cuando se sentía presionado. Lo miré.

– Bueno lo haré yo sola si no queréis ayudarme. Y atraparé al

viejo lucio. Tú espera y verás.

Por alguna razón me escocían los ojos. Los froté furtivamente con la palma de la mano. Pude ver que Paul me observaba con expresión curiosa, pero no dijo nada. Escarbé con virulencia en los calientes charcos con mi red.

– Sólo es un viejo pez -dije. Hurgué-. Lo cogeré y lo colgaré de las piedras alzadas. -Hurgué-. *Ahí* mismo. -Señalé a la Piedra del Tesoro con la red que goteaba-. Ahí mismo. -Volví a repetir en voz baja, escupiendo al suelo para corroborar mis palabras.

Capítulo 2

Mi madre olió a naranjas durante todo aquel caluroso mes. Casi una vez por semana, aunque no siempre, era el preludio de uno de sus delirios. Mientras Cassis y Reinette estaban en el colegio, yo corría hasta el río, casi siempre sola, pero a veces acompañada de Paul cuando él podía escabullirse de sus tareas en la granja.

Había alcanzado una edad difícil y separada de mis hermanos durante la mayor parte de aquellos largos días me hice más descarada y rebelde, huyendo cada vez que mi madre me mandaba cosas que hacer, saltándome las comidas y llegando tarde a casa, sucia, con las ropas teñidas con el polvo ocre de la orilla del río, el cabello suelto y pegajoso por el sudor. Ya era indócil de nacimiento, pero el verano de mis nueve años empeoré como jamás lo había hecho antes. Mi madre y yo nos acechábamos mutuamente como gatas defendiendo nuestro territorio. Cada roce era un chispazo electroestático; cada palabra un insulto potencial; cada conversación, un campo minado. Durante las comidas estábamos sentadas la una frente a la otra, con la mirada ceñuda puesta en la sopa y las *crêpes*. Cassis y Reinette nos flanqueaban como temerosos cortesanos, con los ojos abiertos de par en par y silenciosos.

No sé por qué nos enfrentábamos de aquella forma; quizá fuese sencillamente por el hecho de que me estaba haciendo mayor. A medida que me iba acercando a la adolescencia veía con otros ojos a la mujer que me había aterrorizado durante mi infancia. Veía los mechones grisáceos en su cabello, las líneas que le enmarcaban la boca. Ahora veía -con un viso de desprecio- que sólo era una mujer que estaba envejeciendo y cuyos delirios la recluían irremediablemente en su habitación.

Y ella me atormentaba. Deliberadamente, o así lo creía yo. Ahora pienso que quizá no podía evitarlo, estaba tanto en su infeliz naturaleza como en la mía estaba el provocarla. Durante aquel verano, parecía que cada vez que abría la boca era para criticar. Mis modales, mi ropa, mi aspecto, mis opiniones. Todo, según ella, era reprobable. Era descuidada; dejaba mi ropa sin doblar a los pies de la cama al irme a dormir. Arrastraba los pies al andar, me convertiría en jorobada si no ponía remedio. Era glotona, me atiborraba de fruta del huerto. Por lo demás tenía poco apetito: estaba creciendo flaca y descarnada. ¿Por qué no podía ser como Reine-Claude? A los doce años, mi hermana ya se había desarrollado. Dulce y suave como la miel oscura, con los ojos ambarinos y el cabello otoñal; era la heroína de cualquier novela, todas y cada una de las diosas de la pantalla que había imaginado y admirado. Cuando éramos pequeñas me dejaba que

le trenzara el cabello y yo insertaba flores y bayas en las gruesas trenzas y le rodeaba la cabeza con correhuelas, lo que la hacía parecer un hada del bosque. Ahora había algo casi adulto en su compostura, en su dulzura pasiva. A su lado, yo parecía una rana, me decía mi madre, una pequeña rana fea y flacucha con mi boca ancha y hosca y mis manos y pies grandes.

Recuerdo una de aquellas cenas conflictivas en particular. Teníamos *paupiettes* para cenar: esos pequeños rollos de carne de ternera rellenos de carne picada de tocino, liados con una cuerda y guisados con una espesa salsa de zanahorias, cebolletas y tomates en vino blanco. Miré al plato con una taciturna falta de interés. Reinette y Cassis no miraban nada en particular, cuidadosamente indiferentes. Mi madre apretó los puños, furiosa por mi silencio. Después de la muerte de mi padre no había nadie que atemperara su ira y siempre estaba a punto de estallar, hirviendo bajo la superficie. Casi nunca nos pegaba -algo muy raro en aquellos tiempos, casi anormal- aunque sospechaba que no se debía a su gran sentido del afecto, sino más bien al temor de que una vez hubiera empezado le fuera imposible detenerse.

– No arrastres los pies, por el amor de Dios. -Su voz era tan agria como una grosella verde-. ¿Es que no ves que si arrastras los pies acabarás por quedarte así?

Le dirigí una mirada rápida e insolente y apoyé los codos sobre la mesa.

– ¡Quita los codos de la mesa! -casi gimió-. Mira a tu hermana. Mírala. ¿Arrastra ella los pies? ¿Se comporta como una labriega resentida?

No se me ocurrió sentir resentimiento contra Reinette. Lo sentía contra mi madre y lo exteriorizaba con cada movimiento de mi avisado cuerpo adolescente. Le daba cualquier excusa para acosarme. Quería que tendiéramos la ropa por las costuras, pues yo lo hacía por el cuello. Los tarros de la despensa debían tener las etiquetas mirando hacia adelante, pues yo las ponía hacia atrás. Olvidaba lavarme las manos antes de las comidas. Cambiaba el orden de las sartenes que estaban colgadas de la pared de la cocina de mayor a menor. Dejaba la ventana de la cocina abierta de manera que cuando ella abría la puerta la corriente hacía que se cerrara de un portazo. Infringía miles de sus reglas personales y ella reaccionaba a cada transgresión con la misma rabia perpleja. Para ella, aquellas nimias reglas eran importantes pues eran las armas de las que se servía para controlar nuestro mundo. Si se las quitábamos se quedaba como el resto de nosotros, huérfana y perdida.

Naturalmente, yo no sabía aquello entonces.

– Eres una zorrilla dura de pelar, ¿no? -dijo finalmente,

empujando su plato-. Dura como los clavos. -No había ni hostilidad ni afecto en su voz, simplemente una especie de fría falta de interés-. Yo solía ser así a tu edad -confesó. Era la primera vez que la oía hablar de su propia niñez. Su sonrisa se hizo más profunda y triste. Resultaba imposible imaginarla en su juventud.

Apuñalé mi *paupiette*, cuya salsa estaba pastosa y fría.

– También quería pelearme con todo el mundo -dijo mi madre-. Lo habría sacrificado todo, habría herido a cualquiera para demostrar que tenía razón. Para ganar. -Me miró intensamente, con curiosidad, sus ojos negros como alfileres en brea-. Rebelde. Eso es lo que eres. Desde el mismo instante en que naciste supe lo que ibas a ser. Has hecho que todo vuelva a empezar. Peor que nunca. Tu forma de gritar por las noches y de negarte a comer; y yo tumbada en la cama, despierta con las puertas cerradas y la cabeza martilleándome.

No respondí. Un momento después mi madre se echó a reír sarcástica y empezó a recoger la mesa. Fue la última vez que habló de la guerra que había entre nosotras, si bien la guerra estaba lejos de haber terminado.

Capítulo 3

El puesto de vigilancia era un olmo viejo que quedaba cerca de la ribera del Loira. Sobresaliendo del agua, un manojo de gruesas raíces pendían hacia abajo desde el suelo reseco de la ribera, haciendo que resultara fácil escalarlas incluso para mí. Y desde las ramas más altas se podía ver Les Laveuses. Cassis y Paul habían construido una cabaña primitiva -una plataforma y algunas ramas inclinadas que hacían las veces de tejado- pero era yo quien pasaba más tiempo en el refugio Reinette se mostraba poco dispuesta a subir a las ramas más altas, aunque habíamos facilitado el acceso gracias a una cuerda con nudos, y Cassis raramente iba por allí, así que a menudo disponía del lugar para mí sola. Iba allí para pensar y observar la carretera por la que a veces podía ver a los alemanes pasar con sus autos, o, con más frecuencia, con sus motocicletas.

Por supuesto, había poca cosa de interés para los alemanes en Les Laveuses. No había cuarteles, m escuelas ni edificios públicos que ocupar. Se establecieron en Angers y hacían algunas patrullas por los pueblos vecinos. Sólo los veía (sin contar los vehículos que pasaban por la carretera) cuando enviaban a grupos de soldados cada semana a requisar productos de la granja de Hourias. La nuestra era menos frecuentada no teníamos vacas, sólo algunos cerdos y cabras. Nuestra principal fuente de ingresos era la fruta y la temporada acababa de empezar. Un par de soldados venían a desgana una vez al mes, pero lo mejor de nuestros suministros estaba bien escondido, y madre siempre me enviaba al huerto cuando los soldados llegaban. Aun así, sentía curiosidad por los uniformes grises, y, a veces, sentada en el puesto de vigilancia lanzaba cohetes imaginarios a los coches que pasaban. No era verdaderamente hostil, ninguno de los niños lo éramos. Sencillamente sentíamos curiosidad y repetíamos los insultos que nuestros padres nos enseñaban (boche asqueroso, cerdo nazi) por puro instinto de imitación. No tenía ni idea de lo que sucedía en la Francia ocupada, ni de dónde estaba Berlín.

En una ocasión fueron a requisar el violín de Denis Gaudin, el abuelo de Jeannette. Ella me lo explicó al día siguiente. Estaba oscureciendo y las contraventanas estaban cerradas cuando oyeron que llamaban a la puerta. La abrieron y vieron a un oficial alemán. En un francés educado aunque dificultoso se dirigió a su abuelo.

– *Monsieur*, creo que tiene usted un violín. Yo lo necesito.

Algunos oficiales habían decidido formar una banda militar. Me imagino que hasta los alemanes necesitaban alguna forma de pasar el tiempo.

El viejo Gaudin se lo quedó mirando.

– Un violín es como una mujer, mein Herr -repitió cortésmente-. No es algo que se pueda prestar.

Y suavemente cerró la puerta. Hubo un silencio mientras el oficial digería estas palabras. Jeannette miró a su abuelo con los ojos abiertos de par en par. Luego, afuera sonó la risa del oficial alemán que repetía:

– … wie eine Frau! Wie eine Frau!

El oficial alemán no regresó más y Denis conservó el violín hasta mucho después, casi hasta el final de la guerra.

Capítulo 4

No obstante, por primera vez aquel verano, mi interés no iba dirigido hacia los alemanes. Pasaba la mayor parte de mis horas despierta (y también muchas dormida) urdiendo tretas para atrapar a la Gran Madre. Estudiaba diversas técnicas de pesca. Sedales para anguilas, trampas para cangrejos, barrederas, redes de arrastre, cebos vivos y boyas. Iba a ver a Hourias y lo mortificaba hasta que me contaba todo lo que sabía de cebos. Sacaba gusanos de la orilla del banco de arena y aprendía a mantenerlos en la boca para darles calor. Atrapaba moscardas y las ataba en cañas erizadas con anzuelos como extraños oropeles. Hacía trampas con jaulas, sauce y cuerdas, en las que ponía desperdicios de comida. El mero contacto con una de las hebras de la caja hacía que ésta se cerrara de golpe, entonces el artilugio salía bruscamente despedido del agua en cuanto la rama sobre la que se apoyaba quedaba liberada. Puse trozos de redes en los canales estrechos entre los bancos de arena. Dejé colgados sedales fijos con bolos de carne putrefacta en el último banco. De este modo conseguí pescar un montón de percas, pequeñas brecas, gobios, anguilas y muchos pececillos. Algunos los llevaba a casa para comer y observaba a mi madre mientras los guisaba. La cocina era el único lugar neutral de la casa, un lugar de breve respiro en nuestra guerra privada. Solía quedarme a su lado, escuchando el tono monocorde de su voz, y juntas preparábamos su *boullabaisse angevine*, caldo de pescado con cebollas rojas y tomillo, y la perca asada en papel de estaño con estragón y setas silvestres. Algunas de mis capturas las dejaba expuestas en las piedras alzadas en guirnaldas ostentosas y pestilentes: una advertencia y un desafío.

Pero la Gran Madre no venía. Los domingos, cuando Reine y Cassis no tenían que ir al colegio intentaba contagiarles mi pasión por la captura. Pero desde la admisión de Reine-Claude en el collège a principios de aquel año, los dos se habían convertido en una raza aparte. Cinco años me separaban de Cassis. Tres de Reine. Y, sin embargo, ellos parecían más próximos en edad, con pose de adultos, tan parecidos con sus rostros dorados y sus pómulos altos que podrían haber pasado por gemelos. A menudo hablaban en susurros y risas secretas, refiriéndose a amigos de los que yo jamás había oído hablar, riéndose de sus bromas privadas. Nombres extraños puntuaban sus conversaciones. Monsieur Toupet. Madame Froussine. Madeimoselle Culourd. Cassis le había puesto apodos a todos sus profesores y podía imitar sus gestos y sus voces para hacer reír a Reine. Otros nombres, susurrados al resguardo de la oscuridad mientras yo dormía, que al parecer pertenecían a sus amigos. Heinemann, Leibniz, Schwartz.

Risas cuando esos nombres eran pronunciados, una risa extraña y maliciosa con un atisbo de culpabilidad e histeria. Eran nombres que yo no reconocía, nombres extranjeros y cuando preguntaba por ellos, Cassis y Reine-Claude se limitaban a lanzar una risa sofocada y marcharse corriendo hacia el huerto cogidos del brazo.

Aquella actitud esquiva me preocupaba mucho más de lo me había imaginado. Se habían convertido en conspiradores cuando antes eran mis iguales. De pronto, todas nuestras actividades compartidas resultaban infantiles para ellos. El puesto de vigilancia, las piedras alzadas, eran sólo míos. Reine-Claude afirmaba que tenía miedo de ir a pescar por temor a las serpientes. En vez de eso se quedaba en su habitación, cepillándose el pelo, recogiéndoselo en complicados peinados y suspirando con las fotografías de las actrices de cine. Cassis escuchaba mis planes entusiastas con una cortés falta de atención y se inventaba excusas para dejarme sola. Una lección que copiar. Verbos latinos que aprender para la clase de *Monsieur* Toubon. Ya lo entendería cuando fuera mayor. Hacían cualquier cosa con tal de mantenerme alejada. Me enviaban a cruzar Les Laveuses con recados imaginarios, prometiendo encontrarse conmigo después en el río y luego se iban solos al bosque. Mientras les esperaba, lágrimas de rabia me ardían en los ojos. Y cuando se lo echaba en cara, simulaban inocencia, llevándose las manos a la boca con disimulo -«¿Estás segura de que era en el gran olmo? Estábamos convencidos de que habíamos quedado en el segundo roble»- y lanzaban una risilla sofocada mientras yo me marchaba con paso airado.

Sólo iban al río de vez en cuando para nadar. Reine-Claude entraba en el agua con extrema cautela, sólo en los tramos más profundos y claros, donde las serpientes no solían aventurarse. Yo intentaba llamar su atención haciendo extravagantes chapuzones desde la orilla y buceando durante tanto rato que Reine-Claude siempre acababa gritando que me había ahogado. Aun así, sentía que poco a poco se iban alejando de mí y la soledad me abrumaba.

Sólo Paul permaneció leal durante aquel tiempo. Aunque era más mayor que Reine-Claude y tenía casi la misma edad que Cassis parecía más joven, menos remilgado. Era incapaz de articular palabra cuando ellos estaban allí, sonriendo con azoramiento agónico cuando ellos hablaban del colegio. Paul apenas sabía leer y su escritura era artificiosa, la caligrafía penosa de un niño mucho más pequeño. Le gustaban las historias y yo le leía las revistas de Cassis cuando iba al puesto de vigilancia. Solíamos sentarnos en la plataforma, él tallando un trozo de madera con su pequeño cuchillo mientras yo leía *La tumba de la momia o La invasión de Marte*, media barra de pan sobre una tabla entre los dos, de la que de cuando en cuando cortábamos una rebanada. A veces él traía un pedazo de *rillettes* envuelto en papel de

estraza o medio *camembert*. Yo añadía a nuestro pequeño banquete un puñado de fresas o uno de los quesos de cabra rebozados en ceniza que mi madre solía llamar *petits cendrés*. Desde el puesto podía supervisar todas mis redes y trampas, que controlaba cada hora, volviéndolas a poner en caso de que fuera necesario y extrayendo a los pececillos.

– ¿Qué deseo pedirás cuando la atrapes? -Para entonces Paul ya creía implícitamente que yo conseguiría cazar al viejo lucio y me hablaba en un tono de remiso respeto. Medité un instante.

– No sé. -Comí un poco de pan y rillettes-. No tiene sentido hacer planes hasta que no la haya cogido. Puede llevar mucho tiempo.

Y era tiempo lo que estaba dispuesta a invertir. Tres semanas de junio habían pasado y mi entusiasmo no había menguado. Todo lo contrario. Hasta la indiferencia de Cassis y Reine-Claude sólo servía para alimentar mi tozudez. En mi mente, la Gran Madre era un talismán, un talismán seductor y azabache que, en el caso de que consiguiera atraparlo, volvería a poner en su sitio todo lo que se había torcido.

Iban a ver. El día que atrapara a la Gran Madre todos me mirarían con asombro. Cassis, Reine. Y ver esa mirada en los ojos de mi madre, hacer que me *viera*, que cerrara quizá los puños por la rabia… O que me sonriera con sorprendente dulzura y me abriera los brazos.

Pero mi fantasía se detenía ahí; no me atrevía a seguir imaginando.

– Además -dije con estudiada languidez-, no creo en los deseos. Ya te lo dije.

Paul me lanzó una mirada cínica.

– Si no crees en los deseos -remarcó-, ¿entonces por qué estás haciendo todo esto?

Meneé la cabeza.

– No lo sé -dije al fin-. Para pasar el rato, supongo.

Se echó a reír.

– Típico de ti, Boise -dijo entre carcajadas-. Muy típico de ti. ¡Pescar a la Gran Madre por pasar el rato! -Y estalló otra vez en carcajadas, agitándose alarmantemente cerca del borde de la plataforma en su inusitada hilaridad hasta que *Malabar*, amarrado con la cuerda a los pies de un árbol, empezó a ladrar bruscamente y volvimos a permanecer en silencio antes de que nuestro refugio fuese descubierto.

Capítulo 5

Poco después de aquello encontré la barra de labios debajo del colchón de Reine-Claude. Un lugar estúpido para ocultarla, cualquiera podía haberla encontrado, hasta madre, pero Reinette nunca fue muy imaginativa. Me tocaba a mí hacer las camas y el objeto debió rodar por la sábana de abajo pues fue ahí donde la hallé, entre el borde del colchón y el somier. Al principio no lo identifiqué. Madre nunca usaba maquillaje. Un cilindro pequeño y dorado como un bolígrafo achaparrado. Giré la tapa y hallé resistencia, la abrí. Estaba experimentando con mucho tiento sobre mi brazo cuando oí un grito sofocado detrás de mí y Reinette me dio una sacudida. Su rostro estaba pálido y crispado.

– Dame eso -silbó-. ¡Es mío! -Me arrebató de las manos la barra de labios, que fue a parar al suelo y rodó por debajo de la cama. Rápidamente se agachó para sacarla, con el rostro encendido.

– ¿De dónde la has sacado? -le pregunté con curiosidad-. ¿Sabe madre que la tienes?

– Eso no es asunto tuyo -jadeó Reinette, emergiendo de debajo de la cama-. No tienes ningún derecho a fisgonear en mis cosas. Y si te atreves a contárselo a alguien…

Sonreí.

– Podría decirlo o podría no decirlo. Eso depende -dije.

Dio un paso adelante, pero yo era casi tan alta como ella y aunque la rabia la había hecho temeraria, sabía bien que más le valía no pelearse conmigo.

– No lo digas -musitó con voz mimosa-. Iré a pescar contigo esta tarde si quieres. Podríamos ir al puesto de vigilancia y leer revistas.

Me encogí de hombros.

– Quizá. ¿De dónde lo has sacado?

Reinette me miró.

– Prométeme que no lo dirás.

– Te lo prometo. -Me escupí en la mano. Después de un instante de duda ella hizo otro tanto. Sellamos el trato con un pegajoso apretón de manos.

– De acuerdo. -Se sentó en el borde de la cama, las piernas encogidas-. Fue en el colegio. En primavera. Teníamos un profesor de latín, *Monsieur* Toubon. Cassis lo llama Toupet porque parece que lleve un peluquín. Siempre estaba encima de nosotros. Fue el que castigó a toda la clase a quedarse aquella vez. Todo el mundo lo odiaba.

– ¿Te lo dio un profesor? -le dije incrédula.

– No, estúpida, escúchame. Sabes que los boches ocuparon los

corredores de la planta baja y el primer piso y las habitaciones que dan al patio. Ya sabes, como cuartel y para hacer la instrucción.

Ya había oído algo de eso antes. La vieja escuela, emplazada en el centro de Angers con sus aulas espaciosas y sus patios enclaustrados resultaba ideal para sus propósitos. Cassis nos hablaba de los alemanes haciendo maniobras con sus máscaras grisáceas de vaca, de cómo nadie podía observarlos y de que las contraventanas que daban al patio tenían que estar cerradas en aquellos momentos.

– Algunos de nosotros nos arrastrábamos hasta allí para mirarlos por el resquicio de una de las contraventanas -confesó Reinette-. Era aburrido. Mucho marchar arriba y abajo y gritar en alemán. No veo por qué tiene que ser tan secreto. -Dejó caer la boca en una mueca de insatisfacción.

– Bueno, el caso es que el viejo Toupet nos pilló un día -prosiguió-. Nos echó un buen rapapolvo a Cassis y a mí y, bueno, a gente que no conoces. Hizo que nos perdiésemos la tarde libre del jueves y nos mandó muchos deberes extra de latín. -Su boca se torció rencorosamente-. No sé por qué se hacía el santo, él también iba a mirar a los boches. -Reinette se encogió de hombros-. Bueno -continuó en voz más alegre-, al final conseguimos devolvérsela. El viejo Toupet vive en el *collège*, su habitación está cerca del dormitorio de los chicos y Cassis se coló un día en el que Toupet no estaba. Y ¿a que no lo imaginas?

Me encogí de hombros.

– Tenía una radio grande guardada debajo de la cama. Uno de esos aparatos de onda larga. -Reinette hizo una pausa, parecía repentinamente inquieta.

– ¿Y? -Le eché un vistazo a la barra dorada entre sus dedos intentando ver la conexión.

Sonrió, una desagradable sonrisa adulta.

– Sé que no deberíamos tener nada que ver con los boches. Pero no puedes pasarte la vida evitando a la gente -dijo en tono de superioridad-. Quiero decir que los ves en la entrada del colegio, al ir al cine en Angers… -Era un privilegio que envidiaba enormemente a Reine-Claude y Cassis, el que los jueves por la tarde tuvieran permiso para ir en bicicleta hasta el centro de la ciudad al cine o al café, y torcí el gesto.

– Ve al grano -la insté.

– Ya voy. ¡Caray, Boise, eres tan impaciente…! -se quejó llevándose la mano al cabello-. Como iba diciendo, por fuerza acabas viendo a los alemanes en algún momento. Y no todos son malos. -De nuevo aquella sonrisa-. Algunos de ellos pueden ser muy amables. Sin duda más amables que el viejo Toupet.

Hice un gesto de indiferencia.

– Así que uno de ellos te dio la barra de labios -le dije en tono despectivo. Tanto ruido para tan pocas nueces, pensé entre mí. Era muy típico de Reinette emocionarse por nada.

– Se lo dijimos, bueno se lo mencionamos a uno de ellos, lo de Toupet y su radio -dijo. Por alguna razón se sonrojó; las mejillas le relucían como peonías-. Nos dio la barra de labios y algunos cigarrillos para Cassis y, bueno, otras cosas. -Ahora hablaba rápido, imparable, con los ojos chispeantes.

– Y luego, Yvonne Cressonet nos contó que había visto cómo entraban en la habitación del viejo Toupet y le quitaban la radio y él se fue con ellos y ahora, en vez de latín tenemos una clase extra de geografía con Madame Lambert y ¡nadie sabe lo que le ha pasado!

Alzó la mirada hacia mí. Recuerdo que sus ojos eran casi dorados, del color del caramelo cuando empieza a cuajar.

Me encogí de hombros.

– Supongo que no le ha pasado nada -le dije sensatamente-. Me refiero a que no mandarían al frente a un viejo como él sólo por tener una radio.

– No, naturalmente que no. -Su respuesta fue demasiado precipitada-. Además, para empezar él no debería tenerla.

Estuve de acuerdo en eso. Era contrario a las normas. Un profesor tenía que saberlo. Reine miró la barra de labios, la sostuvo en la mano suave y amorosamente.

– Entonces, ¿no vas a decirlo? -Me acarició dulcemente el brazo-. No lo harás, ¿verdad que no, Boise?

Me retiré frotándome automáticamente el brazo donde ella me había tocado. Nunca me gustó que me sobaran.

– ¿Veis Cassis y tú a menudo a esos alemanes? -pregunté.

– A veces -se encogió de hombros.

– ¿Les decís más cosas?

– No -fue demasiado pronta en la respuesta-. Sólo charlamos. Mira, Boise, no se lo vas a decir a nadie, ¿verdad?

Sonreí.

– Bueno, no lo *haría*. No, si haces algo por mí.

Me miró con los ojos entornados.

– ¿Qué quieres decir?

– Me gustaría ir alguna vez a Angers, contigo y con Cassis -dije astutamente-. Al cine, al café y todo eso. -Me detuve para ver el efecto que causaba y ella me miró ferozmente con sus ojos resplandecientes y afilados como cuchillos-. De lo contrario -continué en una falsa actitud beatífica-, podría decirle a madre que has estado hablando con la gente que mató a nuestro padre. Charlando con ellos y espiando para ellos. Enemigos de Francia. A ver qué dice de eso.

Reinette parecía agitada.

– Boise, lo prometiste.

Moví solemnemente la cabeza.

– Eso no vale. Es mi deber patriótico.

Debió sonar convincente pues Reinette se puso pálida. Con todo, aquellas palabras no significaban nada para mí. No sentía una verdadera hostilidad contra los alemanes. Ni siquiera cuando me decía a mí misma que habían matado a mi padre, que el hombre que lo hizo podía estar ahí, realmente ahí, en Angers. A una hora de bicicleta por la carretera, bebiendo Gros-Plant en algún que otro *bar-tabac* y fumando Gauloise… Veía con nitidez la imagen en mi mente y aun así carecía de fuerza. Quizá se debiera a que el rostro de mi padre ya se estaba desvaneciendo de mi recuerdo. Quizá por la misma razón que los niños nunca se meten en las peleas de los adultos y los adultos raramente comprenden la repentina hostilidad que estalla entre los niños sin ningún motivo aparente. En mi voz había afectación y una nota de reproche, pero lo que yo deseaba en realidad no tenía nada que ver con nuestro padre, Francia o la guerra. Quería que se me volviese a tener en cuenta, que se me tratase como a una adulta, una portadora de secretos. Y quería ir al cine, ver a Laurel y Hardy o a Bela Lugosi o Humphrey Bogart, sentarme en la oscuridad vacilante con Cassis a un lado y Reine-Claude al otro, quizá con una bolsa de patatas fritas en la mano o un palo de regaliz.

Reinette movió la cabeza.

– Estás loca -dijo al fin-. Sabes que madre jamás te dejará ir a la ciudad. Eres demasiado pequeña, Boise. Además.

– No iría sola. Tú o Cassis podríais llevarme en vuestra bicicleta -continué tozudamente. Ella llevaba la bicicleta de mi madre. Cassis la de mi padre, un extraño chisme de color negro con aspecto de caballete. Estaba demasiado lejos para ir andando y sin las bicicletas hubieran tenido que quedarse a dormir en el *collège*, como hacían muchos de los niños de los pueblos-. El trimestre casi ha terminado. Podríamos ir todos juntos a Angers. Ver una película. Dar una vuelta.

Mi hermana parecía empecinada.

– Ya lo verás, ella querrá que nos quedemos en casa y que trabajemos en la granja. ¿No te das cuenta? -dijo-, no quiere que nadie se divierta nunca.

– Con la de veces que ha estado oliendo a naranjas últimamente -le dije pragmática- no creo que importe. Podríamos escabullirnos. Tal y como está, ni siquiera se enteraría.

Fue fácil. Reinette siempre resultaba fácil de convencer. Su pasividad era adulta, su naturaleza maliciosa y dulce escondía una cierta apatía rayana en la indiferencia. Me miró frente a frente, lanzándome la última débil excusa como un puñado de arena.

– ¡Estás loca! -Por entonces todo lo que yo hacía era una locura

para Reine. Era una locura bucear, balancearme sobre una pierna desde lo alto del puesto de vigilancia, contestar, comer higos verdes y manzanas acidas.

Moví la cabeza.

– Será fácil -le aseguré con firmeza-. Puedes confiar en mí.

Ya veis el inocente principio de todo. No era nuestra intención hacerle daño a nadie; no obstante, hay un lugar duro dentro de mí que recuerda implacable y con exacta perfección. Mi madre vio los peligros mucho antes de que nosotros lo hiciéramos. Yo era explosiva e inestable como la dinamita. Ella lo sabía y a su extraña manera intentó protegerme manteniéndome cerca de ella, aun cuando hubiera preferido lo contrario. Entendía más de lo que yo pensaba.

No es que me importara: tenía mi propio plan, un plan tan intrincado y cuidadosamente planeado como las trampas de los lucios en el río. En una ocasión pensé que Paul lo había adivinado, pero si lo hizo nunca mencionó una palabra al respecto.

Tempranos comienzos que me abocaban a las mentiras, los engaños y cosas peores.

Empezó en un puesto de fruta un sábado de mercado. Fue el cinco de julio, dos días después de mi noveno cumpleaños.

Empezó con una naranja.

Capítulo 6

Hasta entonces siempre se me había juzgado demasiado pequeña para ir a la ciudad los días de mercado. Mi madre solía llegar a Angers alrededor de las nueve y montaba su pequeño tenderete junto a la iglesia. Con frecuencia la acompañaban Cassis o Reinette. Yo me quedaba en la granja, supuestamente para hacer las tareas, aunque por lo general me pasaba todo el rato en el río, pescando, o en los bosques con Paul.

Pero aquel año fue diferente. Ya tenía edad suficiente para ser de alguna utilidad, me dijo con sus bruscas maneras. No podía seguir siendo eternamente la niña pequeña. Me miró, escudriñándome. Sus ojos tenían el color de las ortigas. Además, dijo en tono indiferente, sin dar la sensación de que me estaba concediendo un favor, quizá querría ir alguna vez a Angers más entrado el verano; al cine, tal vez, con mi hermano y mi hermana…

Supuse que aquello era cosa de Reinette. Nadie más podría haberla persuadido. Pero Reinette sabía cómo camelarla. Podía ser todo lo dura que quisiese, pero me parecía que su mirada se suavizaba cuando le hablaba a Reinette, como si debajo de su exterior malhumorado se conmoviese algo. Murmuré una frase torpe en respuesta.

– Además -prosiguió mi madre-, quizá necesites algo de responsabilidad. Para evitar que crezcas como una salvaje. Algo que te enseñe lo que es importante en la vida.

Asentí, intentando imitar la docilidad de Reinette.

No creo que consiguiera engañar a mi madre. Alzó la ceja satíricamente.

– Puedes ayudarme en el puesto -concluyó.

Y así fue como por primera vez acompañé a mi madre a la ciudad. Fuimos juntas en la tartana, con las mercancías embaladas en cajas y cubiertas con una tela alquitranada a nuestro lado. En una caja llevábamos pasteles y galletas, en otra quesos y huevos, y fruta en el resto. Fue a principio de la temporada y aunque la cosecha de fresas había sido buena había poca cosa más lista para vender. Completábamos nuestras ganancias vendiendo confituras endulzadas con la remolacha del otoño anterior antes de que la temporada empezase de verdad.

Angers bullía el día de mercado. Los carros se amontonaban en la calle principal, eje contra eje, bicicletas que acarreaban cestos de mimbre, una pequeña furgoneta descapotable cargada con lecheras, una mujer llevando sobre la cabeza una bandeja llena de barras de pan, tenderetes rebosantes de tomates de invernadero, berenjenas,

calabacines, cebollas, patatas. En un puesto vendían lana u objetos de alfarería; en otro vino, leche, conservas, cuchillos, fruta, libros de segunda mano, pan, pescado, flores. Nos instalamos temprano. Junto a la iglesia había una fuente donde los caballos podían beber; también sombra. Mi trabajo consistía en envolver la comida y dársela a los clientes mientras mi madre cobraba. Su memoria y agilidad de cálculo eran extraordinarias. Podía memorizar toda la lista de precios sin necesidad de escribirla y jamás dudaba sobre el cambio. Los billetes en una parte, las monedas en la otra. Guardaba el dinero en los bolsillos de la bata y el excedente iba a parar a una vieja caja de galletas que tenía guardada debajo de la tela alquitranada. Todavía la recuerdo: de color rosado con una cenefa de rosas en el borde. Recuerdo el sonido de las monedas y billetes al chocar contra el metal: mi madre no confiaba en los bancos. Guardaba nuestros ahorros debajo del suelo de la bodega, junto con sus botellas más valiosas.

Aquel primer día de mercado habíamos vendido todos los huevos y los quesos al cabo de una hora. La gente era consciente de la presencia de los alemanes en la intersección, con las pistolas apoyadas en el codo con aire distendido, los rostros aburridos e indiferentes. Mi madre me pilló mirando a los uniformes grises y me llamó la atención bruscamente.

– ¡Deja ya de mirar con la boca abierta, niña!

Teníamos que desdeñarlos aunque aparecieran de pronto entre la multitud; podía notar la mano de mi madre agarrándome del brazo. Sentí que le recorría un estremecimiento cuando él se detuvo delante de nuestra parada, pero su rostro permaneció impávido. Un hombre robusto con el rostro redondo y colorado, un hombre que en otra vida bien pudo ser un carnicero o un vinatero. Los ojos azules brillando alegremente.

– *Ach, wie schöne Erdbeeren*. -Su voz era jovial, con deje de cerveza, la voz de un hombre inactivo en vacaciones. Cogió una fresa entre sus dedos gordezuelos y se la metió en la boca-. *Schmeckt gut, ja?* -Se echó a reír, no con falta de amabilidad. Sus mejillas se abultaron-. *Wunder-schön-gut!* -Simuló un gesto de éxtasis, poniendo los ojos en blanco cómicamente. No pude por menos que sonreírle.

Mi madre me dio un apretón en el brazo a modo de advertencia. Podía sentir el calor nervioso que desprendían sus dedos. Volví a mirar al alemán, intentando entender el motivo de su tensión. Aquel hombre no me parecía más intimidatorio que los que venían al pueblo de vez en cuando, menos incluso, con su gorra de visera y una sola pistola en la funda colgada al cinto. Le sonreí otra vez, más por desafiar a mi madre que por cualquier otra razón.

– *Gut, ja* -repetí y asentí con la cabeza. El alemán se echó a reír, cogió otra fresa y volvió a desaparecer entre la multitud; su uniforme

oscuro parecía curiosamente fúnebre entre el animado gentío del mercado.

Luego mi madre intentó explicármelo. Todos los uniformes eran peligrosos, me dijo, pero los de color negro muy en especial. Los de negro no sólo eran el ejército. *Eran la policía del ejército*. Incluso los otros alemanes los temían. Podían hacer su santa voluntad. No importaba que sólo tuviese nueve años. Si cometía un fallo podían fusilarme. Fusilarme, ¿lo entendía? Tenía el rostro impasible pero la voz le temblaba y no paraba de llevarse la mano a la sien en un gesto de extraña impotencia, como si le rondara uno de sus dolores de cabeza. A duras penas escuché su advertencia. Era mi primer encuentro con el enemigo cara a cara. Pensando sobre ello más tarde desde lo alto del puesto de vigilancia, el hombre que había visto me pareció curiosamente inocuo, bastante decepcionante. Esperaba algo más impresionante.

El mercado se acababa a las doce. Ya habíamos vendido todos nuestros productos mucho antes, pero nos quedamos para hacer algunas compras y por la mercancía estropeada que a veces nos daban los otros vendedores. Fruta demasiado madura, desperdicios de carne, verduras estropeadas que no aguantarían un día más. Mi madre me envió a la parada de ultramarinos mientras ella compraba un retal de seda procedente de un paracaídas por debajo del mostrador de la tienda de costura de Madame Petit, ocultándolo con cuidado en el bolsillo del delantal. Los tejidos, fueran del tipo que fueran, resultaban difíciles de encontrar y todos llevábamos prendas usadas. Mi propio vestido estaba hecho de retales de otras dos prendas, con un corpiño de color gris y una falda de lino azul. El paracaídas, me contó mi madre, lo habían encontrado en un campo a las afueras de Courlé, y serviría para hacerle una blusa nueva a Reinette.

– Me ha costado una fortuna -gruñó mi madre, medio malhumorada, medio emocionada-. Desde luego que le van bien las cosas a la gente como ella. Incluso en tiempos de guerra. Siempre caen de pie.

Le pregunté qué quería decir con aquello.

– Judíos -dijo mi madre-. Tienen mucha destreza para hacer dinero. Pide la luna por un retal de seda mientras que ella no ha pagado ni un centavo por él. -En su tono no había resentimiento sino más bien admiración.

Cuando le pregunté qué hacían los judíos, se encogió de hombros quitándole importancia. Creo que en realidad no lo sabía.

– Lo mismo que nosotros, me imagino -dijo-. Ir tirando. -Acarició el paquete de seda en el bolsillo del delantal-. En cualquier caso -dijo en voz baja-, no está bien. Eso es aprovecharse de los demás.

A mí me daba igual. Tanta historia por un retal de seda. Pero todo

lo que Reinette quería acababa consiguiéndolo. Lazos de terciopelo que para conseguirlos tenía que hacer cola y trueques, las mejores prendas de ropa de mi madre… Calcetines blancos hasta los tobillos que llevaba todos los días al colegio; y, aunque todos los demás nos hubiéramos visto obligados a usar los zuecos de madera, Reinette llevaba zapatos negros de charol con hebillas. No me importaba. Estaba acostumbrada a las extrañas incoherencias de madre.

Entre tanto, yo me paseaba por los otros puestos con mi cesto vacío. La gente me veía y, conociendo la historia de mi familia, me daban lo que no podían vender; un par de melones, algunas berenjenas, endibias, espinacas, una cabeza de brécol, un puñado de albaricoques tocados. Fui a comprar pan y el panadero me puso un par de croissants, acariciándome el pelo con su mano grande y enharinada. Intercambié historias de pesca con el pescadero y me dio algunos buenos restos envueltos en papel de periódico. Me detuve en un puesto de fruta y verdura mientras el propietario se agachaba para coger una caja de cebollas, intentando no traicionarme con los ojos…

Entonces la vi. En el suelo, justo al lado de la parada, junto a una caja de achicoria. Las naranjas escaseaban por entonces, envueltas individualmente en un fino papel de color púrpura y colocadas en una bandeja al abrigo del sol. No había esperado ver una en mi primera visita a Angers, pero ahí estaban, suaves y secretas en su cascarón de papel, cinco naranjas cuidadosamente alineadas para ser recogidas. De pronto quise una, necesitaba una con tal urgencia que apenas me paré a pensar. No habría ninguna oportunidad mejor que entonces; mi madre estaba fuera de la vista.

La naranja más cercana había rodado hasta el borde de la bandeja, casi tocando mi pie. El vendedor seguía aún de espaldas a mí. Su ayudante, un chico que debía rondar la edad de Cassis, estaba ocupado cargando las cajas en la parte trasera de la furgoneta. Aparte de los autobuses, había pocos vehículos. Por tanto, el tendero debía ser un hombre rico, pensé. Eso hacía que mis planes fuesen más fácilmente justificables.

Haciendo ver que miraba los sacos de patata me quité uno de mis zuecos. Luego estiré el pie descalzo disimuladamente y con dedos ágiles por años de escalar, extraje la naranja de la bandeja con rapidez. Rodó un poco como había esperado que hiciese, y quedó medio oculta en la tela verde que cubría el caballete más cercano.

Inmediatamente la cubrí con mi cesto de la compra, luego me agaché haciendo ver que me quitaba una piedra del zapato. Entre las piernas, observé al tendero mientras recogía las cajas de mercancías que quedaban y las metía en la furgoneta. No me vio meterme la naranja robada en el cesto.

Tan fácil, había sido tan fácil… Mi corazón latía con fuerza y

tenía el rostro arrebolado con tal violencia que pensé que alguien se daría cuenta. La naranja en el cesto parecía una granada viva. Me enderecé como si tal cosa y me di la vuelta hacia el puesto de mi madre.

Entonces me quedé paralizada. Desde el otro lado de la plaza, uno de los alemanes me estaba observando. Estaba de pie junto a la fuente, un poco inclinado, con un cigarrillo en la palma de la mano. Los transeúntes del mercado evitaban acercársele demasiado y él permanecía en su pequeño círculo de silencio, con los ojos fijos en mí. Sin duda había visto mi hurto. No podía habérselo perdido.

Me quedé mirándolo por un momento, incapaz de moverme. Tenía la cara rígida. Demasiado tarde, recordé las historias de Cassis sobre la crueldad de los alemanes. Seguía observándome; me pregunté qué les hacían los alemanes a los ladrones.

Entonces me hizo un guiño.

Lo miré un segundo y luego me volví bruscamente, con el rostro encendido, la naranja casi olvidada en el fondo del cesto. No me atreví volver a mirarlo aunque el puesto de mi madre quedaba muy cerca del lugar donde él estaba. Temblaba con tal violencia que estaba segura de que mi madre lo notaría, pero ella estaba demasiado preocupada con otras cosas.

Detrás de nosotros noté los ojos del alemán puestos en mí; sentí la presión de aquel guiño pícaro y divertido como un clavo en la frente. Durante lo que me pareció una eternidad esperé a que llegara un golpe que no vino.

Entonces nos fuimos, después de desmontar el tenderete y guardar la lona y el caballete en la cochera. Cogí el morral de la yegua y la guié con delicadeza por entre las varas, sintiendo todo el tiempo los ojos del alemán en la nuca.

Había ocultado la naranja en el bolsillo del delantal, envuelta en un trozo del papel húmedo que me había dado el pescadero, de modo que mi madre no podría olerla. Mantuve las manos en los bolsillos para que ningún bulto sospechoso la alertara de su presencia y guardé silencio durante el camino de regreso.

Capítulo 7

No le dije a nadie lo de la naranja salvo a Paul, y eso fue porque se presentó de imprevisto en el puesto de vigilancia y me halló sonriendo satisfecha. Paul nunca había visto antes una naranja. Al principio pensó que se trataba de una pelota. Sostuvo la fruta en la copa de las manos casi con reverencia como si ésta fuera a extender unas alas mágicas y a echarse a volar.

Partimos la fruta por la mitad y pusimos cada mitad sobre dos grandes hojas para que no se desperdiciara ni una gota del jugo. Estaba buena, con la piel fina y un toque ácido tras su dulzura. Recuerdo cómo chupamos cada gota del jugo, cómo raspamos la pulpa clara de la piel con los dientes y lamimos lo que quedaba hasta que la boca se nos puso amarga y algodonosa. Paul hizo ademán de tirar la piel desde lo alto del puesto de vigilancia pero lo detuve a tiempo.

– Dámela -le ordené.

– ¿Por qué?

– La necesito para una cosa.

Cuando se hubo marchado llevé a cabo la última parte de mi plan. Con la navaja corté las dos mitades de la naranja en trozos pequeños. El olor del aceite, ácido y evocador, me subía por la nariz mientras trabajaba. Corté también las dos hojas que habíamos utilizado como platos; el aroma era tenue pero servirían para mantener húmeda la mezcla durante algún tiempo. Luego la metí dentro de un retal de muselina (robado del cuarto donde mi madre preparaba las conservas) y la até con firmeza. Seguidamente puse la bolsita de muselina con su fragante contenido en una caja de tabaco y volví a metérmela en el bolsillo.

Todo estaba listo.

Hubiera sido una buena asesina. Todo estaba meticulosamente planeado, las pocas huellas del crimen borradas en cuestión de minutos. Me lavé en el Loira para eliminar todo rastro del olor de la boca, el rostro, las manos: froté las palmas con la gruesa arena de la orilla de forma que resplandecían con aquel tono rosado y casi en carne viva; al final, restregué debajo de las uñas con un palo afilado. De camino a casa a través de los campos recogí tallos de menta y me froté con ellos las axilas, las manos, las rodillas y el cuello para que cualquier rastro del perfume quedara sofocado por el aroma intenso a fresco follaje. Sea como fuere, mi madre no notó nada cuando entré en casa. Estaba preparando un caldo de pescado con los restos del mercado y olía el rico aroma del romero, el ajo y los tomates y el aceite de fritura que emanaba de la cocina.

Bien. Palpé la caja de tabaco en el bolsillo. Muy bien.

Hubiera preferido que fuese jueves, claro. Era cuando Cassis y Reinette solían ir a Angers, y era el día en que recibían su asignación -a mí se me consideraba demasiado pequeña para tener asignación, ¿en qué podía gastarla?-, pero ya se me ocurriría algo. Además, me dije a mí misma, todavía no sabía si mi plan saldría bien. Primero tenía que probarlo.

Oculté la caja, abierta ahora, debajo de la estufa del salón. Estaba fría, claro, pero las tuberías que la conectaban con la caldeada cocina estaban lo suficientemente calientes para mi propósito. En pocos minutos el contenido de la bolsita de muselina había empezado a despedir un olor penetrante.

Nos sentamos a cenar.

El caldo estaba muy rico; las cebollas rojas y los tomates guisados con ajo, hierbas y una copita de vino blanco, los restos del pescado desmigados con cariño entre las patatas fritas y las cebolletas enteras. La carne fresca era muy escasa en aquellos días, pero las verduras procedían de nuestro propio huerto y mi madre tenía ocultas tres docenas de botellas de aceite de oliva debajo del suelo de la bodega junto con lo mejor del vino. Comí con voracidad.

– ¡Boise, quita los codos de encima de la mesa!

Su voz era brusca pero vi cómo los dedos reptaban involuntariamente hasta las sienes en un gesto familiar y esbocé una sonrisa. Estaba funcionando.

El lugar donde estaba sentada mi madre era el más cercano a la tubería. Comimos en silencio pero en otras dos ocasiones sus dedos tantearon disimuladamente la cabeza, las mejillas y los ojos como si comprobaran la densidad de la carne. Cassis y Reine no decían nada, con las cabezas gachas casi rozándoles los platos. El aire era pesado mientras el calor del día se iba haciendo más evidente y casi sentí que mi cabeza empezaba a dolerme por simpatía.

– Huelo a naranjas -espetó de repente-. ¿Alguno de vosotros ha traído naranjas a casa? -Su voz estridente, acusadora-. ¿Y bien?

Sin decir palabra negamos con la cabeza.

De nuevo aquel gesto. Más suavemente ahora, los dedos masajeando, tanteando.

– Estoy segura de oler a naranjas. ¿De verdad que no habéis traído naranjas a casa?

Cassis y Reine estaban más alejados de la caja de tabaco y la olla de caldo estaba de por medio despidiendo su buen aroma a vino, pescado y aceite. Además, estábamos acostumbrados a los delirios de madre. Jamás se les hubiera ocurrido pensar que el olor a naranja del que nuestra madre hablaba no era sino un producto de su imaginación. Volví a sonreír, pero oculté la sonrisa detrás de la mano.

– Boise, el pan, por favor.

Le pasé la panera redonda pero no llegó a probar la rebanada que cogió a lo largo de toda la comida. En su lugar no hacía más que darle vueltas y más vueltas encima del hule encarnado en actitud reflexiva, hundiendo los dedos en su centro blando, desmigándolo en el plato. Seguramente habría hecho algún comentario punzante de haber sido yo la que hubiese hecho aquello.

– Boise, ve a traer el postre, por favor.

Abandoné la mesa con una sensación de alivio apenas disimulado. Me sentía casi enferma por la excitación y el miedo, haciéndome muecas a mí misma en las relucientes sartenes de cobre. El postre consistía en una bandeja de fruta y algunas de las galletas de mi madre -las rotas, claro está; las buenas eran para vender mientras que las defectuosas eran para casa-. Me fijé en que mi madre examinaba suspicazmente los albaricoques que habíamos traído del mercado, dándoles la vuelta en la mano uno por uno, olisqueándolos incluso, como si alguno de ellos pudiese ser una naranja disfrazada. Tenía la mano en la sien, como si quisiese protegerse de un sol cegador. Tomó media galleta, la desmenuzó y la desechó en el plato.

– Reine, friega los platos. Creo que voy a ir a mi habitación a estirarme. Siento que se acerca uno de mis dolores de cabeza. -La voz de mi madre era impasible, sólo aquel tic suyo, el reiterado movimiento de los dedos por el rostro, las sienes, traicionaba su malestar-. Reine no te olvides de correr las cortinas. Las contraventanas. Boise asegúrate de que los platos están bien colocados. ¡Que no se te olvide! -Incluso en momentos así se preocupaba por mantener su estricto orden. Los platos, puestos en orden de tamaño y color, después de haberlos fregado uno por uno y secado con un paño almidonado; nada de dejarlos secar en el secaplatos, eso habría sido demasiado fácil; había que dejar los paños colgados para que luego se secaran en escrupulosas filas.

– Agua caliente para mis platos buenos, ¿me oyes? -ahora su voz sonaba inquieta, ansiosa por sus platos buenos-. Y sécalos bien, por las dos caras, que no se te ocurra colocar mis platos aún húmedos, ¿me oyes bien?

Asentí. Se volvió haciendo una mueca.

– Reine, asegúrate de que lo haga. -Tenía los ojos casi febriles. Miró al reloj con un peculiar movimiento de cabeza-. Y cerrad las puertas, los portalones también.

Por fin parecía dispuesta a marcharse. Volviéndose, deteniéndose, todavía renuente a dejarnos a nuestro libre albedrío, a nuestra libertad secreta. Hablándome en ese tono cortante y afectado con ansiedad amagada.

– ¡Ten cuidado con esos platos, Boise! ¡Recuerda, eso es todo lo que te digo!

Y se fue. La oí llenar de agua la pila del lavabo. Corrí las cortinas de la sala de estar, agachándome para sacar el bote de tabaco mientras lo hacía y luego, dirigiéndome al pasillo, dije en voz alta, lo bastante alta como para que ella pudiese oírme;

– Yo me encargo de las habitaciones.

La habitación de mi madre la primera. Cerré la contraventana y corrí la cortina, luego miré en derredor con rapidez. El agua seguía fluyendo en el baño y podía oír que mi madre estaba lavándose los dientes. Moviéndome con agilidad y sigilo retiré la funda a rayas de la almohada; luego, con la punta de la navaja hice una pequeña abertura en la costura e introduje la bolsita de muselina. La empujé hacia dentro todo lo que me fue posible con la empuñadura de la navaja para que no quedase ningún bulto que traicionara su presencia. Luego volví a poner la funda, con el corazón martilleándome con violencia, y alisé la cubierta con cuidado para evitar que se formaran arrugas. Mi madre siempre reparaba en cosas así.

Acabé justo a tiempo. Me crucé con ella en el pasillo, pero aunque me lanzó una mirada suspicaz no dijo nada. Parecía ausente y distraída, los ojos entrecerrados, el cabello castaño y canoso suelto. Podía oler el jabón en su piel y en la penumbra del pasillo parecía lady Macbeth -una historia que había escogido recientemente de otro de los libros de Cassis- frotándose las manos, llevándoselas a la cara, acariciándola, meciéndola, frotando otra vez, como si en vez de jugo de naranjas fuesen manchas de sangre las que no pudiera lavar.

Por un instante me asaltaron las dudas. Parecía tan vieja y tan cansada… En mi propia cabeza sentía punzantes latidos y me preguntaba cómo reaccionaría si me acercara a ella y la reclinara sobre su hombro. Noté un breve picor en los ojos. Al fin y al cabo ¿por qué estaba haciendo todo aquello? Luego pensé en la Gran Madre aguardando en las tinieblas, en su mirada delirante y siniestra, en el premio que ocultaba en el vientre.

– ¿Y bien? -La voz de mi madre era cortante y dura-. ¿Se puede saber qué estás mirando, idiota?

– Nada. -Los ojos volvieron a secárseme. Incluso mi dolor de cabeza se estaba desvaneciendo con la misma rapidez con la que había aparecido-. Nada en absoluto.

Oí cerrarse su puerta detrás de ella y regresé a la sala, donde mi hermano y mi hermana me aguardaban. Iba sonriendo por dentro.

Capítulo 8

– ¡Estás loca! -Era nuevamente Reinette, su acostumbrado grito de impotencia cuando todos los demás argumentos habían sido agotados. No es que resultara difícil agotarla; dejando a un lado las barras de labios y las estrellas de cine, su capacidad para argumentar era siempre limitada.

– Es un momento tan bueno como cualquier otro -le dije con firmeza-. Dormirá hasta bien entrada la mañana. Mientras dejemos hechas las tareas podemos ir a donde queramos. -La miré fijamente, con frialdad. Todavía estaba pendiente entre nosotras el asunto de la barra de labios y mis ojos se lo recordaron. Habían pasado dos semanas y yo no lo había olvidado. Cassis nos observó con curiosidad; estaba segura de que ella no se lo había contado.

– Se pondrá furiosa si se entera -dijo él con lentitud.

Me encogí de hombros.

– ¿Por qué habría de enterarse? Le diremos que nos fuimos al bosque a coger setas. Lo más probable es que aún no se haya levantado para cuando regresemos.

Cassis se detuvo a considerar la idea. Reinette le lanzó una mirada entre implorante y preocupada.

– Vamos Cassis -dijo. Luego, en voz queda-: Lo sabe. Lo descubrió -su voz se desvaneció-. Tuve que contárselo en parte -concluyó en tono lastimero.

– Oh. -Se quedó mirándome un instante y sentí que algo pasaba entre nosotros, algo *cambiaba*, era casi una mirada de admiración. Se encogió de hombros-. Bueno, y ¿a quién le importa? -Pero sus ojos permanecieron más vigilantes, más cautelosos.

– No fue culpa mía -se lamentó Reinette.

– No. Es lista, ¿verdad? -dijo Cassis a la ligera-. Habría acabado por descubrirlo tarde o temprano. -Aquel era un gran elogio que meses atrás me habría hecho flaquear a causa del orgullo, pero ahora me limité a mirarlo a los ojos-. Además -prosiguió en el mismo tono indiferente-, si está metida en esto no irá corriendo a mamá a chismorrearlo.

Apenas tenía nueve años y, aunque adulta para mi edad, era lo bastante infantil como para sentirme herida por el indiferente desprecio de esas palabras.

– ¡Yo no chismorreo!

Se encogió de hombros.

– Por mí puedes venir mientras te pagues lo tuyo -continuó manteniendo la compostura-. No veo por qué uno de nosotros tendría que pagar por ti. Te llevaré en la bicicleta. Eso es todo. Tú ya te

despabilarás con lo demás. ¿De acuerdo?

Era una prueba. Adivinaba el desafío en su mirada. La sonrisa burlona, esa sonrisa no demasiado amable del hermano mayor que tan pronto compartía conmigo la última pastilla de chocolate como me pellizcaba el brazo hasta hacer que la sangre se me coagulara en manchas oscuras bajo la piel.

– Pero ella no recibe ninguna asignación -dijo Reinette en tono quejumbroso-. ¿De qué sirve…?

Cassis se encogió de hombros. Era un gesto típicamente terminante, un gesto masculino. *He dicho*. Esperó mi reacción con los brazos cruzados y media sonrisa en los labios.

– De acuerdo -dije intentando parecer tranquila-. Por mí vale.

– Muy bien -decidió él-. Entonces, iremos mañana.

Capítulo 9

Las tareas diarias empezaban por ahí. Cubos de agua que acarrear desde el pozo a la cocina para cocinar y lavarnos. No teníamos agua caliente -de hecho, tampoco teníamos agua potable salvo la que sacábamos con la bomba manual del pozo que quedaba a varios metros de la puerta de la cocina-. La electricidad tardó bastante en llegar a Les Laveuses y cuando las bombonas de gas empezaron a escasear tuvimos que cocinar en un hornillo de madera que había en la cocina. El horno estaba afuera; era un horno de carbón enorme y anticuado con la forma de un pan de azúcar. Junto a él estaba el pozo. Cada vez que necesitábamos agua, allí era donde teníamos que ir para cogerla: uno de nosotros bombeaba mientras el otro sostenía el cubo. Había una tapa de madera sobre el pozo, cerrada con candado desde mucho antes de mi nacimiento para evitar accidentes. Cuando madre no nos miraba nos lavábamos debajo de la bomba, mojándonos con agua fría. Cuando estaba cerca teníamos que usar las palanganas de agua calentada en cazos de cobre en la cocina y el arenoso jabón de brea que nos abrasaba la piel como si fuera piedra pómez, dejando una espuma grisácea en la superficie del agua.

Aquel domingo sabíamos que madre no haría su aparición hasta más tarde. Todos la habíamos oído durante la noche, quejándose para sí, dando vueltas y más vueltas en la vieja cama que había compartido con mi padre, levantándose de cuando en cuando y paseándose arriba y abajo de la habitación, abriendo las ventanas para que entrase aire, mientras las contraventanas golpeaban contra los muros de la casa y hacían temblar el suelo. Yo estuve despierta escuchando un buen rato mientras ella se movía, paseaba, suspiraba y discutía consigo misma en un rítmico susurro. Alrededor de la media noche me quedé dormida; me desperté una hora después y oí que aún estaba despierta.

Puede parecer insensible ahora, pero entonces lo consideré un triunfo. No sentía culpabilidad por lo que había hecho, ni pena por su sufrimiento. Entonces no lo entendía, no tenía ni idea del tormento que puede llegar a ser el insomnio. Me parecía imposible que una bolsita con la piel de la naranja dentro de su almohada pudiese desencadenar una reacción semejante. Cuanto más se movía y suspiraba sobre la almohada, mayor debía ser el olor, caldeado por su nuca febril. Cuanto mayor fuese el olor, mayor era su ansiedad. El dolor de cabeza llegaría pronto, eso pensaba ella. De algún modo, la anticipación del dolor puede ser más angustiosa, un sufrimiento mayor que el dolor en sí. La ansiedad era una arruga permanente en su frente, royéndole el cerebro como una rata en una caja, matando el sueño. Su olfato le decía que había naranjas pero su mente le decía

que era imposible -¿cómo podía haberlas, por el amor de Dios?- y, aun así, persistía el olor a naranjas, ácido y amarillento como la vejez exudada por cada átomo oscuro de la habitación.

Se levantó a las tres y encendió la lámpara para escribir en su álbum. No puedo saber con seguridad que fuera entonces -nunca ponía fechas- y sin embargo lo sé.

«Peor que nunca -escribe. La caligrafía en minúscula, una columna de hormigas esparciéndose por la página en tinta violácea-. Estoy en la cama y me pregunto si alguna vez podré volver a dormir. Cualquier cosa que me ocurra no puede ser peor que esto. Incluso volverse loca sería un alivio. -Y un poco más adelante, debajo de la receta del pastel de patatas y vainilla, escribe-: Como el reloj, estoy dividida. A las tres de la madrugada, todo parece posible.»

Después de aquello se levantó para ir a buscar las pastillas de morfina. Las guardaba en el armario del baño, junto a los enseres de afeitar de mi padre. Oí cómo se abría la puerta, el crujido cansino de sus pies sudorosos contra las tablas enceradas. La botella tintineó y oí el ruido de la copa al chocar mientras ella vertía agua del jarro. Supongo que seis horas de insomnio habían acabado por provocarle uno de sus dolores de cabeza. En cualquier caso, estaba profundamente dormida cuando yo me levanté un rato después.

Reinette y Cassis seguían durmiendo; la luz que se filtraba por debajo de la gruesa cortina era verdosa y pálida. Debían de ser alrededor de las cinco. No había reloj en nuestra habitación. Me senté en la cama, tanteé para coger mi ropa en la oscuridad y me vestí presurosa. Conocía cada rincón de la pequeña habitación. Podía oír la respiración de Cassis y Reine -él tenía una respiración poco profunda y casi dificultosa- y con mucho tiento rodeé sus camas. Tenía mucho que hacer antes de despertarlos.

Lo primero que hice fue escuchar junto a la puerta del cuarto de mi madre. Silencio. Sabía que se había tomado las pastillas y lo más probable era que estuviera durmiendo profundamente, pero no podía correr ningún riesgo de ser atrapada. Con delicadeza giré el picaporte. Una de las tablas crujió bajo mis pies descalzos como si fuera un petardo. Me detuve en seco escuchando su respiración, por si hubiera cambios en el ritmo. No los había. Empujé la puerta. Una de las contraventanas había quedado entreabierta y el cuarto estaba iluminado. Mi madre yacía cruzada en la cama. Había apartado la cubierta con los pies durante la noche y una almohada había caído al suelo. La otra estaba medio cubierta por su brazo extendido y la cabeza le colgaba incómodamente en un ángulo, el cabello rozando el suelo. Reparé sin sorpresa que la almohada en la que había ocultado la bolsita de muselina era sobre la que ella descansaba. Me arrodillé a su lado. Su respiración era densa y pesada. Debajo de los párpados

morados, las pupilas se movían erráticas. Lentamente deslicé los dedos por la funda de la almohada debajo de ella.

Resultó fácil. Mis dedos desataron el nudo en el centro de la almohada, atrayéndolo hasta la abertura del tejido. Palpé la bolsa, la acerqué con la uña, sacándola finalmente de su escondite y poniéndola a salvo en la palma de la mano. Mi madre ni se inmutó. Sólo sus ojos oscilaban y temblaban debajo de la piel oscura, como si siguieran constantemente algo brillante y elusivo. Tenía la boca medio abierta y un hilillo de saliva se había deslizado por la mejilla hasta el colchón. Siguiendo un impulso le puse la bolsa debajo de la nariz, estrujándola para que despidiera el aroma y ella gimió en sueños, volviendo la cabeza hacia el otro lado y frunciendo el entrecejo. Volví a meterme el saquito de naranja en el bolsillo.

Luego me puse en serio manos a la obra. Una última mirada a mi madre, como si fuese un animal peligroso que fingía estar dormido. Fui hasta la chimenea. Allí había un reloj, un pesado mecanismo con un disco redondo bajo una cúpula de cristal de color dorado. Se veía extraño encima del pequeño y desnudo hogar, demasiado ostentoso para la habitación de mi madre, pero lo había heredado de su madre y era una de sus posesiones más preciadas. Levanté la cúpula de cristal y cuidadosamente hice retroceder las manecillas del reloj. Cinco horas. Seis. Luego volví a poner la cúpula en su lugar.

Seguidamente cambié de sitio los objetos de la repisa de la chimenea -una fotografía enmarcada de mi padre, otra de una mujer que sabía era mi abuela, un jarrón de cerámica con flores secas, un plato que contenía tres agujas para el pelo y una almendra azucarada del bautizo de Cassis. Puse las fotografías de cara a la pared, el jarrón en el suelo. Cogí las agujas del pelo del plato y las metí en el bolsillo del delantal que se había quitado mi madre. Luego recogí su ropa y la fui repartiendo artísticamente por la habitación. Un zueco meciéndose en la pantalla de la lámpara, el otro en la repisa de la ventana. El vestido escrupulosamente colgado de un colgador detrás de la puerta pero el delantal extendido en el suelo como si fuese un mantel de picnic. Para terminar, abrí el armario y dejé la puerta de tal forma que el espejo interior reflejara la cama donde ella estaba tendida. Lo primero que vería al despertar sería su propia imagen.

No hice todo eso guiada por un verdadero sentido de malicia. Mi intención no era causarle ningún mal sino desorientarla, hacerla creer que su ataque imaginario había sido real y que había sido ella misma quien, sin saberlo, había cambiado de sitio los objetos, las ropas y el reloj. Por mi padre sabía que en ocasiones ella hacía cosas que más tarde no recordaba, que en el punto álgido de su dolor y confusión se le trastocaba la visión, y los pensamientos más aún. El reloj de la cocina podía parecer biseccionado, con una mitad claramente visible

mientras que la otra desaparecía de repente y no quedaba nada salvo la pared desnuda debajo, o bien una copa de vino podía cambiar de lugar por medios propios, deslizarse sigilosamente de un lado del plato al otro. O un rostro humano -el mío, el de mi padre, el de Raphaël en el café- se podía mostrar con la mitad de sus facciones cercenadas como si hubiese sufrido una terrible cirugía, o la mitad de la página de un libro de cocina desaparecía mientras ella estaba leyendo, y las letras restantes danzaban incomprensiblemente ante ella.

Naturalmente, yo desconocía todo eso. Me enteré de la mayoría de estas cosas por el álbum, por sus anotaciones garabateadas, algunas de ellas frenéticas, casi desquiciadas -«a las tres de la madrugada todo parece posible»-, otras casi cínicas en su objetividad, anotando los síntomas con una fría curiosidad científica.

«Como el reloj, estoy dividida.»

Capítulo 10

Reine y Cassis seguían durmiendo cuando me marché; calculaba que aún disponía de media hora para ocuparme de mi asunto antes de despertarlos. Estudié el cielo que aparecía despejado y cetrino, con una tenue franja amarillenta en el horizonte. Faltaban unos diez minutos para el amanecer. Tenía que darme prisa.

Cogí un cubo de la cocina, me puse los zuecos que estaban preparados en la alfombrilla y corrí tan rápido como pude hacia el río. Tomé un atajo por el campo de detrás de la casa de Hourias, donde los girasoles estivales alzaban las cabezas vellosas, verdes aún, en el pálido cielo. Caminaba agachada, invisible, bajo el ramaje de hojas, con el cubo golpeándome la pierna a cada paso. Me llevó menos de cinco minutos llegar a las piedras alzadas.

A las cinco de la madrugada, el Loira está aún calmo y suntuoso por la niebla. El agua es hermosa en ese momento del día, fresca y mágicamente pálida, con los bancos de arena emergiendo como continentes perdidos. El agua huele a noche y, aquí y allá, una rociada de nuevos rayos de sol dibujaban sombras micáceas en la superficie. Me quité los zapatos y el vestido e inspeccioné el agua con mirada crítica. Parecía engañosamente mansa.

La última de las piedras alzadas, a la que solíamos llamar la piedra del tesoro, estaba a unos diez metros de la orilla y el agua en la base parecía extrañamente sedosa en la superficie, señal de que una potente corriente estaba en marcha. Podría ahogarme aquí, me dije de pronto, y ni siquiera sabrían dónde buscar para encontrarme.

Pero no tenía elección. Cassis había lanzado un desafío. Tenía que pagarme lo mío. ¿Cómo iba a hacer algo, yo que no tenía ninguna asignación, sin usar el monedero escondido en el cofre del tesoro? Por supuesto cabía la posibilidad de que él lo hubiera cogido. En ese caso, me arriesgaría a cogerlo del monedero de mi madre. Pero eso era algo que estaba reacia a hacer. No porque robar me pareciera especialmente malo, sino por la excepcional memoria que mi madre tenía para los números. Sabía lo que tenía hasta el último céntimo. Habría descubierto al instante mi hurto.

No. Tenía que ser el cofre del tesoro.

Desde que Cassis y Reinette habían terminado el curso había habido pocas expediciones al río. Ellos tenían un tesoro propio -un tesoro adulto- del que jactarse. Las pocas monedas que había en el monedero llegaban a un par de francos, no más. Contaba con la desidia de Cassis y su seguridad de que nadie salvo él era capaz de coger la caja atada al pilar. Estaba convencida de que el dinero seguía allí.

Con cuidado fui bajando por la orilla hasta entrar en el agua. Estaba fría, y el barro del río me rezumaba en los dedos de los pies. Fui vadeando hasta que el agua me alcanzó la cintura. Podía sentir la corriente como un perro impaciente en la traílla. ¡Dios mío, era tan fuerte ya! Puse la mano en el primer pilar, impulsándome hacia la corriente y di otro paso. Sabía que justo ahí había un declive, un lugar en el que el margen aún profundo del Loira se precipitaba en la nada. Cuando Cassis hacia el trayecto siempre simulaba ahogarse en este punto, dejándose flotar boca arriba en el agua opaca, forcejeando, gritando con un trago del pardusco río brotando de los labios. Siempre conseguía engañar a Reine; no importaba cuántas veces lo hiciera, siempre la hacía gritar de terror mientras él se hundía bajo la superficie.

No tenía tiempo para esa exhibición. Con los dedos de los pies busqué el declive. Ahí. Empujando contra el lecho del río, me impulsé tan lejos como pude con la primera patada, dejando las piedras alzadas río abajo, a mi derecha. El agua estaba más caliente en la superficie y la resistencia de la corriente no era tan fuerte. Nadé sin parar desde la primera piedra hasta la segunda dibujando un suave arco. Las piedras están separadas por casi cuatro metros en su tramo más ancho, esparcidas de forma desigual desde la orilla. Con una buena patada contra el pilar podía impulsarme más de un metro, yéndome ligeramente hacia arriba, de modo que la corriente me devolviera al siguiente pilar con el tiempo suficiente para volver a empezar. Como un pequeño barco contra un fuerte viento, fui avanzando dificultosamente hasta la piedra del tesoro, sintiendo la corriente cada vez más fuerte. Respiraba con dificultad a causa del frío. Me encontraba en el cuarto pilar, haciendo un esfuerzo final hasta mi meta. Mientras la corriente me arrastraba hacia la piedra del tesoro el pilar se me escapó y tuve un momento de repentino y brillante terror mientras me iba corriente abajo hacia el lugar de mayor profundidad del río con los brazos y las piernas agitándose en el agua. Jadeando, casi gritando a causa del pánico, conseguí enfilar hacia la piedra y me aferré a la cadena que mantenía sujeto el cofre del tesoro al pilar. Estaba lleno de malas hierbas y era desagradable al tacto, manchado con el lodo pardusco del río, pero lo utilicé para rodear el pilar.

Me quedé allí un instante, hasta que se calmara mi agitado corazón. Luego, con la espalda apoyada contra el pilar, tiré del cofre del tesoro sacándolo de su lecho encenagado. No era tarea fácil. La caja en sí no era demasiado pesada pero estaba cargada con la cadena y el tejido alquitranado parecía un peso muerto. Temblando de frío, castañeteándome los dientes, forcejeé con la cadena y finalmente sentí que algo cedía. Pataleando frenéticamente con las piernas para

mantener mi posición contra el pilar, tiré de la caja. Tuve otro momento de pánico cuando el alquitranado, resbaladizo por el barro, se me quedó enredado en los pies; luego fui tirando de la cuerda a la que estaba atada la caja. Por un momento estuve segura de que mis dedos entumecidos no serían capaces de abrirla, pero en ese instante la cerradura cedió y el agua inundó el cofre del tesoro. Lancé una maldición. El monedero seguía ahí, el viejo objeto marrón que madre había desechado porque el cierre estaba estropeado. Lo agarré y lo sostuve entre los dientes para más seguridad, luego, con un último esfuerzo, cerré la caja de golpe y la dejé hundirse hasta el fondo, cargada con la cadena. El alquitranado se había perdido, claro, y el resto del tesoro estaba anegado, pero no se podía hacer nada. Cassis tendría que encontrar otro lugar más seco donde ocultar sus cigarrillos.

Tenía el dinero y eso era lo que importaba.

Volví a nadar hacia la orilla, pero no conseguí alcanzar dos de los pilares y fui arrastrada casi doscientos metros en dirección a la carretera de Angers hasta que conseguí salir de la corriente, más parecida a un perro que nunca, a un perro loco y pardo con la cuerda enmarañada furiosamente entre mis piernas heladas. Calculé que todo el episodio no había durado más de diez minutos.

Me obligué a descansar unos minutos, sintiendo el calorcillo de los primeros rayos de sol en el rostro y dejando que el barro del Loira se secara en mi piel. Estaba temblando de frío y de euforia. Conté el dinero del monedero; a buen seguro había bastante para una entrada de cine y un zumo. Bien. Caminé corriente arriba hasta el lugar donde había dejado mi ropa. Me vestí: una vieja falda y una camisa de hombre sin mangas de color rojo cortada para que hiciese las veces de guardapolvos. Mis zuecos. Eché un vistazo rutinario a mis trampas, vaciándolas de los pequeños peces o dejándolos en ellas como cebo. En una trampa para cangrejos junto al puesto de vigilancia había un inesperado premio: un lucio pequeño -claro que no era la Gran Madre-, que metí en el cubo que había traído de casa. Otras capturas eran un manojo de anguilas procedentes de las superficies enlodadas junto al gran banco de arena y una breca de tamaño respetable de una de mis redes. Lo metí todo en el cubo. Sería mi coartada en el caso de que Cassis y Reine estuviesen ya levantados. Luego me dirigí a casa campo a través tan discretamente como había ido.

Hice bien en llevar el pescado. Cassis estaba lavándose bajo la bomba cuando llegué, aunque Reinette había calentado un cuenco de agua y se estaba mojando delicadamente la cara con un paño enjabonado. Me lanzaron una mirada curiosa, luego el rostro de Cassis se relajó en una jovial expresión de sorna.

– Nunca te das por vencida ¿eh? -dijo, señalando con la cabeza

húmeda al pescado del cubo-. ¿Qué llevas ahí?

Me encogí de hombros.

– Algunas cosas -respondí a la ligera. El monedero estaba en el bolsillo de mi guardapolvos y sonreí por dentro al notar su peso reconfortante-. Un lucio. Uno pequeño.

Cassis se echó a reír.

– Podrás coger los pequeños pero jamás conseguirás pescar a la Gran Madre -dijo-. Y aunque lo consiguieras ¿qué ibas a hacer con ella? Un lucio tan viejo no sería bueno para comer. Amargo como la hiel y lleno de espinas.

– La cogeré -afirmé con terquedad.

– ¡Oh! -Su tono era indiferente, incrédulo-. ¿Y entonces qué? Pedirás un deseo ¿no? Pedirás un millón de francos y un apartamento en la Rive Gauche.

Sin pronunciar una palabra negué con la cabeza.

– Yo desearía ser una estrella de cine -dijo Reine, secándose la cara-. Ver Hollywood y las luces, y Sunset Boulevard, y pasearme en una limusina y tener docenas de vestidos…

Cassis le dedicó una breve mirada de desprecio que me causó una tremenda alegría. Luego se volvió hacia mí.

– ¿Y bien? ¿Qué será, Boise? -Su sonrisa era descarada e irresistible-. ¿Qué vas a pedir? ¿Pieles? ¿Coches? ¿Una villa en Juan-les-Pins?

Volví a negar con la cabeza.

– Lo sabré cuando la capture -dije indiferente-. Y voy a conseguirlo. Ya lo verás.

Cassis me estudió brevemente, la sonrisa esfumándose del rostro. Luego emitió un gruñido de disgusto y volvió a sus abluciones.

– ¡Eres increíble, Boise! ¡Realmente increíble! -exclamó.

Luego nos apresuramos a acabar nuestras tareas diarias antes de que Madre se levantara.

Capítulo 11

Siempre hay mucho que hacer en una granja. Extraer agua de la bomba, dejarla en cubos de metal en la bodega para evitar que el sol la caliente, ordeñar las cabras, cubrir los baldes con paños de muselina y dejarlos en la lechería, luego sacar las cabras a pastar para que no acabaran por comerse todas las verduras del jardín, dar de comer a las gallinas y los patos, coger la cosecha diaria de fresas maduras, echar carbón en el horno aunque dudaba mucho de que madre fuese a utilizarlo hoy. Sacar a pastar al caballo, *Bécassine*, y ponerle agua fresca en el abrevadero… Todo ello, hecho con la máxima celeridad, nos llevó unas dos horas; cuando acabamos, el calor del sol se estaba haciendo más intenso, la humedad nocturna iba evaporándose de los caminos de tierra recocidos y el rocío se secaba en la hierba. Había llegado el momento de irnos.

Ni Reinette ni Cassis habían mencionado el tema del dinero. No había ninguna necesidad. Yo me pagaba lo mío, había dicho Cassis, asumiendo que eso sería imposible. Reine me miraba con extrañeza mientras estábamos cogiendo las últimas fresas, curiosa quizá por mi actitud confiada, y cuando miraba a Cassis a los ojos, lanzaba una risilla. Me fijé en que se había vestido con especial esmero aquella mañana -su falda plisada del colegio, los calcetines hasta los tobillos y los zapatos, un suéter encarnado de manga corta- y llevaba el pelo recogido en la nuca en una gruesa salchicha y asegurado con agujas. Despedía un olor extraño, una especie de olor empolvado y dulzón como a malvavisco y violetas, y se había pintado los labios con el carmín rojo. Me pregunté si había quedado con alguien. Un chico, quizá. Alguien que conocía del colegio. Ciertamente parecía más nerviosa de lo habitual, cogiendo la fruta con delicada rapidez como si fuese un conejo comiendo entre comadrejas. Mientras me movía por las hileras de fresales oí cómo le susurraba algo a Cassis y luego su risa nerviosa.

No importaba, pensé entre mí. Suponía que planeaban ir a algún sitio sin mí. Había convencido a Reine para que me llevara y no serían capaces de echarse atrás. Pero, por lo que ellos sabían, yo no tenía dinero. Eso significaba que podrían ir al cine sin mí, dejándome junto a la fuente para esperarlos o mandándome a algún recado imaginario mientras ellos iban a encontrarse con sus amigos… Digerí aquel pensamiento con amargura. Eso era lo que se suponía que iba a suceder. Tan seguros estaban de sí mismos que habían pasado por alto la única solución obvia a mi problema. Reine jamás habría ido nadando hasta la piedra del tesoro. Cassis seguía viéndome como la hermana pequeña, demasiado fascinada por el adorado hermano

mayor para aventurarme a hacer algo sin su permiso. A veces me miraba y se sonreía satisfecho, con los ojos brillándole con sorna.

Partimos para Angers a las ocho; yo iba detrás de la enorme y destartalada bicicleta de Cassis, con los pies aprisionados peligrosamente bajo el manillar. La bicicleta de Reine era más pequeña y elegante, con el manillar alto y un sillín de cuero. En el manillar llevaba un cesto en el que había un termo con café de achicoria y tres paquetes idénticos con bocadillos. Reine se había anudado un pañuelo a la cabeza para proteger su coiffure y las puntas iban azotándole la nuca al pedalear. Nos detuvimos tres o cuatro veces durante el trayecto, para beber del termo que Reine llevaba en la bicicleta, arreglar una rueda desinflada y comer un pedazo de pan y queso a modo de desayuno. Al fin llegamos a las afueras de Angers, pasando al lado del collège -cerrado ahora por vacaciones y custodiado por un par de soldados alemanes apostados en la entrada- y bajamos por calles de casas estucadas hasta llegar al centro de la ciudad.

El cine, el Palais-Doré, estaba en la Plaza Mayor, cerca del lugar que ocupaba el mercado. Varias filas de tiendas pequeñas rodeaban la plaza; la mayor parte de ellas estaban abriendo, y un hombre fregaba el pavimento con un cubo de agua y una escoba. Empujamos las bicicletas, conduciéndolas hacia un callejón entre la barbería y la carnicería que aún tenía las persianas bajadas. El callejón apenas era lo suficiente ancho para pasar andando y el suelo estaba lleno de escombros y desperdicios; parecía bastante seguro que nadie tocaría nuestras bicicletas ahí. Una mujer en una terraza del café nos sonrió y lanzó un saludo; algunos clientes de domingo ya estaban en él, bebiendo tazas de achicoria y comiendo *croissants* o huevos duros. Un repartidor pasaba con la bicicleta haciendo sonar el timbre con aire de importancia; junto a la iglesia un quiosco vendía boletines de una página. Cassis miró a su alrededor y se dirigió al comercio. Vi que le daba algo al encargado y éste le entregaba a su vez a Cassis un fajo que rápidamente desapareció bajo el cinturón de su pantalón.

– ¿Qué era eso? -le pregunté curiosa.

Cassis se encogió de hombros. Noté que se sentía satisfecho consigo mismo, demasiado satisfecho como para ocultar la información sólo para molestarme. Bajó la voz en tono conspirador y me permitió echar un vistazo a los papeles enrollados que volvió a cubrir inmediatamente.

– Cómics. Seriales -le guiñó el ojo a Reine dándose importancia-. Revistas de cine americano.

Reine profirió un grito de excitación e hizo ademán de cogerle el brazo.

– ¡Déjame ver, déjame ver!

Cassis sacudió la cabeza irritado.

– Shh. ¡Por el amor de Dios, Reine! -Volvió a bajar el tono de voz-. Me debía un favor. Mercado negro. Los tenía guardados para mí debajo del mostrador.

Reine lo miró con asombro. Yo estaba menos impresionada. Quizá porque era menos consciente de la escasez de tales cosas; quizá porque el germen de la rebelión ya estaban creciendo en mí, impeliéndome a despreciar todo cuanto le hiciese sentirse abiertamente orgulloso a mi hermano. Hice un gesto de indiferencia. Pero seguí preguntándome qué tipo de favor le debía el vendedor de periódicos a Cassis y finalmente concluí que debía de estar fanfarroneando. Y así lo dije.

– Si yo tuviera contactos con el mercado negro -murmuré con un deje aceptable de escepticismo- me aseguraría de recibir algo mejor que unas revistas atrasadas.

Cassis pareció herido.

– Puedo tener lo que quiera -se precipitó a decir-. Cómics, cigarrillos, libros, café de verdad… chocolate… -se interrumpió con una risa sarcástica-. Tú ni siquiera puedes conseguir el dinero para pagarte una maldita entrada para el cine.

– ¡Ah!, ¿no? -Sonriendo saqué el monedero del bolsillo del delantal. Lo sacudí un poco para que pudiera oír el ruido de las monedas en su interior. Sus ojos se agrandaron al reconocerlo.

– Pequeña ladrona -espetó por fin-. ¡Maldita, puñetera, ladrona!

Me lo quedé mirando sin decir nada.

– ¿Cómo lo conseguiste?

– Fui nadando y lo cogí -le respondí desafiante-. En cualquier caso no es robar. El tesoro era de todos.

Pero Cassis apenas me escuchaba.

– Maldita ladrona -repitió.

Estaba claro que le molestaba que alguien que no fuera él pudiera obtener cosas con astucia.

– No veo qué tiene de diferente contigo y tu mercado negro -le dije calmosa-. Se trata del mismo juego, ¿no? -Y dejé que asimilara las palabras antes de continuar-. Lo que pasa es que estás molesto porque lo hago mejor que tú.

Cassis me miraba ferozmente.

– No es lo mismo -dijo por fin.

Mantuve una expresión descreída. Resultaba muy sencillo hacer que Cassis se traicionara. Lo mismo que su hijo años después. Ninguno de los dos entendía nada de astucia. Cassis estaba colorado y casi gritaba, olvidado su tono de conspirador.

– Podría conseguirte todo lo que quisieras. Buenos aparejos de pesca para tu estúpido lucio -gruñó salvajemente-. Goma de mascar, zapatos, medias de seda, ropa interior de seda si quisieses.

Me eché a reír. Tal y como nos habíamos criado, la idea de ropa interior de seda se me antojaba ridícula. Enrabiado, Cassis me agarró por los hombros y me sacudió.

– ¡Para ya! -Su voz estaba cascada por la furia-. ¡Tengo amigos! ¡Conozco a gente! ¡Podría conseguirte cualquier cosa!

Ya veis qué fácil resultaba sacarlo de sus casillas. En este sentido, Cassis estaba malcriado, demasiado acostumbrado a ser el hermano mayor, el hombre de la casa, el primero en ir al colegio, el más alto, el más fuerte, el más listo. Sus ataques ocasionales de desenfreno -sus escapadas a los bosques, sus atrevimientos en el Loira, sus pequeños hurtos de los puestos del mercado y de las tiendas de Angers- eran incontrolados, casi histéricos. No le daban ninguna satisfacción. Era como si necesitase demostrarnos algo, a nosotras o a sí mismo.

Sé que yo lo había dejado perplejo. Sus pulgares se hundían en mis brazos con tal fuerza que sin duda al día siguiente tendría grandes marcas en la piel, como moras maduras, pero no di muestras de ello. En cambio, seguí observándolo fijamente, intentando que él fuese el primero en desviar la mirada.

– Tenemos amigos, Reine y yo -explicó en un tono más bajo, casi razonable, con los pulgares horadándome aún los brazos-. Amigos poderosos. ¿De dónde crees que sacó ese estúpido carmín? ¿O el perfume? ¿O esa cosa que se pone en la cara por las noches? ¿De dónde crees que lo saca? ¿Y cómo crees que nos lo hemos ganado?

Me soltó los brazos con una expresión medio de orgullo y consternación y me di cuenta de que estaba sudoroso por el miedo.

Capítulo 12

No recuerdo gran cosa de la película. Circonstances atténuantes con Arletty y Michel Simon, una vieja película que Cassis y Reine ya habían visto. Al menos, Reine no se sintió en absoluto molesta por ello; extática, no le quitaba ojo a la pantalla. La historia me pareció poco creíble, demasiado alejada de mi propia realidad. Además, mi mente estaba en otras cosas. El proyector se estropeó en dos ocasiones; la segunda vez las luces se encendieron y el público bramó en señal de desaprobación. Un hombre con aspecto atormentado y vestido con esmoquin pidió silencio. Un grupo de alemanes en el rincón, con los pies descansando en los asientos de delante empezaron a aplaudir lentamente. De pronto, Reine que había salido de su estado de trance para quejarse irritada por la interrupción lanzó un grito de exaltación.

– ¡Cassis! -Se inclinó sobre mí y pude oler el químico aroma dulzón en su cabello-. ¡Cassis, está aquí!

– ¡Sss! -silbó furiosamente Cassis-. No mires.

Reine y Cassis se quedaron un instante mirando hacia el frente del auditorio, inexpresivos como momias. Luego él musitó algo como quien susurra en una iglesia.

– ¿Quién?

Reinette desvió la mirada hacia los alemanes con el rabillo del ojo.

– Ahí -respondió en el mismo tono-. Con otros que no conozco. -A nuestro alrededor la multitud zapateaba y vociferaba. Cassis se arriesgó a mirar.

– Esperaré a que se apaguen las luces -anunció.

Diez minutos después las luces se oscurecieron y la película continuó. Cassis se deslizó de su asiento hacia el fondo de la sala. Lo seguí. En la pantalla, Arletty bailaba y pestañeaba enfundada en un vestido ceñido y escotado. El reflejo de la luz de mercurio iluminaba nuestras figuras agazapadas y presurosas transformando el rostro de Cassis en una máscara lívida.

– Vuelve a tu sitio, idiota -me espetó-. No te quiero conmigo metiéndote por el medio.

– No me meteré por el medio -le dije meneando la cabeza-. No a menos que intentes evitar que te acompañe.

Cassis hizo un gesto impaciente. Sabía que estaba hablando en serio. En la oscuridad noté cómo temblaba por la excitación o los nervios.

– Mantente agachada y déjame hablar a mí -dijo al fin.

Nos detuvimos, agazapados, en el fondo del auditorio, cerca de donde el grupo de soldados alemanes había hecho una isla entre la

multitud de civiles. Algunos hombres estaban filmando; veíamos lucecitas rojas en sus rostros vacilantes.

– ¿Lo ves ahí, al fondo? -susurró Cassis-. Ése es Hauer. Quiero hablar con él. Tú quédate a mi lado y no abras la boca, ¿estamos?

No respondí. No estaba dispuesta a prometer nada.

Cassis se deslizo por el pasillo junto al soldado que se llamaba Hauer. Mirando alrededor con curiosidad, advertí que nadie nos prestaba ni la más mínima atención salvo un alemán que estaba detrás de nosotros, un hombre joven, delgado y de rostro afilado con la gorra ladeada y un cigarrillo en la mano. Junto a mí oía a Cassis susurrando urgentemente a Hauer y luego el crujido de papeles. El alemán de rostro afilado me sonrió y me hizo un gesto con el cigarrillo.

De pronto, lo reconocí. Era el soldado del mercado, el que me había visto coger la naranja.

Durante un minuto me quedé paralizada sin poder hacer nada salvo mirarlo.

El alemán volvió a gesticular. El resplandor de la pantalla le iluminaba el rostro despidiendo sombras espectaculares de sus ojos y pómulos.

Nerviosa, desvié la mirada hacia Cassis pero mi hermano estaba demasiado ocupado hablando con Hauer para reparar en mí. El alemán seguía mirándome expectante, sus labios esbozaban una ligera sonrisa. Estaba de pie a cierta distancia de los demás. Sostenía el cigarrillo con la punta mirando hacia la palma y vi la mancha oscura de los huesos bajo la carne iluminada. Llevaba puesto el uniforme pero se había desabrochado la chaqueta y llevaba la cabeza desnuda.

Por alguna extraña razón eso me inspiró confianza.

– Ven aquí -susurró el alemán.

No podía hablar. Sentía como si tuviera la boca llena de paja. Hubiera echado a correr de haber estado segura de que mis piernas me responderían. Pero lo que hice fue alzar la barbilla y dirigirme hacia él.

El alemán sonrió y dio otra calada al cigarrillo.

– Eres la pequeña de la naranja ¿no? -dijo mientras me acercaba.

No respondí. A él parecía importarle poco mi silencio.

– Eres rápida. Tan rápida como yo cuando era niño. -Se echó la mano al bolsillo y sacó algo envuelto en papel de estaño-. Toma. Te gustará. Es chocolate.

– No lo quiero -respondí dirigiéndole una mirada llena de recelo.

– Prefieres las naranjas ¿no? -dijo sonriendo de nuevo.

Callé.

– Recuerdo que había un huerto junto al río -dijo en voz queda- cerca del pueblo en el que crecí. Tenía las ciruelas más grandes y moradas que hayas visto nunca. Estaba todo amurallado, y lo

rondaban los perros de la granja. Durante todo el verano intenté coger las ciruelas. Tenía que coger aquellas ciruelas. Lo intenté todo. No podía pensar en otra cosa.

Su voz era agradable y con un ligero acento; los ojos le brillaban detrás de los dibujos del humo del cigarrillo. Lo observé con cautela; no me atrevía a moverme, dudosa de si me estaba tomando el pelo.

– Además lo robado siempre sabe mucho mejor que lo que te dan. ¿No crees?

Ahora estaba segura de que se estaba burlando de mí y mis ojos se agrandaron con indignación.

El alemán vio mi expresión y se echó a reír, ofreciéndome aún el chocolate.

– Vamos, *backfisch*, cógelo. Haz cuenta que se lo estás robando a los boches.

La onza estaba medio deshecha y me la comí directamente. Era chocolate de verdad y no aquella cosa blanquecina y arenosa que comprábamos de vez en cuando en Angers. El alemán me observó mientras comía y yo lo miraba con la misma sospecha pero con curiosidad creciente.

– ¿Las cogiste al final? -pregunté al fin con la voz espesa por el chocolate-. ¿Las ciruelas, me refiero?

El alemán asintió.

– Las cogí, *backfisch*. Aún recuerdo su sabor.

– ¿Y no te pillaron?

– Pues sí. -Su sonrisa se tiñó de arrepentimiento-. Comí tantas que me puse enfermo y así fue cómo me descubrieron. Me gané una buena paliza. Pero al final conseguí lo que quería. Eso es lo que importa ¿no?

– Es cierto -convine-. A mí me gusta ganar. -Hice una pausa-. ¿Por eso no dijiste nada de lo de la naranja?

El alemán se encogió de hombros.

– ¿Por qué iba a decírselo a nadie? No era asunto mío. Además, el tendero tenía muchas más. Bien podía prescindir de una.

Asentí.

– Tiene una furgoneta -anuncié lamiendo el trozo de papel de estaño para que no se perdiera nada del chocolate.

El alemán parecía estar de acuerdo.

– Hay gente que quiere guardarse todo lo que tienen para sí -comentó-. Eso no es justo.

– Como Madame Petit, la de la mercería -dije asintiendo con la cabeza-, te pide la luna por un trozo de paracaídas por el que ella no ha pagado nada.

– Exacto.

Se me ocurrió que quizá no debería haber mencionado a Madame Petit y le dirigí una rápida mirada, pero el alemán apenas parecía

estar escuchándome. Tenía los ojos puestos en Cassis, que seguía hablando en susurros con Hauer al final de la fila de asientos. Sentí una punzada de disgusto al pensar que Cassis pudiera interesarle más que yo.

– Es mi hermano -le dije.

– ¿Ah, sí? -volvió a mirarme sonriente-. Sois toda una familia. Me pregunto si hay más de vosotros.

– Yo soy la pequeña -dije negando con la cabeza-, Framboise.

– Encantado de conocerte, Françoise.

– Fram*boise* -le corregí con una sonrisa.

– Leibniz, Tomas. -Alzó la mano y después de un momento de duda se la estreché.

Capítulo 13

Así fue como conocí a Tomas Leibniz. Por alguna razón Reinette estaba furiosa porque había estado hablando con él y se pasó refunfuñando el resto de la película. Hauer le había pasado un paquete de Gauloise a Cassis y ambos reptamos nuevamente hasta nuestros asientos, él fumando uno de sus cigarrillos y yo perdida en especulaciones. Sólo cuando la película hubo terminado me sentí dispuesta a hacer preguntas.

– Esos cigarrillos -comenté-, ¿te refieres a eso cuando dices que puedes conseguir cosas?

– Pues claro -Cassis parecía satisfecho consigo mismo, pero todavía percibía cierta ansiedad bajo su apariencia. Sostenía el cigarrillo en la palma de la mano como si imitara a los alemanes pero, en él, aquel gesto se notaba artificial e inseguro.

– Les dices cosas, ¿no es así?

– A veces les decimos cosas -admitió Cassis con sonrisa afectada.

– ¿Qué tipo de cosas?

– Empezó con aquel viejo idiota y su radio -dijo en voz baja encogiéndose de hombros-. Se lo merecía. En cualquier caso, no debería haberla tenido, y tampoco debería haberse mostrado tan sorprendido; al fin y al cabo, lo único que hacíamos era mirar a los alemanes. A veces les dejamos notas con el cartero o en el café. A veces el repartidor de periódicos nos pasa cosas que han dejado para nosotros. A veces ellos mismos lo traen. -Intentó que su voz sonara impasible pero podía percibir cierta ansiedad e inquietud-. No tiene importancia -prosiguió-. La mayoría de los boches son los primeros en utilizar el mercado negro y envían cosas a su casa. Ya sabes, cosas que han requisado. Así que en el fondo no tiene importancia.

– Pero la Gestapo.

– ¡Oh, crece de una vez, Boise! -De pronto estaba enfadado, como siempre que lo ponía contra las cuerdas-. ¿Qué sabrás tú de la Gestapo? -Miró a su alrededor con nerviosismo y volvió a bajar la voz-. Naturalmente no tratamos con ellos. Esto es diferente. Ya te lo dije, sólo son negocios. Y, por cierto, no tiene nada que ver contigo.

– ¿Por qué no? -le espeté resentida-. Yo también sé cosas -Deseé haberle dicho más cosas de Madame Petit al alemán, haberle contado que era judía.

Cassis movió la cabeza despectivamente.

– No lo entenderías.

Regresamos a casa envueltos en un silencio algo aprensivo, esperando quizá que madre hubiese adivinado nuestro desautorizado viaje, pero al llegar nos la encontramos de un buen humor poco

común. No dijo nada sobre el olor a naranjas, la noche en vela o los cambios que yo había hecho en su habitación. Y la comida que nos tenía preparada era casi una celebración, con una sopa de zanahorias y achicoria, boudin noir con manzanas y patatas, *crêpes* de trigo sarraceno y *clafoutis* de postre, grandes y jugosos con las últimas manzanas de la temporada anterior, crujientes con azúcar moreno y canela. Comimos en silencio como siempre, pero madre parecía abstraída; olvidó incluso decirme que quitase los codos de la mesa y ni siquiera reparó en que llevaba el pelo enredado y la cara sucia.

Quizá la naranja la haya amansado, pensé entre mí.

No obstante, al día siguiente se recuperó con creces volviendo a su antiguo ser. La evitamos en la medida de lo posible, haciendo nuestras tareas con rapidez y recluyéndonos en el puesto de vigilancia y el río, donde jugamos con desgana.

A veces Paul venía con nosotros pero intuía que ya no formaba parte del grupo, que había quedado excluido de nuestro círculo. Me daba pena y me sentí algo culpable; sabía bien lo que era sentirse excluida pero no podía hacer nada para evitarlo. Paul tenía que librar sus propias batallas como yo había librado las mías.

Además, a madre le desagradaba Paul tanto como le desagradaba el resto de la familia Hourias. A sus ojos, Paul era un vagabundo, demasiado holgazán para ir al colegio y demasiado estúpido incluso para aprender a leer en el pueblo con los demás niños. Sus padres no eran mucho mejores: él vendía lombrices rojas junto a la carretera y ella remendaba la ropa de otros. Pero mi madre se mostraba especialmente cruel con el tío de Paul. Al principio pensé que se trataba de un asunto de pura rivalidad típica de los pueblos. Philippe Hourias tenía la granja más grande de Les Laveuses, hectáreas de campos de girasoles, patatas, coles y nabos, veinte vacas, cerdos, cabras y un tractor en una época en que la mayoría de las gentes de por allí seguían arando con caballos, y también tenía una máquina para ordeñar… Eran los celos, me dije a mí misma, el resentimiento de la viuda que tiene que luchar para salir adelante contra el viudo rico. Aun así, no dejaba de ser extraño, dado que Philippe Hourias había sido el mejor amigo de mi padre. Habían crecido juntos de niños, habían ido a pescar y a nadar juntos y compartían secretos. Philippe había grabado personalmente el nombre de mi padre en el monumento de guerra y siempre le ponía flores los domingos. Pero madre no lo saludaba más que con un breve gesto. Nunca fue un alma gregaria y después del incidente de la naranja parecía aún más hostil hacia él.

No fue sino mucho después cuando empecé a intuir la verdad. Cuando leí el álbum, cuarenta años después. Aquella caligrafía diminuta y causante de migrañas que se esparcía por las páginas

cosidas:

Hourias lo sabe -escribió-. A veces lo sorprendo mirándome. Lástima y curiosidad, como si yo fuese algo que atropellara en la carretera. La noche pasada me vio saliendo de La Rép con las cosas que tenía que comprar. No dijo nada pero sé que lo había adivinado. Cree que deberíamos casarnos, claro. Para él tiene sentido, un viudo y una viuda, casando sus tierras. Yannick no tenía ningún hermano que le sustituyera al morir. Y no se espera de una mujer que se encargue ella sola de la granja.

Si hubiera sido una mujer dulce quizás habría sospechado algo antes. Pero Mirabelle Dartigen no era una mujer dulce. Era sal sin refinar y lodo de río, con ataques de ira prestos y furiosos como inevitables tormentas estivales. Nunca pretendí averiguar las causas, me limitaba a evitar los efectos tan bien como podía.

Capítulo 14

No hubo más viajes a Angers aquella semana y ni Cassis ni Reinette parecían dispuestos a hablar de nuestro encuentro con los alemanes. En cuanto a mí, no quería mencionar mi conversación con Leibniz aunque no podía olvidarla. A veces me hacía sentir aprensiva y extrañamente poderosa.

Cassis estaba inquieto, Reinette ceñuda y descontenta, y por si fuera poco estuvo toda la semana lloviznando, así que el Loira se ensanchó peligrosamente y los campos de girasoles se pusieron azulados por la lluvia. Pasaron siete días desde nuestra última visita a Angers. El día de mercado llegó y pasó; esta vez Reinette acompañó a madre a la ciudad dejándonos a Cassis y a mí merodeando descontentos por el huerto mojado. Las ciruelas verdes en los árboles me traían a Leibniz al pensamiento con una mezcla de curiosidad e inquietud. Me preguntaba si volvería a verlo de nuevo.

E inesperadamente lo vi.

Era día de mercado, temprano por la mañana y le tocaba a Cassis ayudar con las provisiones. Reine había ido a buscar los quesos envueltos en las hojas de vid y madre estaba recogiendo los huevos del gallinero. Yo acababa de regresar del río con mis capturas del día, un par de pequeñas percas y brecas que había desmenuzado como cebo y que había dejado en el cubo junto a la ventana. No era el día en que los alemanes solían venir y por ello fui yo la que casualmente les abrió la puerta cuando llamaron.

Eran tres, dos a los que no conocía y Leibniz, muy correcto ahora con su uniforme, erguido con el fusil apoyado en el brazo. Se le agrandaron un poco los ojos al verme y sonrió.

Si hubiesen sido otros alemanes los que hubieran estado ante mí les habría cerrado la puerta en las narices como Denis Gaudin hizo cuando le fueron a requisar el violín. Habría ido a llamar a madre. Pero en aquella ocasión no sabía qué hacer; me moví nerviosamente por el umbral pensando en lo que debía hacer.

Leibniz se volvió hacia los otros dos y les dijo algo en alemán. Por los gestos que acompañaban sus palabras me pareció entender que él se encargaría de registrar aquella granja mientras los otros seguían hasta las casas de Ramondin y Hourias. Uno de los alemanes me miró y dijo algo. Los tres se echaron a reír. Luego, Leibniz asintió, aún sonriendo, y entró en nuestra cocina.

Sabía que debía llamar a madre. Cuando venían los soldados aún se ponía de peor humor; resentida por su presencia y su indiferente apropiación de todo cuanto precisaban. ¡Y tenía que ser hoy de entre todos los días! Ya estaba de bastante mal humor; aquel sería el golpe

de gracia.

Las provisiones empezaban a escasear, me había explicado Cassis cuando le pregunté. Incluso los alemanes tenían que comer.

– Y comen como cerdos -había dicho con indignación-. Deberías ver su cantina -barras enteras de pan con mermelada y pâté, *rillettes*, queso y anchoas saladas, jamón, chucrut y manzanas- no te lo puedes llegar a imaginar.

Leibniz cerró la puerta tras de sí y miró a su alrededor. Fuera de la vista de los otros soldados se le veía más relajado, más como un civil. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un cigarrillo.

– ¿Qué estás haciendo aquí? -le dije al fin-. No tenemos nada.

– Ordenes, *backfisch* -dijo Leibniz-. ¿Está tu padre por aquí?

– No tengo padre -repliqué con una nota desafiante-. Los alemanes lo mataron.

– ¡Ah, lo siento! -Parecía incómodo y sentí cierto placer-. Tu madre entonces.

– Afuera -lo observé-. Hoy es día de mercado. Si nos quitas la mercancía no nos quedará nada. Sólo nos mantenemos a duras penas.

Leibniz echó un vistazo un poco avergonzado, me pareció. Lo vi mirar las baldosas limpias del suelo, las cortinas remendadas, la mesa de madera de pino rayada. Dudó.

– Tengo que hacerlo, *backfisch* -musitó-. Me castigarán si no obedezco las órdenes.

– Podrías decir que no encontraste nada. Podrías decir que ya no quedaba nada cuando llegaste.

– Quizá -se le encendieron los ojos al ver el cubo con los restos de pescado junto a la ventana-. ¿Hay algún pescador en la familia? ¿Quién es? ¿Tu hermano?

Negué con la cabeza.

– Yo.

Parecía sorprendido.

– ¿Pescas? -repitió-. No pareces lo bastante mayor.

– Tengo nueve años -respondí dolida.

– ¿Nueve? -Había luces bailando en sus ojos pero la boca permaneció seria-. Yo también pesco, ¿lo sabías? -murmuró-. ¿Qué es lo que pescas por aquí? ¿Truchas, carpas, percas?

Negué con la cabeza.

– ¿Entonces qué?

– Lucios.

Los lucios son los más listos de los peces de agua dulce. Astutos y cautelosos a pesar de sus crueles dientes, necesitan cebos cuidadosamente seleccionados para atraerlos a la superficie. Aun la cosa más insignificante puede alertarlos, el menor cambio en la temperatura del agua; el atisbo de un movimiento fugaz. No hay

forma suficientemente rápida o fácil para capturarlos; dejando a un lado la suerte ciega, pescar lucios requiere tiempo y paciencia.

– Bueno, eso es distinto -dijo Leibniz pensativamente-. No creo que pueda fallarle a un compañero pescador -me sonrió-. Conque lucios, ¿eh?

Asentí.

– ¿Qué utilizas, abejorros o bolos alimenticios?

– Las dos cosas.

– Ya veo. -Ahora no sonrió; era un asunto serio. Lo observé en silencio. Era un truco que jamás me fallaba para poner nervioso a Cassis.

– No nos quites las provisiones del mercado.

Hubo otro silencio. Luego Leibniz asintió.

– Supongo que puedo inventarme alguna historia para contarles -dijo lentamente-. Pero tendrás que mantener la boca cerrada o me meterías en un grave aprieto. ¿Lo entiendes?

Asentí. Me parecía justo. Después de todo, él se había callado lo de la naranja. Escupí en la palma de la mano para cerrar el trato. No sonrió sino que nos dimos la mano con mucha seriedad, como si entre nosotros hubiese un acuerdo de adultos. Medio esperaba que me pidiese otro favor a cambio pero no lo hizo, y eso me gustó. Leibniz no era como los demás, me dije.

Lo miré marcharse. No se giró. Lo miré mientras avanzaba tranquilamente por la avenida en dirección a la granja de Hourias y apagó el cigarrillo contra el muro de la casa; la colilla despedía chispas rojizas contra la piedra grisácea del Loira.

Capítulo 15

No les conté nada a Cassis o Reinette de lo que había sucedido entre Leibniz y yo. Haberles dicho algo habría significado restarle autoridad. Por contra me guardé el secreto, acariciándolo en mi mente como un tesoro robado. Me daba un sentimiento de poder extrañamente adulto.

Ahora pensaba en las revistas de cine de Cassis y en la barra de labios de Reinette con cierto desdén. Se creían muy listos. Pero ¿qué habían hecho en realidad? Se habían comportado como niños contando chismes en la escuela. Los alemanes los trataban como niños, sobornándolos con chucherías. Leibniz no había intentado sobornarme. Me había tratado como a una igual, con respeto.

La granja de Hourias fue duramente expoliada. Los huevos de una semana, parte de la leche, dos mitades enteras de cerdo salado, siete libras de mantequilla, un barril de aceite, veinticuatro botellas de vino que estaban mal escondidas detrás de un tabique de la bodega más un montón de terrinas y conservas, todo requisado. Paul me lo contó. Sentí un ligera punzada de dolor por él -su tío era el que en mayor medida aprovisionaba a la familia- y me hice la firme promesa de compartir con él mi comida siempre que pudiese. Por otra parte, la temporada no había hecho más que empezar. Philippe Hourias no tardaría en recuperarse de sus pérdidas. Y yo tenía otras cosas en que pensar.

La bolsita de naranja seguía escondida donde la dejé. No debajo del colchón, aunque Reinette seguía insistiendo en mantener el mismo lugar para guardar sus chismes de belleza creyendo que era secreto. No; mi escondite era mucho más imaginativo. Había puesto la bolsita en un tarro de cristal de boca estrecha y lo había dejado caer en el barril de las anchoas saladas que mi madre guardaba en la bodega, atado con un trozo de cuerda, lo que me permitía localizarlo cuando lo necesitara. Era poco probable que me descubrieran, pues a mi madre le desagradaba el fuerte olor de las anchoas y siempre me enviaba a mí a buscarlas cuando las necesitaba.

Sabía que volvería a funcionar.

Esperé a la noche del miércoles. Esta vez oculté la bolsa bajo la rejilla de la cocina, donde el calor haría que el vapor saliera despedido más rápidamente. Como era de esperar, madre no tardó en empezar a frotarse las sienes en cuanto se puso a trabajar en la cocina, hablándome bruscamente si me retrasaba en traerle la harina o la madera, regañándome -«¡Que no se te ocurra desportillarme mis platos buenos!»- y husmeando el aire con aquella mirada animal de confusión y desespero. Cerré la puerta de la cocina para que el efecto

fuera mayor; el aroma a piel de naranja invadió la estancia una vez más. Oculté la bolsita en su almohada como hiciera la vez anterior, cosiéndola en la funda rayada debajo de la almohada; los trozos de piel estaban duros y ennegrecidos por el calor de la cocina, y estaba segura de que sería la última vez que podría usarla.

La comida se quemó.

Nadie se atrevió a mencionarlo; mi madre tocaba el oscuro y frágil encaje negro de las *crêpes* chamuscadas y luego se palpaba la sien una y otra vez hasta que estaba segura de que iba a ponerme a gritar. Esta vez no preguntó si habíamos traído naranjas a casa aunque podía advertir que deseaba hacerlo. Se limitaba a tocar, desmigar, palpar y agitarse, rompiendo a veces el silencio con una fiera exclamación de rabia a la menor infracción de las normas de casa.

– ¡Reine-Claude, el pan encima de la mesa! ¡No quiero que vayas echando migas en mi suelo limpio!

Su voz era punzante, exasperada. Corté una rebanada de pan, volviendo a poner la barra sobre la mesa deliberadamente boca abajo. Por algún motivo eso solía irritar a madre, igual que mi manía de cortar las puntas de ambos lados y desechar la parte central.

– ¡Framboise! ¡Pon el pan boca arriba! -Volvió a tocarse la cabeza, fugazmente, como si estuviese comprobando que aún estaba allí-. ¿Cuántas veces tengo que decirte…?

Se quedó paralizada a media frase, con la cabeza a un lado y la boca abierta.

Permaneció así unos treinta segundos o más, con la mirada perdida en la nada, con el rostro de un escolar intentando recordar el teorema de Pitágoras o la declinación del ablativo absoluto. Tenía los ojos de color verde botella y negro como el hielo invernal. Nos miramos en silencio, observándola a medida que iban pasando los segundos. Luego volvió a moverse, el típico gesto brusco de irritación, y empezó a recoger la mesa, a pesar de que aún no habíamos acabado de comer. Tampoco lo mencionó nadie.

Al día siguiente, tal como había previsto, se quedó en la cama y nosotros fuimos a Angers como la vez anterior. En esta ocasión, sin embargo, no fuimos al cine; vagamos por las calles. Cassis fumaba ostentosamente uno de sus cigarrillos y nos instalamos en la terraza del café del centro, Le Chat Rouget. Reinette y yo pedimos un *diabolo-menthe* y Cassis hizo ademán de pedir pastis, aunque cambió dócilmente a *panaché* ante la mirada desdeñosa del camarero.

Reine bebía con mucho tiento para evitar que se le corriera el carmín. Parecía nerviosa; movía la cabeza de un lado a otro como si esperara a alguien.

– ¿A quién estás esperando? -inquirí curiosa-. ¿A tus alemanes?

Cassis se me quedó mirando.

– Anda, díselo a todo el mundo, idiota -espetó. Bajó la voz-. A veces quedamos aquí -me explicó-. Puedes pasar mensajes sin que nadie se entere. Intercambiamos información.

– ¿Qué tipo de información?

Cassis hizo un sonido de irrisión.

– Cualquier cosa -dijo en tono impaciente-. Gente con radios. Mercado negro. Traficantes. *Resistencia*. -Esta última palabra la pronunció con especial hincapié, bajando aún más la voz.

– Resistencia -repetí.

Intentad imaginaros lo que aquello significaba para nosotros. Éramos unos críos. Teníamos nuestras propias leyes. El mundo de los adultos era un planeta lejano habitado por seres extraños. Entendíamos muy pocas cosas de él. Y aún menos de la Resistencia, aquella cuasiorganización fabulosa. Años después los libros y la televisión la hacían parecer muy especializada; pero no es la imagen que yo guardo de ella. Al contrario, recuerdo una absurda amalgama en la que los rumores se veían desmentidos por otros rumores, los borrachos en los cafés hablaban a voz en grito en contra del nuevo régimen, y la gente huía a casa de sus parientes que vivían en el campo, fuera del alcance del ejército invasor que se expandía más allá de los límites de la tolerancia en las ciudades. La verdadera Resistencia, o sea, el ejército secreto tal y como lo veía la gente, no era sino un mito. Había numerosos grupos, comunistas, humanistas, socialistas, mártires, fanfarrones, borrachos, oportunistas y santos, todos santificados por el tiempo, pero en aquellos días no se parecía en nada a un ejército y menos aún secreto. Madre hablaba de ellos con desprecio. Decía que todos saldríamos mejor librados si la gente mantuviera la cabeza gacha.

Aun así, el murmullo de Cassis me infundió temor. *Resistencia*. Era una palabra que apelaba a mi sentido de aventura, de drama. Me devolvía imágenes de bandas rivales luchando por el poder, de fugas nocturnas, encuentros secretos, tesoros, peligros desafiados.

En cierto modo era bastante parecido a los juegos a los que solíamos jugar años atrás Reine, Cassis, Paul y yo; las pistolas de patata, las contraseñas y rituales. El juego se había ampliado un poco, eso era todo. Las apuestas estaban más altas.

– Tú no sabes nada de la Resistencia -le dije cínicamente, intentando no parecer impresionada.

– Quizás aún no -confesó Cassis-. Pero podríamos enterarnos. Hasta ahora hemos descubierto un montón de cosas.

– Todo va bien -continuó Reinette-. No hablamos de nadie de Les Laveuses. No se nos ocurriría chivarnos de nuestros vecinos.

Asentí. Eso no sería justo.

– En cualquier caso, en Angers es distinto. Aquí lo hace todo el

mundo.

– Yo también podría enterarme de cosas -dije pensándolo un momento.

– ¿Qué ibas a hacer tú? -dijo Cassis desdeñosamente.

Estuve a punto de decirle lo que le había dicho a Leibniz de Madame Petit y el paracaídas de seda, pero decidí callarme. En su lugar le hice la pregunta que me había estado preocupando desde que Cassis mencionara por primera vez su trato con los alemanes.

– ¿Qué es lo que hacen ellos cuando les contáis cosas? ¿Matan a la gente? ¿Los mandan al frente?

– Pues claro que no. No seas tonta.

– ¿Entonces qué?

Pero Cassis ya no me estaba escuchando. Sus ojos estaban fijos en el puesto de periódicos que había junto a la iglesia enfrente de nosotros, en el que había un chico moreno más o menos de su edad que nos miraba con insistencia y luego nos hizo un gesto impaciente.

Cassis pagó las bebidas y se levantó.

– Vamos -anunció.

Reinette y yo lo seguimos. Cassis parecía tener amistad con el otro muchacho, supongo que lo conocía del colegio. Me pareció oír algunas palabras de un trabajo de vacaciones y una risa apagada y nerviosa. Luego lo vi deslizar un papel doblado en la mano de Cassis.

– Hasta luego -dijo Cassis, apartándose de él despreocupadamente.

La nota era de Hauer.

Sólo Hauer y Leibniz hablaban bien francés, me explicó Cassis mientras nos turnábamos para leer la nota. Los demás -Heinemann y Schwartz- apenas si chapurreaban un poco, pero Leibniz podría haber sido francés, alguien de Alsacia o Lorena quizá, con ese dialecto gutural de la región. Por alguna razón noté que eso le gustaba a Cassis, como si el hecho de pasar información a alguien casi francés fuese menos censurable.

«Nos vemos a las doce en el patio del colegio -decía brevemente la nota-. Tengo algo para ti.»

Reinette tocó el papel con la punta de los dedos. Se había sonrojado por el nerviosismo.

– ¿Qué hora es ya? -dijo-. ¿Llegaremos tarde?

Cassis negó con la cabeza.

– No con las bicicletas -dijo, intentando mantener un tono lacónico-. Vamos a ver lo que tienen para nosotros.

Mientras cogíamos las bicicletas de su habitual escondite en el callejón noté que Reinette sacaba una polvera del bolsillo de su vestido y se miraba fugazmente. Frunció el ceño; echó mano de la barra de labios dorado que guardaba en el bolsillo y se retocó los

labios de color escarlata; sonreía, se retocaba y volvía a sonreír. Cerró la polvera. Desde el primer viaje me había quedado claro que tenía algo en mente aparte del cine. El esmero con que se vestía, la atención con que se peinaba, el carmín y el perfume… Todo aquello era por alguien. A decir verdad no era algo que me interesase especialmente. Estaba acostumbrada a Reine y su forma de ser. A los doce ya parecía una chica de dieciséis. Con el cabello ensortijado de aquella manera tan sofisticada y los labios carmesíes, aún parecía mayor. Ya había reparado en las miradas que le dedicaban en el pueblo. A Paul Hourias parecía que se le hubiera comido la lengua el gato cada vez que ella estaba cerca. Incluso Jean-Benet Darius, un hombre mayor de casi cuarenta años, y Auguste Ramondin o Raphaël, el del café… Los hombres la miraban; ya me había dado cuenta. Y ella también; desde el primer día de clase había contado historias sobre los chicos que conocía allí. Una semana era Justin, con aquellos ojos maravillosos o Raymond que hacía reír a toda la clase, o Pierre-André que sabía jugar al ajedrez o Guillaume, cuyos padres se habían trasladado desde París el pasado año… Ahora que lo pienso, incluso podía recordar cuándo se acabaron aquellas historias. Debió de ser más o menos por la fecha en que entraron las tropas alemanas.

Hice un gesto de indiferencia. Seguro que había algún misterio, me dije, pero los secretos de Reinette raramente me intrigaban.

Hauer estaba haciendo guardia en la entrada. Pude verle mejor a la luz del día; un alemán de cara ancha con un rostro casi inexpresivo. En voz baja nos dijo: «Pao arriba, dentro de unos diez minutos», y luego nos hizo un gesto de impaciencia como si nos hiciera continuar. Volvimos a montar en las bicicletas sin mirarlo, ni siquiera Reinette, lo que me indujo a pensar que Hauer no podía ser el objeto de su encaprichamiento.

Aún no habían transcurrido los diez minutos cuando avistamos a Leibniz. Al principio pensé que iba sin uniforme, pero luego advertí que simplemente se había quitado la chaqueta y las botas y tenía los pies colgados sobre el parapeto debajo del cual discurría el sigiloso y pardo Loira. Nos saludó con un gesto jovial y nos indicó que nos uniéramos a él. Arrastramos las bicicletas hacia la orilla para que no se pudiesen ver desde la carretera y luego nos fuimos a sentar junto a él. Parecía más joven de lo que yo recordaba, casi tan joven como Cassis, aunque se movía con una descuidada soltura que mi hermano jamás llegaría a poseer por mucho que se esforzara.

Cassis y Reinette lo observaban en silencio, como niños en un zoológico mirando a un animal peligroso. Reinette estaba colorada. Leibniz no parecía impresionado por nuestro escrutinio y encendió un cigarrillo sonriendo.

– La viuda Petit -dijo por fin entre una bocanada de humo- muy

bien. -Sonrió entre dientes-. Seda de paracaídas y cientos de cosas más; estaba metida en el mercado negro hasta el cuello -me hizo un guiño-. Buen trabajo, *backfisch*.

Los otros me lanzaron una mirada de sorpresa pero no dijeron nada. Permanecí en silencio, debatiéndome entre el placer y la ansiedad por sus palabras de aprobación.

– He tenido suerte esta semana -continuó Leibniz en el mismo tono-. Goma de mascar, chocolate y -se metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete- esto.

El *esto* resultó ser un pañuelo de encaje que le entregó a Reinette. Mi hermana se ruborizó totalmente confundida.

Luego se volvió hacia mí.

– ¿Y tú qué, *backfisch*? ¿Qué es lo que quieres tú? -sonrió-. ¿Barra de labios? ¿Crema para la cara? ¿Medias de seda? No, eso es más del estilo de tu hermana. ¿Una muñeca? ¿Un osito de peluche? -Su tono era ligeramente burlón y le brillaban los ojos, llenos de reflejos plateados.

Ahora había llegado el momento de admitir que lo de Madame Petit no había sido más que un descuido. Pero Cassis seguía mirándome fijamente con aquella expresión de asombro; Leibniz seguía sonriendo; una idea se coló como un destello en mi cabeza.

No lo dudé.

– Un aparejo de pesca -anuncié-. Un buen aparejo de pesca. -Guardé silencio y le lancé una mirada insolente, clavando mis ojos fijamente en los suyos-. Y una naranja.

Capítulo 16

Volvimos a encontrarnos en el mismo lugar una semana después. Cassis le contó un rumor de que había juego a altas horas de la noche en Le Chat Rouget y algunas palabras que había oído decir al cura Traquet fuera del cementerio sobre un escondite secreto para la plata de la iglesia.

Pero Leibniz parecía preocupado.

– He tenido que esconder esto a los demás -me dijo-. Probablemente no les habría gustado que te lo diera. -De debajo de la chaqueta del uniforme que yacía tirada descuidadamente en la orilla del río sacó una bolsa fina de lona verde que medía más de un metro y que emitió un ligero ruido al entregármela-. Es para ti -dijo, y al ver que yo dudaba-: Vamos.

La bolsa contenía una caña de pescar. No era nueva pero incluso yo podía apreciar que se trataba de una pieza de gran calidad, de bambú oscuro ennegrecido por el tiempo y un carrete de metal brillante que se tensó bajo mis dedos con la misma suavidad que si se tratase de un rodamiento de bolas. Emití un largo y profundo suspiro de asombro.

– ¿Es… para mí? -pregunté, sin atreverme a creerlo.

Leibniz se echó a reír, un sonido alegre y sin matices.

– Por supuesto -dijo-. Nosotros los pescadores tenemos que ayudarnos los unos a los otros ¿no te parece?

Toqué la caña con dedos indecisos y ansiosos. El carrete estaba frío y ligeramente aceitoso, como si hubiese sido engrasado.

– Pero deberás guardarlo bien, ¿eh, backfisch? -me dijo-. No se lo vayas contando a tus padres y a tus amigos. Sabes cómo guardar un secreto ¿no es así?

– Por supuesto -asentí.

Sonrió. Tenía los ojos grises, oscuros y despejados.

– Pesca a ese lucio del que me habías hablado, ¿eh?

Asentí de nuevo.

– Créeme -dijo sonriendo-, con esa caña podrías pescar hasta un submarino alemán.

Le eché una mirada crítica para ver si se estaba burlando de mí. Era evidente que se estaba divirtiendo, pero era una burla amable, pensé, y había cumplido su parte del trato. Sólo había una cosa que me preocupaba.

– Madame Petit… -empecé vacilante-. No le habrá pasado nada, ¿no?

Leibniz apagó el cigarrillo y tiró la colilla al agua.

– Yo diría que no -dijo en tono indiferente-. No si mantiene la

boca cerrada. -De pronto me lanzó una mirada penetrante que incluyó a Cassis y a Reinette-. Y vosotros tres también. No digáis nada sobre esto ¿de acuerdo?

Asentimos.

– Ah, una cosa más -se metió la mano en el bolsillo-. Me temo que tendréis que compartirla. Sólo pude encontrar una. -Y sacó una naranja.

Era encantador. Nos había cautivado a todos, a Cassis menos que a Reine y a mí, quizá porque era el mayor y entendía más de los peligros que corríamos, Reinette, tímida y con las mejillas arreboladas y yo… Bueno, quizá fuese sobre todo yo. Empezó con la caña de pescar pero fueron muchas cosas más, su acento, sus maneras despreocupadas, aquella mirada indolente suya y su forma de reír… Oh, era un hombre realmente encantador, no como intentaba serlo Yannick, el hijo de Cassis, con sus maneras toscas y sus ojos de comadreja. No, Tomas Leibniz tenía un encanto natural, incluso para una chiquilla solitaria con la cabeza llena de tonterías.

No sabría decir bien qué era. Reine habría dicho que era la forma con la que miraba a una o la forma en que sus ojos cambiaban de color -a veces gris verdoso, a veces gris pardusco como el río-, o cómo caminaba con la gorra inclinada a un lado y las manos en los bolsillos, como un muchacho haciendo novillos del colegio… Cassis habría dicho que era su naturaleza *inquieta*, su forma de cruzar a nado el Loira en su tramo más ancho o colgarse boca abajo desde el puesto de vigilancia como si fuera un chaval de catorce años, con el mismo desprecio juvenil por el miedo. Sabía todo acerca de Les Laveuses antes incluso de haber puesto un pie ahí; era un muchacho del campo de la Selva Negra y estaba lleno de anécdotas sobre su familia, sus hermanas, sus hermanos, sus planes. Siempre estaba haciendo planes. Había días en los que todo lo que decía parecía empezar con las mismas palabras -«Cuando sea rico y la guerra haya terminado…»- oh, sus planes no conocían límite. Era el primer adulto que habíamos conocido que seguía pensando como un muchacho y quizá fuera eso, al fin y al cabo, lo que nos atrajo de él. Era uno de nosotros, eso era todo. Jugaba con nuestras mismas reglas.

Había matado a un inglés y a dos franceses en lo que llevaba de guerra. No lo ocultaba, pero por la forma en que nos contaba lo sucedido habríamos jurado que no tenía ninguna otra opción. Podría haber sido nuestro padre, pensé después. Pero aun así lo habría perdonado. Le habría perdonado cualquier cosa.

Al principio estaba en guardia, claro está. Volvimos a verlo en tres ocasiones más, dos veces solo en el río, otra en el cine con los demás, Hauer, Heinemann -robusto y pelirrojo- y el lento y gordinflón de Schwartz. Dos veces le enviamos mensajes a través del chico del

puesto de periódicos, otras dos veces recibimos cigarrillos, revistas, libros, chocolate y un paquete de medias de nilón para Reinette. Por lo general la gente suele ser menos precavida con los niños. Miden menos sus palabras. Recogíamos más información de lo que podría imaginarse y se la pasábamos a Hauer, Heinemann, Schwartz y Leibniz. Los demás soldados apenas nos dirigían la palabra. Schwartz, que casi no sabía francés, sonreía impúdicamente a Reinette y le susurraba cosas en su alemán gutural y grasiento. Hauer era rígido y poco amable, y Heinemann parecía preso de una nerviosa energía, rascándose incesantemente su barba rojiza de tres días que parecía una parte indeleble de su rostro… Los otros me incomodaban.

Pero no Tomas. Tomas era uno de los nuestros. Fue capaz de llegar a nosotros como nadie lo había hecho. No se trataba de algo tan evidente como la indiferencia de nuestra madre o la pérdida de nuestro padre, ni siquiera la falta de compañeros de juegos o las privaciones de la guerra. Apenas éramos conscientes de todas esas cosas, viviendo como vivíamos en nuestro pequeño y salvaje mundo imaginario. Realmente nos sorprendimos de lo mucho que llegamos a necesitar a Tomas. No por lo que nos daba; el chocolate, la goma de mascar, el maquillaje o las revistas. Necesitábamos a alguien a quien contarle nuestras hazañas, alguien a quien impresionar, un amigo conspirador que poseyera la energía de la juventud y la urbanidad que da la experiencia, alguien que supiera contar historias tan buenas que Cassis apenas no podía ni soñarlas. Naturalmente, eso no sucedió de un día para otro. Éramos animales salvajes, como madre decía, y necesitábamos que nos domasen. Él debió de darse cuenta desde el principio, por la manera tan astuta con la que nos fue camelando uno a uno, haciéndonos sentir especiales… Incluso ahora, que Dios me perdone, llego a creérmelo. Incluso ahora.

Escondí la caña en el cofre del tesoro para mayor seguridad. Debía tener mucho cuidado cuando la utilizaba, pues todo el mundo en Les Laveuses estaba dispuesto a ocuparse de los asuntos ajenos si uno no sabía ocuparse de ellos él mismo, y bastaba un comentario casual para alertar a madre. Naturalmente, Paul lo sabía pero le dije que la caña había sido de mi padre y, con su tartamudeo, no era de los que iban contando chismes. En cualquier caso, si alguna vez llegó a sospechar algo jamás lo dijo y yo le estaba agradecida por ello.

Julio se volvió caluroso y poco afable, con tormentas día sí día no y el cielo reventando enloquecido y grisáceo sobre el río. Al final de mes el Loira se desbordó arrastrando corriente abajo todas mis trampas y redes y desbordándose hasta los campos de Hourias, con el maíz ya amarillento a tres semanas de su completa maduración. Llovió casi cada noche aquel mes y los relámpagos se esparcían como crujientes rollos de papel de plata haciendo que Reinette gritara y

fuese a esconderse debajo de la cama mientras Cassis y yo nos poníamos delante de la ventana abierta de par en par, con la boca abierta para ver si podíamos captar las señales de radio en nuestros dientes. Madre tenía más dolores de cabeza que nunca y sólo utilicé la bolsita con la naranja, revitalizada ahora con la piel de la naranja que me había dado Tomas, dos veces aquel mes y a lo largo del mes siguiente. El resto era problema suyo; a menudo dormía mal y se levantaba con la boca llena de alambre y sin ningún pensamiento amable en la cabeza. En aquellos días pensaba en Tomas como un hombre hambriento piensa en la comida. Creo que a los demás les sucedía lo mismo.

La lluvia causó también muchos daños en nuestra fruta. Las manzanas, las peras y las ciruelas se inflaron grotescamente y luego reventaron y se pudrieron en los árboles, y las avispas se apretujaban en las grietas de modo que los árboles estaban marrones por su presencia y zumbaban lentamente. Mi madre hizo todo lo que pudo. Cubrió algunos de sus árboles favoritos con tela alquitranada para protegerlos de la lluvia pero incluso eso no fue de gran ayuda. El suelo, resecado y emblanquecido por el sol de junio estaba enfangado y los árboles estaban en medio de charcos de agua, ahora con las raíces expuestas pudriéndose. Madre echaba serrín y tierra alrededor de la base para protegerlos de la putrefacción pero no sirvió de nada. La fruta caía al suelo y hacía una sopa dulzona de barro. Salvamos lo que pudimos recoger y con ello hicimos confitura de frutas verdes, pero todos sabíamos que la cosecha se había echado a perder antes siquiera de haber llegado su hora. Madre dejó de hablarnos. Durante aquellas semanas tenía la boca continuamente apretada en una fina línea blanca y los ojos hundidos. El tic precursor de sus dolores de cabeza era casi permanente y el nivel de las pastillas en la jarra del cuarto de baño disminuía más rápido que nunca.

Los días de mercado eran especialmente silenciosos y sombríos. Vendíamos lo que podíamos -todas las cosechas de la región habían sido malas y no había ni un solo agricultor a lo largo del Loira que no hubiera sufrido- pero las judías blancas, las patatas, las zanahorias, los calabacines e incluso los tomates habían enfermado con el calor y la lluvia y había muy poco para vender. En su lugar, nos pusimos a vender nuestras provisiones para el invierno, las confituras y los embutidos, las terrinas y las conservas de carne que madre había hecho la última vez que habíamos matado un cerdo; en su desespero, le parecía que cada venta era la última. Algunos días su mirada era tan negra y amarga que los clientes se daban media vuelta y huían antes que comprarle algo, y yo me retorcía por dentro de vergüenza por ella y por nosotros mientras ella permanecía con el rostro impávido y la mirada perdida, y un dedo en la sien como si fuese el

cañón de una pistola.

Una semana llegamos al mercado y descubrimos que la tienda de Madame Petit había sido clausurada. Monsieur Loup, el pescadero, me dijo que la mujer había recogido sus cosas un buen día y se había marchado sin dar ninguna explicación ni otra dirección.

– ¿Fueron los alemanes? -pregunté con cierto desasosiego-. ¿Por ser judía, me refiero?

Monsieur Loup me dirigió una extraña mirada.

– No sé nada de eso. Sólo sé que se largó un día sin más. No he oído nada de lo otro y si tienes algo de sentido común no irás por ahí contándoselo a nadie.

Había tal frialdad y desaprobación en su expresión que me disculpé, avergonzada, y me fui, olvidándome casi del paquete con los restos de pescado.

El alivio que sentí porque Madame Petit no hubiese sido arrestada fue atemperado por un sentimiento de decepción. Durante algún tiempo medité tristemente en silencio y luego empecé a hacer discretas averiguaciones en Angers acerca de las personas sobre las que habíamos pasado información. Madame Petit, Monsieur Toupet o Toubon, el profesor de latín, el barbero de enfrente de Le Chat Rouget que recibía tantos paquetes, los dos hombres a quienes habíamos oído hablar fuera del Palais-Doré un jueves después de la película… Por extraño que parezca, la idea de haber estado pasando información inútil -quizá para el divertimiento y la sorna de Tomas y de los otros- me preocupaba más que la posibilidad de causar algún daño a la gente que denunciábamos.

Creo que Cassis y Reinette sabían la verdad. Pero los nueve años son un continente diferente a los doce y los trece. Poco a poco empecé a darme cuenta de que ni una sola persona de las que habíamos denunciado había sido arrestada o interrogada siquiera, ni habían hecho ninguna redada en cualquiera de los lugares que habíamos mencionado como sospechosos. Incluso la misteriosa desaparición de Monsieur Toubon o Toupet, el malhumorado profesor de latín, resultaba fácilmente explicable.

– ¡Oh, se fue a Rennes a la boda de su hija! -dijo Monsieur Doux sin darle importancia-. No hay nada de misterioso, pequeña. Yo mismo le entregué la invitación.

Ese pensamiento me estuvo corroyendo durante un mes hasta que sentí que tenía un nido de avispas en la cabeza, zumbando todas al mismo tiempo. Pensaba en ello mientras salía a pescar, ponía trampas, jugaba con Paul a las pistolas o excavaba cuevas en el bosque. Perdí peso. Mi madre me observaba con mirada crítica y decía que estaba creciendo tan aprisa que eso estaba afectando a mi salud. Me llevó al doctor Lemaître, que me mandó tomar un vaso de vino al día, pero ni

siquiera eso causó algún cambio. Empecé a imaginar que la gente me seguía, que hablaban de mí. Perdí el apetito. Pensaba que Tomas y los otros eran miembros secretos de la Resistencia y que maquinaban eliminarme. Al final le acabé confesando mis preocupaciones a Cassis.

Estábamos solos en el puesto de vigilancia. Había estado lloviendo otra vez y Reinette estaba en casa con un resfriado. No era mi intención contárselo todo, pero una vez que hube empezado las palabras se desparramaron como los granos de un saco que ha reventado. No había manera de pararlas. En la mano llevaba la bolsa verdosa con la caña de pescar y en un instante de rabia la arrojé desde el árbol hasta los matojos y se quedó enredada entre las zarzas.

– No somos ningunos críos -grité furiosa-. ¿Acaso no se creen las cosas que les contamos? ¿Por qué me dio Tomas eso -señalé hacia la distante bolsa de pesca- si no me lo había ganado?

Cassis me miró asombrado.

– Cualquiera diría que esperabas que fusilara a alguien -dijo incómodo.

– Por supuesto que no -mi voz era hosca-, sólo pensé que…

– Tú no pensaste nada. -El tono era el del viejo y superior Cassis, impaciente y desdeñoso-. ¿De verdad piensas que ayudamos a que encierren a la gente o a que los maten? ¿Crees que haríamos algo así? -Parecía consternado pero en el fondo sabía que se sentía adulado.

«Eso es exactamente lo que pensaba -pensé para mí-. Y si a ti te conviniera, Cassis, estoy convencida de que tú harías exactamente lo mismo.» Me encogí de hombros.

– Eres tan ilusa, Framboise… -dijo mi grandilocuente hermano-. En realidad eres demasiado pequeña para estar metida en una cosa así.

Justamente entonces supe que ni siquiera él lo había entendido al principio. Había sido más rápido que yo, pero al principio tampoco él lo había sabido. Aquel primer día en el cine estaba realmente asustado, desabrido con sudor y nerviosismo. Y luego, hablando con Tomas… había visto el miedo en sus ojos. Más tarde, sólo más tarde entendió la verdad.

Cassis hizo un gesto de impaciencia y desvió la mirada.

– Chantaje -me escupió furiosamente en la cara bañándome en saliva-. ¿Lo captas? ¡De eso es de lo que se trata! ¿Crees que ellos lo tienen fácil en Alemania? ¿Crees que están mucho mejor de lo que lo estamos nosotros? ¿Crees que sus hijos tienen zapatos o chocolate o cosas de ésas? ¿No se te ha ocurrido pensar que también ellos pueden querer esas cosas de vez en cuando?

Lo miré boquiabierta.

– Tú no pensaste nada. -Sabía que estaba furioso, no por mi ignorancia sino por la suya-. Allí sucede lo mismo también, estúpida -

gritó-. Están recogiendo cosas para mandar a casa. Averiguando cosas de gente y luego haciéndoles pagar por mantener la boca cerrada. ¿No oíste lo que dijo de Madame Petit? «Está metida hasta el cuello en el mercado negro.» ¿Crees que la hubieran dejado marchar si él se lo hubiera contado a alguien? -Ahora resollaba, al borde de la risa-. ¡Por nada del mundo! ¿Acaso no has oído lo que les hacen a los judíos en París? ¿No has oído hablar de los campos de exterminio?

Encogí los hombros sintiéndome estúpida. Por supuesto que había oído hablar de esas cosas. Lo que ocurría es que en Les Laveuses todo era diferente. Todos sabíamos lo de los campos de exterminio nazis, pero en mi mente aparecían asociados con el Rayo de la Muerte de *La guerra de los mundos*. La imagen de Hitler se confundía con las películas de Charlie Chaplin que aparecían en las revistas de cine de Reinette; los hechos se mezclaban con el folclore, los rumores y la ficción; los noticieros se convertían en seriales de guerreros de más allá del planeta Marte y los vuelos nocturnos por el Rin en pistoleros y pelotones de ejecución, los submarinos alemanes en el *Nautilus* a veinte mil leguas de viaje submarino.

– ¿Chantaje? -repetí sin comprender.

– Negocio -corrigió Cassis cortante-. ¿Te parece justo que algunos tengan chocolate, café y buenos zapatos, revistas y libros mientras otros tienen que pasar sin todo eso? ¿No crees que deben pagar por esos privilegios? ¿Compartir algo de lo que tienen? ¿Y los hipócritas como Monsieur Toubon y los mentirosos? ¿No crees que deben *pagar* también? No es que no puedan permitírselo. No es que le hagan daño a nadie.

Podría haber sido Tomas el que estuviera hablando. Y eso hacía que sus palabras fuesen difíciles de olvidar.

Lentamente asentí.

Me pareció que Cassis parecía aliviado.

– No es lo mismo que robar -continuó impaciente-. Lo del mercado negro es de todos. Yo sólo me aseguro de que recibimos lo que nos corresponde.

– Como Robin Hood.

– Exacto.

Volví a asentir. Visto así era perfectamente justo y razonable.

Satisfecha, fui a recoger la bolsa de pesca de donde la había tirado entre las zarzas, contenta, al fin y al cabo, por la información que acababa de recibir.

TERCERA PARTE.El Puesto De Snacks

Capítulo 1

Habían pasado cinco meses desde la muerte de Cassis -tres años desde el asunto de *Mamie Framboise*-, cuando Yannick y Laure regresaron a Les Laveuses. Era verano y mi hija Pistache estaba de visita con sus dos hijos, Prune y Ricot, y hasta aquel momento había sido un tiempo de felicidad. Los niños crecían con rapidez y era tan dulces como su madre; Prune, con los ojos del color del chocolate y el cabello rizado y Ricot, alto y con las mejillas aterciopeladas; ambos tan risueños y traviesos que casi se me parte el corazón al verlos, tanto me recuerdan al pasado. Juro que rejuvenezco cuarenta años cada vez que vienen a verme y aquel verano les había estado enseñando a pescar, a poner trampas, a hacer macarrones de caramelo y confitura de higos verdes. Ricot y yo leíamos juntos *Robinson Crusoe* y *Veinte mil leguas de viaje submarino* y a Prune le contaba mentiras increíbles sobre los peces que una vez atrapé y nos echábamos a temblar por las historias del terrible don de la Gran Madre.

– Se decía que si lograbas capturarla y la dejabas en libertad te concedería el deseo que anhelaba tu corazón pero si la veías, aunque fuera por el rabillo del ojo, y no la pescabas, algo terrible te sucedería.

Prune me miró con sus ojos del color de los pensamientos, el pulgar colgando cómodamente de la boca.

– ¿Cómo de terrible? -murmuró con una nota de temor.

– Que te morías, cariño -le dije en voz baja y amenazadora-. Tú u otra persona. Alguien a quien amaras. O algo incluso peor. Y aunque lograras sobrevivir, la maldición de la Gran Madre te perseguiría hasta la tumba.

Pistache me dirigió una mirada de reprobación.

– *Maman*, no sé por qué le cuentas esas cosas -dijo en tono de reproche-. ¿Quieres que luego tenga pesadillas y moje la cama?

– Yo no mojo la cama -protestó Prune. Me miró expectante, tirándome de la mano-. *Mémée*, ¿llegaste a ver a la Gran Madre? ¿La viste? ¿La viste?

De pronto sentí frío, y deseé haberle contado otra historia. Pistache me dirigió una mirada penetrante e hizo ademán de coger a Prune, que estaba sentada en mi rodilla.

– Prunette, deja en paz a *Mémée*. Es hora de irse a la cama y aún no te has lavado los dientes ni…

– Por favor, *Mémée*, dímelo. ¿La viste?

Abracé a mi nieta y sentí que el frío cedía un poco.

– Cariño, me pasé un verano entero intentando pescarla. Durante todo ese tiempo intenté atraparla con redes, sedales y trampas. Cada día los preparaba e iba a revisarlos dos veces al día o más si podía.

Prune me miraba con ojos solemnes.

– Debías de querer mucho ese deseo ¿no?

– Supongo que sí -asentí.

– ¿Y la capturaste?

Su rostro se iluminó como una peonía. Olía a galletas y a hierba recién cortada, el maravilloso y dulce aroma de la juventud. La gente mayor necesita tener a los jóvenes a su alrededor, para recordar.

– La capturé -le dije sonriendo.

Sus ojos se agrandaron por la excitación. Bajó la voz hasta convertirla apenas un susurro.

– ¿Y cuál fue tu deseo?

– No formulé ningún deseo, cariño -le dije serenamente.

– ¿Quieres decir que se te escapó?

– No, conseguí atraparla.

Pistache me miraba ahora, su rostro en las sombras. Prune me puso su mano regordeta en la cara.

– Entonces ¿qué pasó?

Me la quedé mirando un instante.

– No la devolví al río -confesé-. Acabé pescándola, pero no la dejé marchar.

Sólo que eso no era del todo cierto, me dije entonces. No era toda la verdad. Y luego, besé a mi nieta y le dije que le contaría el resto otro día, que no sabía por qué le estaba contando aquellas viejas historias de pesca, y a pesar de todas sus protestas, entre mimos y tonterías, conseguimos llevarla a la cama. Aquella noche medité sobre aquello, mucho después de que los demás estuviesen durmiendo. Nunca había tenido demasiados problemas para dormir pero aquella vez me pareció que pasaba una eternidad antes de que consiguiera encontrar la paz, e incluso entonces soñé con la Gran Madre en el agua oscura, yo tirando de ella y ella de mí, y yo tirando más fuerte, como si ninguna de las dos pudiese soportar la idea de verse libre de la otra…

Sea como fuere, se presentaron poco después de aquel incidente. De entrada fueron al restaurante, casi con humildad, como clientes normales. Pidieron *brochet angevin* y el *tourteau fromage*. Los observé a escondidas desde mi puesto en la cocina, pero se comportaron bien y no causaron problemas. Hablaban entre ellos en susurros, no pidieron nada extravagante de la bodega y, por una vez, evitaron llamarme Mamie. Laure estaba encantadora, Yannick animado; ambos se mostraban ansiosos por complacer y ser complacidos. De algún modo me sentí aliviada al ver que ya no se tocaban ni se besaban en público con tanta frecuencia e incluso consentí en charlar con ellos un rato mientras tomaban el café y los *petits fours*.

Laure había envejecido en aquellos tres años. Había perdido peso

-quizás era la moda, pero no le sentaba bien- y llevaba el cabello cortado como si fuese un casco liso y cobrizo. Parecía inquieta, con esa manía suya de tocarse el abdomen como si sintiese dolor. No me pareció que Yannick hubiese cambiado en absoluto.

El restaurante les iba bien, declaró alegremente. Mucho dinero en el banco. Estaban planeando irse de viaje a las Bahamas en la primavera; no habían ido de vacaciones juntos desde hacía muchos años. Hablaban de Cassis con afecto y sincero pesar, me pareció.

Empecé a pensar que los había juzgado con demasiada dureza.

Me equivocaba.

Aquella misma semana se presentaron en la granja justo cuando Pistache iba a poner a los niños a dormir. Trajeron regalos para todos, dulces para Prune y Ricot, flores para Pistache. Mi hija los miró con aquella expresión de dulzura simplona que yo sé que significa aversión y que sin duda ellos tomaron por estupidez. Laure miraba a los niños con una curiosa insistencia que me resultaba inquietante; los ojos se desviaban constantemente hacia Prune, que estaba jugando en el suelo con unas piñas.

Yannick se instaló en el sillón que había junto al fuego. Y vi claramente que Pistache se sentaba calladamente a un lado y deseé que mis intempestivos huéspedes se marchasen pronto. Sin embargo, ninguno de los dos hacía ademán de irse.

– La comida fue sencillamente magnífica -observó Yannick con indolencia-. Aquella *brochet*, no sé lo que hiciste con ella, pero quedó absolutamente maravillosa.

– Aguas residuales -comenté plácidamente-. Hay tantos residuos vertidos en el río que los peces casi se alimentan exclusivamente de ellos. Caviar del Loira, le llamamos. Muy rico en minerales.

Laure me miró anonadada. Luego Yannick soltó aquella risilla suya, je, je, je, y ella se rió también.

– A Mamie le encanta bromear. Ja, ja. Caviar del Loira. Querida mía, eres realmente muy chistosa.

Pero noté que después de aquello jamás volvieron a pedir lucio.

Al cabo de un rato se pusieron a charlar de Cassis. Comentarios inofensivos al principio: «¡Cómo le habría gustado a papá conocer a su sobrina y a sus pequeños!».

– Siempre estaba diciendo lo mucho que le gustaría que tuviésemos hijos -comentó Yannick-. Pero en aquel momento de la carrera de Laure…

– Queda mucho tiempo para eso -lo interrumpió Laure casi con brusquedad-. No soy tan vieja aún ¿no te parece?

– Por supuesto que no -negué con la cabeza.

– Y claro está, en aquel momento también estaba el gasto extra de tener que cuidar a papá. Apenas tenía nada, Mamie -dijo Yannick

mordiendo una de mis *sablés*-. Todo lo que tenía era nuestro. Incluso la casa donde vivía.

No me costaba creerlo. Cassis nunca fue de los que acumulan riqueza. El dinero se le escurría entre los dedos como si fuese humo, y las más de las veces iba a parar a su estómago. Durante la temporada que vivió en París, Cassis fue siempre su mejor cliente.

– Naturalmente, nunca se nos pasó por la cabeza escatimarle nada -la voz de Laure era dulce-. Le teníamos mucho cariño al pobre papá, ¿no es verdad, *chéri?*

Yannick asintió con más entusiasmo que sinceridad.

– ¡Oh, sí, mucho cariño! Y además era un hombre tan generoso… Nunca sintió el menor resentimiento por lo de esta casa, o la herencia ni nada. Extraordinario. -Me miró entonces, una mirada penetrante y afilada.

– ¿Qué quieres decir con eso? -exclamé poniéndome de pie de un salto y derramando casi el café, muy consciente sin embargo de que Pistache, sentada junto a mí, estaba escuchando. Jamás les había hablado de Reinette o de Cassis a mis hijas. Nunca los habían llegado a conocer. Por lo que ellas sabían, yo era hija única. Jamás les había dicho ni una sola palabra acerca de mi madre.

Yannick me miró tímidamente.

– Bueno, Mamie, ya sabes que en realidad esta casa debía heredarla él.

– No es que te culpemos.

– Pero él era el mayor y según el testamento de vuestra madre…

– ¡Esperad un minuto! -intenté evitar que mi voz sonara estridente pero por un instante hablé igual que mi madre. Vi que Pistache se estremecía-. Le pagué a Cassis un buen dinero por esta casa -dije moderando el tono-. Después del incendio no quedó más que el esqueleto, todo estaba calcinado con las vigas asomándose entre las tejas. Él jamás habría podido vivir aquí, ni tampoco lo habría querido. Le pagué bien, más de lo que me podía permitir y…

– Shhh. Está bien. -Laure miró a su marido-. Nadie está sugiriendo que el acuerdo fuera impropio en ningún sentido.

Impropio.

Era una palabra típica de Laure, remilgada, autosatisfecha y con la dosis justa de escepticismo. Sentí como mi mano se aferraba con más fuerza a la taza de café, lo que me dejó impresos puntitos brillantes de quemazón en las yemas de los dedos.

– Pero ponte en nuestro lugar. -Ese era Yannick, con su rostro ancho e iluminado-. La herencia de nuestra abuela.

No me gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Muy en especial me molestaba la presencia de Pistache, cuyos ojos redondos lo asimilaban todo.

– Ninguno de vosotros llegó a conocer a mi madre -les interrumpí bruscamente.

– No se trata de eso, Mamie -se apresuró a decir Yannick-. De lo que se trata es de que erais tres. Y la herencia fue dividida entre tres. ¿No es cierto?

Asentí cautelosamente.

– Pero como el pobre papá ha fallecido, no nos queda más que preguntarnos si el acuerdo informal al que vosotros dos llegasteis es justo para los restantes miembros de la familia. -Su tono era casual pero advertí el brillo de sus ojos y me eché a gritar, repentinamente furiosa.

– ¿A qué acuerdo informal te estás refiriendo? Ya te he dicho que le pagué bastante dinero -firmé los papeles…

– Yannick no pretendía molestarte, Mamie -dijo Laure poniéndome la mano en el brazo.

– Nadie me está molestando -repliqué fríamente.

Yannick pasó por alto el comentario y continuó.

– Es sólo que alguien podría pensar que el acuerdo al que llegaste con el pobre papá, un hombre enfermo y desesperado por conseguir algo de dinero…

Vi que Laure escrutaba a Pistache y maldije por lo bajo.

– Además de la tercera parte no reclamada que debería haberle pertenecido a *Tante* Reine, «la fortuna enterrada bajo el suelo de la bodega», las diez cajas de Burdeos escondidas allí el año en que ella nació, ocultas y emparedadas para evitar que los alemanes y lo que viniese después las descubriesen, por un valor de mil francos o más por botella, me atrevería a asegurar, todo ello en espera de que lo recojan.

¡Maldición! Cassis jamás había sido capaz de mantener la boca cerrada cuando debía.

– Eso sigue ahí para ella. Yo no he tocado nada -lo interrumpí bruscamente.

– Pues claro que no, Mamie. Aun así… -Yannick sonrió tristemente, pareciéndose tanto a mi hermano que casi me causó dolor. Le eché una rápida mirada a Pistache, sentada muy erguida en la silla, con el rostro inescrutable-… Aun así, tienes que admitir que *Tante* Reine no está en situación de reclamarlas ahora y, ¿no te parece justo para todos los implicados…?

– No tocaré nada de lo que pertenezca a Reine -aseguré impávida-, no tocaré nada. Ni tampoco os lo daré a vosotros. ¿Responde eso a tu pregunta?

Laure se volvió entonces hacia mí. Con aquel vestido negro y con la luz de la lámpara reflejada en su rostro se me ocurrió pensar que estaba gravemente enferma.

– Lo siento -dijo lanzándole una mirada significativa a Yannick-. El propósito de esta conversación no era el dinero. Es evidente que no esperamos que dejes tu hogar ni que nos des ninguna parte de la herencia de *Tante* Reine. Si alguno de los dos hemos dado la impresión…

Meneé la cabeza asombrada.

– Entonces ¿de qué diablos se trata?

– Había un libro… -me interrumpió Laure con los ojos resplandecientes.

– ¿Un libro? -repetí.

– Papá nos lo contó -dijo Yannick asintiendo con la cabeza-. Tú se lo dejaste ver.

– Un libro de recetas -puntualizó Laure con extraña serenidad-. Debes de conocer de memoria todas las recetas. Si nos pudieses dejar que le echásemos un vistazo, prestárnoslo…

– Por supuesto pagaríamos por todo lo que utilizásemos -se apresuró a añadir Yannick-. Míralo como una forma de mantener vivo el apellido Dartigen.

Debió ser eso lo que lo desencadenó: el nombre. Por unos breves instantes, la confusión, el miedo y la incredulidad se habían debatido en mi interior, pero la mención de aquel nombre fue como si un gran clavo de terror me hubiese atravesado por dentro. De un manotazo derribé todas las tazas de café que había sobre la mesa y que fueron a estrellarse contra las baldosas de terracota de mi madre. Acerté a ver a Pistache mirándome extrañada, pero no podía hacer nada salvo seguir el cauce de mi rabia.

– ¡No, nunca! -Mi voz se alzó como lo haría una cometa roja en una pequeña habitación y por un segundo abandoné mi cuerpo y me observé desde arriba, impávida, una mujer triste de rasgos angulosos con un vestido gris y con el cabello fieramente recogido atrás en un moño. Vi una extraña mirada de comprensión en los ojos de mi hija y una hostilidad velada en los rostros de mi sobrino y mi sobrina, luego la rabia se apoderó de mí y me perdí a mí misma durante un rato-. ¡Sé lo que queréis! -gruñí-. Si no podéis tener a Mamie *Framboise*, entonces os conformaréis con Mamie Mirabelle. ¿No es eso? -La respiración me rasgaba como si hubiese sido un alambre de púas-. Bueno, no sé qué fue lo que Cassis os contó, pero no era asunto suyo, ni vuestro tampoco. ¡Esa vieja historia ha muerto! ¡Ella está muerta y no sacaréis nada de mí, ni aunque paséis cincuenta años esperando! -Estaba sin aliento y me dolía la garganta de gritar. Cogí el regalo más reciente, una caja de pañuelos qué estaba encima de la mesa de la cocina envuelta en su papel plateado y se la devolví ferozmente a Laure-. Y ya os podéis llevar vuestros sobornos y os los podéis meter en vuestro fino culo junto con vuestros menús de París y el coulis

picante de albaricoque y vuestro pobre papá -bramé en voz ronca.

Nuestras miradas se cruzaron por un segundo y por fin vi caer el velo de la suya, revelándose de verdad, llena de odio.

– Podría hablar con mi abogado -empezó.

– ¡Eso es! -aullé echándome a reír-. ¡Tu abogado! Al final siempre se acaba ahí ¿no? -Volví a lanzar una carcajada salvaje-. ¡Tu abogado!

Yannick intentó calmarla, con los ojos brillándole por la alarma.

– Bueno *chérie*, ya sabes cómo…

Laure se volvió hacia él ferozmente.

– ¡Quítame de encima tus asquerosas manos!

Seguí riéndome a carcajadas, inclinándome sobre mí misma. Puntos de oscuridad danzaban ante mis ojos. Laure me lanzó una mirada cargada de odio y luego recobró la compostura.

– Lo siento -su voz era glacial-. No te imaginas lo importante que esto es para mí. Mi carrera…

Yannick intentaba llevarla hacia la puerta, mirándome con recelo.

– Nadie pretende molestarte Mamie -se apresuró a decir-. Volveremos cuando estés más razonable. No pretendemos quedarnos con el libro.

Las palabras iban cayendo como cartas resbaladizas. Reí más fuerte. Sentía cómo el terror iba creciendo dentro de mí, pero no podía controlar la risa, y aún después de que se hubieran ido -el chirrido de los neumáticos del Mercedes extrañamente furtivo en la noche-, seguía presa de espasmos ocasionales, que se transformaban en amargos sollozos a medida que la adrenalina me abandonaba, dejándome turbada y vieja.

Muy vieja.

Pistache seguía mirándome, el rostro indescifrable. La carita de Prune asomó por detrás de la puerta del dormitorio.

– ¿*Mémée*? ¿Qué pasa?

– Vuelve a la cama, cariño -le dijo rápidamente Pistache-. Todo va bien. No pasa nada.

Prune parecía dudosa.

– ¿Por qué gritaba *Mémée?*

– Por nada -su voz era más seca ahora, ansiosa-. Vuelve a la cama.

Prune se fue a desgana. Pistache cerró la puerta.

Nos sentamos en silencio.

Sabía que hablaría cuando estuviese preparada, como también sabía que más me vaha no meterle prisas. Parece muy dulce pero tiene una vena de tozudez. La conozco bien, yo también la tengo. Así que me puse a fregar los platos y las tazas, los sequé y los coloqué. Después cogí un libro e hice como que leía.

Al cabo de un rato Pistache habló.

– ¿A qué se referían con lo de la herencia?

Me encogí de hombros.

– Nada. Cassis les hizo creer que era un hombre rico para que lo cuidasen en su vejez. Deberían haberse dado cuenta. Eso es todo. -Esperé que dejara la conversación ahí pero había una arruga de terquedad entre los ojos que vaticinaba problemas.

– Ni siquiera sabía que tuviera un tío -dijo lacónica.

– No teníamos demasiada relación.

Silencio. Casi podía ver cómo le daba vueltas a aquello en la mente y hubiera deseado poder detener la rueda de sus pensamientos, pero sabía que era imposible.

– Yannick se parece mucho a él -comenté, intentando que mi voz sonara despreocupada-. Guapo e irreflexivo. Y su mujer lo tiene dominado como a un oso bailarín -dije afectadamente, esperando que esbozase una sonrisa, pero en su lugar su mirada se hizo aún más pensativa.

– Parecen creer que lo engañaste -comentó-. Que lo convenciste cuando estaba enfermo.

Me obligué a mí misma a comedirme. A estas alturas la rabia no iba a ayudar a nadie.

– Pistache -empecé pacientemente-. No debes creer todo lo que te digan ese par. Cassis no estaba enfermo, al menos, no de la manera que pareces pensar. Se arruinó bebiendo, abandonó a su mujer y a su hijo y vendió la granja para pagar sus deudas.

Me miró con curiosidad y tuve que hacer un esfuerzo para mantener el tono de mi voz.

– Mira, todo eso pasó hace mucho tiempo. Se ha acabado. Mi hermano está muerto.

– Laure dijo que tenías una hermana.

– Reine-Claude -dije asintiendo.

– ¿Por qué no me lo dijiste?

– No teníamos…

– … mucho contacto. Ya me lo imagino.

Habló en voz queda y monocorde. Volví a sentir una punzada de miedo y añadí en un tono más brusco de lo que habría querido.

– ¿Bueno? Tú ya lo entiendes ¿no? Al fin y al cabo Noisette y tú nunca… -Me mordí la lengua pero era tarde. Vi cómo se arredraba y me maldije por ello.

– No, pero yo al menos lo intenté. Por ti.

Maldita sea. Había olvidado lo sensible que era. Durante todos estos años la había considerado la más tranquila, viendo a mi otra hija crecer cada día más rebelde y testaruda… Sí, Noisette siempre fue mi favorita. Pero hasta ahora pensé que lo había disimulado mejor. Si hubiese sido Prune la habría estrechado entre mis brazos pero al mirarla ahora, a aquella mujer de treinta años, tranquila y de rostro

impávido, esbozando una sonrisa tenue y dolida y con aquellos ojos soñolientos de gato… Pensé en Noisette y en cómo la había convertido en una extraña para mí por el orgullo y la terquedad. Intenté explicárselo.

– Nos separamos hace mucho tiempo. Después… de la guerra. Mi madre estaba… enferma y… fuimos a vivir con parientes distintos. No teníamos contacto. -Aquello era parcialmente verdad, o, al menos era tan cercano a la verdad como me era posible contarle-. Reine se fue a… trabajar… a París. Cayó… enferma. Está en un hospital privado en las afueras de París. Fui a visitarla una vez pero…

¿Cómo podía explicárselo? El tufo a institución que flotaba en el lugar, a col hervida, a ropa sucia y a enfermedad; los televisores ululando en habitaciones llenas de gentes perdidas, que se echaban a llorar por el mero hecho de que no les gustaran las manzanas asadas o que a veces se ponían a gritar unos contra otros con inesperada violencia, alzando los puños indecisos y empujándose mutuamente contra las paredes de color verde pálido. Había un hombre en una silla de ruedas, un hombre bastante joven con el rostro lleno de cicatrices y los ojos en blanco, desesperado. Durante todo el rato que duró mi visita no paró de gritar: «¡No me gusta estar aquí! ¡No me gusta estar aquí!», hasta que su voz fue apagándose en un zumbido e incluso yo misma me sorprendí olvidando su sufrimiento. Había una mujer en un rincón con el rostro vuelto hacia la pared, llorando quedamente sin que nadie le prestase la menor atención. Y la mujer echada en la cama; aquella cosa enorme e hinchada con el pelo teñido, los muslos redondos y pálidos y los brazos fríos y suaves como pasta fresca, sonriendo para sí, serenamente, y murmurando… Sólo la voz era la misma, y sin ella jamás lo habría creído, una voz de muchacha farfullando sílabas incomprensibles, los ojos tan inexpresivos y redondos como los de un búho. Me obligué a tocarla.

– Reine. Reinette.

De nuevo aquella sonrisa insípida, un ligero movimiento de cabeza, como si en sus sueños ella fuese la reina y yo la súbdita. Había olvidado su nombre, me dijo tranquilamente la enfermera pero era bastante feliz; tenía sus «días buenos» y le encantaba ver la televisión, sobre todo los dibujos animados, también le gustaba que le cepillaran el cabello mientras escuchaba la radio…

– Por supuesto seguimos teniendo nuestros delirios -comentó la enfermera y me paralicé al oír las palabras, sintiendo que algo se encogía en mi estómago y se convertía en un fuerte nudo de terror-. Nos despertamos en mitad de la noche -extraño pronombre, como si al tomar parte de la identidad de la mujer fuese capaz de compartir parte de la experiencia de ser vieja y loca-, y a veces también tenemos nuestras rabietas ¿verdad? -me sonrió radiante, una mujer joven y

rubia de veintitantos años, y en aquel instante la odié tanto por su juventud y su alegre ignorancia que a punto estuve de devolverle la sonrisa.

Ahora sentía la misma sonrisa congelada en mi rostro al mirar a mi hija y me odié por ello. Intenté que mi voz sonara desenfadada.

– Ya sabes que no soporto las residencias de ancianos, los hospitales… -confesé en tono de disculpa-. Le envío algo de dinero.

Metí la pata. Hay días en los cada vez que una abre la boca es para meter la pata. Mi madre lo sabía bien.

– Dinero -repitió Pistache desdeñosamente-. ¿Acaso es eso lo único que le importa a la gente?

Se fue a dormir poco después y nada volvió a ir bien entre nosotras aquel verano. Dos semanas después se marchó, un poco antes de lo que solía, alegando cansancio y la proximidad del inicio del curso escolar, pero me di cuenta de que algo iba mal. Intenté hablar con ella en un par de ocasiones pero no sirvió de nada. Se mantenía distante, con ojos cautos. Me di cuenta de que recibía mucho correo pero no pensé en ello hasta mucho después. Tenía la mente puesta en otro sitio.

Capítulo 2

Pocos días después del asunto con Yannick y Laure llegó el puesto de *snacks*. Lo trajeron con un gran camión que descargó su contenido en el borde de la carretera, justo enfrente de Crêpe Framboise. Un hombre joven con un sombrero de papel rojo y amarillo bajó del camión. En aquel momento me encontraba muy atareada con los clientes y no le presté demasiada atención, y cuando volví a mirar por la tarde me sorprendí al ver que el furgón se había ido, dejando un remolque en el que aparecían pintadas las palabras Super Snack en letras mayúsculas de color rojo vivo. Salí de la tienda para echarle un vistazo con más detenimiento. El remolque parecía abandonado, si bien los postigos estaban asegurados con gruesas cadenas y cerrados con candados. Llamé a la puerta. No hubo respuesta.

Al día siguiente, el puesto de snacks abrió al público. Me percaté de ello alrededor de las once y media, cuando mis primeros clientes solían empezar a llegar. Los postigos se abrieron para dejar al descubierto un mostrador encima del cual se extendía un toldo rojo y amarillo. Había colgada una cuerda con banderas multicolores, en cada una de las cuales aparecía anotado el nombre de un plato y el precio -bistec con patatas fritas 17 francos, salchicha con patatas fritas 14 francos y, finalmente unos pósters de colores vivos anunciando los *super snacks* o las *hamburguesas gigantes* y una lista de refrescos.

– Parece que tienes competencia -dijo Paul Hourias, puntual como siempre a las doce y cuarto.

No le pregunté lo que iba a tomar, siempre pedía el plato especial y una mediana; con él se podía poner el reloj en hora. Nunca hablaba mucho: se sentaba en su sitio habitual junto a la ventana, comía y miraba la carretera. Pensé que aquella no era sino otra de sus bromas raras.

– Competencia -repetí burlonamente-. Monsieur Hourias, el día que Crêpe Framboise tenga que competir con un grasiento vendedor ambulante en una caravana empezaré a empaquetar mis ollas y sartenes para siempre.

Paul soltó una risita. El especial del día eran sardinas a la plancha, uno de sus platos favoritos, con una ración de mi pan de nueces; comió pensativamente, mirando la carretera, como siempre solía hacer. La presencia del puesto de *snacks* no parecía afectar al número de los clientes de la *crêperie*, y las dos horas siguientes estuve muy ocupada supervisando la cocina mientras Lisa, mi ayudante, anotaba los pedidos. Cuando volví a mirar, había un par de personas en el puesto pero eran adolescentes, no eran clientes míos, una chica y un chico con paquetes de patatas fritas en las manos. Me encogí de

hombros. Podía vivir con aquello.

Al día siguiente había una docena de ellos, todos jovencitos, y una radio de la que salía música estridente a todo volumen. A pesar del calor que hacía cerré la puerta de la *crêperie*, pero aun así, espectros diminutos de guitarras y percusión marchaban a través los cristales y Marie Fenouil y Charlotte Dupré, ambas clientas regulares, se quejaron del calor y del ruido.

Al día siguiente el gentío era aún mayor, la música estaba aún más alta y fui a quejarme. Encaminándome hacia el puesto de snacks a las once y cuarenta me vi rodeada de adolescentes, algunos de los cuales reconocí, pero también había muchos que no eran del pueblo, muchachas con camisetas de tirantes y faldas veraniegas o pantalones vaqueros, chicos con los cuellos de la camisa levantados y botas de motociclismo con hebillas tintineantes. Vi algunas motos aparcadas contra los lados del puesto y había un olor a gasolina mezclado con el de la fritura y la cerveza. Una chica con el pelo cortado a cepillo y un pendiente en la nariz me miró con insolencia mientras me dirigía hacia el mostrador y lanzó el codo delante de mí, no dándome por los pelos.

– ¡Eh, espera tu turno, *Mémère*! -masculló con la boca llena de chicle-. ¿Es que no ves que hay gente esperando?

– ¡Oh! ¿Es eso lo que estás haciendo, querida? -le repliqué-. Pensé que estabas buscando clientela.

La chica se me quedó mirando boquiabierta y yo me abrí paso a codazos sin volver a mirar. Mirabelle Dartigen, cualquier cosa que hiciera no crió a sus hijos para que tuviesen pelos en la lengua.

El mostrador era alto y me encontré mirando cara a cara a un joven de unos veinticinco años, guapo, con el pelo largo hasta los hombros de color rubio sucio, las facciones angulosas y un pendiente de oro bailándole, una cruz, creo. Ojos que quizá me hubiesen hecho sentir algo cuarenta años atrás; pero ahora soy demasiado vieja y demasiado especial. Creo que aquel viejo reloj se paró en el mismo tiempo en que los hombres dejaron de llevar sombrero. Hubo algo en él al mirarlo que me resultó familiar; pero en aquel momento no estaba pensando en eso.

Naturalmente, sabía quién era.

– Buenos días, Madame Simon -me saludó con voz educada e irónica-, ¿Qué puedo hacer por usted? Tengo una estupenda burger américain que quizá le gustaría probar.

Estaba enfadada pero intenté disimularlo. Su sonrisa anticipaba que estaba esperando problemas y estaba seguro de poder enfrentarse a ellos. Le respondí con toda la dulzura de la que fui capaz.

– No, gracias, otro día. Pero le estaría muy agradecida si pudiera bajar el volumen de esa radio suya. Mis clientes…

– Faltaría más -su voz era suave y cultivada, los ojos brillantes de color azul porcelana-. No tenía ni idea de que estuviera molestando a alguien.

A mi lado, la chica con el pendiente en la nariz emitió un ruido de incredulidad. La oí dirigirse a su amiga, otra chica enfundada en un top y unos pantalones cortos tan estrechos que dejaban al descubierto carnosas medias lunas.

– ¿Has oído lo que me ha dicho? ¿Lo has oído?

El joven rubio sonrió y a mi pesar vi que ahí había encanto, inteligencia y algo tan familiar que me fastidiaba y me corroía. Se inclinó para apagar la música. Una cadena de oro colgada al cuello. Manchas de sudor en la camiseta gris. Las manos demasiado finas para ser las de un cocinero. ¡Oh!, había algo malo en él, en todo aquello y por primera vez no sentí enfado sino miedo…

– ¿Le parece bien así Madame Simon? -dijo solícito.

Asentí.

– Me disgustaría mucho que se me considerara un vecino intruso.

Las palabras eran las correctas pero no podía quitarme la sensación de que algo iba mal, una nota burlona en aquel tono frío y cortés que se me escapó y aunque había obtenido lo que deseaba me fui rápidamente del lugar, a punto de torcerme el tobillo en el borde de la carretera, sintiendo contra mí la presión de cuerpos jóvenes: debía de haber unos cuarenta, quizá más, y el ruido de sus voces me asfixiaba. Salí apresuradamente, nunca me ha gustado que me toquen, y al regresar a Crêpe Framboise escuché el ruido de una risa estridente, como si hubiese estado aguardando a que yo me fuese para hacer algún comentario. Me volví bruscamente, pero estaba de espaldas hacia mí, dándole la vuelta con soltura a una hilera de hamburguesas.

Sin embargo, no pude desprenderme de aquella sensación de que algo iba mal. Me sorprendía a mí misma mirando por la ventana con más frecuencia de la habitual y cuando, al día siguiente, Marie Fenouil y Charlotte Dupré, las clientas que se habían quejado por el ruido el día anterior, no aparecieron a su hora acostumbrada empecé a inquietarme. «Puede que no sea nada -me dije a mí misma-, Al fin y al cabo, sólo es una mesa vacía. La mayoría de mis clientes estaban allí como siempre.» Y, aun así, observaba el puesto de *snacks* con renuente fascinación, observándolo a él mientras trabajaba, mirando a la gente que estaba junto a la carretera, jóvenes comiendo de cucuruchos de papel y cajas de poliestireno mientras él estaba ligando… Parecía tener muy buenas relaciones con todo el mundo. Media docena de chicas -entre ellas la del pendiente en la nariz- estaban apoyadas en el mostrador con latas de refrescos en la mano. Otras andaban por ahí en actitud lánguida y abundaba un estudiado lucimiento de pechos y

movimientos de caderas. Al parecer aquellos ojos habían llegado a corazones más blandos que el mío.

A las doce y media oí el ruido de motocicletas desde la cocina. Un ruido terrible, como el chirrido de neumáticos al unísono y dejé caer la sartén con la que estaba friendo una ración de bolets farcis para salir corriendo a la carretera. El ruido era insoportable. Me tapé los oídos con las manos y aun así sentí un dolor agudo lacerándome los tímpanos, sensibles a causa de tantos años sumergiéndome en el viejo Loira. Cinco motocicletas que había visto por última vez arrimadas contra el puesto de snacks estaban ahora aparcadas al otro lado de la carretera y sus propietarios, tres de los cuales llevaban a chicas delicadamente sentadas detrás de ellos, estaban acelerando para marcharse, cada uno intentando superar a los demás en volumen y chulería. Les grité pero no pude oír nada salvo el chirrido torturante de las máquinas. Algunos de los clientes jóvenes del puesto se echaron a reír y aplaudieron. Gesticulé furiosamente con los brazos, incapaz de hacerme oír en medio de aquel estrépito y los motoristas me devolvieron el saludo burlonamente, uno de ellos levantando las ruedas de delante como un caballo encabritado con una oleada de ruido redoblado.

Toda la exhibición duró unos cinco minutos durante los cuales se me quemaron mis *bolets*, los oídos me pitaban dolorosamente y sentí que mi mal humor aumentaba hasta alcanzar un punto álgido. No tenía tiempo de quejarme al propietario del puesto de *snacks*, pero me prometí a mí misma que tan pronto como mis clientes se hubiesen ido lo haría. Sin embargo, para entonces el puesto estaba cerrado y aunque golpeé furiosamente los postigos nadie respondió.

Al día siguiente volvió la música.

Hice caso omiso tanto tiempo como pude y luego salí a quejarme. Había aún más gente que antes; algunos de ellos me reconocieron e hicieron comentarios insolentes mientras me abría camino entre el grupo. Demasiado enfadada hoy para mostrarme educada, me encaré con el propietario del remolque y solté:

– Creí que teníamos un acuerdo.

Me dedicó una sonrisa, tan amplia y radiante como la puerta de un granero, y respondió interrogativamente: «¿Madame?»

Pero no estaba de humor para que me camelaran.

– No intente disimular que no sabe de lo que le estoy hablando. ¡Quiero que pare esa música ahora mismo!

Educado como siempre, aparentemente dolido por mi feroz ataque, apagó la música.

– Por supuesto, madame. No era mi intención ofenderla. En vista de que vamos a ser vecinos tan próximos debemos intentar acomodarnos el uno al otro.

Durante algunos segundos estaba demasiado enfadada para oír incluso las voces de alarma.

– ¿A qué se refiere con eso de vecinos próximos? -conseguí musitar al fin-. ¿Cuánto tiempo cree que va a quedarse aquí?

– ¿Quién sabe? -dijo encogiéndose de hombros. Su voz era sedosa-. Ya sabe usted cómo es el negocio de la hostelería, madame. Imprevisible. Un día está a tope y al siguiente está medio vacío. ¿Quién sabe lo que puede suceder?

Las voces de alarma en mi interior se habían convertido en un griterío y empezaba a sentir frío.

– Su remolque está en la vía pública -le dije secamente-. Me imagino que la policía lo hará trasladarse en cuanto lo descubran.

Movió negativamente la cabeza.

– Tengo permiso para estar aquí, a un lado del camino -anunció amablemente-. Todos mis papeles están en regla. -Luego me miró con aquella insolente amabilidad suya-. Me pregunto si los suyos también lo están, madame.

Mantuve el rostro inescrutable mientras se me desbocaba el corazón como si fuese un pez agonizante. Sabía algo. La idea me daba vueltas vertiginosamente por la cabeza. ¡Oh, Dios! Sabía algo. Pasé por alto su pregunta.

– Otra cosa más. -Estaba satisfecha con el tono de mi voz, bajo y seco. La voz de una mujer que no tiene miedo. Debajo de las costillas sentía que el corazón me latía más aprisa-. Ayer se produjo un escándalo con las motocicletas. Si vuelve a permitir que sus amigos molesten a mis clientes lo denunciaré por perjuicio público. Estoy segura de que la policía…

– Estoy seguro de que la policía le dirá que los responsables son los motoristas y no yo -parecía divertido-. Realmente, madame estoy intentando ser razonable pero las amenazas y las acusaciones no van a resolver nada.

Me marché sintiéndome extrañamente culpable, como si fuese yo y no él quien hiciese las amenazas. Aquella noche dormí a intervalos y por la mañana le reñí a Prune por derramar la leche y a Ricot por jugar a fútbol demasiado cerca del huerto de la cocina. Pistache me miró con extrañeza; apenas habíamos vuelto a hablar desde la visita de Yannick y me preguntó si me sentía bien.

– No es nada -le dije secamente y regresé en silencio a la cocina.

Capítulo 3

Los días siguientes la situación empeoró. Durante dos días no hubo música y luego empezó a sonar de nuevo, más fuerte que nunca. La banda de motoristas se presentó en varias ocasiones, siempre acelerando violentamente al llegar y al irse y dando vueltas a la manzana por el lugar donde se picaban unos a otros y lanzaban largos aullidos.

El grupo de clientes regulares del puesto de snacks no daba señales de disminuir y cada día me pasaba más tiempo recogiendo latas vacías y papeles acumulados en el arcén. La cosa empeoró cuando el puesto empezó a abrir también por las tardes, desde las siete hasta la media noche -casualmente seguía justo el mismo horario de apertura al público que el mío- y empecé a temer el ruido del generador del remolque cuando se ponía en marcha, sabiendo que mi tranquila *crêperie* tendría que enfrentarse a una fiesta callejera cada vez más frecuentada. Un letrero de neón rosa encima del remolque anunciaba: Chez Luc, Bocadillos-Snacks-Patatas-Fritas y el típico olor de las ferias: a fritura, cerveza y gofres dulzones y calientes invadía el cálido aire nocturno.

Algunos de mis clientes se quejaron. Otros se limitaron a marcharse. Al final de la semana, siete de mis clientes habituales habían dejado de venir y los días de entre semana el lugar estaba medio vacío. El sábado llegó un grupo de nueve personas de Angers pero el ruido era especialmente estruendoso aquella noche y no paraban de dirigir nerviosas miradas a la multitud apostada al otro lado de la carretera donde habían dejado los coches aparcados. Se fueron sin siquiera pedir ni postre o café y con una conspicua ausencia de propina.

Aquello no podía continuar así.

Les Laveuses no disponía de comisaría de policía pero había un gendarme, Louis Ramondin, el nieto de François, aunque nunca había tenido mucho contacto con él, por pertenecer a una de las Familias. Era un hombre de treinta y muchos recientemente divorciado después de un matrimonio demasiado temprano con una de las muchachas del pueblo, con la mirada de su tío abuelo Guilherm, el de la pierna de madera. No tenía ganas de hablar con él pero notaba que todo se me estaba escapando de las manos, tirando de mí en todas las direcciones, y necesitaba ayuda.

Le expliqué la situación con el puesto de snacks. Le hablé del ruido, la basura, mis clientes y las motos. Me escuchó con la mirada indulgente de un hombre joven hablando con una abuela quisquillosa, asintiendo y sonriendo hasta que me entraron ganas de darle un

cabezazo. Luego me dijo, en el tono jovial y paciente que los jóvenes reservan para los sordos y los ancianos, que no se había infringido ninguna ley. Crêpe Framboise estaba en la carretera principal, dijo. Las cosas habían cambiado desde que me trasladara por primera vez al pueblo. Él podía hablar con Luc pero yo debía comprender que… y ¡ya lo creo que lo comprendí! Más tarde lo vi en el remolque, sin uniforme, charlando con una chica guapa que llevaba una camiseta blanca de manga corta y unos vaqueros. Sostenía una lata de Stella en una mano y en la otra un gofre azucarado. Luc me lanzó una de sus satíricas miradas al verme pasar con el cesto de la compra; hice como si no viera a ninguno de los dos. Comprendí lo que pasaba.

En los días sucesivos, el trabajo en Crêpe Framboise cayó en picado. El lugar estaba medio vacío, incluso los sábados por la noche, y las comidas de entre semana eran aún peor. Paul siguió viniendo, el leal Paul con su plato especial y su *demi* y, por pura gratitud, le dije que la cerveza corría a cuenta de la casa aunque nunca pidió más de un vaso.

Lise, mi joven camarera, me dijo que Luc -el propietario del puesto de *snacks*- se alojaba en La Mauvaise Réputation, donde seguían alquilando algunas habitaciones.

– No sé de dónde es -me dijo-. De Angers, creo. Ha pagado por adelantado tres meses de alquiler, así que parece que piensa quedarse.

Tres meses. Aquello nos llevaría hasta casi diciembre. Me preguntaba si su clientela seguiría siendo tan entusiasta cuando llegaran las primeras heladas. Solía ser una temporada baja para mí, con pocos clientes fijos para ir tirando, pero tal como estaban las cosas no podría ni siquiera contar con ellos. El verano era mi mejor temporada y durante esos meses de vacaciones podía recoger dinero suficiente para aguantar sin problemas hasta la primavera. Pero aquel verano… Tal y como estaban yendo las cosas, me dije fríamente, podría incluso llegar a tener pérdidas. No pasaba nada. Disponía de algún dinero ahorrado, pero tenía que contar con el sueldo de Lise además del dinero que enviaba a Reine, la comida de los animales, las compras y el combustible, la maquinaria alquilada… y con el otoño en ciernes habría que pagar a los jornaleros, los recogedores de manzanas y a Michel Hourias con su cosechadora, aunque podía vender el grano y la sidra en Angers para salir del apuro.

Aun así, sería duro. Me pasé algún tiempo preocupándome por que salieran los números. Me olvidé de jugar con mis nietos y por primera vez deseé que Pistache no hubiera venido a pasar el verano conmigo. Se quedó otra semana y luego se fue con Ricot y Prune; y en sus ojos vi que me juzgaba irrazonable pero no pude hacer acopio de valor suficiente en mi interior para contarle lo que sentía. Había un lugar frío y duro allí, donde debiera estar mi amor por ella, un lugar

duro y seco como el hueso de una fruta. La abracé brevemente al despedirnos y regresé a casa con los ojos secos. Prune me dio un ramo de flores que había cogido en los campos y por un instante se apoderó de mí un repentino terror. Me estaba comportando como mi madre, me dije. Severa e impasible pero llena de temores e inseguridades por dentro. Quería coger a mi hija, explicarle que no era algo que *ella* hubiera hecho, pero por alguna razón me era imposible. Nos educaron para acallar nuestros sentimientos y ésa no es una costumbre que pueda romperse con facilidad.

Capítulo 4

Así pasaron las semanas. Volví a hablar con Luc en diversas ocasiones pero no saqué nada salvo su irónica amabilidad. No podía quitarme de la cabeza la sensación de que me era familiar pero no lograba situarlo. Intenté averiguar su apellido con la esperanza de que eso me diera una pista pero pagaba en efectivo en La Mauvaise Réputation y cuando fui allí, el café parecía estar lleno de la misma gente foránea que solía frecuentar el puesto de *snacks*. También había gente del pueblo: Murielle Dupré y los dos muchachos Lelac con Julien Lecoz, pero la mayoría era gente de fuera, chicas impertinentes con vaqueros de diseño y camisetas de tirantes, hombres jóvenes con las chaquetas de cuero típicas de los motoristas o con pantalones cortos de licra. Reparé en que el viejo Brassaud había añadido un tocadiscos automático y una mesa de billar a su colección de desvencijadas máquinas tragaperras; al parecer, no todos los negocios de Les Laveuses habían salido perjudicados.

Quizá fue ése el motivo de que mi campaña recibiera un apoyo tan poco entusiasta. Crêpe Framboise queda a un extremo del pueblo, en la carretera a Angers. La granja había permanecido siempre aislada de las otras y no había ninguna otra casa en medio kilómetro en dirección al pueblo. Sólo la iglesia y la oficina de correos están lo bastante cerca como para oír el alboroto. Pero ni que decir tiene que Luc se cuidaba mucho de permanecer en silencio cuando había misa. Incluso Lise lo excusaba, sabiendo como sabía el daño que estaba causando a nuestro negocio. Volví a quejarme a Louis Ramondin en dos ocasiones más, pero para el caso que me hizo fue como si me hubiera dirigido al gato.

El hombre no le hacía daño a nadie, aseguró con firmeza. Si infringía la ley, entonces quizá habría algo que hacer. En caso contrario, yo debía permitir que siguiera con su negocio. ¿Estaba claro?

Justamente entonces empezó el otro asunto. Al principio fueron pequeñas cosas. Una noche tiraron petardos en la calle. Luego fueron las motos haciendo ruido en la puerta de mi casa a las dos de la madrugada. Basura acumulada en mi portal durante la noche. Uno de los cristales de mi puerta roto. Una noche un tipo se metió con la moto en mis cultivos y se dedicó a hacer ochos, frenazos y vueltas absurdas sobre las mieses ya maduras. Menudencias. Molestias. Nada que pudiese relacionarse con él, ni siquiera con la gente de fuera que él había traído consigo. En otra ocasión alguien abrió la puerta del gallinero, un zorro entró y mató a todas mis preciosas polacas castañas. Diez gallinas se llevó. Todas ellas buenas ponedoras, todas

en una sola noche. Se lo dije a Louis, en teoría él debía hacerse cargo de los ladrones e intrusos, pero prácticamente me acusó de haber dejado la puerta abierta.

– ¿No cree que quizá se abrió de pronto durante la noche? -me dirigió una de esas amplias y amigables sonrisas campestres, casi como si pudiese resucitar a mis gallinas sonriendo. Le devolví una mirada cortante.

– Las puertas cerradas con llave no suelen abrirse así como así -repliqué-. Y tiene que ser un zorro muy listo para romper un candado. Alguien mezquino lo hizo a propósito, Louis Ramondin, y a ti te pagan para averiguarlo.

Louis me miró furtivamente y murmuró algo en voz baja.

– ¿Que has dicho? -inquirí bruscamente-. No tengo ningún problema en los oídos, joven Louis, y más te vale creerlo. Aún recuerdo cuando… -acabé el resto de la frase precipitadamente. Había estado a punto de decirle que recordaba cómo su viejo abuelo roncaba en la iglesia, borracho como una cuba y con los pantalones manchados de orín, escondido en el confesionario durante la misa de Pascua, pero eso era algo que la veuve Simon jamás habría podido saber y sentí un escalofrío al pensar que podría haberme delatado por un estúpido chismorreo. Ahora entendéis por qué no quería tener nada que ver con las Familias si podía evitarlo.

Sea como fuere, Louis acabó accediendo a ir a echar un vistazo a la granja pero no encontró nada y yo seguí aguantando lo mejor que pude. La pérdida de las gallinas fue un duro golpe. No podía permitirme reemplazarlas y, además, nadie me aseguraba que no fuese a suceder lo mismo otra vez. Así que tenía que comprar los huevos a la granja de Hourias, que ahora pertenecía a una pareja llamada Pommeau que cultivaban maíz tierno y girasoles que vendían río arriba a la planta depuradora.

Sabía que Luc estaba detrás de todo aquello. Lo sabía pero no podía probarlo, y eso me estaba volviendo loca. Peor aún, no sabía por qué lo estaba haciendo y mi rabia crecía hasta convertirse en un lagar que exprimía mi vieja cabeza como si hubiese sido una manzana madura y a punto de reventar. El día después de que el zorro entrara en el gallinero me aposté junto a la ventana en penumbra con la escopeta colgada al hombro; debía de tener una pinta extraña para cualquiera que me viera: con mi camisón y el abrigo de otoño haciendo guardia en mi jardín. Compré algunos candados para las puertas y para el corral y noche tras noche hacía guardia esperando que alguien viniera, pero nadie vino. El bastardo debía saber lo que hacía yo, como si de algún modo hubiese podido adivinarlo. Empezaba a pensar que podía leerme el pensamiento.

Capítulo 5

No pasó mucho tiempo antes de que la falta de sueño me pasara factura. Empecé a perder la concentración durante el día. Olvidaba las recetas. No conseguía recordar si ya le había echado sal a la tortilla y le echaba dos veces o la dejaba sosa. Me hice un corte bastante grave mientras estaba picando cebollas. Descubrí que me había quedado dormida de pie y al despertar me vi la mano ensangrentada y una brecha en el dedo. Actuaba secamente con los clientes que me quedaban, y a pesar de que el ruido de la música y las motos parecía haber disminuido un poco, la noticia debía de haber pasado de boca en boca porque los clientes que había perdido no regresaban. Oh, no estaba totalmente sola. Tenía algunos amigos que estaban de mi parte, pero también yo debía de llevar en la sangre la profunda reserva y la continua sensación de sospecha que hicieran de Mirabelle Dartigen una extraña entre la gente del pueblo. Me negaba a que me compadecieran. Mi rabia alejaba a mis amigos y asustaba a mis clientes. Y yo vivía enteramente de rabia y de adrenalina.

Curiosamente fue Paul quien puso fin a todo aquello. Algunos días de entre semana era mi único cliente a la hora de comer. Era tan puntual como el reloj de la iglesia, se quedaba exactamente una hora, con su perro tumbado obedientemente debajo de la silla y él mirando por la ventana mientras comía. Cualquiera diría que estaba sordo por el caso que le hacía al puesto de *snacks*, y apenas intercambiábamos dos palabras salvo para decir hola y adiós.

Un día se presentó pero no se sentó en su mesa habitual y supe que algo iba mal. Ocurrió la semana después del incidente del zorro en el gallinero y yo estaba rendida. Llevaba un grueso vendaje en la mano izquierda después de haberme lesionado y le había pedido a Lisa que cortara ella las verduras para la sopa. Me empeñé en hacer la pasta yo misma y resultó ser una tarea harto difícil: imaginaos tener que hacer la pasta con la mano enfundada en una bolsa de plástico. De pie, medio dormida en la puerta de la cocina, apenas le devolví el saludo a Paul. Me miró por el rabillo del ojo, quitándose la boina y apagando su pequeño cigarrillo oscuro en la puerta.

– *Bonjour*, madame Simon.

Hice un gesto de asentimiento e intenté sonreír. La fatiga era como una manta grisácea y reluciente que lo cubría todo. Sus palabras eran un bostezo de vocales en un túnel. El perro fue a tumbarse bajo la mesa junto a la ventana, pero Paul permaneció de pie, la boina en una mano.

– No tiene buen aspecto -observó con su modo cansino.

– Estoy bien -respondí secamente-. No he dormido demasiado

bien esta noche. Eso es todo.

– Ni ninguna otra noche en todo este mes, diría yo -añadió-. ¿Qué es, insomnio?

Le dirigí una mirada severa.

– Tiene la comida en la mesa -respondí-. Pollo fricassée con guisantes. Y no pienso calentárselo si se le enfría.

Me devolvió una sonrisa soñolienta.

– Empieza a hablarme como si fuese usted mi mujer, madame Simon. ¿Qué dirá la gente?

Pensé que se trataba de otra de sus bromas y la pasé por alto.

– Quizás yo podría ayudarle -insistió Paul-. No tiene derecho a tratarla de este modo. Alguien debería hacer algo al respecto.

– Por favor no se preocupe, monsieur. -Después de tantas noches interrumpidas podía sentir las lágrimas aflorar a la superficie durante el día e incluso aquella simple y amable charla hacía que me escocieran los ojos. Puse una voz seca y sarcástica para compensar y miré a propósito hacia el otro lado-. Puedo arreglármelas yo sola perfectamente.

Paul permaneció inalterable.

– Ya sabe que puede confiar en mí -dijo dulcemente-. A estas alturas ya debería saberlo. Todo este tiempo… -Y entonces lo miré y de pronto lo supe-. Por favor, Boise…

Me puse rígida.

– No pasa nada. No se lo he dicho a nadie ¿no es cierto?

Silencio. La verdad se extendió entre nosotros como si fuera goma de mascar.

– ¿No es cierto?

– No, no lo has hecho -dije negando con la cabeza.

– Bien, entonces -dio un paso hacia mí-. Siempre te negabas a aceptar ayuda cuando la necesitabas, aún en los viejos tiempos. -Pausa-. No has cambiado tanto, Framboise.

Es curioso. Pensé que sí lo había hecho.

– ¿Cuándo lo supiste? -pregunté al fin.

– No tardé mucho tiempo -me contestó lacónicamente, encogiéndose de hombros-. Es probable que fuera la primera vez que probé el *kouign amann* de tu madre. O quizá fuese el lucio. Jamás olvido una receta.

Y volvió a sonreír bajo su bigote lacio, una expresión que era a la vez dulce y amable, indeciblemente triste al mismo tiempo.

– Debió de ser duro -comentó.

El escozor en los ojos era ahora casi insoportable.

– No quiero hablar de eso ahora -le dije.

Asintió.

– No soy muy hablador -se limitó a responder.

Se sentó para comer su *fricassée*, deteniéndose ocasionalmente para mirarme y sonreír y al cabo de un rato fui a sentarme junto a él -después de todo, estábamos solos en el restaurante- y me serví un vaso de mi Gros-Plant. Permanecimos en silencio durante un rato. Después de algunos minutos apoyé la cabeza en la mesa y me eché a llorar calladamente. Los únicos ruidos procedían de mis sollozos y de los cubiertos de Paul mientras comía pensativamente, sin mirarme, sin reaccionar. Pero sabía que su silencio era amable.

Cuando hube terminado me limpié el rostro cuidadosamente con el delantal.

– Ahora me gustaría hablar -empecé.

Capítulo 6

Paul sabe escuchar. Le conté cosas que jamás habría pretendido contar a ningún ser viviente y él escuchaba en silencio, asintiendo ocasionalmente. Le hablé de Yannick y de Laure, de Pistache y de cómo la había dejado ir sin ni siquiera una palabra, de las gallinas, las noches en vela y cómo el ruido del generador me hacía sentir como si un montón de hormigas se colaran en mi cerebro. Le conté mis miedos por el negocio, por mí misma, por mi hermoso hogar y el lugar que me había hecho entre aquella gente. Le confesé mi miedo a envejecer, y mi asombro por el hecho de que los jóvenes de hoy fueran más extraños y duros de lo que fuimos nosotros, aún teniendo en cuenta lo que habíamos visto durante guerra. Le hablé de mis sueños, de la Gran Madre con un bocado de naranja y de Jeannette Gaudin y las serpientes y poco a poco noté cómo el veneno que había dentro de mí empezaba a remitir.

Cuando por fin terminé se hizo el silencio.

– No puedes pasarte todas las noches en vela -dijo Paul al fin-. Acabarías matándote.

– No tengo elección -respondí-. Esa gente podría presentarse en cualquier momento.

– Nos repartiremos las guardias -se limitó a decir Paul. Y así se hizo.

Le dejé que se instalara en la habitación de huéspedes ahora que Pistache y los niños se habían ido. No era ningún estorbo, se ocupaba de sus cosas, se hacía la cama y lo tenía todo ordenado. La mayor parte del tiempo ni siquiera me daba cuenta de su presencia y, sin embargo, estaba allí, tranquilo y discreto. Me sentía culpable por haberle considerado siempre algo lento. De hecho era más rápido que yo en muchos aspectos; efectivamente fue él quien acabó relacionando el puesto de *snacks* con el hijo de Cassis.

Habíamos estado dos noches vigilando a los intrusos -Paul de las dos a las seis y yo de las diez a las dos- y empezaba a sentirme más descansada y más capaz de enfrentarme a ello. El mero hecho de compartir el problema me bastaba, el saber que había alguien más… Por supuesto los vecinos empezaron a cuchichear casi al instante. No hay forma de mantener las cosas en secreto en un lugar como Les Laveuses y había demasiada gente enterada de que el viejo Paul Hourias había abandonado su cabaña junto al río para trasladarse a la casa de la viuda. La gente se callaba al verme entrar en las tiendas. El cartero me guiñó el ojo mientras estaba haciendo el reparto. También me dirigían algunas miradas recriminadoras procedentes del cura y de

sus beatas del domingo, pero por lo general no hubo más que algunas risillas calladas e indulgentes. A Louis Ramondin se le oyó decir que la viuda se había comportado de forma extraña últimamente y ahora sabía el porqué. Irónicamente, muchos de mis clientes regresaron durante algunos días aunque sólo fuese para comprobar que los rumores eran ciertos.

No les hice caso.

Naturalmente, el puesto de snacks no se había movido de sitio y el ruido y la molestia procedente de la multitud congregada no disminuyó. Había desistido de intentar razonar con el hombre y con las autoridades, que tal y como estaban las cosas, parecían no mostrar el menor interés, lo que nos dejaba a Paul y a mí con una única alternativa.

Investigamos.

Cada día Paul se iba a tomar una demi a La Mauvaise Réputation, donde solían ir los motoristas y las chicas de la ciudad. Interrogó al cartero. Lise, mi camarera, también nos ayudó, a pesar de que no pude contratarla durante el invierno, y metió en el caso a su hermano pequeño, Viannet, lo que sin duda hizo de Luc el hombre más observado de Les Laveuses. Descubrimos algunas cosas.

Era de París. Hacía seis meses que se había trasladado a Angers. Tenía dinero y bastante, y lo gastaba despreocupadamente. Nadie parecía conocer su apellido aunque llevaba un anillo con las iniciales L.D. Y tenía buen ojo para las chicas. Conducía un Porsche blanco que aparcaba en la parte trasera de La Mauvaise Réputation. En general parecía tener buena prensa, lo que significaba que probablemente invitaba a muchas rondas.

No era mucho para todo el esfuerzo que habíamos invertido.

Entonces fue cuando a Paul se le ocurrió inspeccionar el puesto de *snacks*. Naturalmente yo ya lo había hecho antes pero Paul esperó a que estuviera cerrado y su propietario estuviese a salvo en La Mauvaise Réputation. Estaba cerrado a cal y canto pero en la parte trasera del remolque encontró una pequeña placa de metal con un registro y un número de contacto inscrito en él. Comprobamos el número de teléfono y lo localizamos…

Pertenecía al restaurante Aux Délices Dessanges, Rue des Romarins, Angers.

Debería haberlo imaginado desde el principio.

Yannick y Laure no habían renunciado con tanta facilidad a una fuente potencial de ingresos. Y sabiendo lo que ahora sabía era fácil de entender dónde lo había visto antes. La misma nariz ligeramente aquilina, los ojos astutos y brillantes, los pómulos pronunciados… Luc Dessanges. El hermano de Laure.

Mi primera reacción fue ir directamente a la policía. No a nuestro

Louis sino a la policía de Angers para contarles que estaba siendo víctima de un acoso. Pero Paul me convenció de lo contrario.

No había pruebas, me dijo amablemente. Sin pruebas nadie podía hacer nada. Luc no había hecho nada abiertamente ilegal. En el caso de que pudiéramos pillarlo, bueno, eso sería otra cosa, pero era demasiado cuidadoso, demasiado astuto para eso. Estaban esperando a que me derrumbase, esperando el momento oportuno para venir y exponerme sus exigencias… «Si pudiésemos ayudarte, Mamie. Déjanos intentarlo. Sin guardar rencores.»

Estaba por coger el autobús hacia Angers en aquel mismo instante. Ir a buscarlos a su guarida. Ponerlos en evidencia delante de sus amigos y clientes. Gritarles a todos y a cada uno de los presentes que me estaban acosando, extorsionando. Pero Paul dijo que debíamos esperar. La impaciencia y la agresividad me habían hecho perder a la mitad de mis clientes. Por primera vez en mi vida esperé.

Capítulo 7

Se presentaron una semana después.

Era domingo por la tarde y llevaba tres semanas cerrando la *crêperie* los domingos. El puesto de *snacks* también estaba cerrado -él seguía mis horas de apertura casi al minuto- y Paul y yo estábamos en el jardín con el último sol de otoño caldeando nuestros rostros. Yo estaba leyendo pero Paul, a quien nunca se le dio bien leer en los viejos tiempos, parecía satisfecho estando ahí sentado, sin nada que hacer, mirándome de vez en cuando de aquella forma suya, pacífica y sin exigencias, o quizá estaba tallando un trozo de madera.

Oí un ruido en la puerta y fui a ver quién era. Era Laure, fría y práctica en su vestido azul oscuro, con Yannick con traje gris marengo detrás. Sus sonrisas eran como las teclas de un piano de cola. Laure llevaba una planta con hojas rojas y verdes. No los dejé pasar del umbral.

– ¿Quién se ha muerto? -pregunté fríamente-. No seré yo, aún no, aunque no quedará por vuestros malditos intentos.

Laure hizo una mueca de dolor.

– Vamos, Mamie -empezó.

– No vuelvas a *mamearme* -le repliqué-. Conozco vuestros sucios juegos intimidatorios. No os va a funcionar. Me moriré antes de que me saquéis un céntimo, así que ya puedes decirle a tu hermano que coja su grasiento carro y se largue de aquí, porque ya sé qué es lo que anda buscando y como no pare ahora mismo juro que iré a la policía y le contaré lo que estáis haciendo con pelos y señales.

Yannick pareció alarmado y empezó a hacer ruidos apaciguadores, pero Laure estaba hecha de pasta más dura. La sorpresa en su rostro no duró más que diez segundos, después de los cuales se endureció en una sonrisa fría y seca.

– Desde el principio supe que lo mejor sería contártelo todo de entrada -dijo, dirigiéndole una mirada desdeñosa de soslayo a su marido-. Todo esto no nos va a ayudar en absoluto a ninguno de nosotros y estoy convencida de que una vez te lo haya explicado todo entenderás el valor de un poco de cooperación.

– Puedes explicarme lo que te dé la gana -anuncié cruzándome de brazos-, pero la herencia de mi madre nos pertenece a mí y a Reine-Claude, os contara lo que os contara Cassis, y no hay nada más que decir.

Laure me dedicó una amplia y odiosa sonrisa de desagrado.

– ¿Es eso lo que crees que queremos, Mamie? ¿Tu pequeña parte de dinero? ¡Oh, de veras! Debes pensar que somos un par de indeseables.

De pronto fue como si me viese a mí misma a través de sus ojos, una mujer anciana con un delantal lleno de manchas, los ojos como endrinas y el cabello repeinado hacia atrás, tan estirado que hacía que la piel se me tensara. Me puse a gruñirles entonces, como un perro aturdido, y me aferré a la jamba de la puerta para mantenerme firme. La respiración entrecortada, cada aliento un penoso viaje.

– No es que no nos fuera a ir bien algo de dinero -anunció Yannick seriamente-. El negocio del restaurante no va demasiado bien últimamente. Y los artículos en *Hôte & Cuisine* no fueron de gran ayuda. Y tenemos algunos problemas…

Laure lo hizo callar con la mirada.

– Yo no quiero el dinero para nada -repitió.

– Sé lo que quieres -repuse, bruscamente, intentando no revelar mi confusión-. Las recetas de mi madre. Pero no pienso dártelas.

Laure se me quedó mirando sin dejar de sonreír. Me di cuenta que no eran sólo las recetas lo que quería y un puño frío me atenazó el corazón.

– No -musité.

– El álbum de Mirabelle Dartigen -anunció Laure dulcemente-. Su verdadero álbum. Sus pensamientos, sus recetas, sus secretos. La herencia de nuestra abuela para todos nosotros. Sería un crimen mantener para siempre en secreto algo así.

– ¡No!

La palabra salió despedida de mí y sentí como si la mitad de mi corazón se fuese con ella. Laure se sobresaltó y Yannick dio un paso hacia atrás. Mi respiración era como si tuviese la garganta llena de anzuelos.

– No podrás guardar el secreto para siempre, Framboise -dijo Laure razonable-. Resulta increíble que nadie lo haya descubierto. Mirabelle Dartigen… -estaba con las mejillas arreboladas, casi hermosa en su excitación-… una de las criminales más esquivas y enigmáticas del siglo xx. De golpe asesina a un joven soldado y aguanta impertérrita mientras la mitad del pueblo es fusilado en castigo y luego se larga sin dar ni una palabra de explicación a nadie.

– ¡No fue así! -protesté a pesar de mí misma.

– Entonces dime cómo fue -rogó Laure, avanzando un paso-. Te lo consultaría todo. Tenemos en nuestras manos la oportunidad de una fantástica y exclusiva investigación de todo esto, y estoy segura de que podría salir un libro fabuloso…

– ¿Qué libro? -le dije estúpidamente.

– ¿Cómo que qué libro? -Laure me miró impaciente-. Pensé que ya lo habías imaginado. Dijiste…

Sentí la lengua pegada al paladar. Y murmuré con dificultad:

– Pensé que te interesaba el libro de recetas. Después de lo que

me dijiste…

Negó con la cabeza con impaciencia.

– No, necesito investigar para mi libro. Leíste el panfleto, ¿no? Debiste suponer que estaba interesada en el caso. Y cuando Cassis nos dijo que ella estaba emparentada con nosotros. La abuela de Yannick… -se interrumpió para cogerme la mano. Sus dedos eran largos y fríos, las uñas pintadas de color rosa como los labios-… Mamie, eres la última de sus hijos. Cassis muerto, Reine-Claude inútil…

– ¿Fuiste a verla? -le dije sin comprender.

Asintió.

– No recuerda nada. Un completo vegetal -hizo una mueca-. Además nadie en Les Laveuses recuerda nada digno de importancia o, si lo hacen, no quieren hablar…

– ¿Cómo lo sabes? -La rabia había cedido paso a un sentimiento de frialdad, la conclusión de que aquello era mucho peor de lo que había sospechado al principio.

– Luc, naturalmente -dijo encogiéndose de hombros-. Le pedí que viniese aquí, hiciese algunas preguntas, que invitara a algunas rondas en el viejo club de pescadores, ya sabes a lo que me refiero. -Me dirigió una mirada impaciente, burlona-. Antes dijiste que ya lo sabías todo.

Asentí en silencio, demasiado paralizada para hablar.

– Tengo que admitir que te las has arreglado muy bien para mantenerlo todo en secreto por más tiempo del que imaginé posible -continuó con un tono de admiración-. Nadie sospecha que seas más que una amable señora bretona, *la veuve* Simon. Eres muy respetada. Te has hecho un buen hueco aquí. Nadie alberga la menor sospecha. Ni siquiera se lo contaste a tu hija.

– ¿Pistache? -Me sentí estúpida, con la boca abriéndoseme a la par que mi mente-. ¿Has hablado con ella?

– Le escribí algunas cartas. Pensé que podría saber algo de Mirabelle. Nunca se lo contaste ¿no es cierto?

¡Oh, Dios! ¡Oh, Pistache! Estaba en medio de un desprendimiento de tierras en el que cada movimiento desencadenaba un nuevo deslizamiento de montañas, causando otro colapso de un mundo que yo creía seguro.

– ¿Pero qué hay de tu otra hija? ¿Cuándo fue la última vez que estuvisteis en contacto? ¿Y qué es lo que ella sabe?

– No tienes ningún derecho, ningún derecho… -las palabras eran ásperas, como si tuviese la boca llena de sal-. No entiendes lo que esto significa para mí, este lugar. Si la gente llegara a enterarse…

– Bueno, bueno, Mamie. -Me sentía demasiado débil para empujarla y me rodeó con los brazos-. Naturalmente mantendríamos

tu nombre fuera de todo esto. E incluso en el caso de que se descubriera, tienes que aceptar que podría pasar algún día, entonces te encontraremos otro lugar. Un lugar mejor. De todos modos, a tu edad no deberías estar viviendo en una granja vieja y destartalada como ésta, por el amor de Dios ni siquiera tienes buenas cañerías, podríamos instalarte en un bonito apartamento en Angers, mantendríamos a la prensa alejada de ti. Nos preocupamos por ti, Mamie, a pesar de lo que puedas pensar. No somos unos monstruos. Queremos lo mejor para ti…

La empujé con más fuerza de la que creí tener.

– ¡No!

Poco a poco me fui dando cuenta de la presencia de Paul, de pie detrás de mí, guardando silencio, y mi temor se transformó en una gran flor de rabia y de júbilo. No estaba sola. Paul, mi leal y viejo amigo, estaba conmigo ahora.

– Piensa en lo que podría significar para la familia, Mamie.

– ¡No! -empecé a cerrar la puerta, pero Laure interpuso su tacón en la rendija.

– No puedes esconderte para siempre.

Entonces Paul se adelantó hacia el portal. Habló con una voz tranquila y ligeramente pausada, la voz de un hombre que o bien está en profunda paz consigo mismo o bien es un poco retrasado.

– Quizá no hayas oído a Framboise. -Habría dicho que su sonrisa era casi errática de no haber sido por el guiño que me hizo y en aquel momento lo quise con tal plenitud y arrebato que hizo ahuyentar mi rabia-. Si no lo he entendido mal, ella no quiere saber nada de este asunto. ¿No es eso?

– ¿Quién es éste? -inquirió Laure-. ¿Qué está haciendo aquí?

Paul le dedicó una de sus sonrisas dulces y ausentes.

– Un amigo de hace muchos años -se limitó a decir.

– Framboise -me llamó Laure por encima del hombro de Paul-. Piensa en lo que te hemos dicho. Piensa en lo que significa. No te lo pediríamos si no fuera importante. Piensa en…

– Estoy seguro de que lo hará -dijo Paul amablemente y cerró la puerta. Laure empezó a llamar persistentemente y Paul echó el pestillo y puso la cadena de seguridad. Podía oír su voz, apagada por el grosor de la madera, con una nota de zumbido estridente en ella.

– ¡Framboise, sé razonable! ¡Le diré a Luc que se marche! ¡Las cosas pueden volver a ser como antes! ¡Framboise!

– ¿Café? -sugirió Paul, entrando en la cocina-. Te hará sentirte, ya sabes, mejor.

Le eché un vistazo a la puerta.

– Esa mujer -dije con la voz temblorosa-. Esa odiosa mujer.

Paul se encogió de hombros.

– Lo tomaremos fuera -se limitó a sugerir-. No la oiremos desde allí.

Para él era tan sencillo como aquello, y yo le seguí exhausta mientras él me traía de la cocina un café solo con crema de canela y azúcar y un trozo de *far* de arándanos de la alacena. Comí y bebí en silencio durante un rato hasta que sentí que me volvían las fuerzas.

– No cejará en el empeño -le dije al fin-. De un modo u otro estará encima de mí hasta que consiga echarme. Entonces no tendrá ningún sentido mantener el secreto por más tiempo -me llevé la mano a mi dolorida cabeza-. Sabe que no puedo resistir eternamente. Todo lo que tiene que hacer es esperar. En cualquier caso, no podré aguantar mucho.

– ¿Vas a ceder ante ella? -la voz de Paul era tranquila y curiosa.

– No -repuse bruscamente.

– Entonces no deberías hablar como si pensaras hacerlo. Eres más lista que ella. -Por alguna razón se había sonrojado-. Y puedes vencerla si te lo propones…

– ¿Cómo? -Sé que sonaba a mi madre, pero no podía evitarlo-. ¿Contra Luc Dessanges y sus amigos? ¿Contra Laure y Yannick? No han pasado ni dos meses y ya me han medio arruinado el negocio. Lo único que tienen que hacer es seguir así y para la primavera… -Hice un gesto furioso de frustración-. ¿Y qué pasará cuando empiecen a hablar? Lo único que tienen que decir… -se me atragantaron las palabras-… lo único que tienen que hacer es mencionar el nombre de mi madre…

Paul negó con la cabeza.

– No creo que lo hagan -dijo tranquilamente-. En cualquier caso, no de entrada. Quieren algo con lo que poder negociar. Saben que eso te da miedo.

– Cassis se lo dijo -confesé apagadamente.

– No importa -repuso encogiendo los hombros-. Te dejarán en paz por un tiempo. Esperan convencerte. Hacerte entrar en razón. Quieren que lo hagas por voluntad propia.

– ¿Y? -empezaba a sentir mi rabia dirigiéndose hacia él-. ¿Cuánto tiempo me deja eso? ¿Un mes? ¿Dos? ¿Qué puedo hacer en dos meses? Podría devanarme los sesos durante un año entero y seguiría sin…

– Eso no es cierto. -Habló terminantemente, sin resentimiento, sacando un Gauloise de su bolsillo superior y frotando una cerilla contra el pulgar para encenderlo-. Puedes hacer todo lo que te propongas. Siempre pudiste. -Me miró entonces por encima del ojo rojo del cigarrillo y me dedicó su débil y triste sonrisa-. Te acuerdas de los viejos tiempos. Capturaste a la Gran Madre, ¿no?

– No es lo mismo -le dije moviendo la cabeza.

– Sí lo es, más o menos -replicó Paul, exhalando el áspero humo-.

Ya deberías saberlo. Se puede aprender mucho de la vida por la pesca. -Lo miré perpleja. Continuó-: Piensa en la Gran Madre, por ejemplo. ¿Cómo conseguiste pescarla cuando todos los demás no pudieron?

Consideré la pregunta por un instante, pensando como la niña de nueve años que entonces era.

– Estudié el río -dije por fin-. Aprendí los hábitos del viejo lucio, dónde se alimentaba y de qué. Y esperé. Tuve suerte, eso es todo.

– Humm. -El cigarrillo volvió a resplandecer y expelió el humo por la nariz-. Y si ese Dessanges fuese un pez, ¿qué harías entonces? -Sonrió de repente-. Averiguarías dónde se alimenta. Buscarías el cebo adecuado y ya es tuyo. ¿No te parece?

Me lo quedé mirando.

– ¿No te parece?

Quizá. La esperanza trazó una fina línea plateada en mi corazón. Quizá.

– Soy demasiado vieja para luchar contra ellos -suspiré-. Demasiado vieja, y estoy demasiado cansada.

Paul me puso su mano morena y rugosa sobre la mía y me sonrió.

– No para mí -confesó.

Capítulo 8

Naturalmente, Paul tenía razón. Se puede aprender mucho de la vida a través de la pesca. Tomas me había enseñado eso, entre otras cosas. Hablábamos mucho el año en que fuimos amigos. A veces Cassis y Reine estaban allí; charlábamos e intercambiábamos información a cambio de algunos artículos de contrabando; una barra de goma de mascar, una tableta de chocolate, un frasco de crema para la cara para Reine o una naranja… Tomas parecía tener una reserva ilimitada de esas cosas que nos repartía con una indiferencia casual. Ahora casi siempre venía solo.

Desde mi conversación con Cassis en la cabaña del árbol sentía que las cosas entre nosotros, Tomas y yo, habían quedado asentadas. Seguíamos las normas; no las normas arbitrarias inventadas por nuestra madre sino las normas sencillas que incluso una niña de nueve años podía entender: «Mantén los ojos bien abiertos. Busca el número uno. Comparte y hazlo equitativamente». Habíamos tenido que apañárnoslas solos durante tanto tiempo que resultaba estupendo, cuando no un silencioso consuelo, volver a tener a alguien que estuviera al mando; un adulto, alguien que se encargase de poner orden.

Recuerdo un día que estábamos juntos, nosotros tres, y Tomas llegaba tarde. Cassis seguía llamándole Leibniz, aunque Reine y yo hacía tiempo que habíamos progresado a un trato de primera persona, y aquel día Cassis estaba inquieto y malhumorado, sentado lejos de nosotras en la orilla del río, lanzando piedras al agua. Se las había tenido con mi madre aquella mañana por un asunto de poca importancia.

– ¡Si nuestro padre viviese no te atreverías a hablarme así!

– ¡Si vuestro padre viviese haría lo que se le mandara, igual que tú!

Ante el látigo de su lengua Cassis huyó, como hacía siempre. Tenía guardada la vieja chaqueta de caza de padre en un colchón de paja en la cabaña del árbol y ahora la llevaba puesta, encorvado como si fuese un viejo indio envuelto en una manta. Siempre era una mala señal cuando llevaba puesta la chaqueta de padre y Reine y yo lo dejamos en paz.

Aún estaba sentado ahí cuando Tomas llegó.

Tomas se dio cuenta al instante y se sentó en la orilla, un poco más allá, sin decir nada.

– Ya estoy harto -dijo Cassis por fin sin mirar a Tomas-. Son cosas de críos. Ya casi tengo catorce años. Ya estoy harto de eso.

Tomas se quitó su guerrera y la puso a un lado para que Reinette

pudiese registrarle los bolsillos. Yo estaba echada boca abajo en la orilla y los observaba.

Cassis volvió a hablar.

– Cómics. Chocolate. Todo eso no son más que tonterías. Eso no es la guerra. No es nada. -Se puso en pie, parecía agitado-. Nada de eso es serio. Es sólo un juego. A mi padre le volaron la cabeza y para ti todo es un puñetero juego, ¿eh?

– ¿Es eso lo que crees?

– Creo que eres un boche.

– Ven conmigo -dijo Tomas levantándose-. Chicas, vosotras os quedáis aquí ¿vale?

Reine lo hizo de muy buen grado, para poder hojear las revistas y los tesoros que escondían los muchos bolsillos del gran abrigo. La dejé y me escabullí detrás de ellos agazapada, arrastrándome por el suelo musgoso. Sus voces llegaban hasta mí distantes, como motas de polvo desde la cúpula del árbol.

No podía escuchar todo lo que decían. Estaba acurrucada detrás de un tronco caído, temerosa casi hasta de respirar. Tomas desenfundó la pistola y se la dio a Cassis.

– Cógela. Siente la sensación de tenerla entre las manos.

Debió de sentirla pesada. Cassis la alzó y apuntó hacia el alemán. Tomas pareció no darse cuenta.

– A mi hermano lo mataron por desertor -dijo Tomas-. Acababa de terminar el período de entrenamiento. Tenía diecinueve años y estaba asustado. Era ametrallador y el ruido debió de hacer que enloqueciera. Murió en un pueblo francés, justo al inicio de la guerra. Pensé que si hubiese estado conmigo podría haberlo ayudado, podría haberlo tranquilizado, haber hecho que no se metiera en líos. Yo ni siquiera estaba allí.

Cassis lo miró con hostilidad.

– ¿Y?

Tomas pasó por alto la pregunta.

– Era el favorito de mis padres. Ernst siempre era quien repelaba las cacerolas cuando mi madre estaba cocinando. Quien tenía menos tareas que hacer. Quien los hacía sentirse más orgullosos. ¿Yo? Yo era un estudiante más aplicado que brillante, que sólo servía para sacar la basura y dar de comer a los cerdos. No mucho más que eso.

Ahora Cassis le escuchaba. Podía sentir la tensión entre ellos como algo candente.

– Cuando recibimos la noticia yo me encontraba en casa de permiso. Llegó una carta. Se suponía que debía ser un secreto pero al cabo de una media hora todos en el pueblo sabían que el chico Leibniz había desertado. Mis padres no podían entender lo que estaba sucediendo. Se comportaban como si hubiesen sido alcanzados por un

rayo.

Me acerqué un poco más a rastras, utilizando el tronco caído como protección. Tomas prosiguió.

– Lo más curioso es que siempre había pensado que yo era el cobarde de la familia. Siempre agachaba la cabeza. No me arriesgaba. Pero a partir de aquel momento me convertí en un héroe para mis padres. De pronto había pasado a ocupar el puesto de Ernst. Era como si él jamás hubiera existido. Yo era su único hijo. Lo era todo.

– ¿No te daba… miedo? -la voz de Cassis apenas era audible.

Tomas asintió.

Entonces oí a Cassis suspirar, como el ruido de una pesada puerta al cerrarse.

– Se suponía que no tenía que morir -dijo mi hermano. Supuse que se estaba refiriendo a mi padre.

Tomas esperó pacientemente, impasible en apariencia.

– Se suponía que era el más inteligente. Lo tenía siempre todo bajo control. Él no era un cobarde -Cassis se interrumpió y miró a Tomas como si su silencio implicara algo. Le temblaba la voz y las manos.

Entonces empezó a gritar con voz aguda y torturada, palabras que yo apenas podía identificar y que salían atropelladamente en una furiosa avidez por liberarse.

– Se suponía que no tenía que morir. Se suponía que lo arreglaría todo y haría que todo fuese mejor y en vez de eso se fue y consiguió que le volasen su estúpida crisma y ahora soy yo quien está al cargo y ya no sé… qué es lo que debo hacer y estoy tan asus…

Tomas esperó a que terminase. Tardó algún tiempo. Luego alargó la mano y le quitó tranquilamente la pistola.

– Ése es el problema con los héroes -señaló-. Que nunca llegan a cumplir las expectativas, ¿no crees?

– Podría haberte disparado -dijo Cassis hosco.

– Hay más de una forma de contraatacar -respondió Tomas.

Sentí que la conversación estaba llegando a su fin e inicié la retirada entre los arbustos; no quería que me viesen cuando regresaran. Reinette seguía allí, absorta en un ejemplar de Ciné-Mag. Cinco minutos después Cassis y Tomas regresaron, cogidos del brazo como si fuesen hermanos y Cassis llevaba puesta la gorra del alemán un poco ladeada.

– Quédatela -le dijo Tomas-. Sé dónde puedo encontrar otra.

El cebo había picado. Desde aquel momento Cassis se convirtió en su esclavo.

Capítulo 9

Después de aquello, nuestro entusiasmo por la causa de Tomas se duplicó. Cualquier información, no importaba cuán trivial fuese, era harina para su molino. Madame Henriot en la oficina de correos abría las cartas en secreto, Gilles Petit, el carnicero, vendía carne de gato haciéndola pasar por conejo, habían oído a Martin Dupré hablar contra los alemanes en La Mauvaise Réputation en compañía de Henri Drouot, todo el mundo sabía que los Truriand tenían una radio escondida en una trampilla en el jardín de detrás y que Martin Francin era comunista. Cada día Tomas visitaba a esas personas con la excusa de recoger provisiones para el cuartel y salía con un poco más de lo que había ido a buscar, un puñado de billetes, algún retal de tela del mercado negro o una botella de vino… A veces sus víctimas pagaban con más información; un primo de París oculto en una bodega de Angers, o un muerto, apuñalado detrás del café Le Chat Rouget. Al final del verano Tomas Leibniz conocía la mitad de los secretos de Angers y dos tercios de Les Laveuses y poseía una pequeña fortuna acumulada en su colchón en el cuartel. Una forma de contraatacar, lo llamaba él. Contra qué, nunca necesitó decirlo.

Mandaba dinero a Alemania aunque nunca supe cómo. Había formas de hacerlo. A través de valijas diplomáticas, en el correo, en trenes de comestibles y camiones de hospitales. Muchas vías para ser explotadas por un joven emprendedor, dados los contactos adecuados. Intercambiaba obligaciones con otros compañeros para visitar las granjas locales. Escuchaba detrás de la puerta del comedor de los oficiales. Tomas gustaba a la gente, confiaban en él, hablaban con él. Y él jamás se olvidaba de algo.

Era arriesgado. Me lo confesó un día que nos encontramos en el río. Si cometía un error podían fusilarlo. Pero sus ojos resplandecían por la risa mientras me lo decía. Sólo pillan a los bobos, dijo sonriente. Un tonto se vuelve descuidado y negligente, y quizá codicioso también. Heinemann y los otros eran tontos. Antes los había necesitado pero ahora resultaba más seguro jugar en solitario. Eran un lastre para él, todos ellos. Demasiadas debilidades; a Schwartz, el gordinflón, le gustaban demasiado las chicas, Hauer bebía en exceso y Heinemann, con sus tics constantes, era un candidato de primera para el manicomio. No, dijo perezosamente, mientras yacía de espaldas con un tallo de trébol entre los dientes, era preferible trabajar solo y esperar y dejar que fuesen los otros quienes asumieran los riesgos.

– Mira tu lucio -me dijo pensativamente-. No ha conseguido vivir tanto tiempo en el río arriesgándose. Es de los que se alimenta casi siempre en el fondo, aunque sus dientes le permitirían devorar a casi

cualquier pez del río. -Hizo una pausa para tirar el tallo de trébol e incorporarse a una posición sentada, escrutando el agua-. Sabe que lo andan buscando, *backfisch*, así que espera en el fondo, se alimenta de residuos y de lodo. En el fondo está a salvo. Observa a los otros peces, a los más pequeños, más cercanos a la superficie, atisba los reflejos del sol en sus vientres, y cuando ve uno pequeño que está un poco apartado del resto, uno que quizás esté en problemas, ¡ñam! -Lo mostró con un movimiento rápido de las manos, cerrando unas mandíbulas imaginarias sobre la víctima invisible.

Yo lo observaba con los ojos abiertos de par en par.

– Se mantiene alejado de las trampas y las redes. Las conoce de lejos. Los otros peces son avariciosos pero el viejo lucio se toma su tiempo. Sabe esperar. Y el cebo, también lo conoce. Las trampas no sirven de nada con el viejo lucio. Sólo le interesan los cebos vivos, e incluso ésos sólo a veces. Se ha de ser muy listo para pescar un lucio. -Sonrió-. Tú y yo podríamos aprender algunas lecciones de un viejo lucio como ése, backfisch.

Bien, le tomé la palabra. Lo veía una vez cada quincena o cada semana incluso, y en una o dos ocasiones estuve sola con él, aunque la mayoría de veces estábamos los tres. Solía ser los jueves y nos encontrábamos en el puesto de vigilancia, íbamos al bosque o al río, lejos del pueblo, donde nadie pudiese vernos. A menudo Tomas venía vestido de paisano; el uniforme lo dejaba oculto en la cabaña del árbol para que nadie hiciese preguntas. En los malos días de madre, yo utilizaba la naranja para hacer que permaneciese en su cuarto mientras quedábamos con Tomas. El resto de los días me levantaba cada mañana a las cuatro y media y me iba a pescar antes de empezar con las tareas matinales, cuidando elegir los tramos más oscuros y tranquilos del Loira. Capturaba cebos vivos en mis trampas para cangrejos, manteniéndolos con vida y cautivos hasta que pudiese utilizarlos con la nueva caña. Entonces los hacía oscilar a ras del agua, ligeramente, para que sus pálidos vientres tocasen la superficie, rastrillando la corriente con el riel. Conseguí pescar varios lucios de esta forma pero todos eran jóvenes, ninguno más grande que un pie o una mano. Aun así, los colgaba en las piedras alzadas junto a las tiras malolientes hechas con las serpientes de agua que había dejado secar ahí durante el verano.

Como el lucio, esperaba.

Capítulo 10

Era a principios de septiembre y el verano estaba concluyendo. Aunque todavía hacía calor había una nueva madurez en el aire, algo rico y henchido, un aroma dulzón a decadencia. Las malas lluvias de agosto habían echado a perder la mayor parte de la cosecha de frutas y lo que quedaba estaba lleno de avispas, pero aun así lo cogíamos: no podíamos permitirnos desperdiciarlo, y lo que no podía venderse como fruta fresca servía para hacer confituras o licores para el invierno. Mi madre supervisaba la operación. Nos daba gruesos guantes y pinzas de madera para coger la fruta caída, guantes que en otros tiempos habían sido utilizados para sacar la colada de los toneles de agua hirviendo en la lavandería. Recuerdo que las avispas eran especialmente agresivas aquel año, quizás intuían la llegada del otoño y su muerte cercana, pues nos picaban continuamente a pesar de los guantes mientras echábamos la fruta medio podrida en grandes sartenes para hacer la confitura. Al principio, la misma confitura era la mitad de avispas y Reine, que odiaba los insectos, estaba casi histérica por tener que sacar con la espumadera sus cuerpos medio muertos de la superficie espumosa, que iba dejando un líquido encarnado, para tirarlos con una rociada de jugo de ciruelas lejos, al camino, donde sus compañeras vivas se aprestaban a arrastrarse pegajosamente. Madre no tenía paciencia con semejante comportamiento. Se suponía que no debíamos tener miedo de cosas como las avispas y cada vez que Reine gritaba y lloraba por tener que recoger aquella masa enjambrada de ciruelas caídas, madre le hablaba en un tono más rudo del que solía emplear habitualmente.

– No seas más boba de lo que Dios te hizo, niña -la reñía-. ¿Te crees que las ciruelas se recogen solas? ¿O esperas que nosotros lo hagamos por ti?

Reine lloriqueaba con los brazos rígidamente extendidos y el rostro contraído por el asco y el miedo.

El tono de madre se hizo más peligroso. Por un momento su voz sonó incisiva, como un zumbido amenazador.

– Venga -la instó-. O te daré una razón para que llores de verdad. -Y le dio un fuerte empujón hacia el montón de ciruelas que habíamos recogido: un montón de fruta esponjosa y medio fermentada, volátil con avispas. Reine se vio inmersa en un enjambre de insectos y se puso a gritar, retrocediendo hacia mi madre con los ojos cerrados, lo que le impidió ver el repentino espasmo de rabia que cruzó el rostro de ésta. Por un instante madre pareció casi paralizada, luego agarró del brazo a Reinette, que seguía chillando presa de la histeria, y la arrastró bruscamente hacia la casa sin mediar palabra. Cassis y yo nos

miramos pero no hicimos ademán de seguirlas. Sabíamos bien que más nos valía no hacerlo. Cuando Reinette empezó a gritar con más fuerza, cada lamento puntuado por un ruido semejante al chasquido de un pequeño rifle de aire, nos limitamos a encogernos de hombros y regresar al trabajo entre las avispas, utilizando las pinzas de madera para recoger los montones de ciruelas tocadas y ponerlas en los bidones que estaban alineados en el camino.

Después de lo que se me antojó un buen rato, cesó el ruido de los azotes y Reine y mi madre salieron de la casa, ésta sujetando aún el trozo de cuerda de tender la ropa que había utilizado, y se pusieron a trabajar en silencio, Reinette sorbiéndose la nariz de cuando en cuando y secándose los ojos enrojecidos. Poco después, los tics de mi madre empezaron de nuevo y se marchó a su habitación dejándonos instrucciones expresas para acabar de recoger la fruta caída y poner la confitura al fuego. Nunca volvió a mencionar el incidente después ni tampoco pareció acordarse de lo que había sucedido, aunque aquella noche oí a Reinette moviéndose desapaciblemente y gimiendo y le vi los verdugones morados en las piernas mientras se ponía el camisón.

A pesar de ser algo bastante insólito, estuvo lejos de ser la última cosa insólita que madre haría aquel verano y muy pronto todos lo olvidamos, menos Reinette, claro está. Teníamos otras cosas en las que pensar.

Capítulo 11

Había visto muy poco a Paul aquel verano; cuando Cassis y Reinette no iban a la escuela mantenía las distancias. Pero en septiembre el nuevo curso estaba a punto de empezar y Paul empezó a venir con más frecuencia. A pesar de que me gustaba Paul, me inquietaba la idea de que conociera a Tomas, así que a menudo lo evitaba: me ocultaba entre los matorrales que había junto al río hasta que se iba, no hacía caso de sus llamadas o hacía ver que no lo veía cuando me saludaba. Al cabo de un tiempo debió de captar el mensaje porque dejó de venir.

Justamente a partir de aquel momento madre empezó a comportarse de forma extraña. Desde el incidente con Reinette la habíamos observado con recelosa desconfianza, como seres primitivos a los pies de su dios, y, en verdad, ella era para nosotros una especie de ídolo, un ente de favores y castigos arbitrarios, y sus sonrisas y entrecejos eran la veleta que marcaba el giro de nuestro viento emocional. Ahora, con septiembre a la vuelta de la esquina y la escuela a punto de empezar para sus dos hijos mayores, madre se transformó en una parodia de sí misma; se enfurecía por la menudencia más insignificante: una servilleta dejada junto al fregadero, un plato sobre la tabla de secar, una mota de polvo en el cristal del marco de una fotografía. Sus dolores de cabeza la torturaban casi a diario. Casi envidiaba a Cassis y a Reine, que podían pasar largos días en el colegio, pero la escuela primaria había sido clausurada y yo hasta el año siguiente no tendría edad suficiente para acompañarlos a Angers.

Utilizaba a menudo la bolsita con la naranja. Me sentía aterrorizada ante la idea de que mi madre llegase a descubrir el truco pero no podía evitarlo. Sólo se tranquilizaba cuando se tomaba las pastillas y sólo se las tomaba cuando olía a naranjas. Ocultaba mi provisión de piel de naranja en el fondo del barril de anchoas y lo sacaba cada vez que lo necesitaba. Era arriesgado, pero a veces me proporcionaba cinco o seis horas de una paz muy necesitada.

La guerra continuaba pese a aquellos breves lapsos de tregua. Yo crecía muy deprisa; ya era tan alta como Cassis y había pasado a Reinette. Tenía el mismo rostro aquilino de mi madre, sus ojos oscuros y recelosos. Me sentía más ofendida por aquel parecido que por su nuevo comportamiento y mientras el verano se enranciaba en el otoño sentía cómo crecía mi resentimiento hacia ella hasta casi ahogarme en él. Había un espejo en nuestra habitación y me sorprendía mirándome en él en secreto. Nunca antes me había interesado mi aspecto pero ahora me volví curiosa primero y crítica después. Hacía una lista de

mis defectos y me desesperaba al ver que eran tan numerosos. Me habría gustado tener el pelo rizado como Reinette, y los labios carnosos y encarnados. Miraba a hurtadillas las fotografías de cine de debajo del colchón de mi hermana y llegué a memorizarlas una a una. No con suspiros y éxtasis sino con los dientes apretados por la desesperación. Me retorcía el cabello con cuerdas para hacer que se rizase. Me pellizcaba con fiereza los capullos castaños de mis pechos para hacerlos crecer. No servía de nada. Seguía siendo la viva imagen de mi madre, hosca, inarticulada y desgarbada. Había otras cosas extrañas. Tenía sueños vividos de los que despertaba respirando con dificultad y sudando, a pesar de que las noches eran frías. Mi sentido del olfato se había aguzado tanto que algunos días podía percibir el heno quemado procedente del campo de Hourias con el viento en contra, sabía cuándo Paul había comido jamón cocido o lo que mi madre estaba cocinando incluso antes de llegar al huerto. Por primera vez fui consciente de mi propio olor: un olor salado, cálido y como a pescado que persistía aun después de haberme frotado la piel con bálsamo de limón y hierbabuena, y el aroma intenso y empalagoso de mi cabello. Tenía dolores de estómago, yo que nunca estaba enferma, y me dolía la cabeza. Empecé a preguntarme si la rareza de mi madre no era algo que yo hubiese heredado, un secreto absurdo y terrible al cual me veía abocada.

Una mañana me levanté y encontré las sábanas manchadas de sangre. Cassis y Reinette se estaban preparando para ir al colegio en bicicleta y no me prestaron demasiada atención. Instintivamente eché la cubierta por encima de la sábana manchada y me puse una falda vieja y un jersey antes de salir corriendo hacia el Loira para investigar mi aflicción. Tenía las piernas manchadas de sangre y me lavé en el río. Intenté hacerme un vendaje con pañuelos viejos pero la herida era demasiado profunda, demasiado compleja para aquello. Me sentía como si me estuviesen desgarrando nervio a nervio.

Jamás se me pasó por la cabeza contárselo a mi madre. Nunca había oído nada sobre la menstruación. Madre era obsesivamente remilgada con las funciones corporales y pensé que estaba muy grave, moribunda incluso. Una mala caída en los bosques, una seta venenosa que hacía que me desangrara por dentro, quizá un pensamiento envenenado. No íbamos nunca a la iglesia, a mi madre le disgustaba lo que ella solía llamar «la clerigalla» y se mofaba de la gente cuando iba camino de misa, y sin embargo nos había inculcado una profunda noción del pecado. Sea como fuere, la maldad acababa saliendo, solía decir, y nosotros estábamos llenos de maldad según ella, como odres llenos de una amarga vendimia, siempre debiendo ser vigilados, golpeados ligeramente; cada mirada y murmullo eran indicios de la maldad más profunda e instintiva que ocultábamos.

Yo era la peor. Lo sabía. Lo veía en mis ojos al mirarme al espejo, tan parecidos a los de ella con aquella insolencia absoluta, animal. Un solo pensamiento bastaba para atraer a la muerte, solía decir, y aquel verano todos mis pensamientos habían sido malos. La creía. Como un animal envenenado me oculté; escalé hasta lo alto del puesto de vigilancia y me acurruqué en el suelo de madera de la cabaña del árbol, aguardando que llegara la muerte. Me dolía el vientre como un diente picado. En vista de que la muerte no llegaba, me puse a hojear algunos de los cómics de Cassis y luego me quedé tendida contemplando la brillante cúpula de hojas, hasta que me dormí.

Capítulo 12

Me lo explicó después mientras me daba una sábana limpia. Inmutable salvo por la mirada de apreciación que siempre llevaba puesta en mi presencia; sus labios eran una delgada línea casi invisible y sus ojos como púas de alambres de espino en su palidez.

– La maldición ha venido pronto -dijo-. Será mejor que uses esto. -Y me dio un fajo de paños cuadrados que parecían pañales de bebé. No me dijo cómo usarlos.

– ¿La maldición? -me había pasado todo el santo día en la cabaña del árbol esperando morir. Su falta de afecto me enfureció y me confundió. Siempre me gustó el dramatismo. Me había imaginado a mí misma muerta a sus pies, con flores en la cabeza. Una lápida de mármol: «Querida hija». Me dije a mí misma que debía de haber visto a la Gran Madre sin saberlo y ahora estaba maldita.

– Es la maldición de la madre -dijo como si corroborara lo que yo pensaba-. Ahora serás como yo.

No dijo nada más. Tuve miedo durante un día o dos pero no le dije nada al respecto. Lavaba los paños en el Loira y, después de eso, la maldición se terminó por algún tiempo y me olvidé del episodio.

Excepto por el resentimiento. Ahora estaba enfocado, acentuado de algún modo por mi miedo y su negativa a darme consuelo. Sus palabras me perseguían -ahora serás como yo- y empecé a imaginarme a mí misma cambiando imperceptiblemente, pareciéndome más a ella en su forma de ser furtiva e insidiosa. Me pellizcaba los brazos y las piernas flacuchas porque eran suyos. Me abofeteaba las mejillas para darles color. Un día me corté el cabello -tan corto que me dejé rodales casi pelados en algunas partes- porque se negaba a rizarse. Intenté depilarme las cejas pero no tenía práctica en esas cosas y cuando Reinette me encontró ya me había quitado casi todos los pelos, entornando los ojos en el espejo con las pinzas y con una profunda arruga de rabia entre los ojos.

Madre apenas se dio cuenta. Pareció satisfecha con mi historia: que me había chamuscado el pelo y las cejas intentando encender el fuego de la cocina. Sólo en una ocasión -debió de ser en uno de sus días buenos- mientras estábamos en la cocina haciendo *terrines de lapin* se volvió hacia mí con una mirada extrañamente impulsiva en el rostro.

– ¿Quieres ir al cine hoy, Boise? -me preguntó bruscamente-. Podríamos ir juntas. Tú y yo.

La propuesta era tan atípica de mi madre que me sorprendió. Nunca dejaba la granja salvo por trabajo. Nunca gastaba dinero en entretenimientos. De pronto me di cuenta de que llevaba puesto un

vestido nuevo -en cualquier caso, tan nuevo como lo permitían aquellos días rigurosos- con un atrevido corpiño de color rojo. Debía de haberlo hecho con retales en su habitación durante las noches de insomnio, porque jamás se lo había visto antes. Tenía el rostro ligeramente ruborizado, casi juvenil y había sangre de conejo en sus manos alargadas.

Me arredré. Había sido un gesto amistoso. Lo sabía. Rechazarlo era impensable. Y aun así quedaban demasiadas cosas por decir entre nosotras para que aquello fuese posible. Por un instante me imaginé yendo con ella, permitiéndole que me abrazara, contándoselo todo…

El pensamiento se atemperó al instante.

¿Contarle qué?, me pregunté a mí misma severamente. Había demasiadas cosas que contar. No había nada que contar. Me miró interrogante.

– ¿Boise? ¿Qué te parece? -su voz era excepcionalmente suave, casi acariciadora. Me vino a la mente una imagen repentina y espantosa de ella en la cama con mi padre, los brazos extendidos con la misma mirada de seducción…-. No hacemos otra cosa que trabajar -dijo pausadamente-. Nunca tenemos tiempo para nada más. Estoy cansada.

Era la primera vez que recuerdo que se quejase. Volví a experimentar la necesidad de acercarme a ella, sentir su calor, pero era imposible. No estábamos acostumbradas a esas cosas. Apenas nos tocábamos. La idea se me antojó casi indecente.

Murmuré algo desabrido sobre haber visto antes la película.

Por un momento las manos manchadas de sangre permanecieron haciendo señas. Luego su rostro se cerró y sentí una repentina punzada de alegría feroz. Por fin, en nuestro largo y amargo juego, yo había marcado un punto.

– Claro -musitó impávida. Nunca más habló de ir al cine y no hizo ningún comentario cuando aquel jueves fui a Angers con Cassis y Reine a ver la misma película que había declinado ver con ella. Quizá lo había olvidado.

Capítulo 13

Aquel mes nuestra madre arbitraria e imprevisible dispuso de una nueva gama de caprichos. Un día alegre, tarareando para sí en el huerto mientras supervisaba la última parte de la recolección, al siguiente echándonos la bronca cada vez que nos acercábamos a ella. Hubo regalos inesperados: terrones de azúcar, una valiosa jícara de chocolate, una blusa para Reine hecha con la famosa tela de paracaídas de Madame Petit y con pequeños botones de perlas. También debió de hacerla en secreto, como el vestido del corpiño, pues no la vi cortando la tela ni probándosela ni siquiera una sola vez, pero era bonita. Como solía ser costumbre, ni una sola palabra acompañaba el regalo, simplemente un gesto, un silencio brusco durante el cual toda manifestación de agradecimiento hubiera resultado impropia.

«Está muy guapa -escribió en el álbum-. Ya es casi una mujer, con los ojos de su padre. Si no estuviese muerto casi me sentiría celosa. Quizá Boise lo note, con su simpática carita de rana, como la mía. Ya encontraré algo para complacerla. No es demasiado tarde.»

Si hubiese dicho algo en vez de anotarlo todo en aquella caligrafía diminuta y jeroglífica suya… Tal y como sucedió, aquellos pequeños actos de generosidad (si eso es lo que eran) conseguían irritarme aún más si cabe y me sorprendía a mí misma maquinando nuevas formas de herirla, como había sucedido en aquella ocasión en la cocina.

No me disculpo. Quería herirla. El viejo cliché es cierto; los niños son crueles. Cuando cortan, llegan al hueso con una intención más certera que la de los adultos y nosotros éramos pequeñas fieras, sin piedad cuando percibíamos debilidad. Aquel momento de acercamiento en la cocina había sido fatal para ella y quizá lo sabía, pero era demasiado tarde. Había percibido debilidad en ella y desde aquel momento fui implacable. Dentro de mí, mi soledad abría una boca insaciable, dando paso a galerías más profundas y más oscuras en mi corazón y, aunque también había momentos en los que la quería con dolorosa y punzante desesperación, desterraba tales pensamientos con recuerdos de su ausencia, su frialdad y su rabia. Mi lógica era maravillosamente absurda; haría que se arrepintiese, me dije. Conseguiría que me odiase.

Soñaba a menudo con Jeannette Gaudin, con su blanca lápida con un ángel, lirios blancos en un jarrón. «Querida hija.» A veces me despertaba con la cara llena de lágrimas, con la mandíbula dolorida después de haberme pasado horas haciendo rechinar los dientes. Otras veces me levantaba confusa, convencida de que me estaba muriendo. Después de todo, la serpiente de agua me había mordido, me decía a

mí misma aturdida. A pesar de todas mis precauciones. Me había mordido, pero en vez de morirme rápidamente -flores blancas, mármol, lágrimas- me estaba convirtiendo en mi madre. Gemía en mi duermevela, cogiéndome la cabeza pelada entre las manos.

Había veces en las que utilizaba la bolsita de naranja por puro despecho, una venganza secreta por mis sueños. La oía paseando por la habitación, hablando consigo misma en ocasiones. La jarra de morfina estaba casi vacía. En una ocasión arrojó contra la pared algo pesado que se rompió, luego encontré los trozos del reloj de su madre en la basura, la cubierta de cristal estaba hecha pedazos, la esfera partida por la mitad. No sentí pena. Lo habría hecho yo misma de haberme atrevido.

Había dos cosas que me mantuvieron cuerda durante aquel septiembre. En primer lugar la captura del lucio. Pesqué varios siguiendo el consejo de Tomas de utilizar cebos vivos. Las piedras alzadas hedían con sus cadáveres y el aire era un reflejo púrpura crujiente por las moscas, y, aunque la Gran Madre seguía eludiéndome, estaba segura de que me estaba acercando a ella. Me imaginaba que cada vez que pescaba un lucio ella me estaba observando, su ira crecía a la par que su imprudencia. El deseo de venganza la haría perderse al final, me dije. No podía pasar por alto un ataque semejante contra su especie. Por muy paciente, por muy impasible que fuera, llegaría el momento en que no podría pararse. Saldría y lucharía y yo la cogería. Persistí y aplacaba mi ira con los cadáveres de las víctimas con creciente ingenuidad, usando en ocasiones lo que quedaba como cebo para mis trampas de cangrejos.

Mi segunda fuente de consuelo era Tomas. Lo veíamos cada semana cuando podía escaparse, casi siempre los jueves, que era su día libre. Venía con la moto (que escondía junto con el uniforme entre los arbustos de detrás del puesto de vigilancia), a menudo con un paquete de objetos del mercado negro para compartirlos con nosotros. Por extraño que parezca, nos habíamos acostumbrado tanto a sus visitas que su mera presencia nos habría bastado, pero todos ocultábamos este hecho, cada uno a su modo. En su presencia nos transformábamos; Cassis se volvía más temerario, presumiendo con bravatas desesperadas -mirad cómo cruzo el Loira por aquí, donde la corriente es más fuerte, mirad cómo desafío a las abejas robándoles la miel-, Reine se mostraba coqueta y tímida, observándolo con sus ojos oscuros y poniendo morritos con su bonita boca pintada. Yo despreciaba su actitud. Como no podía competir con mi hermana en su juego me dediqué a desafiar a Cassis en todos y cada uno de sus actos. Nadaba en las partes del río aún más profundas y peligrosas. Permanecía bajo el agua durante más rato que él. Me balanceaba desde las ramas más altas del puesto de vigilancia y cuando Cassis se

atrevía a imitarme me colgaba boca abajo conociendo su secreto temor por las alturas, riendo y gritando a los otros que estaban abajo como si fuese un mono. Con el pelo corto parecía más chico que cualquier chico, incluso Cassis empezaba a dar muestras de la debilidad que lo sorprendería en su madurez. Yo era más dura y fuerte que él. También era demasiado joven para entender el miedo como él, por lo que arriesgaba mi vida alegremente para hacerle sombra. Fui yo quien inventó el juego de las raíces que habría de convertirse en uno de nuestros favoritos y me pasaba horas practicando, de modo que casi siempre resultaba vencedora.

Las reglas del juego eran sencillas. Por las orillas del Loira, desde el final de las lluvias, abundaban las raíces de los árboles que habían quedado al descubierto por el paso del río. Algunas eran gruesas como el talle de una muchacha, otras eran meras hebras que colgaban lánguidamente en la corriente, volviéndose a arraigar con frecuencia en el suelo ocre un metro o más bajo el agua, de manera que formaban bucles de materia leñosa en el agua turbia. El propósito del juego era bucear entre aquellos bucles -algunos de ellos muy estrechos- haciendo oscilar el cuerpo bruscamente por debajo, entre el bucle y retrocediendo de nuevo. Si no encontrabas el bucle en el agua turbia a la primera o volvías a la superficie sin haberlo cruzado o si rehusabas el desafío estabas eliminado. La persona que cruzaba más bucles sin fallar ganaba.

Era un juego peligroso. Los bucles de raíces siempre se encontraban en los tramos más rápidos del río donde el banco de arena solía estar más erosionado por el paso del agua. Las serpientes habitaban en los agujeros que había debajo de las raíces y en el caso de que el banco se hundiera era posible quedar atrapado bajo el suelo derrumbado. El camino por debajo era prácticamente invisible y había que andar a tientas entre los raigones para hallar la salida. Siempre cabía la posibilidad de que alguien se quedase atrapado, inmovilizado por la salvaje corriente, hasta ahogarse, pero eso, por supuesto, era precisamente lo que hacía que el juego fuese hermoso y atractivo.

Yo lo hacía muy bien. Reine no jugaba casi nunca y con frecuencia le daba un ataque de histeria cada vez que nosotros competíamos para impresionar, pero Cassis nunca fue capaz de resistirse a un desafío. Seguía siendo más fuerte que yo, pero yo tenía la ventaja de ser más ligera y de tener una columna más flexible. Era una anguila, y cuanto más me jactaba y alardeaba más rígido se ponía él. No recuerdo haber perdido nunca.

Las únicas veces que veía a Tomas a solas era cuando Cassis y Reine se portaban mal en el colegio. Sólo entonces los obligaban a quedarse los jueves después de que los demás se hubiesen marchado, sentados en sus pupitres en la sala de castigos, conjugando verbos o

copiando frases. Por regla general no sucedía casi nunca, pero eran tiempos difíciles para todo el mundo. El colegio seguía estando ocupado. Había pocos maestros y en las clases se apiñaban cincuenta o sesenta alumnos. La paciencia se agotaba; cualquier cosa era una excusa. Una palabra dicha a destiempo, un mal resultado en un examen, una pelea en el patio, una lección olvidada. Yo rezaba para que eso sucediese.

El día en que sucedió fue único. Lo recuerdo tan nítidamente como algunos de mis sueños, un recuerdo más colorido y claro que el resto, de una transparencia perfecta entre los acontecimientos borrosos e inciertos de aquel verano. Durante un día todo sucedió con perfecta sincronía y por primera vez experimenté una especie de tranquilidad, una paz conmigo misma y con mi mundo, el sentimiento de que, de haber podido elegir, habría querido que aquel día perfecto durase eternamente. Es un sentimiento que jamás he vuelto a experimentar del todo, aunque creo haber sentido algo parecido en los días de los respectivos nacimientos de mis hijas y quizás en un par de ocasiones con Hervé o cuando el plato que estaba preparando salía perfecto; pero aquello fue auténtico, memorable, un elixir.

Madre había estado enferma la tarde anterior. Esta vez no fue cosa mía; la piel de naranja ya no servía de nada, pues la había calentado tantas veces el mes anterior que la piel estaba ennegrecida y chamuscada y su olor apenas era perceptible. No, en esta ocasión era uno de sus delirios habituales, de modo que al cabo de un rato se tomó las pastillas y se fue a la cama dejándome tranquila. Me levanté temprano y salí hacia el río antes incluso de que Cassis y Reine se hubiesen levantado. Era uno de esos días de un dorado púrpura de principios de octubre; el aire vivificante y seco y tan embriagador como el aguardiente de manzana. A las cinco el cielo ya estaba despejado y de ese azul carmesí que sólo traen los mejores días de otoño. Sólo hay unos tres días al año así y aquel era uno de ellos. Iba cantando mientras revisaba las trampas y mi voz resonaba en las brumosas orillas del Loira como un reto. Era la temporada de las setas, así que después de haber llevado la pesca a la granja y haberla limpiado cogí algo de pan y queso para desayunar y partí hacia los bosques en busca de setas. Era algo que siempre se me había dado bien. A decir verdad, aún soy bastante experta, pero en aquellos días tenía un olfato como el de un cerdo adiestrado para encontrar trufas. Las encontraba por su olor, el mízcalo y el robellón blanco, con su aroma de albaricoque, el hongo moscado y el gurumelo, el bejín pequeño, que es comestible y el champiñón garzo y el normal. Madre siempre nos decía que lleváramos las setas que cogíamos al farmacéutico para asegurarnos de que ninguna era venenosa, pero yo jamás cometía un error. Sabía distinguir el aroma carnoso del hongo

moscado y el aroma seco y terroso del champiñón. Conocía sus lugares predilectos y dónde solían crecer. Era una recolectora paciente.

Era casi mediodía cuando regresé a casa; Cassis y Reinette deberían haber vuelto de la escuela para entonces pero todavía no había ni rastro de ellos. Limpié las setas y las puse en un tarro con aceite de oliva, añadiendo un poco de tomillo y de romero para adobarlas. Podía oír la respiración profunda y narcotizada de mi madre procedente del otro lado de la puerta de su habitación.

Llegó el mediodía y pasó. Deberían haber regresado ya. Tomas solía venir alrededor de las dos como muy tarde. Empecé a sentir una punzada de excitación aguijoneándome el vientre. Fui a nuestra habitación y me miré en el espejo de Reinette. El pelo había empezado a crecer pero por detrás seguía llevándolo corto como el de un chico. Me puse mi sombrero de paja a pesar de que hacía tiempo que habíamos dejado atrás los días de pleno verano y me pareció que tenía mejor aspecto.

La una. Llegaban una hora tarde. Me los imaginé en la sala de castigo con el sol entrando oblicuamente por los altos ventanales y el olor a cera y a libros viejos impregnando sus nances. Cassis estaría malhumorado y Reinette gimotearía furtivamente. Sonreí. Cogí la preciada barra de labios de Reinette de su escondite debajo del colchón y me embadurné la boca. Me miré críticamente. Luego me puse un poco en los párpados y repetí la acción. Tenía un aspecto distinto, pensé entre mí con un gesto de aprobación. Estaba casi hermosa. No de la misma forma que Reinette o que sus retratos de actrices, pero aquel día no me importaba. Aquel día Reinette no estaba allí.

A la una y media partí hacia el río, al lugar donde solíamos quedar. Lo esperé observando desde el puesto de vigilancia, medio convencida de que no aparecería -tanta suerte parecía estar destinada a otra persona, desde luego no a mí-, y oliendo el aroma dulzón y jugoso de las crujientes hojas encarnadas que poblaban las ramas de alrededor. Una semana más y el puesto de vigilancia quedaría inservible durante los próximos seis meses, la cabaña del árbol estaría desnuda como una casa en lo alto de una colina, pero aquel día aún había suficiente follaje para mantenerme oculta a la vista. Temblores deliciosos me recorrían como si alguien estuviera tocando el xilófono con mis huesos justo encima de la pelvis y mi cabeza resonaba con una sensación de ligereza indescriptible. Hoy cualquier cosa es posible, me dije mareada. Cualquier cosa.

Veinte minutos después oí el ruido de una motocicleta por la carretera y de un brinco salí del árbol en dirección al río tan rápido como me fue posible. La sensación de vértigo era aún más fuerte y me sentía ligeramente desorientada, andando por un suelo que parecía no

estar allí. Me asaltó una sensación de poder casi tan grande como mi alegría. Hoy Tomas era mi secreto, mi posesión. Lo que nos dijéramos el uno al otro sería nuestro y de nadie más. Lo que yo le dijera a él… Se había detenido en el borde de la carretera y echó una mirada rápida hacia atrás para ver si alguien lo había visto; luego arrastró la moto hacia abajo por los tamariscos junto a la larga orilla arenosa. Lo observé, extrañamente renuente a dejarme ver ahora que había llegado el momento, repentinamente tímida por nuestra soledad, por nuestra nueva intimidad. Esperé a que se quitara la chaqueta del uniforme y la escondiera. Luego miró a su alrededor. Llevaba un paquete liado con una cuerda y tenía un cigarrillo en la comisura de la boca.

– Los otros no han venido. -Intenté que mi voz sonara adulta para igualar su mirada, consciente de pronto del carmín en la boca y los ojos, preguntándome si haría algún comentario al respecto. Si se atrevía a reírse, pensé con fiereza, si se atrevía a reírse, entonces… Pero Tomas se limitó a sonreír.

– Bien -dijo en tono casual-. Entonces tú y yo solos.

Capítulo 14

Como ya he dicho fue un día perfecto. Resulta difícil explicar la trémula alegría de aquellas horas desde la distancia de sesenta y cinco años; a los nueve años una es tan susceptible que incluso una palabra basta a veces para hacer que corra la sangre y yo era más sensible que muchas, casi aguardando a que él lo estropease todo… No me llegué a preguntar si lo amaba. Era algo irrelevante en aquel momento. Resultaba imposible comparar lo que sentía -aquella alegría punzante y desesperada- con el lenguaje de las películas favoritas de Reinette. Aun así eso era lo que sentía. Mi propia confusión, mi soledad, el distanciamiento con mi madre, la separación con mi hermana y mi hermano habían dado origen a un hambre musitado, una boca que se abría instintivamente a cualquier palabra o pequeño gesto de amabilidad, aunque procediera de un alemán, un extorsionista alegre a quien sólo le importaba mantener abiertos sus canales de información.

Ahora me digo a mí misma que eso es lo único que quería. Aun así una parte de mí sigue negándolo. No era sólo eso. Había algo más. Le gustaba estar conmigo, charlar conmigo. Si no ¿por qué se habría quedado tanto rato? Recuerdo cada palabra, cada gesto, cada entonación. Me habló de su hogar en Alemania, de la *bierwurst* y del *Schnitzel*, de la Selva Negra y de las calles del viejo Hamburgo y de Renania, del *Feuerzangenbohle* con una naranja en llamas tachonada con clavos en medio de un tazón de ponche humeante, de los *keks*, *strudel*, *backenoff* y *frikadelle* con mostaza y las manzanas que crecían en el huerto de su abuelo antes de la guerra, y yo le hablé de madre, de sus pastillas, de sus rarezas y de la bolsita con naranja y de las trampas para cangrejos y el reloj partido con la esfera rota y de que si pudiera conseguir un deseo desearía que aquel día no terminase nunca.

Me miró entonces; una mirada extrañamente adulta pasó entre los dos, como una variante del juego de Cassis de desafiar con la mirada, sólo que esta vez fui yo quien primero bajó los ojos.

– Lo siento -murmuré.

– Está bien -respondió, y en cierto modo así era.

Cogimos algunas setas más y tomillo silvestre, con un aroma mucho más intenso que el cultivado, con sus diminutas florecillas púrpura, y algunas fresas tardías debajo de un leño. Mientras él subía entre las hojas de abedul caídas le rocé fugazmente la espalda, haciendo ver que había tropezado, y durante horas después seguí sintiendo el calor de su piel cauterizado en mi palma como si fuese una quemadura. Luego nos sentamos junto al río y contemplamos el

encendido disco solar mientras se ocultaba detrás de los árboles; por un instante estuve segura de haber visto algo, oscuro contra el agua oscura, algo medio visible en el centro de una enorme V de ondas, una boca, un ojo, la curva escurridiza de una ijada moviéndose, una doble fila de colmillos atravesados por anzuelos antiguos… Algo imponente, de proporciones increíbles, que se desvaneció en el mismo instante en que intenté darle un nombre, dejando tras de sí ondas y una agitación de agua turbulenta donde antes había estado su presencia.

Me puse en pie de un salto con el corazón desbocado.

– Tomas, ¿has visto eso?

Tomas me lanzó una mirada perezosa, con la colilla del cigarrillo entre los dientes.

– Un tronco flotante -dijo lacónico-. Un tronco en la corriente. Se ven pasar continuamente.

– No, no lo era -mi voz sonaba chillona y trémula por la exaltación-. ¡La he visto, Tomas! Era ella, era ella, la Gran Madre, la Gran Ma… -Con una frenética y repentina descarga de velocidad, eché a correr hacia el puesto de vigilancia para buscar la caña de pescar. Tomas soltó una risita sofocada.

– Nunca lo conseguirás -me dijo-. Aun en el caso de que fuese el viejo lucio, créeme, *backfisch*, no hay ningún lucio que pueda crecer hasta alcanzar esas dimensiones.

– Era la Gran Madre -insistí tercamente-. Lo era, lo era. Casi cuatro metros de largo, dice Paul, negra como un pozo. No podía ser ninguna otra cosa. Era ella.

Tomas sonrió.

Por un instante sostuve su mirada desafiante y luego bajé la mía avergonzada.

– Lo era -repetí casi en un susurro-. Sé que lo era.

A menudo he pensado en aquello. Quizá no era más que un tronco flotante, como Tomas dijo. Es cierto que cuando finalmente acabé pescando a la Gran Madre no medía ni con mucho cuatro metros aunque sí era el lucio más grande que ninguno de nosotros había visto jamás. Los lucios no pueden crecer tanto, me digo a mí misma, y lo que vi -o creí ver- en el río aquel día debía tener fácilmente el tamaño de uno de los cocodrilos con los que Johnny Weissmuller solía pelearse los sábados por la mañana en el Majestic.

Pero ése es un razonamiento de adultos. En aquellos días, barreras como la lógica o el realismo eran inexistentes. Veíamos lo que veíamos y si a veces lo que veíamos hacía reír a los adultos, ¿quién podía decir dónde estaba la verdad? En mi corazón sabía que aquel día había visto un monstruo, algo tan viejo y astuto como el mismo río, algo que nadie podía capturar. Se llevó a Jeannette Gaudin. Se llevó a Tomas Leibniz. Casi se me llevó a mí.

CUARTA PARTE. La Mauvaise Réputation

Capítulo 1

Limpia y destripa las anchoas y sálalas por dentro y por fuera. Rellénalas generosamente con sal gema y ramitas de salicor. Pónlas en un barril con la cabeza apuntando hacia arriba, y ve echándole capas de sal hasta cubrirlas por completo.

Otra afectación. Al abrir el barril estarían allí, de pie, erguidas sobre sus colas en la sal reluciente y grisácea, mirando fijamente con su muda llamada de pez. Saca las que necesites para prepararlas ese mismo día y vuelve a poner el resto en su lugar, añadiendo más sal y salicor. En la penumbra de la bodega parecen desesperadas, como niños ahogándose en un pozo.

Corta de raíz este pensamiento como si fuese el tallo de una flor.

Mi madre escribe en tinta azul, la letra pulida y ligeramente sesgada. Debajo añade algo más, en una letra un poco más descuidada, pero está en *blini enverlini*, un exótico garabato con un lápiz de color rojo brillante como si fuese una barra de labios: *nisi nisallitsapi*.

Sin pastillas.

Las tenía desde que estallara la guerra; las había racionado con sumo cuidado al principio, a razón de una por mes o menos; luego con menor prudencia a medida que iba avanzando aquel extraño verano y estaba oliendo a naranjas continuamente.

Y hace todo lo que puede para ayudar -escribe con estilo desigual-, nos da un cierto respiro a ambos. Consigue las pastillas en La Rép de un hombre a quien conoce Hourias. Otros consuelos también. Me supongo. Ya me cuidaré bien de preguntárselo. Al fin y al cabo, no es de piedra. No es como yo. Intento no darle importancia. No tiene sentido hacerlo. Es discreto. Debería estarle agradecida. Me cuida a su manera, pero no sirve de nada. Estamos divididos. Él vive en la luz. El mero pensamiento de mi sufrimiento lo deja consternado. Lo sé y aun así lo odio por ser lo que es.

Luego, más adelante, después de la muerte de mi padre:

Sin pastillas. El alemán dice que puede conseguirme algunas pero no viene. Es una locura. Vendería a mis hijos por una noche de descanso.

Esta última entrada, en contra de lo acostumbrado, está fechada. Así es como lo sé. Era muy celosa con las pastillas, y escondía la botella en su habitación, en el fondo de un cajón. A veces sacaba la botella y la abocaba. Era de vidrio, de color caoba, la etiqueta aún traslucía algunas palabras en alemán, apenas legibles.

Sin pastillas.

Fue la noche del baile, la noche de la última naranja.

Capítulo 2

– ¡Ey, *backfisch*, casi se me olvidaba! -Dándose la vuelta me la lanzó despreocupadamente como si fuese un muchacho que está pasando una pelota, para ver si yo la cogía. Él era así, hacía ver que se le había olvidado, se burlaba de mí, se arriesgaba a que el premio fuese a parar al Loira enlodado si yo era lenta o patosa-. Tu favorita.

La cogí con facilidad, con la mano izquierda. Sonreí.

– Dile a los otros que vengan a La Mauvaise Réputation esta noche -me hizo un guiño, los ojos verdes le brillaban maliciosos como los de un gato-. Puede que haya diversión.

Naturalmente, madre jamás nos habría permitido salir por la noche. A pesar de que el toque de queda no solía aplicarse en los pueblos pequeños y remotos como el nuestro, existían otros peligros. La noche ocultaba más correrías ilícitas de las que podíamos imaginarnos, y por entonces a un grupo de alemanes sin uniforme les había dado por frecuentar el café para tomar algo. Al parecer les gustaba salir de Angers, lejos de la mirada recelosa de las SS. En nuestros encuentros, Tomas solía aludir a esto y a veces yo oía el ruido de motos en la carretera distante y me lo imaginaba a él yendo a casa. Su imagen se me aparecía con nitidez en la mente, el pelo hacia atrás a causa del viento, la luz de la luna iluminándole el rostro y la fría y blanquecina extensión del Loira. Por supuesto, el conductor de la motocicleta podía ser cualquiera. Pero yo siempre pensaba en Tomas.

Aquel día, sin embargo, era distinto. Envalentonada quizá por el tiempo secreto que habíamos pasado juntos, todo me parecía posible. Colgándose la chaqueta del uniforme sobre los hombros, Tomas me saludó indolente mientras se iba, levantando una nube del polvo amarillento del Loira con las ruedas y de pronto mi corazón se ensanchó de manera insoportable. La pérdida me inundó como un baño de agua fría y caliente y eché a correr detrás de él, probando el polvo, haciendo señas con los brazos, incluso mucho después de que su moto hubiese desaparecido por la carretera de Angers y las lágrimas empezaron a cavar surcos rosados en la máscara polvorienta de mi rostro.

No era suficiente.

Había tenido mi día, mi día perfecto y aun así, mi corazón hervía de rabia e insatisfacción. Estudié el sol para saber la hora. Cuatro horas. Un tiempo imposible, toda una tarde y aun así no era suficiente. Quería más. Más. El descubrimiento de aquel nuevo apetito en mi interior hizo que me mordiese el labio en señal de desesperación; el recuerdo del breve contacto entre los dos me

quemaba la mano como una brasa. Varias veces me llevé la palma a los labios y besé la quemadura que su piel había dejado. Evoqué sus palabras como si fuesen poesía. Reviví todos y cada uno de aquellos preciosos instantes con incredulidad creciente, como en los días de invierno al recordar el verano. Pero era un apetito que ninguna dosis de comida podía satisfacer. Quería verlo de nuevo, aquel día, en aquel mismo instante. Me venían a la cabeza locos pensamientos de los dos huyendo juntos, viviendo en el bosque lejos de la gente; pensamientos de mí misma construyendo una cabaña en un árbol para él y de los dos alimentándonos de setas, fresas silvestres y castañas hasta que la guerra terminase…

Me hallaron en el puesto de vigilancia, con la naranja en una mano, tumbada de espaldas y mirando la cúpula otoñal.

– O-os di-di-je que es-estaría aquí -anunció Paul (siempre tartamudeaba mucho en presencia de Reine)-. La vi ca-ca-caminando hacia el bo-bosque mientras pe-pe-pescaba.

Parecía tímido y violento junto a Cassis, consciente de su mono azul desaliñado (hecho de uno de los monos de su tío) y los pies sin calcetines en los zuecos de madera. Su viejo perro, Malabar, estaba con él, atado a un trozo de cuerda verde de jardinería. Cassis y Reine llevaban puestas sus ropas de colegio y ella llevaba el pelo recogido con un lazo de seda amarillo. Siempre me preguntaba por qué Paul iba tan mal vestido teniendo una madre costurera.

– ¿Estás bien? -La voz de Cassis sonaba brusca por la ansiedad-. Al ver que no volvías a casa pensé… -Le dirigió a Paul una mirada rápida y sombría y luego otra de advertencia hacia mí-. Sabes quién no ha estado aquí, ¿no? -musitó, deseando claramente que Paul se fuese.

Asentí. Cassis hizo un gesto de disgusto.

– ¿Qué te tengo dicho? -dijo en voz baja y furiosa-. ¿Qué te tengo dicho de no estar a solas con…? -Otra mirada a Paul-. Bueno, será mejor que nos vayamos a casa ahora -dijo subiendo el tono-. Madre empezará a preocuparse, está preparando *pavé*. Será mejor que te des prisa y…

Pero Paul estaba mirando la naranja que yo sostenía en la mano.

– Has has con-conseguido otra -dijo con aquella curiosa y pausada forma suya.

Cassis me dirigió una mirada de disgusto.

– ¿Por qué no se te habrá ocurrido esconderla, estúpida? Ahora tendremos que compartirla con él.

Dudé. Compartir no entraba dentro de mis planes. Necesitaba la naranja para aquella noche. Y aun así, podía ver que Paul seguía sintiendo curiosidad. Estaba dispuesto a hablar.

– Te daré un poco si no dices nada -le dije por fin.

– ¿De dónde la has sacado?

– La canjeé en el mercado por un poco de azúcar y seda de paracaídas -dije con facilidad sospechosa-. Madre no lo sabe.

Paul asintió, luego miró tímidamente a Reine.

– Podríamos compartirla ahora -dijo cautelosamente-. Tengo una navaja.

– Dámela -le ordené.

– Yo lo haré -dijo Cassis al instante.

– No, es mía -repliqué-. Déjame a mí.

Estaba pensando aceleradamente. Naturalmente podría arreglármelas para guardar parte de la piel de naranja, pero no quería que Cassis sospechase.

Me volví de espaldas a ellos para partir la naranja, con cuidado para evitar cortarme la mano. Dividirla en cuartos habría sido fácil: cortar por el centro y luego volver a dividirla en dos, pero en esta ocasión necesitaba una parte extra que fuese lo bastante grande para satisfacer mi propósito pero lo bastante insignificante para que no se notase, un trozo que pudiese deslizarme en el bolsillo para utilizarlo luego… Mientras estaba partiendo la naranja noté que el regalo de Tomas era una naranja de Sevilla, una *sanguina*, y por un breve instante me quedé paralizada ante el jugo encarnado que goteaba entre mis dedos.

– Date prisa, torpe -dijo Cassis impaciente-. ¿Cuánto tiempo necesitas para cortar una naranja a cuartos?

– Lo estoy intentando -repliqué-. La piel es muy dura.

– De-déjame a mí -Paul hizo ademán de acercarse a mí y por un segundo estuve segura de que me había visto, el quinto cuarto, no más grande que una raja, antes de que lo deslizara bajo la manga y fuera de la vista.

– Ya está -anuncié-. Ya lo he hecho.

Las partes eran desiguales. Lo había hecho lo mejor que había podido, pero aún había un cuarto que era perceptiblemente más grande que el resto y otro que era muy pequeño. Yo tomé el pequeño y me di cuenta de que Paul le dio el más grande a Reine.

Cassis miró con repugnancia.

– Te dije que me dejaras hacerlo a mí -se quejó-. El mío no es un cuarto decente. Eres muy torpe, Boise.

Chupé mi trozo de naranja en silencio. Al cabo de un rato Cassis paró de refunfuñar y se comió el suyo. Vi que Paul me observaba con una expresión extraña pero no dijo nada.

Lanzamos al río las pieles. Yo me las compuse para guardar un trozo de piel en la boca pero el resto lo tiré, incómodamente consciente de los ojos de Cassis puestos en mí, y sentí cierto alivio al ver que se relajaba un poco. Me pregunté qué habría sospechado.

Deslicé el trozo de piel mordida al bolsillo junto con el ilícito quinto cuarto, complacida conmigo misma.

Esperaba que bastase con eso.

Les enseñé a los otros cómo lavarse las manos y la boca con menta e hinojo y cómo restregarse las uñas con barro para ocultar el color de la naranja; luego regresamos a casa campo a través, donde madre, cantando de forma monótona para sí, estaba preparando la cena.

Se rehoga la cebolla y las cebolletas en aceite de oliva con un poco de romero fresco, las setas y un puerro pequeño. Se añade un puñado de tomates secos, perejil y tomillo. Se cortan cuatro anchoas a lo largo y se ponen en la sartén unos cinco minutos.

– Boise, trae algunas anchoas del barril. Cuatro de las grandes.

Fui a la bodega con un plato y las pinzas de madera para que la sal no me agrietara la piel de las palmas. Saqué el pescado, luego la bolsa de naranja dentro de su tarro protector. Añadí a ella el nuevo trozo de naranja estrujando el aceite y el jugo para reavivar la vieja piel, luego corté el resto con mi navaja y lo até dentro de la bolsita. En seguida el aroma se hizo penetrante. Volví a poner la bolsita en el tarro, limpié el cristal de sal y lo metí en el bolsillo de mi delantal para que no se desperdiciara más del preciado aroma. Me froté fugazmente las palmas contra el pescado salado para engañar a madre.

Se agrega una copita de vino blanco y las patatas sancochadas y harinosas. Se añaden sobras de comida -unas tiras de tocino, sobras de pescado o carne- y una cucharada de aceite. Se deja cocer a fuego lento durante diez minutos sin remover ni levantar la tapa.

Podía oírla canturreando para sí en la cocina. Tenía una voz monótona y un tanto áspera, que se alzaba y decaía a intervalos.

Se añade el mijo crudo y colado -humm- y se retira del fuego. Se deja tapado durante -humm- diez minutos sin remover o -humm- hasta que se haya embebido el caldo. Se pone en un plato llano -humm- se pincela con aceite y se deja cocer hasta que se tueste.

Con un ojo en lo que estaba sucediendo en la cocina puse por última vez la bolsita de naranja debajo del tubo de la calefacción.

Esperé.

Durante un rato pareció que no iba a funcionar. Madre seguía en la cocina, murmurando para sí de aquella forma átona y obstinada. Además del *pavé* había un pastel oscurecido con bayas y cuencos con ensalada y tomates. Parecía casi una cena de celebración, aunque no tenía ni idea de qué era lo que celebrábamos. Madre era así a veces; en sus días buenos había un banquete, en los malos teníamos que apañárnoslas con *crêpes* frías y trozos de rillettes. Hoy tenía un aspecto casi espiritual, con el cabello cayéndole en zarcillos de su habitual

estilo recogido severamente hacia atrás, el rostro húmedo y sonrosado por el calor del fuego. Había una cualidad casi febril en ella, en su forma de hablarnos, el rápido y contenido abrazo que le dio a Reine al entrar, una rareza casi tan inusual como sus escasos episodios de violencia, el tono de su voz, la forma de mover las manos en el cuenco, en la tabla de cortar, con la rápida y nerviosa oscilación de los dedos.

Sin pastillas.

Una arruga entre los ojos, arrugas alrededor de la boca, su sonrisa tensa y forzada. Me miró cuando le di las anchoas y me sonrió con una dulzura peculiar, una sonrisa que un mes antes, un día antes, incluso podría haber enternecido mi corazón.

– Boise.

Pensé en Tomas sentado en la orilla del río. Pensé en la cosa que había visto, la resbaladiza y monstruosa belleza de su flanco contra el agua. *Deseo*. *Deseo*. Que él esté allí esta noche, me dije a mí misma, en La Mauvaise Réputation. Con la chaqueta colgada descuidadamente del respaldo de la silla. Me imaginé a mí misma, transformada repentinamente en una belleza como las artistas de cine, refinada con un vestido de seda ondeando detrás de mí, todo el mundo observándome. *Deseo*. *Deseo*. Si hubiera tenido la caña a mano…

Mi madre me observaba con una expresión de vulnerabilidad extraña, casi embarazosa.

– ¿Boise? -repitió-. ¿Te encuentras bien? ¿Estás enferma?

Negué con la cabeza en silencio. La oleada de odio que me invadió fue como un latigazo, una revelación. *Deseo*… *Deseo*… Puse un gesto hosco. Tomas, sólo tú. Para siempre.

– Tengo que ir a comprobar mis trampas -anuncié con voz apagada-. No tardaré mucho.

– ¡Boise! -la oí llamarme, pero no hice caso. Corrí hasta el río, comprobé todas las trampas dos veces, segura de que aquella ocasión, aquella ocasión, cuando tanto necesitaba el deseo… Todas vacías. Volví a lanzar al río los peces pequeños: percas, gobios, anguilas de hocicos pequeños y aplastados con una rabia repentina y punzante.

– ¿Dónde estás? -escruté el agua silenciosa-. ¿Dónde estás, vieja y astuta zorra?

Debajo de mis pies el Loira sombrío fluía inmóvil, pardo y burlón. *Deseo*. *Deseo*. Cogí una piedra de la orilla y la arrojé tan lejos como pude, haciéndome daño en el hombro.

– ¿Dónde estás? ¿Dónde te escondes? -mi voz sonaba ronca y estridente como la de mi madre. El aire estaba crispado con mi furia-. Sal de ahí y déjame verte. ¡Atrévete! ¡Atrévete!

Nada. Nada salvo el río serpenteante y pardusco y los bancos de arena medio sumergidos en la luz crepuscular. Sentía la garganta tosca

y rasposa. Las lágrimas se agolpaban en el borde de mis ojos como avispas.

– Sé que puedes oírme -le dije en voz baja-. Sé que estás ahí.

El río parecía darme la razón. Podía percibir los sedosos sonidos del agua contra la orilla a mis pies.

– Sé que estás ahí -repetí, casi acariciante.

Ahora parecía que todo me estaba escuchando, los árboles con las hojas cambiando de color, el agua, la abrasada hierba otoñal.

– Sabes lo que deseo ¿verdad? -De nuevo aquella voz que parecía pertenecer a otra persona, una voz adulta y seductora-. Lo sabes.

Entonces pensé en Jeannette Gaudin y en la serpiente de agua, en los largos cuerpos de color marrón colgados en las piedras alzadas y la sensación que había tenido, ya a principio de aquel verano hace un millón de años, la convicción… Era una abominación. Un monstruo. Nadie podía pactar con un monstruo.

Deseo. Deseo.

Me pregunté si Jeannette había estado allí, de pie donde estaba yo ahora, descalza y mirando el agua. ¿Qué deseó ella? ¿Un vestido nuevo? ¿Una muñeca para jugar? ¿Otra cosa?

Una cruz blanca. «Querida hija.» De pronto no me pareció algo tan terrible estar muerta y ser querida, un ángel de escayola en la cabeza y silencio…

Deseo. Deseo.

– Te devolvería al agua -le susurré furtivamente-. Sabes que lo haría.

Por un instante me pareció ver algo. Un lomo erizado en el agua, un algo resplandeciente y silencioso como una mina, todo dientes y metal. Pero era sólo mi imaginación.

– Lo haría -repetí suavemente-. Te devolvería al agua.

Pero aun en el caso de que realmente hubiera estado allí, ahora no estaba. Junto a mí una rana croó repentina y absurdamente. Hacía más frío. Me volví y regresé por los mismos campos donde había venido, cogiendo algunas espigas de trigo como excusa por mi tardanza.

Al cabo de un rato empecé a oler el pavé y apresuré el paso.

Capítulo 3

«La he perdido. Los estoy perdiendo a todos.»

Está escrito en el álbum de mi madre enfrente de la receta para el pastel de zarzamoras. En tinta negra y con una caligrafía diminuta e incitadora de migrañas, las líneas se cruzan y se vuelven a cruzar, como si el código en el que escribe no bastase para ocultarnos el miedo que sentía hacia nosotros y hacia sí misma.

Hoy me ha mirado como si yo no estuviese ahí. Deseaba tanto estrecharla entre mis brazos… pero ha crecido mucho y me dan miedo sus ojos. Sólo R-C. parece guardar algo de candidez pero B. ya no parece mi hija. Mi error fue pensar que los niños eran como los árboles. Pódalos y crecerán más dulces. No es verdad. No es verdad. Cuando Y. murió les hice crecer demasiado deprisa. No quería que fuesen niños. Ahora son más duros que yo. Como animales. La culpa es mía. Yo los hice así. Naranjas en casa otra vez esta noche, pero nadie las huele salvo yo. Me duele la cabeza. Si ella me pusiese la mano sobre la frente… Sin pastillas. El alemán dice que puede conseguir más pero no viene. Boise. Hoy ha llegado tarde a casa. Como yo, está dividida.

Parece un galimatías pero de repente su voz suena en mi mente con gran claridad. Es profunda y plañidera, la voz de una mujer aferrándose a su cordura con todas sus fuerzas.

El alemán dice que puede conseguir más, pero no viene.

Oh, madre. Si lo hubiese sabido…

Capítulo 4

Paul y yo íbamos leyendo el álbum poco a poco durante aquellas largas noches. Yo descifraba el código mientras él escribía y anotaba las referencias en pequeñas tarjetas para intentar ordenar los acontecimientos en secuencias. Jamás hacía comentarios, ni siquiera cuando yo me saltaba algunos pasajes sin explicarle el porqué. Cubríamos una media de dos o tres páginas por noche, no era gran cosa, pero cuando llegó octubre ya habíamos leído casi la mitad del álbum. Por alguna razón parecía una tarea menos ardua que cuando lo había intentado yo sola y, a menudo, permanecíamos sentados hasta bien entrada la noche recordando los viejos tiempos en el puesto de vigilancia y los rituales en las piedras alzadas: los buenos tiempos antes de que apareciera Tomas. En un par de ocasiones estuve casi a punto de contarle la verdad pero siempre me contuve a tiempo.

No. Paul no debía saberlo.

El álbum de mi madre sólo era una historia que a él le resultaba parcialmente familiar. Pero la historia de detrás del álbum… Lo miré mientras estábamos sentados juntos, la botella de Cointreau entre los dos y, detrás, una cafetera de cobre humeando en el hornillo. La luz rojiza del fuego le iluminaba el rostro y perfilaba su viejo y amarillento bigote en llamas. Me sorprendió mirándole -parece que es algo que hace cada vez con más frecuencia- y sonrió.

No fue tanto la sonrisa como lo que había detrás de ella -una mirada, una especie de mirada irónica y escrutadora- lo que hizo que el corazón me latiera más deprisa y que el rostro se me encendiera por algo más que el calor del fuego. Si se lo dijera, pensé entre mí, esa mirada desaparecería de su rostro. No podía decírselo. Jamás.

Capítulo 5

Cuando entré los otros ya estaban sentados a la mesa. Madre me saludó con una alegría extraña y forzada pero podía ver que estaba al límite de su tolerancia. Mi sensibilizado olfato se sintió invadido por el olor a naranja. La miré intensamente.

Comimos en silencio.

La cena de celebración era pesada, como comer barro, y mi estómago se rebelaba ante ella. Iba retirando la comida a un lado del plato hasta que estaba segura de que mi madre miraba a otra parte, y luego la transfería al bolsillo de mi delantal para deshacerme de ella más tarde. No tenía por qué preocuparme. En el estado en que se encontraba dudo mucho que se hubiera dado cuenta, aunque la hubiese tirado contra la pared.

– Huelo a naranjas. -Su voz era frágil por la desesperación-. ¿Alguno de vosotros ha traído naranjas a casa?

Silencio. La miramos con rostros inexpresivos, expectantes.

– ¿Y bien? ¿Habéis traído naranjas? -El tono de voz iba en aumento ahora; una queja, una acusación.

De pronto Reine se me quedó mirando, con aire de culpabilidad.

– Claro que no. -Hice que mi voz sonara lacónica y hosca-. ¿De dónde íbamos a sacarlas?

– No lo sé. -Los ojos se le achicaron con recelo-. Los alemanes quizá. ¿Cómo voy a saber lo que hacéis durante todo el día?

Aquello estaba tan cerca de la verdad que por un instante me sorprendió pero no lo traslucí. Me encogí de hombros, muy consciente de que Reinette no me quitaba el ojo de encima. Le devolví una mirada de advertencia.

¿Serías capaz de chivarte?

Reine volvió a su pastel. Yo seguí mirando a mi madre. Desafiándola con la mirada. Ella era mejor que Cassis, los ojos tan inexpresivos como endrinas. Entonces se puso en pie bruscamente, casi tirando el plato y arrastrando consigo medio mantel.

– ¿Qué estás mirando? -me espetó, apuñalando el aire con las manos-. ¿Qué estás mirando? Maldita seas. ¿Acaso tengo algo en la cara?

– No -respondí con un encogimiento de hombros.

– Eso no es cierto. -Su voz era como la de un pájaro. Aguda y certera como el pico de un pájaro carpintero-. Siempre me estás mirando. Mirando. ¿Se puede saber qué es lo que miras, pequeña zorra?

Podía oler su angustia y su miedo y sentí que el corazón se me henchía por la victoria. Sus ojos se desviaron de los míos. Lo conseguí,

pensé entre mí. Lo conseguí. Había vencido.

Ella también lo sabía. Se me quedó mirando unos segundos más pero había perdido la batalla. Le esbocé una tenue sonrisa que sólo ella acertó a ver. La mano se deslizó hasta la sien en el viejo gesto de impotencia.

– Tengo dolor de cabeza -musitó con dificultad-. Voy a echarme un rato.

– Buena idea -respondí lacónica.

– Que no se os olvide fregar los platos -advirtió, pero ya no era más que ruido. Sabía que había perdido-. Que no se queden húmedos. No dejéis… -En ese instante se paralizó, muda, con la mirada perdida en el espacio durante medio minuto. Una estatua paralizada en mitad de un gesto con la boca abierta. El resto de la frase pendiendo entre nosotros durante un incómodo medio minuto-… los platos en el escurreplatos toda la noche -concluyó por fin y se fue tambaleando por el pasillo, deteniéndose un momento en el baño para comprobar que ya no quedaban pastillas.

Nosotros, Cassis, Reinette y yo, nos miramos.

– Tomas dijo que nos encontráramos con él en La Mauvaise Réputation esta noche -les dije a los otros-. Dice que puede haber diversión.

Cassis se me quedó mirando.

– ¿Cómo lo has hecho? -dijo.

– ¿Hacer qué? -repetí.

– Ya sabes. -Su tono era bajo y apremiante, casi reverente. En aquel momento parecía haber perdido toda autoridad sobre nosotros. Ahora yo era el líder, la única a la que los demás mirarían en busca de guía. Lo más extraño fue que a pesar de haberme dado cuenta en seguida apenas sentí alguna satisfacción. Tenía otras cosas en la mente.

Pasé por alto su pregunta.

– Esperaremos hasta que se haya dormido -decidí-. Una hora, dos como mucho. Luego iremos campo a través. Nadie nos verá. Podemos escondernos en el callejón y esperarlo allí.

Los ojos de Reinette se iluminaron pero Cassis tenía una expresión escéptica.

– ¿Por qué? -preguntó al fin-. ¿Por qué habríamos de ir allí? No tenemos nada que contarle y ya ha dejado las revistas de cine…

– Revistas -repliqué-. ¿Es que sólo piensas en eso?

Cassis me miró malhumorado.

– Dijo que podría pasar algo interesante -le dije-. ¿No sientes curiosidad?

– No mucha. No es seguro. Ya sabes que madre…

– Eres un gallina -repliqué con fiereza.

– ¡No es cierto! -Sí lo era. Podía adivinarlo en sus ojos.

– Gallina.

– Es que no le veo el sentido…

– Te reto.

Silencio. De pronto Cassis dirigió una mirada suplicante a Reine. Empecé a desafiarlo con la mirada. Mantuvo sus ojos en los míos durante uno o dos segundos y luego los desvió.

– Son cosas de críos -dijo con burlona indiferencia.

– Te reto. Te reto dos veces.

Cassis hizo un gesto furioso de impotencia y derrota.

– ¡Oh, vale, pero te aviso que será una pérdida de tiempo!

Me eché a reír victoriosa.

Capítulo 6

El café de La Mauvaise Réputation, «La Rép», para sus clientes habituales; suelo de madera, una barra con un viejo piano a su lado. Naturalmente, ahora le faltan la mitad de las teclas y hay un plantador de geranios donde solía estar lo principal, una hilera de botellas -por aquel entonces no había sifones-, y los vasos colgando de ganchos debajo y alrededor del bar. Hoy el letrero ha sido reemplazado por una cosa de neón azul y hay máquinas y un tocadiscos automático, pero entonces no había nada más que un piano y algunas mesas que podían retirarse contra la pared si a alguien le entraban ganas de bailar.

Raphaël sabía tocar el piano cuando quería y a veces había alguien -una de las mujeres, Colette Gaudin o Agnès Petit- que cantaba. Nadie tenía tocadiscos en aquella época y la radio estaba prohibida, pero se decía que el café era un lugar animado por las noches y en ocasiones, cuando el viento soplaba en la dirección correcta, nos llegaba el murmullo de la música a través de los campos. Allí, Julien Lecoz perdió sus tierras del sur en una partida de cartas -se rumoreó que había apostado hasta a su mujer pero no hubo nadie que aceptara la apuesta- y era el segundo hogar de los borrachos locales que se sentaban en la terraza a fumar o a jugar a la petanca junto a la escalera. El padre de Paul frecuentaba el lugar, demasiado, para desagrado de su madre, y aunque nunca lo vi borracho tampoco estaba nunca totalmente sobrio; sonreía vagamente a los transeúntes y mostraba su dentadura grande y amarillenta. Era un lugar que nunca pisábamos. Éramos criaturas territoriales y contemplábamos ciertos lugares como si fuesen de nuestra propiedad, los otros pertenecían al pueblo, a los adultos, lugares de misterio o indiferencia, la iglesia, la estafeta de correos donde Michelle Hourias distribuía las cartas y chismorreaba apoyado en el mostrador, la pequeña escuela donde habíamos pasado nuestros primeros años pero que ahora estaba cerrada.

La Mauvaise Réputation.

Nos manteníamos alejados de allí, en parte porque nuestra madre nos lo decía. Sentía un odio especial por la embriaguez, la suciedad y la vida alegre y el lugar era un compendio de todo aquello. Aunque no iba nunca a la iglesia, tenía una visión de la vida casi puritana, creía en el trabajo duro, en una casa limpia, en niños educados y con buenos modales. Cuando pasaba delante del lugar lo hacía inclinando la cabeza a modo de protección, con un mantón sobre su exiguo pecho, la boca fruncida en una fina línea ante el ruido de la música y las risas procedentes del interior. Resultaba extraño que una mujer así

-una mujer tan auto controlada y con tal devoción por el orden- hubiese acabado víctima de la drogadicción.

«Como el reloj -escribe en su álbum-, estoy dividida. Cuando sale la luna ya no soy yo misma.» Se iba a su habitación para que no pudiésemos ver su transformación.

Fue una sorpresa para mí descubrir, después de leer los pasajes secretos, que iba regularmente a La Mauvaise Réputation. Una vez por semana, cuando no más, iba allí después de anochecer, en secreto, odiando cada instante y odiándose a sí misma por su necesidad. No bebía, no. ¿Por qué iba a hacerlo, teniendo como teníamos en la bodega docenas de botellas de sidra o *prunelle* o incluso de calvados de su Bretaña nativa? La embriaguez, nos dijo en un extraño momento de confianza, es un pecado contra la fruta, el árbol, el vino mismo. Es un escándalo, un abuso, como una violación lo es del acto del amor. Entonces se sonrojó, volviéndose bruscamente -«¡Reine-Claude, el aceite y un poco de albahaca, rápido!»- pero aquel pensamiento no me abandonó. El vino, destilado y criado de un brote hasta el fruto y luego a lo largo de todo el proceso que lo hace ser como es, se merece algo mejor que ser engullido por un borrachín con la cabeza llena de pájaros. Merece reverencia. Alegría. Gentileza.

Sí, mi madre entendía bien el vino. Entendía el proceso de dulcificación, la fermentación, la cocción y maduración de la vida en la botella, el oscurecimiento, la lenta transformación, el nacimiento de una nueva cosecha en una mezcla de aromas como el abanico de papeles floreados de un prestidigitador. Si hubiese tenido tiempo y paciencia suficientes para nosotros… Un niño no es como un árbol. Se dio cuenta demasiado tarde. No existe ninguna receta para hacer que un niño se convierta en un adulto dulce y seguro. Debería haberlo sabido.

Naturalmente todavía se siguen vendiendo drogas en La Mauvaise Réputation. Hasta yo sé eso y no soy tan vieja para no reconocer el olor dulzón y chillón de la marihuana entre el vaho de la cerveza y las frituras. Dios sabe que lo percibí infinitas veces desde el otro lado de la carretera procedente del puesto de *snacks* -tengo nariz aunque ese idiota de Ramondin carezca de ella-, y el aire se tornaba pajizo por el humo algunas de las noches que venían los motoristas. Drogas recreativas, las llaman hoy en día, y les ponen nombres caprichosos. En aquellos días no había nada de eso en Les Laveuses. Aún faltaba una década para que llegaran los clubes de jazz de St. Germain-des-Prés, y, además, nunca llegaron a alcanzarnos, ni siquiera en los sesenta. No, mi madre iba a La Mauvaise Réputation por necesidad, por simple necesidad, porque allí se llevaba a cabo la mayor parte de los intercambios. Mercado negro, ropa y calzado y cosas menos inocuas como cuchillos, pistolas, munición… Todo tenía un lugar en

La Rép, cigarrillos y brandy, fotografías de mujeres desnudas, medias de nailon y ropa interior de encaje para Colette y Agnès que llevaban el pelo suelto y se coloreaban las mejillas de un tono bermejo pasado de moda, de manera que parecían muñecas holandesas, una mancha carmesí en cada mejilla y un capullo redondeado en los labios como Lillian Gish.

Al fondo, las sociedades secretas, los comunistas, los descontentos, los héroes en ciernes hacían sus planes. En el bar los parlanchines daban audiencias e intercambiaban pequeños paquetes o hablaban en susurros y brindaban por futuras empresas. En el bosque, algunos se embadurnaban la cara con hollín y se dirigían a encuentros secretos en Angers, desafiando el toque de queda. A veces -muy de cuando en cuando- nos llegaba el ruido de disparos desde el otro lado del río.

Cómo debía de odiarlo madre.

Pero allí conseguía sus pastillas. Lo escribió en el álbum: pastillas para la migraña, morfina del hospital, de tres en tres al principio, luego seis, diez, doce, veinte. Sus proveedores variaban. Al principio era Philippe Hourias. Julien Lecoz conocía a alguien, un trabajador voluntario. Agnès Petit tenía un primo, un amigo de un amigo en París… A Guilherm Ramondin, el de la pierna de madera, se le podía convencer para que le cediese algo de su medicación a cambio de vino o de dinero. Pequeños paquetes, un par de tabletas en un papel liado, una ampolla y una jeringa, un frasco de pastillas. Cualquier cosa que tuviese una base de morfina. Por supuesto no había manera de conseguir nada a través del médico. El más cercano vivía en Angers y todas las provisiones estaban destinadas para atender a nuestros soldados. Después de que sus propias provisiones se agotaran, gorroneó, vendió, canjeó. Lo anotó todo en su álbum.

Dos de marzo de 1942 Guilherm Ramondin. Cuatro tabletas de morfina a cambio de doce huevos. Dieciséis de marzo de 1942 Françoise Petit. Tres tabletas de morfina a cambio de una botella de calvados.

Vendió sus joyas en Angers el collar de perlas que lucía en la fotografía de su boda, sus anillos, los pendientes de diamantes que había heredado de su madre. Era ingeniosa a su manera. Casi tanto como Tomas, aunque siempre era justa en los tratos. Se las iba arreglando con un poco de ingenuidad.

Luego llegaron los alemanes.

Al principio uno o dos. Algunos en uniforme, otros no. El bar se quedaba en silencio cuando entraban, pero ellos compensaban con su alborozo, sus risas, las rondas que bebían de pie, tambaleantes, dirigiéndoles algunas sonrisas a Colette o Agnès y un puñado de monedas tiradas descuidadamente sobre el mostrador a la hora de

cerrar. A veces traían mujeres consigo. Nunca las reconocíamos, chicas de la ciudad con boas de pieles, medias de nailon y vestidos atrevidos, con el cabello recogido imitando a las artistas de cine, brillante por las agujas y los pasadores, con las cejas depiladas y los labios pintados de un rojo intenso, los dientes blancos y las manos de largos dedos sosteniendo con languidez una copa de vino. Sólo iban por las noches. Sólo acompañadas de los alemanes, en el asiento trasero de sus motos, chillando con estridente placer mientras se adentraban velozmente en la noche con el cabello flotando. Cuatro mujeres. Cuatro alemanes. De cuando en cuando las mujeres cambiaban, pero los alemanes eran los mismos.

Escribe sobre ellos en el álbum, su primera impresión.

Asquerosos boches y sus putas. Me miraron de arriba abajo, yo con el guardapolvos, y se sonreían por lo bajo. Me habría gustado matarlos. Les miré mientras me miraban y me sentí vieja y fea. Uno de ellos tiene ojos amables. La chica que lo acompañaba lo aburría, lo pude ver. Una chica chabacana y estúpida, con la costura de las medias pintada con un rotulador brillante. Casi sentí lástima por ella. Pero él me dirigió una sonrisa. Tuve que morderme la lengua para no sonreírle también.

Por supuesto no tengo ninguna prueba de que se refiera a Tomas. Pudo ser cualquiera por lo que dice en esas pocas líneas. No hay ninguna descripción, nada que pueda sugerir que fuera él y aun así, de algún modo, estoy segura de que lo era. Sólo Tomas podía hacerle sentirse así. Sólo Tomas podía hacerme sentir así.

Todo está en el álbum. Podéis leerlo si así lo deseáis, si sabéis dónde buscar. No hay ninguna secuencia de los hechos. Aparte de los detalles de sus transacciones secretas apenas si contiene ninguna fecha. Pero madre es meticulosa a su manera. Describía La Rép como era, con tal precisión, que ahora, años después aún siento un nudo en la garganta. El ruido, la música, el humo, la cerveza, las voces que se alzaban en risas o las peleas de borrachos. No me extraña que no nos dejara acercarnos a aquel lugar. Se avergonzaba demasiado de su propia relación con él y le preocupaba lo que pudiésemos aprender de la gente que lo frecuentaba.

La noche que nos deslizamos furtivamente hasta allí, íbamos a sufrir una decepción. Habíamos imaginado una guarida secreta de vicios de adultos. Esperábamos ver bailarinas desnudas, mujeres con rubíes en el ombligo y el cabello suelto hasta la cintura. Cassis, aparentando aún indiferencia, se había imaginado peleas con la Resistencia, guerrilleros vestidos de negro con los ojos endurecidos bajo el camuflaje de la noche. Reinette se había imaginado a sí misma, maquillada y encremada, con una estola de piel cubriéndole los hombros, dando sorbitos a un martini. Pero aquella noche, atisbando

entre las ventanas lóbregas, parecía no haber nada de interés. Sólo algunos viejos sentados a las mesas, una tabla de backgammon, una baraja de cartas, el viejo piano y Agnès Petit con su blusa de seda de paracaídas desabrochada hasta el tercer botón, reclinándose sobre él y cantando… Todavía era temprano. Tomas aún no había llegado.

Nueve de mayo. Un soldado alemán (bávaro). 12 tabletas con un alto contenido en morfina a cambio de un pollo, un saco de azúcar y una loncha de tocino. Veinticinco de mayo. Soldado alemán (cuello ancho). 16 tabletas con un alto contenido en morfina a cambio de una botella de calvados, un saco de harina, un paquete de café, seis tarros de conservas. -Por fin, la última entrada, la fecha deliberadamente vaga-: Septiembre. T.L. Una botella con treinta tabletas de morfina.

Por primera vez se olvida de apuntar su contribución al intercambio. Quizá fuese sólo descuido, la letra es apenas legible, garabateada con precipitación. Quizá esa vez pagara más de lo que se atrevía a anotar. ¿Cuál era el precio? Treinta tabletas debían parecer un premio de riquezas casi inimaginables. No había necesidad de regresar a La Rép durante un tiempo. No tendría que hacer negocios con patanes como Julien Lécoz. Se me ocurrió que debió de pagar mucho por la escasa paz mental que aquellas treinta tabletas le proporcionaban. ¿Qué fue exactamente lo que pagó por su paz mental? ¿Información? ¿Otra cosa?

Esperamos en lo que habría de convertirse en un aparcamiento. En aquellos días no era más que una zona para basuras, donde estaban los bidones y donde se servían algunas de las entregas: barriles de cerveza u otras mercancías de índole más ilícita. Había un muro por detrás del edificio que desaparecía en una maraña de saúcos y zarzas. La puerta trasera estaba abierta, incluso en pleno octubre hacía un calor sofocante, y la fulgurante luz ambarina se desparramaba por el suelo del bar. Estábamos sentados sobre el muro, listos para saltar al otro lado si alguien se acercaba demasiado, y esperábamos.

Capítulo 7

Como dije, no ha cambiado gran cosa. Algunas luces más, algunas máquinas, más gente pero sigue siendo la misma Mauvaise Réputation, la misma gente con peinados distintos, las mismas caras. Al entrar allí hoy, casi se puede volver al pasado, con los viejos borrachines y los jóvenes con sus chicas a remolque y por todas partes el olor a cerveza, perfume y cigarrillos.

Estuve allí, ¿sabéis?, cuando llegó el puesto de *snacks*. Paul y yo nos escondimos en el aparcamiento igual que lo hiciéramos Cassis, Reine y yo la noche del baile. Por supuesto, ahora había coches. Esa noche hacía frío también y estaba lloviendo. Los saúcos y las zarzas han desaparecido y ahora sólo hay asfalto y un muro nuevo por la parte de atrás, donde suelen ir los amantes, o los borrachos a orinar. Estábamos espiando a Dessanges, nuestro Luc, con su rostro afilado y atractivo, pero mientras estaba allí, esperando en la oscuridad, con el nuevo letrero de neón parpadeando contra el pavimento mojado, me pareció haber retrocedido a mis nueve años mientras Tomas entraba en el cuarto interior con una chica en cada brazo… Curiosas bromas que gasta el tiempo. Había una doble fila de motos en el aparcamiento que brillaban por el agua.

Eran las once. De pronto me sentí estúpida, apoyada en la nueva pared de hormigón como una chiquilla tonta espiando a los adultos, la niña de nueve años más vieja del mundo con Paul junto a mí y su viejo perro atado con la misma correa de cuerda de siempre. Estúpidos y vencidos. Dos viejos espiando un bar en la oscuridad. ¿Para qué? Un estallido de música procedente del tocadiscos, nada que pudiese identificar. Incluso los instrumentos me suenan extraños ahora, cosas electrónicas que no precisan de bocas ni de dedos que los toquen. La risa de una chica, aguda y desagradable. Por un momento las puertas se abrieron de par en par y pudimos verlo claramente, una chica en cada brazo. Llevaba puesta una chaqueta de cuero que debía de haberle costado dos mil francos o más en una tienda de París. Las chicas eran sedosas y con las bocas carmesíes y muy jóvenes enfundadas en sus vestidos de tirantes. Sentí un repentino y frío desespero.

– Míranos. -Me di cuenta de que tenía el pelo mojado, los dedos agarrotados como palos-. James Bond y Mata Hari. Anda, vámonos a casa.

Paul me miró a su manera reflexiva como siempre hace. Cualquier otra persona habría pasado por alto la inteligencia en sus ojos, pero yo la vi. En silencio, tomó mi mano entre las suyas. Tenía las manos agradablemente calientes y sentí la hilera de callosidades en

las palmas.

– No te des por vencida -dijo.

– No estamos haciendo nada aquí -repliqué encogiéndome de hombros-. Sólo nos estamos poniendo en ridículo. Acéptalo Paul no vamos a conseguir sacarle nada a Dessanges, así que será mejor que nos lo vayamos metiendo en estas tozudas cabezotas nuestras. Quiero decir que…

– No, nunca lo haces. -Su voz era lenta y casi divertida-. Jamás te das por vencida, Framboise. Nunca lo hiciste.

Paciencia. Su paciencia, suficientemente amable y tozuda para esperar toda una vida.

– Eso era entonces -le dije sin mirarlo a los ojos.

– No has cambiado tanto Framboise…

Quizá era verdad. Todavía había algo en mí, algo duro y no necesariamente bueno. Aún lo siento de vez en cuando, algo frío y duro como una piedra en un puño cerrado. Siempre lo tuve, aun en los viejos tiempos, algo mezquino, obstinado y lo suficientemente astuto para mantenerme firme el tiempo que hiciese falta con tal de ganar… Como si de alguna forma la Gran Madre se hubiese metido dentro de mí aquel día y, mientras iba en busca de mi corazón hubiese sido engullida por la boca de mi interior. Un pez fosilizado dentro de un puño de piedra -una vez vi una foto de uno en uno de los libros de dinosaurios de Ricot-, devorándose a sí mismo por su obstinado despecho.

– Quizá debería cambiar -dije quedamente-. Quizá debería…

Creo que por un momento sentí de veras lo que decía. Estaba cansada, ¿comprendéis? Cansada más allá de lo indecible. Habían pasado dos meses y, bien lo sabía Dios, lo habíamos intentado todo. Observábamos a Luc. Intentábamos razonar con él. Ideamos elaboradas fantasías: una bomba debajo de su remolque, un matón de París, la bala perdida de un francotirador desde el puesto de vigilancia. Oh sí, habría podido matarlo. Mi rabia me agotaba pero el miedo me mantenía despierta durante la noche, de manera que mis días eran cristales rotos y me dolía la cabeza lodo el tiempo. Era mucho más que el simple miedo a ser descubierta; después de todo, era la hija de Mirabelle Dartigen. Tenía su espíritu. Me importaba el restaurante pero aunque los Dessanges me arruinasen el negocio, aunque todo el pueblo de Les Laveuses no me dirigiera la palabra nunca más, era capaz de luchar contra eso. No, mi verdadero temor, no revelado a Paul y oculto casi hasta para mí misma, era algo más oscuro, más complejo. Acechaba desde las profundidades de mi mente como la Gran Madre en un lecho viscoso, y rezaba por que ningún cebo la tentara a subir a la superficie.

Había recibido dos cartas más; una de Yannick y la otra dirigida a

mí con la letra de Laure. Leí la primera con desasosiego creciente. En ella, Yannick adoptaba un tono quejumbroso y zalamero: estaba pasando una racha muy mala. Laure no lo comprendía, aseguraba; constantemente utilizaba su dependencia económica como un arma en su contra. Llevaban tres años intentando tener hijos sin éxito; ella lo culpaba también de eso y había llegado a mencionar el divorcio.

Según Yannick, el préstamo del álbum de mi madre cambiaría todo eso. Lo que Laure necesitaba era algo en lo que ocupar su mente; un proyecto nuevo. Su carrera necesitaba un empujón. Yannick estaba seguro de que yo no sería tan despiadada como para negarme…

Quemé la segunda carta sin abrirla. Quizá fue por el recuerdo de las cartas lacónicas y objetivas de Noisette que me llegaban desde Canadá, pero el caso es que las confidencias de mi sobrino me parecieron penosas y violentas. No quería saber nada más. Impertérritos, Paul y yo nos preparamos para el asedio final.

Era nuestra última esperanza. No sabía exactamente qué era lo que esperábamos y si no sería pura obstinación la que nos mantenía en pie. Quizá todavía necesitaba ganar, al igual que aquel último verano en Les Laveuses. Quizás era el espíritu duro e irrazonable de mi madre en mí, negándose a ser derrotado. Si cedo ahora, su sacrificio habrá sido inútil. Estaba luchando por nosotras dos y pensé que hasta mi madre se habría sentido orgullosa.

Jamás habría imaginado que Paul demostraría ser un ayudante tan valioso. Observar el café había sido idea suya; también fue él quien descubrió la dirección de los Dessanges en la parte trasera del puesto de *snacks*. En aquellos meses me había acostumbrado a contar mucho con Paul y a confiar en su juicio. A menudo hacíamos guardia juntos, con una manta arropándonos los pies si las noches eran frías, una cafetera y un par de vasos de Cointreau entre los dos. Se hacía indispensable en pequeños detalles. Pelaba las verduras para la cena. Traía leña y limpiaba el pescado. A pesar de que escaseaban las visitas a Crêpe Framboise -dejé de abrir entre semana e incluso los fines de semana; la presencia del puesto de *snacks* desanimaba a todos salvo a los clientes más resueltos- él seguía haciendo guardia en el restaurante, fregaba los platos, barría el suelo. Y casi siempre en silencio, el silencio confortable de una larga intimidad, el sencillo silencio de la amistad.

– No cambies -dijo por fin.

Me había dado la vuelta para irme pero él me mantuvo cogida la mano y no pude soltarme. Veía las gotas de lluvia brillando en su boina y en el bigote.

– Creo que quizá haya dado con algo -anunció Paul.

– ¿Qué? -Mi voz era áspera por el cansancio. Lo único que quería era tumbarme y dormir-. Por el amor de Dios, ¿qué hay ahora?

– Quizá no sea nada -dijo con cuidado, con la lentitud que me hacía querer gritar de frustración-. Espera aquí. Sólo quiero… ya sabes… comprobar una cosa.

– ¿Cómo? ¿Aquí? -le espeté casi gritando-. Paul espera un…

Pero ya se había marchado, moviéndose con la rapidez y el sigilo de un cazador furtivo en dirección al bodegón. Otro segundo y había desaparecido.

– ¡Paul! -mascullé furiosa-. ¡Paul! ¡No creas que me voy a quedar aquí afuera esperándote! ¡Maldito seas, Paul!

Pero lo hice. Mientras la lluvia empapaba el cuello de mi abrigo bueno de otoño, reptando lentamente por el pelo y haciendo gotear fríos regueros entre mis pechos, tuve mucho tiempo para darme cuenta de que en realidad y después de todo no había cambiado mucho.

Capítulo 8

Cassis, Reinette y yo llevábamos casi una hora esperando cuando llegaron. Una vez estuvimos en el exterior de La Rép, Cassis dejó a un lado toda pose de indiferencia y se puso a mirar con avidez a través de la ranura de la entrada, empujándonos cuando intentábamos hacer turnos. Mi interés era limitado. Al fin y al cabo, hasta que Tomas llegara no había gran cosa que ver. Pero Reine era persistente.

– Quiero ver -se quejaba-. ¡Cassis, no seas miserable, quiero ver!

– No hay nada -le decía yo impaciente-. Nada excepto viejos sentados en mesas y esas dos fulanas con las bocas pintadas de rojo.

Apenas había echado un vistazo pero lo recuerdo bien. Agnès al piano y Colette con una ajustada chaqueta cruzada de color verde revelando unos pechos prominentes como balas de cañón. Aún recuerdo el lugar en el que estaba cada uno: Martin y Jean Dupré jugando a las cartas con Philippe Hourias, que por las apariencias estaba desplumándolos como siempre; Henri Lemaître sentado en la barra del bar con una eterna demi y el ojo puesto en las señoras; François Ramondin y Arthur Lecoz, el primo de Julien, hablando furtivamente en un rincón con Julien Lanicen y August Truriand, el viejo Gustave Beauchamp solo junto a la ventana, con la boina calada hasta sus peludas orejas y el cabo de la pipa entre los labios. Los recuerdo a todos. Si me esfuerzo puedo ver el sombrero de Philippe encima del mostrador junto a él, huelo el humo del tabaco; por aquel entonces el preciado tabaco se reforzaba con hojas de dientes de león y apestaba a fuego hecho de madera húmeda o al olor a café de achicoria. La escena tiene la quietud de un cuadro viviente, un halo dorado de nostalgia arrasado por la llamarada de un rojo intenso del fuego. ¡Oh, lo recuerdo! ¡Ojalá pudiera olvidarlo!

Cuando llegaron por fin, nos habíamos quedado tiesos y estábamos de mal humor por haber estado agazapados contra la pared. Reinette estaba al borde de las lágrimas. Cassis había estado observando por la puerta y habíamos hallado un lugar debajo de una de las ventanas manchadas desde la que podíamos distinguir figuras moviéndose confusamente en la humeante luz. Fui yo quien los oyó primero, el sonido distante de las motos acercándose por la carretera de Angers, luego avanzando estrepitosamente por la sucia pista con una serie de pequeñas explosiones apagadas. Cuatro motocicletas. Supongo que deberíamos haber esperado mujeres. Si hubiéramos podido leer el álbum de madre lo habríamos sabido de sobras, pero éramos profundamente inocentes a pesar de todo y la realidad nos sorprendía un poco. Supongo que fue porque al entrar en el bar vimos que se trataba de mujeres de verdad: conjuntos ceñidos, perlas falsas,

una de ellas sosteniendo en la mano los zapatos de tacón alto, la otra registrando su bolso en busca de una polvera. No eran especialmente guapas ni tampoco jóvenes. Habría esperado *glamour*. Pero sólo eran mujeres corrientes como mi madre, de rostros aquilinos, el cabello recogido detrás con pasadores de metal, con las espaldas arqueadas en una combadura imposible a causa de aquellos zapatos agonizantes. Tres mujeres corrientes.

Reinette estaba boquiabierta.

– Mira los zapatos. -La cara, pegada al sucio cristal, estaba sonrosada por el deleite y la admiración. Me di cuenta de que ella y yo estábamos viendo cosas distintas, que mi hermana seguía viendo el glamour de las estrellas de cine en las medias de nailon, en las boas de piel, los bolsos de piel de cocodrilo, las plumas, los pendientes de diamantes, y los peinados complicados. El minuto siguiente se lo pasó murmurando para sí extasiada-. ¡Mira ese sombrero! ¡Ohh! ¡Su vestido! ¡Ohhh!

Tanto Cassis como yo no le hacíamos caso. Mi hermano estudiaba las cajas que habían traído detrás de la cuarta motocicleta. Yo miraba a Tomas.

Estaba ligeramente apartado de los demás, con un codo apoyado en el mostrador. Vi que le decía algo a Raphaël, que empezó a sacar vasos de cerveza. Heinemann, Schwartz y Hauer se instalaron con las mujeres en una mesa libre cerca de la ventana y reparé en que el viejo Gustave se dirigía a la otra punta del bar con una mueca de disgusto, llevándose el vaso consigo. Los otros clientes se comportaban como si estuviesen acostumbrados a tales visitas, saludando incluso a los alemanes con un gesto de cabeza mientras éstos atravesaban la sala; Henri comiéndose con los ojos a las tres mujeres aún después de que se hubiesen sentado. Sentí una repentina y absurda punzada de triunfo por el hecho de que Tomas no llevase escolta. Permaneció en el mostrador un rato charlando con Raphaël y tuve la oportunidad de mirar su expresión, sus gestos desenfadados, la gorra ladeada y la chaqueta del uniforme abierta dejando al descubierto la camisa. Raphaël hablaba poco, su rostro era inexpresivo y cortés. Tomas parecía percibir su desagrado, pero aquello parecía divertirlo más que enojarlo. Alzó el vaso de forma ligeramente burlona y bebió a la salud de Raphaël. Agnès se puso a tocar el piano, una tonadilla de vals con un brioso plinc-plinc que salía de las notas altas por estar una tecla estropeada.

Cassis se estaba aburriendo.

– No pasa nada -dijo malhumorado-. Vámonos.

Pero Reinette y yo estábamos fascinadas, ella por las luces, las joyas, el cristal, el humo de una elegante pitillera lacada, sostenida entre unas uñas esmaltadas y yo… Tomas, por supuesto. No importaba

lo que estuviera sucediendo. Habría sentido el mismo placer de haber estado observándolo sólo a él, mientras dormía. Había cierto encanto en el hecho de observarlo en secreto. Podía poner mis manos sobre el cristal sucio y enmarcar su rostro entre ellas. Podía presionar los labios contra la ventana e imaginar su piel contra la mía. Los otros tres habían bebido bastante; el gordo de Schwartz con una mujer sentada en sus rodillas, una mano subiéndole la falda más y más, de manera que de vez en cuando podía echarle un vistazo al borde de las medias de color castaño y al liguero rosado que las sujetaba. También me di cuenta de que Henri se había acercado al grupo, repasando con los ojos a las mujeres, que graznaban como pavos con cada galantería. Los jugadores de cartas habían detenido su juego para observar y Jean-Marie, que parecía ser el que había ganado más, se deslizó por el mostrador acercándose a Tomas, puso algo de dinero en la desgastada superficie y Raphaël sirvió más bebidas. Tomas echó una ojeada fugaz al grupo de bebedores y sonrió. Fue un breve intercambio de palabras que debió de pasar inadvertido a cualquiera que no estuviese observando a Tomas deliberadamente. Creo que sólo yo me di cuenta de la transacción, una sonrisa, un murmullo, un papel deslizado por el mostrador y guardado rápidamente en el bolsillo del abrigo de Tomas. No me sorprendió. Tomas hacía negocios con todo el mundo. Tenía ese don. Los observamos y esperamos una hora más. Creo que Cassis se quedó medio dormido. Tomas estuvo tocando un rato el piano mientras Agnès cantaba, pero me alegré al ver que mostraba poco interés por las mujeres que lo adulaban y acariciaban. Me sentí orgullosa de él por eso. Tomas tenía mejor gusto.

Entonces todos estaban ya un poco bebidos. Raphaël sacó una botella de *fine* y lo tomaron solo en taras de café que no contenían café. Empezó una partida de cartas entre Hauer y los hermanos Dupré, con Philippe y Colette de espectadores y las bebidas como apuesta. Oí sus risas a través del cristal cuando Hauer volvió a perder, aunque no hubo resentimientos, pues las bebidas ya estaban pagadas. Una de las mujeres de la ciudad se torció el tobillo y fue a caer sentada en el suelo, riéndose tontamente, con el cabello tapándole la cara. Sólo Gustave Beauchamp parecía al margen, rechazando el *fine* de Philippe y manteniéndose tan alejado de los alemanes como le era posible. Su mirada se cruzó con la de Hauer en una ocasión y murmuró algo por lo bajo, pero Hauer no lo oyó y se limitó a mirarlo fríamente por un instante antes de volver al juego. Sin embargo, unos minutos más tarde volvió a suceder y esta vez Hauer, el único en el grupo aparte de Tomas que entendía el francés, se puso de pie, echando mano al cinto donde llevaba colgada la pistola. El viejo lo miró ceñudo, con la pipa sobresaliéndole de sus dientes amarillentos como el cañón de un viejo tanque.

Por un momento la tensión entre los dos se hizo paralizante. Vi cómo Raphaël se movía hacia Tomas, que observaba la escena con imperturbable deleite. Un intercambio silencioso pasó entre ellos. Durante uno o dos segundos pensé que iba a dejar que continuara sólo por el placer de ver lo que sucedía. El viejo y el alemán estaban cara a cara. Hauer le sacaba dos cabezas a Gustave, con sus ojos azules inyectados en sangre y las venas de la frente como gusanos contrastando con su piel morena. Tomas miró a Raphaël y sonrió. «¿Qué opinas? -parecía decir su sonrisa-. Sería una pena intervenir ahora que parece que las cosas se ponen divertidas. ¿Tú qué crees?» Luego avanzó hasta su amigo de forma casual mientras Raphaël ponía al viejo Gustave a salvo. No sé qué fue lo que hizo pero creo que en aquel momento Tomas le salvó la vida a Gustave, rodeando a Hauer por los hombros con un brazo mientras que con el otro gesticulaba vagamente hacia las cajas que habían traído en la cuarta motocicleta: las cajas negras que tanto habían intrigado a Cassis y que ahora estaban junto al piano esperando ser abiertas.

Hauer miró a Tomas un momento. Vi que los ojos se le achicaban hasta convertirse en pequeñas rajas en sus carnosas mejillas, como la piel agrietada de un pedazo de tocino. Luego Tomas añadió algo más y Hauer se relajó, echándose a reír con un gruñido de gigante sobre el repentinamente renovado ruido del local. El momento había pasado. Gustave se fue arrastrando los pies a un rincón para acabar su bebida y los demás se acercaron al piano, donde aguardaban las cajas.

Durante un rato no pude ver más que cuerpos. Luego oí un sonido, una nota musical mucho más clara y dulce que la del piano y cuando Hauer se volvió hacia la ventana tenía en la mano una trompeta. Schwartz sostenía un tambor. Heinemann un instrumento que no reconocí; más adelante supe que era un clarinete, aunque jamás había visto antes una cosa así. Las mujeres se hicieron a un lado para dejar que Agnès se sentara al piano, luego Tomas volvió a entrar en mi campo de visión con su saxofón colgado de un hombro como si se tratase de un arma exótica. Por un instante creí que era un arma. Junto a mí, Reinette lanzó un largo y vacilante suspiro de asombro. Cassis, olvidando su aburrimiento, se inclinó hacia delante, apartándome casi a empellones. Él identificó los instrumentos para los demás. No teníamos tocadiscos en casa pero Cassis tenía edad suficiente para recordar la música que solíamos oír en la radio antes de que aquellas cosas hubiesen sido prohibidas y había visto las películas de la orquesta de Glenn Miller en los noticiarios que tanto adoraba.

– ¡Eso es un clarinete! -su voz sonaba muy infantil de pronto, repentinamente parecida al temor reverente de su hermana por los zapatos de las mujeres de la ciudad-. Y Tomas tiene un saxofón… ¡Oh!

¿De dónde los habrán sacado? Los habrán requisado… no me sorprende que Tomas los haya conseguido… ¡Oh, espero que toquen! ¡Espero que…!

No puedo juzgar si eran muy buenos. No tenía nada con que compararlos entonces, pero estábamos tan emocionados por la agitación y el asombro que cualquier cosa nos habría encantado. Sé que ahora parecerá ridículo pero en aquellos días la música era escasa: el piano de La Mauvaise Réputation, el órgano de la iglesia para los que la frecuentaban, el violín de Denis Gaudin que sonaba el catorce de julio o el *Mardi Gras*, cuando solíamos bailar por las calles… Naturalmente, no hubo mucho de aquello después de estallar la guerra, pero aún seguimos haciéndolo algún tiempo, hasta que al final también el violín fue requisado, como todo lo demás. Pero ahora unos sonidos -sonidos tan poco familiares y tan exóticos comparados con el viejo piano de La Mauvaise Réputation como una ópera se asemeja a un ladrido- se elevaban en el local y nos acercamos más a la ventana para no perdernos ni una sola nota. Al principio los instrumentos no hacían gran cosa salvo extraños sonidos lastimeros -supongo que los estaban afinando pero no lo sabíamos-, cuando empezaron a tocar una melodía rutilante y de tonos agudos que no reconocimos, aunque creo que debía ser algo de jazz. Una ligera percusión del tambor, un burbujeo gutural del clarinete, pero del saxofón de Tomas una cadena de notas brillantes como las luces de Navidad, emitiendo un dulce gemido, un áspero susurro, subiendo y bajando sobre el fondo discordante como una voz humana amplificada por arte de magia que encerraba todo el repertorio humano de suavidad, tosquedad, mimos y pesar…

Por supuesto la memoria es algo muy subjetivo. Tal vez por eso siento las lágrimas agolparse a mis ojos cada vez que recuerdo aquella música, una música del fin del mundo. Seguramente no era nada parecido a lo que yo recuerdo -un grupo de alemanes borrachos martilleando algunas notas de jazz-blues con instrumentos robados-, pero para mí era magia. También debió de tener el mismo efecto sobre los otros, porque al cabo de pocos minutos estaban bailando, algunos solos, otros en pareja. Las mujeres de la ciudad en los brazos de los hermanos Dupré, que habían estado jugando a las cartas, y Philippe y Colette con los rostros uno junto al otro, una forma de bailar que jamás habíamos visto antes, un baile de giros y sacudidas, en el que los tobillos se torcían y las mesas eran arrinconadas por traseros oscilantes y la risa se elevaba por encima de las voces de los instrumentos; incluso Raphaël seguía el ritmo con el pie y se olvidó de su seriedad. No sé cuánto tiempo duró. Quizá menos de una hora. Quizá fueron sólo unos minutos. Sé que nos unimos a ellos, alegres detrás de la ventana, zangoloteando y dando vueltas como pequeños

demonios. La música era *caliente*, y el calor nos abrasaba como el alcohol en un *flambée*, con su olor penetrante y ácido y brincábamos como indios sabiendo que con el volumen de la música en el interior podíamos meter tanto ruido como quisiésemos sin ser oídos. Afortunadamente seguí mirando por la ventana todo el tiempo porque fui la única que vio al viejo Gustave abandonar el lugar. Di la alarma al instante y nos zambullimos detrás del muro justo a tiempo de verlo salir tambaleándose a la fría noche, una figura encorvada y oscura con la cazoleta deslumbrante de su pipa haciendo de su rostro una rosa roja. Estaba borracho pero no debilitado. De hecho, creo que nos oyó porque se detuvo junto al muro y escrutó fijamente las sombras en la parte trasera del edificio, una mano apoyada contra el ángulo del porche para evitar caerse.

– ¿Quién anda ahí? -Su voz era quejumbrosa-. ¿Hay alguien por ahí?

Seguimos callados detrás del muro, ahogando las risas.

– ¿Nadie? -repitió entonces el viejo Gustave, aparentemente satisfecho, murmuró algo apenas audible para sí mismo y se puso de nuevo en movimiento. Llegó hasta el muro, golpeó la pipa contra la piedra. Una lluvia de chispas flotó por nuestra parte y hube de taparle la boca a Reinette con la mano para evitar que se pusiese a gritar. Luego, reinó el silencio por un momento. Esperamos sin apenas atrevernos a respirar. Después lo oímos orinar contra la pared de forma exuberante y pertinaz, dando un pequeño gruñido de satisfacción al hacerlo. Sonreí en la oscuridad. No era de extrañar que estuviera tan ansioso por comprobar si había alguien por ahí. Cassis me dio un codazo furioso, una mano sobre su boca. Reine hizo una mueca de disgusto. Luego lo oímos abrocharse el pantalón y unos pasos que se dirigían al bar. Luego nada más. Esperamos algunos minutos.

– ¿Dónde está? -susurró Cassis al fin-. No se ha ido. Lo habríamos oído.

Me encogí de hombros. Bajo el fulgor de la luna podía ver la cara de Cassis reluciendo por el sudor y la ansiedad. Hice un gesto hacia el muro.

– Ve a mirar -articulé moviendo los labios-. Quizás haya perdido el conocimiento o algo así.

Cassis movió negativamente la cabeza.

– Tal vez nos haya localizado -dijo con una mueca- y está esperando a que uno de nosotros asome la cabeza y ¡paf!

Volví a hacer un gesto de indiferencia y miré con cuidado por encima del muro. El viejo Gustave no había perdido el conocimiento, estaba sentado de espaldas a nosotros observando el café, muy quieto.

– ¿Y bien? -dijo Cassis mientras yo volvía a agazaparme detrás del

muro.

Le conté lo que había visto.

– ¿Qué hace? -dijo Cassis con frustración.

Moví la cabeza.

– ¡Maldito sea el viejo idiota! ¡Nos tendrá aquí esperando toda la noche!

Puse el dedo sobre la boca.

– ¡Shh! ¡Alguien viene!

El viejo Gustave debió de oírlo también porque se apretó un poco más contra el muro en la maraña de zarzamoras por la que lo habíamos oído llegar. No fue tan sigiloso como nosotros y si hubiese seguido unos metros más a la izquierda habría aterrizado directamente encima de nosotros. Sea como fuere, fue a caer en un zarzal, maldiciendo y golpeando con su bastón y nosotros retrocedimos un poco más entre la espesura. Había una especie de túnel donde nos encontrábamos, hecho de cercos de seto y agrimonias, y para jóvenes de nuestra edad y agilidad parecía viable arrastrarse a través de él hasta llegar a la carretera. Si lo conseguíamos podríamos evitar tener que saltar al otro lado del muro y, de ese modo, escaparíamos en la oscuridad sin ser vistos.

Casi había decidido intentarlo cuando escuché el sonido de voces desde el otro lado de la pared. Una era voz de mujer, la otra sólo hablaba alemán, y reconocí a Schwartz.

Seguía oyendo la música en el bar y pensé que Schwartz y su amiguita se habían escabullido sin ser vistos. Desde mi posición en el zarzal podía ver sus figuras confundidas sobre el muro y les hice un gesto a Reinette y Cassis para que se quedasen donde estaban. También podía ver a Gustave, a cierta distancia de nosotros, sin saber de nuestra presencia, agachado contra los ladrillos junto a él y observando por una de las grietas en la mampostería. Oí la risa de la mujer, alta y un poco nerviosa, luego la espesa voz de Schwartz murmurándole algo en alemán. Él era más bajo que ella y parecía un duende al lado de la esbelta figura femenina; la forma con la que se inclinaba sobre el cuello de la mujer parecía curiosamente carnívora, igual que los sonidos que producía mientras lo hacía, como si sorbiera y musitara entre dientes, como un hombre con prisas por acabar su comida. Mientras se movían por el porche trasero, los iluminó de lleno la luz de la luna y acerté a ver las manazas de Schwartz moviéndose torpemente por la blusa de la mujer -Liebschen, Liebling- y oí la risa de ella más estridente que nunca -ji, ji, ji- mientras avanzaba sus pechos hacia las manos de él. De pronto ya no estaban solos. Una tercera figura llegó desde detrás del porche, pero el alemán no parecía sorprendido por su llegada pues saludó con un leve gesto al recién llegado -aunque la mujer parecía no darse cuenta de lo que pasaba- y

siguió con lo que estaba haciendo mientras el otro hombre miraba, silencioso y ávido, los ojos rutilantes en la oscuridad del porche como los de un animal. Era Jean-Marie Dupré.

No se me ocurrió pensar entonces que Tomas había arreglado este encuentro. El espectáculo de la mujer a cambio de otra cosa; un favor quizá, o un paquete de café del mercado negro. No pensé que el intercambio que había presenciado entre ellos en el bar y aquello tuviese alguna conexión, de hecho ni siquiera estaba segura de qué era aquello, estaba lejos del precario conocimiento que yo tenía de esas cosas. Cassis lo habría sabido pero seguía acurrucado contra el muro junto a Reinette. Hice frenéticos gestos, creyendo que había llegado el momento de escapar mientras los tres protagonistas seguían absortos en lo suyo. Asintiendo, él empezó a desplazarse hacia mí a través de los matorrales, dejando a Reinette en la sombra del muro, sola con su blusa de seda de paracaídas blanca, visible desde donde nosotros estábamos, esperando.

– Maldita sea. ¿Por qué no me ha seguido? -siseó Cassis.

El alemán y la mujer se habían acercado más al muro, de manera que apenas podíamos ver lo que estaba pasando. Jean-Marie estaba cerca de ellos, «lo suficiente para mirar», pensé, sintiendo una repentina punzada de culpabilidad y asco al mismo tiempo; podía oír su respiración, la respiración pesada y glotona del alemán y la aguda y excitada respiración del mirón con un grito penetrante y sofocado de la mujer situada entre los dos, y de pronto me sentí agradecida por no poder ver lo que estaba sucediendo, agradecida por ser demasiado joven para entenderlo, pues aquel acto parecía imposiblemente feo, imposiblemente sucio y, aun así, parecían estar disfrutando con él, los ojos en blanco hacia la luz de la luna y las bocas jadeando como peces y de pronto el alemán estaba sacudiendo a la mujer contra la pared con movimientos breves y rítmicos y oía cómo la cabeza de ella y su trasero golpeaban los ladrillos y su voz chillona, «¡ah, ah, ah!», y el gruñido de él «*Liebschen, ja, Liebling, Ach ja*» y deseé levantarme y echar a correr en aquel mismo instante; entonces sentí que toda mi entereza me abandonaba con una oleada de pánico desbordante. Estaba a punto de seguir mi instinto, medio erguida, volviéndome hacia la carretera, midiendo la distancia entre mi posición y mi escapada, cuando los ruidos cesaron bruscamente y una voz masculina, muy alta en el silencio repentino, profirió:

– *Wie ist das?*

Justamente entonces le entró pánico a Reinette, que se había acercado poco a poco a nosotros con cuidado. En lugar de quedarse quieta como habíamos hecho antes cuando el viejo Gustave había desafiado a la oscuridad, ella debió de pensar que la habían descubierto porque se levantó y echó a correr, con el reflejo de la luna

iluminando su blusa blanca y fue a caer entre los matorrales con un grito, torciéndose el tobillo y con el rostro pálido vuelto vanamente hacia nosotros y la boca moviéndose con desespero y sin palabras.

Cassis se movió deprisa. Blasfemando por lo bajo, fue corriendo hasta los matorrales que quedaban enfrente; las ramas más viejas le azotaban el rostro mientras corría y las espinas de las zarzas se le clavaban en la carne de los tobillos. Sin mirar atrás a ninguna de las dos, volteó el muro y desapareció por la carretera.

– *Verdammt!* -Era Schwartz. Había visto su cara pálida y lunar por encima del muro y me hice invisible entre los matorrales-. Wer war das?

Hauer había llegado desde la parte trasera y movió la cabeza negativamente.

– *Weiβ nicht. Etwas über da!* -dijo señalando. Tres rostros aparecieron por encima del muro. Sólo pude ocultarme detrás del oscuro follaje y esperé a que Reinette tuviera el suficiente sentido común para huir hasta él en cuanto le fuera posible. Al menos yo no había huido como Cassis, pensé con desdén. Vagamente me percaté de que en La Rép había cesado la música.

– Esperad, sigue habiendo alguien ahí -exclamó Jean-Marie, atisbando sobe el muro. La mujer de la ciudad llegó hasta él, el rostro tan pálido como la harina a la luz de la luna. Su boca parecía negruzca y cruel en contraste con aquella palidez antinatural.

– Bueno, pequeña puta -dijo agudamente-. ¡Sí, tú! ¡Levántate ahora mismo! ¡Sí, *tú*, la que se esconde detrás del muro! ¡Espiándonos! -La voz era chillona e indignada, quizá un poco culpable. Obedientemente, Reine se levantó despacio. Una chica tan buena, mi hermana. Siempre tan presta a responder a la voz de la autoridad. Menudo bien le hizo. Oía su respiración, el silbido rápido y asustado en su garganta mientras se volvía hacia ellos. Se le había salido la blusa de la falda al caer y el cabello se le había soltado y le caía sobre la cara.

Hauer musitó algo a Schwartz en alemán y este último saltó el muro para llevar a Reinette a su lado.

Durante unos segundos ella dejó que la levantaran en vilo sin protestar. Nunca fue muy rápida pensando y, de nosotros tres, era con mucho la más dócil. Una orden de un adulto y su primera reacción era obedecer sin chistar.

Luego pareció entender. Quizá fueron las manos de Schwartz sobre ella o quizá entendió lo que Hauer había murmurado porque empezó a forcejear. Demasiado tarde, Hauer la sujetaba mientras Schwartz le desgarraba la blusa, que salió volando por encima de la pared como una bandera blanca a la luz de la luna. Luego otra voz -Heinemann, creo- exclamó algo en alemán y entonces mi hermana se

puso a gritar, unos gritos fuertes y jadeantes de aversión y terror -*¡Ah, ah, ah!*-. Por un breve instante vi su rostro por encima del muro, el cabello envolviéndola, los brazos abrazando la noche y el de Schwartz, un rostro de cerveza con una mueca burlona, vuelta hacia ella, luego desapareció aunque los sonidos continuaron, los sonidos glotones de los hombres y de la mujer de la ciudad gritando por lo que debía considerar su triunfo.

– ¡Se lo merece, la pequeña puta! ¡Se lo merece!

Y ante todo risas, aquel gruñido de cerdos que aún ahora desgarra mi sueño algunas noches, eso y el sonido del saxofón, tan parecido a una voz humana, tan parecido a su voz…

Vacilé unos treinta segundos. No más, aunque me parecieron más mientras me mordía los nudillos para ayudar a la concentración y me aplastaba contra el suelo. Cassis ya se había escapado. Yo sólo tenía nueve años, ¿qué podía hacer?, me dije a mí misma. Pero aunque entendía vagamente lo que estaba sucediendo seguía sin poder abandonarla. Me levanté, abrí la boca para gritar -dentro de mí sabía que Tomas estaba cerca y él detendría todo aquello- sólo que alguien estaba escalando torpemente el muro, alguien con un bastón que descargó sobre los mirones con más rabia que acierto, alguien que bramó con voz colérica y cavernosa:

– ¡Boche asqueroso! ¡Boche asqueroso!

Era Gustave Beauchamp.

Volví a agacharme contra el suelo. Ahora podía ver bien poco de lo que estaba sucediendo pero vislumbré a Reinette cogiendo lo que quedaba de su blusa y corriendo entre gemidos por el muro en dirección a la carretera. Podría haberme unido a ella entonces pero la curiosidad y una repentina euforia me inundaron al oír la voz familiar alzándose entre el pandemonio.

– ¡Está bien! ¡Está bien!

El corazón me dio un vuelco.

Lo oí abrirse paso entre la pequeña congregación. Otros se habían sumado a la pelea ahora y el ruido del bastón de Gustave se produjo dos veces más como si alguien estuviera golpeando coles. Palabras de calma -la voz de Tomas- en francés y en alemán: «Ya está bien, calmaos, *verdammt*, cálmate quieres, Fränzl, ya has hecho bastante por un día», seguido de la voz airada de Hauer y las confusas protestas de Schwartz.

Hauer, con la voz trémula por la rabia, gritó a Gustave:

– Es la segunda vez que lo intentas conmigo esta noche, viejo *arschloch*…

Tomas exclamó algo incomprensible, seguido de un grito agudo de Gustave abortado de pronto por un ruido como el de un saco de harina golpeando el suelo de piedra del granero, un *¡bum!* terrible

contra la piedra, luego un silencio tan inesperado como una ducha helada.

Duró unos treinta segundos o más. Luego, nadie habló. Nadie se movió.

Y enseguida la voz de Tomas, alegremente despreocupada: «Ya está bien. Volved al bar. Id a acabaros las bebidas. El vino debe de haberlo vencido al fin».

Hubo un murmullo inquieto, un susurro, un silbido de protestas. La voz de una mujer, Colette, creo. «Sus ojos…»

– Es sólo la bebida -la voz de Tomas era risueña y liviana-. Un viejo como él… Nunca sabe cuándo terminar. -Su risa fue absolutamente convincente y aun así yo sabía que estaba mintiendo-. Fränzl, quédate y ayúdame a llevarlo a casa. Udi, llévate a los demás para adentro.

Tan pronto como los otros hubieron regresado al bar volví a oír la música del piano, una voz femenina elevándose con un nervioso gorjeo entonando la melodía de una canción popular. Solos, Tomas y Hauer empezaron a hablar en tonos rápidos y urgentes.

– «*Leibniz, was muß*…» -decía Hauer.

– *Halt's Maul!* -lo cortó Tomas bruscamente. Dirigiéndose al lugar donde me pareció que había caído el cuerpo del anciano, se arrodilló. Oí cómo movía a Gustave, luego le habló con suavidad un par de veces en francés.

– Viejo. Despierta, viejo.

Hauer dijo algo rápido y enfadado en alemán que no conseguí captar. Luego Tomas habló, pausada y claramente, y el tono que empleó, más que las palabras mismas, fue lo que me hizo entender. Lenta y deliberadamente, las palabras eran casi divertidas con su frío desprecio.

– *Sehr gut, Fränzl* -dijo Tomas secamente-. *Er ist tot.*

Capítulo 9

Sin pastillas. Debía de estar desesperada. Aquella noche terrible, con el aroma a naranjas por todas partes y nada a lo que pudiera aferrarse.

«Vendería a mis hijos por una noche de descanso.»

Luego, debajo de una receta recortada y pegada de un periódico, en su caligrafía tan pequeña que mis viejos ojos necesitaron una lupa para distinguir las palabras:

T.L. volvió. Dijo que había habido un problema en La Rép. Algunos soldados se desmandaron. Dijo que R-C. podía haber presenciado algo. Trajo pastillas.

¿Fueron aquellas las treinta tabletas de morfina? ¿A cambio de su silencio? ¿O las pastillas eran algo completamente diferente?

Capítulo 10

Paul volvió media hora después. Tenía la expresión ligeramente tímida de un hombre que está esperando una regañina, y olía a cerveza.

– Tuve que tomar algo -me dijo en tono de disculpa-. Habría parecido un poco raro que me hubiese quedado mirándolos sin más.

Entonces yo ya estaba totalmente empapada e irritable.

– ¿Y bien? -pregunté-. ¿Cuál es tu gran descubrimiento?

Paul se encogió de hombros.

– Quizá no sea nada -dijo en tono reflexivo-. Me gustaría… bueno, espera un momento hasta que compruebe algunas cosas antes de darte esperanzas.

Me lo quedé mirando fijamente a los ojos.

– Paul Désiré Hourias -declaré-. Llevo un siglo esperándote bajo la lluvia. He aguantado el tufo de este café espiando a Dessanges porque tú creías que quizá descubriríamos algo. No me he quejado una sola vez. -Llegados a este punto me dirigió una mirada burlona que pasé por alto-. Eso me convierte prácticamente en una *santa* -añadí con firmeza-. Pero si te atreves a dejarme en la oscuridad, si realmente se te ocurre hacerlo…

Paul hizo un gesto de derrota.

– ¿Cómo sabes que mi segundo nombre es Désiré? -inquirió.

– Yo lo sé todo -respondí sin sonreír.

Capítulo 11

No sé lo que hicieron después de que huyéramos. Un par de días después un pescador halló el cuerpo del viejo Gustave en el Loira, a las afueras de Courlé. Los peces se habían cebado en él. Nadie mencionó lo sucedido en La Mauvaise Réputation, aunque los hermanos Dupré parecían más furtivos que nunca y un silencio insólito reinaba en el café. Reinette no dijo una palabra de lo que había pasado y yo le hice creer que había huido al mismo tiempo que Cassis para que ella no sospechara lo que había visto. Pero en cierto modo había cambiado. Parecía más fría, más agresiva. Cuando creía que yo no estaba mirando se tocaba el cabello y el rostro de forma compulsiva, como si comprobara que todo estaba en su sitio. Faltó a la escuela unos días argumentando tener dolor de estómago.

Sorprendentemente, madre lo consintió. Se sentaba junto a ella, dándole bebidas calientes y hablándole en voz baja y premiosa. Trasladó la cama de Reinette a su propia habitación, algo que jamás antes había hecho ni por mí ni por Cassis. Una vez vi que le daba dos tabletas que Reinette tomó con desgana, entre protestas. Desde mi puesto de espía detrás de la puerta acerté a oír parte de su conversación en la que me pareció reconocer la palabra *maldición*. Reinette estuvo bastante enferma algunos días después de haberse tomado las pastillas pero pronto se recuperó y no se volvió a hablar más del incidente.

Apenas hay referencias sobre esto en el álbum. En una página mi madre escribe: «R-C. está totalmente recuperada», debajo de una caléndula y de la receta de una tisana de ajenjo. Pero siempre albergué sospechas al respecto. ¿Eran las pastillas una especie de purgante para evitar un embarazo no deseado? ¿Eran las mismas pastillas que madre mencionaba en su diario? ¿Y las iniciales T.L. se referían a Tomas Leibniz?

Creo que Cassis debió de adivinar algo de lo que pasaba pero estaba demasiado absorto en sus propios asuntos para reparar mucho en Reinette. En cambio, se dedicaba a memorizar sus lecciones, leer sus revistas, jugar en los bosques con Paul y hacer como si nada hubiera sucedido. Quizá para él así fuese.

Intenté hablar con él en una ocasión.

– ¿Pasó algo? ¿Qué quieres decir con que pasó algo? -Estábamos sentados en lo alto del puesto de vigilancia comiendo bocadillos de mostaza y leyendo *La máquina del tiempo*. Había sido mi historia favorita de aquel verano y nunca me cansaba de oírla. Cassis me miró, con la boca llena y sus ojos esquivando los míos.

– No estoy segura -aventuré con tiento, observando su plácido

rostro asomando por encima de la cubierta del libro-. Quiero decir, que sólo me quedé un minuto más pero… -Resultaba difícil ponerlo en palabras. No había palabras en mi vocabulario para un acto así-. Casi cogieron a Reinette -comenté sin convicción-. Jean-Marie y los otros. La… la empujaron contra la pared. Le rasgaron la blusa -dije.

Había más, si hubiese podido hallar las palabras. Intenté evocar el sentimiento de horror, de culpabilidad que me había invadido entonces, el sentimiento de que estaba a punto de presenciar algo repulsivo, un misterio apremiante, pero todo parecía borroso, confuso como las imágenes en un sueño.

– Gustave estaba ahí -continué desesperada.

Cassis se estaba enfadando.

– ¿Y qué? -dijo con brusquedad-. ¿Y qué? Estuvo todo el rato ahí, el viejo idiota. ¿A qué me vienes ahora con eso? -Con todo, sus ojos seguían evitando los míos, deteniéndose en la página, oscilando de un lado a otro como las hojas muertas en el viento.

– Hubo una pelea. Algo parecido a una pelea -tuve que decir. Sabía que él no quería que lo hiciese, vi su mirada evitándome deliberadamente, concentrándose en la página, y deseando que yo cerrara la boca de una vez.

Silencio. En silencio nuestros deseos luchaban entre sí, él con sus años y experiencia, yo con el peso de lo que sabía.

– ¿Crees que quizá…?

Entonces se me encaró, ferozmente, con los ojos iluminados por la rabia y el terror.

– Si creo qué. ¡Por el amor de Dios! Si creo qué -me espetó-. ¿Acaso no has hecho bastante ya, con tus arreglos, tus planes y tus brillantes ideas? -Estaba jadeando, el rostro febril y muy cerca del mío-. ¿No te parece que ya has hecho bastante?

– No sé qué… -Estaba al borde de las lágrimas.

– Bien, pues piensa, ¿por qué no lo haces para variar? -gritó Cassis-. Digamos que sospechas algo. Digamos que sabes por qué murió el viejo Gustave. -Se detuvo para observar mi reacción, bajando la voz a un seco murmullo-. Digamos que sospechas de alguien. ¿A quién vas a decírselo? ¿A la policía? ¿A madre? ¿A la jodida legión extranjera?

Lo miré sintiéndome despreciable pero no lo demostré, sino que insolente lo desafié con la mirada, como solía hacer.

– No podríamos contárselo a nadie -siguió Cassis con la voz alterada-. A nadie. Querrían saber cómo lo averiguamos. Con quién hemos estado hablando. Y si lo decimos -sus ojos se desviaron de los míos-, si dijéramos algo… a alguien… -se interrumpió de pronto y volvió a enfrascarse en el libro. Hasta su miedo había desaparecido dejando en su lugar una cauta indiferencia-. Tenemos suerte de ser

sólo unos críos -comentó en un tono nuevo e inexpresivo-. Los críos siempre andan jugando con cosas de ésas. Intentando averiguarlo todo, haciéndose pasar por detectives, cosas así. Todo el mundo sabe que no es real. Todo el mundo sabe que sólo son invenciones nuestras.

– Pero Gustave… -le dije mirándolo fijamente.

– Sólo un pobre viejo -dijo Cassis, haciéndose eco inconscientemente de las palabras de Tomas-. Se cayó al río, había bebido demasiado vino. Pasa a menudo. ¿Entendido?

Me estremecí.

– No vimos nada -dijo Cassis imperturbable-. Ni tú, ni yo, ni Reinette. Nada ocurrió. ¿Entendido?

– Yo lo vi. Lo vi -dije negando con la cabeza.

Pero Cassis ya no volvió a mirarme, refugiándose en las páginas de su libro en el que los Morlocks y los Eloi guerreaban furiosamente detrás de las barreras seguras de la ficción. Cada vez que intenté hablar con él en ocasiones posteriores hizo como que no sabía de qué le hablaba o creía que yo estaba jugando. Con el tiempo quizá llegó a creerse su propia historia.

Los días pasaron. Eliminé todo rastro de la bolsita de la naranja de la almohada de mi madre, así como la piel de naranja oculta en el barril de las anchoas y las enterré en el jardín. Tenía la sensación de que jamás volvería a utilizarlas.

Me he levantado a las seis esta mañana -escribe- por primera vez desde hace meses. Es extraño como todo parece distinto. Cuando no has dormido parece como si el mundo fuese desvaneciéndose poco a poco. El suelo no está firme bajo tus pies. El aire parece estar lleno de partículas brillantes y punzantes. Siento que he dejado atrás una parte de mí misma pero no consigo recordar el qué. Me miran con ojos tan solemnes… Creo que me temen. Todos menos Boise. Ella no tiene miedo de nada. Querría advertirle que eso no dura siempre.

Tenía razón sobre aquello. No dura siempre. Lo supe en el mismo instante en el que Noisette nació, mi Noisette, tan astuta, tan dura, tan como yo misma. Ahora tiene una hija, una niña que no he llegado a conocer salvo por las fotografías. Le ha puesto Peche. A veces me pregunto cómo se las arregla, sola, tan lejos de casa. Noisette solía mirarme del mismo modo, con aquellos ojos suyos, oscuros y fuertes. Ahora se me ocurre que ella se parece más a mi madre incluso que yo.

Unos días después del baile en La Rép, Raphaël se presentó en casa. Se inventó alguna excusa -comprar vino o algo-, pero sabíamos lo que realmente quería. Cassis nunca lo llegó a admitir, por supuesto, pero lo adiviné en los ojos de Reine. Quería averiguar lo que sabíamos nosotros. Supongo que estaba preocupado más que el resto porque, a fin de cuentas, era su café y se sentía responsable. Quizá lo había

adivinado. Quizás alguien había hablado. Sea como fuere, estaba nervioso como un gato cuando mi madre abrió la puerta: sus ojos se movían precipitadamente hacia el interior de la casa y luego hacia afuera. Desde el baile, el negocio en La Mauvaise Réputation había ido mal. En la estafeta de correos había oído comentar, quizá fuera a Lisbeth Genêt, que el lugar se había echado a perder, que los alemanes llevaban ahí a sus putas, que no había nadie decente que se dejara ver por allí y, si bien nadie había establecido la conexión entre lo sucedido aquella noche y la muerte de Gustave Beauchamp, no había la menor duda de que pronto empezarían las habladurías. Al fin y al cabo era un pueblo, y en un pueblo nadie puede mantener un secreto demasiado tiempo.

En fin, madre no le dio lo que se llamaría una cálida bienvenida. Quizás era demasiado consciente de que los estábamos observando, demasiado consciente de lo que él sabía de ella. Quizá su enfermedad la hacía ser brusca o quizás fuese sólo su temperamento hosco. En cualquier caso, Raphaël no volvió más, aunque hay que decir que una semana después, él y todos los presentes la noche del baile en La Mauvaise Réputation estaban muertos, así que tal vez no tuvo la oportunidad.

Madre hace una referencia a su visita.

Ese idiota de Raphaël vino. Demasiado tarde, como de costumbre. Me dijo que sabía dónde podía conseguir algunas pastillas. Le dije que nunca más.

Nunca más. Así. Si hubiese sido otra mujer no la hubiese creído, pero Mirabelle Dartigen no era una mujer como las demás. Nunca más, dijo. Y fue su última palabra. Que yo sepa no volvió a tomar morfina nunca más, aunque quizás aquello se debiera también a lo que sucedió después más que a un puro acto de fuerza de voluntad. Naturalmente, a partir de entonces no habría más naranjas, nunca más. Incluso creo que había perdido el gusto por ellas.

QUINTA PARTE. La Cosecha

Capítulo 1

Os dije que gran parte de lo que escribía eran mentiras. Párrafos enteros llenos de mentiras enmarañadas con la verdad como enredaderas en un seto, obscurecido aún más por la jerga delirante que utilizaba; líneas que se entrecruzan y se vuelven a cruzar, palabras interrumpidas e invertidas de modo que cada una se convierte en una batalla de mi voluntad contra la suya para extraer el significado del código en el que está escrita.

«Hoy paseaba a orillas del río. Vi a una mujer con una cometa hecha de madera contrachapada y bidones de aceite. Jamás me habría imaginado que una cosa así pudiese volar. Grande como un tanque pero pintada de muchos colores y con lazos colgándole de la cola. Pensé… (a esas alturas algunas palabras están borrosas por las manchas de aceite de oliva, que han vuelto la tinta de un violeta intenso en el papel)… pero ella saltó por encima del cruce y se elevó en el aire. Al principio no la reconocí aunque creo que debía de ser Minette pero…» (una mancha más grande oscurece casi todo el resto, aunque hay algunas palabras visibles). «Hermosa» es una de ellas. Garabateada al principio del párrafo escribe la palabra «balancín» en caligrafía normal. Debajo, un diagrama irregular que podría representar cualquier cosa pero que parece mostrar un monigote sobre la imagen de una esvástica.

En cualquier caso, no tiene importancia. No había ninguna mujer con una cometa. Incluso la referencia a Minette carece de sentido alguno: la única Minette que conocíamos era una anciana prima lejana de mi padre a quien la gente consideraba amablemente como «excéntrica»; solía llamar «bebés» a todos sus gatos y, a veces, la habían visto dando de mamar a los gatitos en lugares públicos, su rostro apacible encima de su carne flácida y escandalosa.

Sólo os cuento esto para que entendáis. Había todo tipo de cuentos fantásticos en el álbum de madre: historias de encuentros con personas fallecidas tiempo atrás, sueños disfrazados de realidad, imposibilidades prosaicas, días lluviosos transformados en días radiantes, un perro guardián imaginario, conversaciones que nunca tuvieron lugar, algunas de ellas bastante aburridas, un beso de un amigo desaparecido hacía tiempo. A veces tiene una forma de mezclar la verdad con las mentiras tan diestra que ya no soy capaz de distinguir la una de las otras. Además, no hay un propósito aparente. Quizá fuese su enfermedad la que hablaba, o las ilusiones de su adicción. No sé si pretendía que el álbum lo vieran otros ojos que no fueran los suyos. No responde a la función de unas memorias. En algunos lugares es casi un diario; aunque no del todo; la secuencia

irregular le roba toda lógica y utilidad. Quizá por eso me llevó tanto tiempo comprender lo que saltaba a la vista, ver las razones que la impulsaron a obrar así y las terribles repercusiones de mis propias acciones. A veces sus frases están doblemente escondidas, apretujadas entre líneas de recetas con una caligrafía de trazos diminutos. Tal vez así es como ella deseara que fuera, entre ella y yo, al fin, un esfuerzo de amor.

Confitura de tomates verdes.

Se cortan los tomates en rodajas, como si fuesen manzanas, y se pesan. Se ponen en un recipiente con un kilo de azúcar por cada kilo de fruta. Me desperté a las tres de la madrugada y fui a buscar las pastillas. Había vuelto a olvidar que ya no quedaban. Cuando el azúcar se haya fundido (se retira del fuego y se le añaden un par de vasos de agua si es necesario) se remueve con una cuchara de madera. No dejo de pensar en que si acudiese a Raphaël, él podría encontrarme otro proveedor. No me atrevo a ir a los alemanes otra vez, no después de lo que pasó, preferiría morirme antes que hacerlo. Luego se añaden los tomates y se deja cocer a fuego lento, removiendo con frecuencia. De vez en cuando espumar la confitura con una espumadera. A veces morir es mejor que esto. Al menos entonces no tendría que preocuparme por despertar, ja, ja. No dejo de pensar en los niños. Temo que Belle Yolande tiene el hongo de la miel, tendré que excavar las raíces infectadas o se extenderá por todas las demás. Se deja cocer a fuego lento durante dos horas, algo menos quizás. Me siento muy enfadada, conmigo misma, con él, con ellos. Conmigo principalmente. Cuando ese idiota de Raphaël me lo dijo tuve que morderme los labios hasta hacerlos sangrar para no delatarme. No creo que se diera cuenta. Le dije que ya lo sabía, que las chicas estaban siempre haciendo travesuras, que no había pasado nada. Pareció aliviado y cuando se fue cogí un hacha y estuve cortando madera hasta que apenas podía mantenerme en pie, deseando en todo momento que fuese su cara.

Ya veis. La narración es confusa. Sólo pasado el tiempo empieza a tener algo de sentido. Y, claro está, ella jamás nos contó nada de su conversación con Raphaël. Sólo me cabe imaginar lo que sucedió, la ansiedad de él, el silencio impertérrito y pétreo de ella, la culpabilidad de él. Después de todo, era su café. Pero madre jamás habría dicho nada. Pretender que ya lo sabía era una táctica defensiva, una forma de poner una barrera contra su preocupación no deseada. Reine podía cuidarse de sí misma, le habría dicho seguramente. Además, no había pasado nada en realidad. Reine sería más cuidadosa en el futuro. Podíamos estar contentos de que nada malo hubiera pasado.

T. me dijo que no fue culpa suya, pero Raphaël dijo que él estaba allí y que no hizo nada. Después de todo, los alemanes eran sus amigos. Quizá pagaron por Reine lo mismo que hacían con esas

mujeres de la ciudad que Tomas traía consigo.

Lo que acalló nuestras sospechas fue el hecho de que ella jamás se refiriera al incidente con nosotros. Tal vez sencillamente no sabía cómo hacerlo -sentía un profundo desagrado por cualquier cosa que le recordara las funciones corporales- o quizá pensó que se trataba de un asunto que mejor era dejarlo como estaba. Pero su álbum revela su rabia creciente, su violencia, sus sueños de venganza. «Quería machacarlo hasta que no quedara nada de él», escribe. Cuando lo leí por primera vez estaba convencida de que se refería a Raphaël pero ahora ya no estoy tan segura. La intensidad de su odio habla de algo más profundo, más tenebroso. Una traición, quizá. O un amor frustrado.

Tenía las manos más suaves de lo que había imaginado -escribe debajo de la receta para el pastel de salsa de manzana-. Parece muy joven y sus ojos tienen el mismo color que el mar en un día tormentoso. Pensé que odiaría el acto y lo odiaría a él pero hay algo en su dulzura. Aun siendo alemán. Me pregunto si estoy loca por creer sus promesas. Soy mucho más vieja que él. Y, aun así, no soy tan vieja. Quizá todavía esté a tiempo.

No hay nada más sobre eso aquí, como si se hubiese avergonzado de su propia audacia pero, ahora que sé dónde buscar, encuentro breves referencias por todo el álbum. Palabras sueltas, frases interrumpidas por recetas o consejos de jardinería, codificadas incluso para sí misma. Y el poema:

Esta dulzura
sacada a cucharadas
como una fruta lustrosa.

Durante años creí que también eso era producto de su fantasía, como muchas de las otras cosas que menciona. Mi madre jamás podría haber tenido un amante. Le faltaba la capacidad de ternura. Sus defensas eran demasiado buenas, sus impulsos sensuales sublimados gracias a sus recetas para crear unas *lentilles cuisinées* perfectas, la *crême Brûlée* más ardiente. Nunca se me ocurrió que habría algo de verdad en aquellas fantasías harto improbables. Recordar sus facciones, la amarga mueca de su boca, las líneas duras de los pómulos, el cabello peinado hacia atrás y recogido en un moño en la coronilla, incluso la historia de la mujer de la cometa se me antojaba más probable que aquello.

No obstante, acabé creyéndolo. Quizá fue Paul quien me hizo empezar a recapacitar. Quizá fue el día en que me sorprendí a mí misma mirando mi imagen en el espejo, con un pañuelo de color rojo atado a la cabeza y los pendientes de mi cumpleaños (un regalo de Pistache que nunca me había puesto antes) colgando coquetamente. Tengo sesenta y cinco años, por el amor de Dios. Debería ser más

juiciosa. Y aun así hay algo en su forma de mirarme que hace que mi viejo corazón empiece a sufrir sacudidas como el motor de un tractor. No es el sentimiento perdido y frenético que albergaba por Tomas. Ni siquiera el alivio temporal que Hervé me ofreció. No, esto es algo completamente diferente. Una sensación de paz. La sensación que se tiene al conseguir que una receta salga perfecta, un *soufflé* perfectamente esponjoso, una sauce hollandaise impecable. Es una sensación que me dice que cualquier mujer puede ser bella a los ojos del hombre que la ama.

Me ha dado por ponerme crema en las manos y en la cara antes de acostarme por las noches y el otro día saqué una vieja barra de labios -agrietada y grumosa por el desuso- y me puse un poco de carmín antes de quitármelo presa de una culpable confusión. ¿Qué estoy haciendo? ¿Y por qué? A los sesenta y cinco años debería haber pasado la edad en que se puede pensar decentemente en cosas así. Pero la severidad de mi propia voz interior no me convence. Me cepillo el pelo con más cuidado que antes y me lo recojo detrás con una peineta de carey. La cabeza blanca y el seso por venir, me digo duramente.

Y mi madre tenía casi treinta años menos.

Ahora miro su fotografía con una especie de serenidad. La mezcla de emociones que durante tantos años sentí, la amargura y la culpabilidad han disminuido, de modo que ahora puedo ver -realmente puedo ver- sus rasgos. Mirabelle Dartigen, las facciones tan afiladas y el cabello tan tirante que duele sólo de mirarla. ¿De qué tenía miedo la mujer solitaria de la fotografía? La mujer del álbum es distinta, la mujer melancólica del poema, riéndose y enfureciéndose detrás de su máscara, a veces flirteando, otras fríamente letal en sus maquinaciones. La veo con claridad, sin haber entrado aún en los cuarenta, con el cabello apenas pincelado de gris, los ojos negros reteniendo aún su brillo. Una vida entera de trabajo no ha conseguido doblegarla y los músculos de sus brazos siguen siendo fuertes y firmes. También los senos son firmes debajo de una sucesión de austeros delantales grises; a veces mira su cuerpo desnudo en el espejo que hay detrás de la puerta del armario y se imagina su larga y solitaria viudez, la llegada de la vejez, los vestigios de la juventud abandonándola, las líneas hundidas del vientre colgándole en pliegues flácidos en las caderas, los muslos flacos haciendo sobresalir sus rodillas abultadas. Queda tan poco tiempo…, se dice la mujer a sí misma. Casi puedo oír su voz ahora desde las páginas del álbum. Tan poco tiempo…

¿Y quién llegaría, aun después de cien años de espera? ¿El viejo Lecoz con su mirada legañosa y lasciva? ¿O Alphonse Fenouil o Jean-Pierre Truriand? Secretamente, ella sueña con un extranjero de voz

suave, en su mente lo ve, un hombre capaz de ver más allá de lo que ella se había convertido en lo que podía haber llegado a ser.

Naturalmente, no hay forma de saber lo que sentía. Pero ahora me noto más próxima a ella de lo que he estado en toda mi vida, casi tanto como para oír esa voz procedente desde las frágiles páginas del álbum: una voz que se esfuerza por intentar ocultar su verdadera naturaleza, la mujer pasional y desesperada detrás de esa máscara de hielo.

Habéis de entender que todo esto es pura especulación. Ella nunca menciona su nombre. No puedo probar que tuviera un amante y mucho menos que éste fuese Tomas Leibniz. Pero algo en mi interior me dice que, aunque no acierte en todos los detalles, la esencia es cierta. Podían haber sido muchos otros hombres, me digo a mí misma. Pero en el fondo de mi corazón creo que sólo pudo ser Tomas. Quizá me parezco más a ella de lo que querría pensar. Quizás ella lo sabía y dejarme el álbum fue su forma de intentar hacerme entender.

Quizá fue un intento de poner fin a nuestra guerra.

Capítulo 2

No volvimos a ver a Tomas hasta pasadas un par de semanas después del baile en La Mauvaise Réputation. En parte fue por madre -medio enloquecida a causa del insomnio y las migrañas- y en parte porque percibíamos que algo había cambiado. Todos lo percibíamos: Cassis, ocultándose detrás de sus cómics. Reine, con su nuevo e inexpresivo silencio, incluso yo misma. ¡Oh, lo echábamos de menos! Los tres lo hacíamos: el amor no es algo que se pueda cerrar como si fuese un grifo, y cada uno a nuestro modo intentábamos excusarlo por lo que había hecho, por su complicidad en lo sucedido.

Pero el fantasma del viejo Gustave Beauchamp nadaba debajo de nosotros como la sombra amenazadora de un monstruo marino, impregnándolo todo. Jugábamos con Paul casi como lo hacíamos antes de conocer a Tomas, pero nuestros juegos eran desganados y eso nos impelía a fingir exuberancia para ocultar el hecho de que habían perdido toda su vitalidad. Nadábamos en el río, corríamos por los bosques, trepábamos a los árboles con más energía que antes, pero detrás de todo sabíamos que estábamos esperando, sufriendo y agitándonos por la impaciencia de verlo. Creo que, incluso entonces, todos pensamos que él sería capaz de arreglarlo.

Yo, por mi parte, tenía esa certeza. Él estaba siempre tan seguro, era tan arrogante y tenía tal confianza en sí mismo… Lo imaginaba con el cigarrillo colgado de las comisuras de los labios y la gorra ladeada hacia atrás, el sol en los ojos y aquella sonrisa iluminándole el rostro, aquella sonrisa que iluminaba el mundo entero…

Pero el jueves llegó y pasó y Tomas no apareció. Cassis lo buscó en la escuela pero no había ni rastro de él en ninguno de los lugares que solía frecuentar. Hauer, Schwartz y Heinemann también estaban extrañamente ausentes, como si intentaran evitar el contacto con nosotros. Otro jueves llegó y pasó. Hicimos ver que no lo notábamos, ni siquiera mencionábamos su nombre entre nosotros aunque es posible que lo susurráramos entre sueños, siguiendo los avatares de la vida sin él como si nos importara bien poco el hecho de volver a verlo o no. Mis intentos de capturar a la Gran Madre se volvieron casi frenéticos. Llegaba a comprobar las trampas unas diez o veinte veces al día y las renovaba continuamente. Robaba comida de la bodega para preparar nuevos cebos más tentadores. Nadaba hasta la piedra del tesoro y me pasaba horas allí sentada con mi caña de pescar, observando el gracioso arco del sedal al hundirse en el agua y escuchando los ruidos del río a mis pies.

Raphaël volvió a pasar para ver a madre. El negocio en el café iba mal. Alguien había pintado Colaborador en letras rojas en el muro

trasero y durante la noche tiraban piedras a los cristales de atrás, de modo que había tenido que taparlos. Escuché en la puerta mientras hablaba a madre en voz queda y urgente.

– No fue culpa mía, Mirabelle -dijo-. Tienes que creerme. Yo no fui responsable.

Mi madre emitió un sonido evasivo entre dientes.

– No se puede estar a malas con los alemanes -dijo Raphaël-. Hay que tratarlos de la misma forma que a cualquier otro cliente. No es que yo sea el único que…

– En este pueblo quizá sí lo eres -respondió mi madre con un gesto de indiferencia.

– ¿Cómo puedes decir eso? Bien que te fue a ti en un tiempo…

Madre dio un paso adelante. Raphaël se apresuró a retroceder, haciendo sonar los platos que estaban sobre el aparador. La voz de ella era apagada y furiosa.

– ¡Cierra la boca, estúpido! -silbó-. Eso se ha terminado. ¿Me oyes bien? Terminado. Y si tengo la menor sospecha de que se lo has contado a alguien…

La cara de Raphaël estaba amarillenta por el miedo pero se hizo el fanfarrón.

– No toleraré que nadie me llame estúpido… -empezó a decir con voz trémula.

– ¡A ti te llamo estúpido y puta a tu madre si me da la gana! -la voz de mi madre era brusca y estridente-. Eres un bobo y un cobarde, Raphaël Crespin, y los dos lo sabemos. -Ella estaba tan cerca de él que apenas si pude ver el rostro de Raphaël, aunque vi sus manos a ambos lados de ella en actitud suplicante-. Pero si tú o alguien habla de esto… Que Dios te ayude si mis hijos llegan a enterarse de algo a través de ti… -oía su respiración seca, como hojas muertas en la diminuta cocina-, porque entonces te mataré -susurró mi madre, y Raphaël debió de creerla, pues su cara estaba blanca como el requesón cuando abandonó la casa.

»¡Ay de quien se meta con mis hijos, mataré a los bastardos! -espetó mi madre detrás de él y lo vi estremecerse como si las palabras de ella estuviesen llenas de veneno-. Mataré a los bastardos -repitió mi madre, aunque Raphaël ya casi estaba en la puerta del jardín, medio corriendo, con la cabeza agachada como si soplara una fuerte ventisca.

Eran palabras que después habrían de perseguirnos.

Estuvo de un humor de perros el resto del día. Hasta Paul recibió el latigazo de su lengua cuando vino a preguntarle a Cassis si iban a jugar. Madre, que había permanecido en silencio, buscando pelea desde la visita de Raphaël, lanzó contra él un ataque tan fiero sin la menor provocación que el pobre Paul sólo pudo mirarla, moviendo los

labios, la voz atrapada en un tartamudeo agónico: «Estoy tan… tan… es-estoy tan…»

– ¡Habla bien, cretino! -gritó mi madre con su voz vidriosa y por un instante me pareció ver que los mansos ojos de Paul se encendían con algo casi salvaje, luego se dio la vuelta sin decir palabra y huyó bruscamente hacia el Loira, recuperando la voz durante la carrera y ululando una serie de quiebros extraños y desesperados mientras corría.

– ¡Vete con viento fresco! -gritó mi madre detrás de él, cerrando la puerta de un portazo.

– No deberías haberle dicho eso -le dije fríamente a su espalda-. No es culpa suya si tartamudea.

Mi madre se volvió hacia mí, los ojos como ágatas.

– Te pondrías de su lado -dijo rotundamente-. Si tuvieses que elegir entre un nazi y yo, te pondrías de parte del nazi.

Capítulo 3

Entonces empezaron a llegar los anónimos. Fueron tres, garabateados en papel de carta de color azul y deslizados por debajo de la puerta. La sorprendí mientras recogía uno de ellos y la vi metérselo en el bolsillo del delantal casi gritándome para que me fuese a la cocina, no estaba en condiciones de ser vista, coge el jabón y frota, frota, frota. Había una nota estridente en su voz que me recordó a la bolsita de naranja. Me largué de allí pero no olvidé la nota y pasado el tiempo, cuando la encontré pegada en el álbum entre una receta para el *boudin noir* y un recorte de periódicos sobre cómo quitar manchas de betún, la reconocí al instante.

«Savemos lo que as estao haciendo -se leía en letras pequeñas y temblorosas-. Te emos estao oservando y savemos lo que ay que acer con los colavoradores.» Debajo ella había escrito en letras de color rojo vivo: «Aprende ortografía, ja, ja, ja». Pero sus palabras son demasiado grandes, demasiado intensas como si se esforzara por aparentar indiferencia. Ciertamente, nunca nos habló de los anónimos aunque ahora me doy cuenta de que sus repentinos cambios de humor podían estar relacionados con su secreta llegada. Otro de ellos parece sugerir que el escritor anónimo sabía algo de nuestros encuentros con Tomas.

Emos visto a tus ijos con el, asin que no intentes negarlo. Savemos a que estas jugando. Te crees mucho mehor que los damas pero no eres mas que una puta de boches y tus ijos le venden informacion a los alemanes. Que te pareze eso.

Los anónimos podían ser de cualquiera. Era cierto que la expresión denotaba una educación pobre y la ortografía era atroz, pero cualquiera del pueblo podía ser el autor. Mi madre empezó a comportarse de forma más errática que antes si cabe, encerrándose en la granja durante la mayor parte del día y observando a la gente que pasaba con una sospecha que rayaba en la paranoia.

La tercera carta fue la peor. Supongo que no hubo más, aunque quizá ella decidió no guardarlas, pero creo que ésta es la última.

No mereces vivir -dice-. Tu eres una puta de nazis y tus ijos unos engreios. Apuesto a que no savias que nos estan vendiendo a los alemanes. Preguntales de onde sacan toas esas cosas. Las tien guardas en un lugar en el bosque. Las reciven de un tal Libnits creo que es. Tu lo conozes y nosotros te conozemos a ti.

Aquella misma noche alguien pintó una C escarlata en la puerta principal de nuestra casa y Puta De Nazis en una de las paredes del corral, aunque pintamos encima antes de que nadie pudiese ver lo que había escrito. Y el octubre se hizo eterno.

Capítulo 4

Aquella noche Paul y yo regresamos tarde de La Mauvaise Réputation. La lluvia había cesado pero aún hacía frío -no sé si es que las noches son más frías que antes o que yo aguanto menos el frío que en los viejos tiempos- y estaba impaciente y malhumorada. Pero cuanto más impaciente me ponía, más reservado estaba Paul, hasta que los dos nos mirábamos el uno al otro en silencio con el ceño fruncido, despidiendo oleadas de vaho mientras caminábamos.

– Aquella chica -dijo Paul por fin. Su voz era tranquila y pensativa, como si estuviese hablando consigo mismo-. Parecía muy joven ¿no crees?

Me molestó lo que se me antojó irrelevante.

– ¿Qué chica, por el amor de Dios? -le espeté-. Pensé que estábamos buscando la forma de librarnos de Dessanges y su grasiento remolque no dándote una excusa para que andes echándoles el ojo a las chicas.

Paul no me hizo caso.

– Estaba sentada a su lado -dijo despacio-. La habrás visto entrar. Vestido rojo, tacones altos. También va con frecuencia al puesto.

Resultaba que sí me acordaba de ella. Recordaba el contorno amohinado de su boca roja bajo una raja de pelo negro. Una de las clientas regulares de Luc procedentes de la ciudad.

– ¿Y?

– Era la hija de Louis Ramondin. Se trasladó a Angers hace un par de años, ¿sabes? con su madre Simone, después del divorcio. Te acordarás de ellos. -Asintió como si le hubiese dado una respuesta educada en vez del gruñido que proferí-. Simone volvió a utilizar su apellido de soltera, Truriand. La chica tendrá ahora unos catorce o quince años.

– ¿Y? -Seguía sin poder ver el interés de todo aquello. Me saqué la llave y la metí en la cerradura. Paul prosiguió con su mismo tono lento y pensativo.

– No puede tener más que quince, diría yo -repitió.

– Muy bien -dije bruscamente-. Me alegro de que hayas encontrado algo que te anime la noche. Es una pena que no le preguntases el número de pie que calza; en ese caso tendrías algo más real con lo que poder soñar.

– Estás celosa -sugirió Paul dedicándome una de sus sonrisas indolentes.

– En absoluto -respondí indignada-. Ya me gustaría a mí que fueses a babear en la alfombra de otra, viejo verde.

– Bueno, estaba pensando -empezó Paul con lentitud.

– Bien hecho -repliqué.

– Estaba pensando que Louis, siendo un gendarme y todo eso, quizá pondría objeciones si resulta que es su hija quien está también liada… a los quince, quizás incluso catorce… con un hombre… un hombre casado… como Luc Dessanges. -Me dirigió una breve mirada triunfal y burlona-. Ya sé que los tiempos han cambiado desde que nosotros éramos jóvenes pero los padres y las hijas, sobre todo los policías…

– ¡Paul! -exclamé.

– Además, fumando también esos cigarrillos -añadió en el mismo tono reflexivo-. De esos que solía haber en los clubes de jazz, hace años.

Lo miré sorprendida.

– Paul eso es algo casi inteligente.

Se encogió de hombros con modestia.

– He estado por ahí haciendo algunas preguntillas -confesó-. Pensé que tarde o temprano me llegaría algo -se detuvo-. Justamente por eso estuve un rato allí dentro -añadió-. No estaba seguro de poder persuadir a Louis para que viniera a verlo con sus propios ojos.

– ¿Llevaste a Louis? ¿Mientras yo estaba fuera esperando? -estaba boquiabierta.

Paul asintió.

– Hice ver que me habían robado la cartera en el bar. Me aseguré de que pudiese verlo bien. -Otra pausa-. Su hija estaba besando a Dessanges -explicó-. Eso ayudó un poco.

– Paul -declaré-. Ya puedes babear en todas las alfombras de la casa si así lo quieres. Tienes mi permiso.

– Preferiría hacerlo sobre ti -dijo Paul con una extravagante sonrisa impúdica.

– Viejo verde.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, cuando Luc llegó al puesto de *snacks* se encontró con que Louis lo estaba esperando. El gendarme iba uniformado de la cabeza a los pies; su rostro, habitualmente distraído y plácido, tenía una expresión de indiferencia casi militar. Había un objeto en la hierba junto al remolque que parecía una especie de carretilla.

– Ven a ver esto -me llamó Paul desde la ventana.

Abandoné mi lugar junto a la cocina donde el café estaba empezando a hervir.

– Ven a verlo -repitió Paul.

La ventana estaba un poco entreabierta y pude oler la neblina humeante del Loira extendiéndose por los campos. El aroma era nostálgico como hojas quemadas.

– *Hé, là!* -La voz de Luc sonaba con gran claridad desde donde nosotros estábamos, iba andando con la seguridad despreocupada de quien se sabe irresistible. Louis Ramondin se limitó a observarlo impasible.

– ¿Qué es eso que ha traído? -Le pregunté quedamente a Paul, señalando hacia la máquina que yacía sobre la hierba. Paul sonrió.

– Tú mira y verás -respondió.

– ¡Ey! ¿Qué sucede? -Luc se echó la mano al bolsillo para sacar las llaves-. Debes de tener prisa para desayunar, hein? ¿Llevas mucho rato esperando?

Louis sólo lo miraba sin decir ni una palabra.

– Pues escucha bien -Luc hizo un gesto expansivo-: *crêpes*, butifarra de granja, huevos y *bacon â l'anglaise*. El desayuno Dessanges. Más un enorme tazón de mi *café noirissime* de lo más negro y fuerte, porque creo adivinar que has tenido una noche dura. -Se echó a reír-. ¿Qué ha sido, *hein*? ¿Vigilancia en el bazar de la iglesia? ¿Alguien que molestaba a las ovejas locales? ¿O al revés?

Louis seguía sin decir ni pío. Estaba muy quieto, como un policía de juguete, una mano en el mango de la carretilla que había sobre la hierba.

Luc se encogió de hombros y luego abrió la puerta del puesto de *snacks*.

– Esperemos que estés un poco más sociable después de tomar mi desayuno Dessanges.

Los observamos durante algunos minutos mientras Luc sacaba el toldo y los banderines que anunciaban los menús del día. Louis permaneció imperturbable junto al remolque como si no se diera cuenta. De vez en cuando, Luc canturreaba algo alegre al policía

expectante. Al cabo de un rato oímos música procedente de la radio.

– ¿A qué está esperando? -inquirí impaciente-. ¿Por qué no dice algo?

– Dale tiempo -dijo Paul sonriendo-. Los Ramondin no son de los que las cogen al vuelo, pero una vez que se ponen en marcha…

Louis permaneció sus buenos diez minutos mirando. Para entonces, Luc seguía animado pero desconcertado y había abandonado cualquier intento de conversación. Había empezado a calentar las planchas para hacer las *crêpes*, con el sombrero de paja ladeado airosamente sobre la frente. Luego, por fin, Louis se movió. No fue muy lejos; simplemente se dirigió hasta la parte trasera del remolque con su carretilla y desapareció de la vista.

– ¿Qué es eso que lleva? -pregunté.

– Un gato hidráulico -respondió Paul, aún sonriendo-. Los utilizan en los garajes. Mira.

Y mientras seguíamos mirando, el puesto de snacks empezó a inclinarse hacia delante con suavidad. Casi imperceptiblemente al principio, luego con una brusca sacudida que hizo que Dessanges abandonara su cocina de inmediato y saliera hacia afuera más rápido que un hurón. Parecía enfadado pero también asustado, desconcertado por primera vez en todo aquel penoso juego, y me gustó mucho aquella expresión.

– ¿Qué coño crees que estás haciendo? -le aulló a Ramondin, medio incrédulo-. ¿Qué es eso?

Silencio. Vi que el remolque volvía a ladearse, sólo un poco. Paul y yo estiramos el cuello para ver lo que pasaba.

Luc echó un breve vistazo al remolque para asegurarse de que no había sufrido daños. El toldo estaba torcido y la caja se había inclinado ebriamente como una chabola construida en la arena. Vi cómo regresaba a su rostro la mirada inquisitiva, la mirada celosa y afilada de un hombre que no sólo se guarda los ases en la manga sino que cree tener toda la baraja.

– Por un momento has hecho que me preocupara -dijo con aquella voz jovial e implacable-. Realmente has hecho que me preocupara. Se podría decir que me has sobresaltado.

No oímos ni una palabra de Louis pero nos pareció ver que el remolque volvía a ladearse un poco más. Paul descubrió que desde la ventana del dormitorio se veía la parte trasera del remolque así que nos fuimos hasta ahí para tener mejor vista. Las voces eran tenues pero audibles en el fresco aire de la mañana.

– Vamos, tío -dijo Luc, un deje de nerviosismo en la voz-. Ya se ha acabado la broma ¿vale? Vuelve a poner derecho el remolque y te haré mi desayuno especial. A cuenta de la casa.

Louis lo miró.

– Desde luego señor -dijo amablemente, pero el remolque se inclinó un poco más hacia delante.

Luc hizo un gesto rápido hacia él como si quisiera enderezarlo.

– Si estuviera en su lugar, me haría a un lado, señor -sugirió Louis mansamente-. No me parece demasiado estable. -El remolque se inclinó un poco más.

– ¿A qué crees que estás jugando? -percibí que volvía la nota de enfado a su voz.

Louis se limitó a sonreír.

– Anoche hubo mucho viento, señor -observó cortés, haciendo otro movimiento con el gato hidráulico a sus pies-. Un montón de árboles fueron derribados junto al río.

Vi que Luc se ponía rígido. La rabia le hacía perder la apostura, tenía la cabeza ladeada como si fuese un gallo de pelea. Reparé en que era más alto que Louis pero mucho más delgado. Louis, bajito y corpulento, con la misma mirada de su tío abuelo Guilherm, se había pasado la mayor parte de su vida metiéndose en peleas. Esa era, en primer lugar, la razón por la que se había metido a policía. Luc dio un paso adelante.

– Deja ese gato inmediatamente -le advirtió en voz baja y amenazadora.

– Por supuesto señor -respondió Louis sonriendo-. Lo que usted diga.

Lo vimos como si fuera a cámara lenta. El puesto de *snacks* colgado precariamente de lado se cayó hacia atrás en cuanto le faltó el apoyo. Se produjo un «catacrac» cuando el contenido -platos, vasos, cubiertos, sartenes- fue desplazado de forma violenta, lanzado hacia el extremo del remolque con un estrépito de vajilla rota. El remolque siguió moviéndose hacia atrás describiendo un arco indolente, impulsado por su propio ímpetu y el peso del mobiliario que se había desplazado. Por un momento parecía que se iba a enderezar solo. Luego volcó de lado, lenta y casi pesadamente, en la hierba del borde de la carretera con un estrépito que estremeció la casa e hizo sonar las copas del aparador del piso de abajo con tal fuerza que las oímos desde nuestro puesto de vigilancia en la habitación.

Durante unos segundos los dos hombres se miraron, Louis con una expresión de preocupación y simpatía, Luc con incredulidad y rabia creciente. El puesto de *snacks* yacía en la hierba de lado; dentro de su vientre continuaban apaciblemente los ruidos de tilines y roturas.

– ¡Vaya! -exclamó Louis.

Luc se precipitó furiosamente hacia Louis. Por un segundo algo se hizo borroso entre los dos, brazos, puños moviéndose demasiado deprisa para poderlos ver bien. Acto seguido, Luc estaba sentado en la

hierba con el rostro oculto entre las manos y Louis lo ayudaba con aquella expresión amable de simpatía.

– ¡Vaya por Dios, señor! ¿Cómo habrá podido suceder algo así? Habrá perdido el conocimiento unos instantes. Será el shock, es muy natural. Tómeselo con calma.

Luc estaba hirviendo de ira.

– ¿Tienes… una jodida… idea de lo que has hecho, imbécil? -Sus palabras eran confusas por la forma con que se tapaba la cara con las manos. Paul me dijo después que había visto el codo de Louis golpeándole claramente en el caballete de la nariz, aunque todo había sucedido demasiado deprisa para que yo hubiese podido verlo. Lástima. Me habría gustado.

– Mi abogado te va a… dejar sin blanca, casi merecerá la pena verlo… ¡mierda! Me estoy desangrando.

Resulta curioso pero ahora notaba el parecido familiar más pronunciado que nunca; algo en la forma que tenía de enfatizar las sílabas, el grito frustrado del chico consentido de ciudad al que jamás se le ha negado nada. Por un instante habría jurado que hablaba igual que su hermana.

Paul y yo fuimos abajo, no creo que hubiésemos podido permanecer en casa ni un minuto más, y salimos a presenciar la diversión. Luc se había puesto en pie, ya no estaba tan guapo, con la sangre goleándole de la nariz y los ojos humedecidos. Vi que tenía una mierda de perro fresca incrustada en una de sus caras botas de París. Le di mi pañuelo. Luc me dirigió una mirada desconfiada y lo cogió. Empezó a secarse la nariz. Me di cuenta de que todavía no había comprendido nada; estaba pálido pero conservaba en el rostro una mirada combativa llena de tozudez, la mirada de un hombre que tiene abogados, consejeros y amigos en altos puestos a quienes poder recurrir.

– Visteis lo que me hizo ¿no? Visteis lo que me hizo ese hijo de puta, ¿verdad? -Se miró el pañuelo manchado de sangre con una especie de incredulidad. La nariz se le estaba poniendo bien hinchada y los ojos también-. Los dos visteis cómo me pegó ¿verdad? -insistió Luc-. En pleno día. Podría demandarle por cada… jodido… céntimo…

Paul se encogió de hombros.

– Yo no he visto mucho -dijo con su voz pausada-. Nosotros, los viejos, ya no vemos tan bien como antes, ni tampoco oímos igual de bien…

– Pero estabais mirando -insistió Luc-. Por fuerza habréis tenido que ver… -me pilló sonriendo y entornó los ojos-. ¡Oh, ya entiendo! -dijo en tono desagradable-. De eso es de lo que se trata, ¿eh? Creísteis que podíais hacer que vuestro gendarme domesticado me intimidase, ¿no? -Se quedó observando a Louis-. Si eso es lo mejor que sabes

hacer… -se sujetó los orificios para detener la hemorragia.

– No creo que haya que ir lanzando calumnias por ahí -dijo Louis impasible.

– ¿Ah, no? -replicó Luc-. Cuando mi abogado vea…

– Es muy natural que estuviera molesto -lo interrumpió Louis-. El viento derribando de ese modo su café. Puedo entender que no supiera usted lo que estaba haciendo.

Luc lo miró con incredulidad.

– Una noche terrible la pasada -añadió Paul amablemente-. La primera de las tormentas de octubre. Estoy seguro de que podrá reclamar a la compañía de seguros.

– Naturalmente, se veía venir -dije yo-. Un vehículo tan alto como ése a un lado de la carretera… Me sorprende que no haya sucedido antes.

Luc asintió.

– Ya veo -dijo suavemente-. No está mal, Framboise. No está nada mal. Veo que has estado muy ocupada. -Su tono era casi halagador-. Pero sin el remolque aún hay muchas cosas que puedo hacer, que podemos hacer. -Intentó sonreír, luego hizo una mueca de dolor y volvió a frotarse ligeramente la nariz-. Será mejor que les des lo que quieren, ¿eh, Mamie? -continuó en el mismo tono casi seductor-. ¿Qué me dices?

No estoy segura de lo que le habría respondido. Al mirarlo me sentí vieja. Habría esperado que se diera por vencido, pero parecía menos derrotado que nunca, su rostro anguloso lleno de expectación. Había hecho mi mejor jugada, nuestra mejor jugada, Paul y yo, y aun así Luc parecía invencible. Como niños intentando contener el río. Habíamos tenido nuestro momento de triunfo: aquella mirada en su cara, casi compensaba todo aquello, pero al final, por muy valeroso que fuese el intento, el río siempre acaba ganando. Louis también había pasado su infancia junto al Loira, me dije. Debía de saberlo. Lo único que había conseguido era meterse en líos él también. Imaginé un ejército de abogados, asesores, policía urbana: nuestros nombres en el periódico, nuestro secreto revelado… Me sentí cansada. Muy cansada.

Entonces vi la cara de Paul. Estaba sonriendo con aquella sonrisa suya, dulce y pausada, que le daba un aspecto de bobo a no ser por la indolente diversión en sus ojos. Se caló la boina sobre la frente en un gesto que era a la vez terminante, cómico y heroico, como si fuese el último caballero del mundo bajándose la visera para la última justa contra el enemigo. Sentí unas repentinas y absurdas ganas de reír.

– Creo que… ejem… podemos resolverlo -anunció Paul-. Quizá Louis se ha dejado llevar un poco. Todos los Ramondin son un poco… prestos a ofenderse. Lo lleva en la sangre. -Sonrió, apologético, luego

se volvió para dirigirse a Louis-. Hubo aquella historia con Guilherm, quién era, el hermano de tu abuela, ¿no? -Dessanges escuchaba con creciente irritación y desdén.

– De mi abuelo -corrigió Louis.

– Sí -asintió Paul-. Sangre caliente, los Ramondin. Tos ellos. -Estaba volviendo al dialecto otra vez. Era una de las cosas que madre le recriminaba más, eso y su tartamudez… y su acento era más denso de lo que recordaba cuando éramos pequeños-. Recuerdo cómo dirigieron a la chusma aquella noche contra la granja, el viejo Guilherm al frente con su pierna de madera, y todo por aquella historia en La Mauvaise Réputation… parece que ha mantenido la misma mala reputación durante todo este tiempo…

Luc se encogió de hombros.

– Mire, me encantaría oír el cuento de hoy de «Las encantadoras y curiosas historias de los Viejos Tiempos», pero lo que de verdad querría…

– Fue un hombre joven quien lo empezó todo -continuó Paul inexorablemente-. No era muy distinto a ti, diría yo. Un hombre de la ciudad, *hein*, del extranjero, que creía que podía engatusar a la pobre y estúpida gente del Loira.

Me dirigió una rápida mirada como si quisiera comprobar mi barómetro emocional por la expresión de mi cara.

– Tuvo mal final. ¿No es verdad?

– El peor -dije con aspereza-. El peor de todos.

Luc nos miraba a los dos, sus ojos cautos.

– ¡Oh! -exclamó.

– A él también le gustaban las jovencitas -dije en una voz que a mis oídos sonaba tenue y distante-. Jugaba con ellas. Las utilizaba para descubrir cosas. Hoy en día lo llaman corrupción.

– Claro, en aquella época la mayoría de aquellas chicas no tenía padres -dijo Paul suavemente-. Por la guerra.

Vi cómo los ojos de Luc se iluminaban por el entendimiento. Dio un leve asentimiento como si anotara algo mentalmente.

– Esto tiene algo que ver con la noche pasada, ¿no?

– Tú eres un hombre casado, ¿no? -le pregunté, sin hacer caso de su pregunta.

Volvió a asentir.

– Sería una pena si tu mujer se viera envuelta en todo esto -proseguí-. Corrupción de menores, un asunto muy feo, pero no veo cómo habría forma de evitar que se viera implicada.

– Nunca conseguiréis llevar esto a buen puerto -se apresuró a decir Luc-. La chica no…

– La chica es mi hija -dijo Louis sencillamente-. Diría… lo que le pareciera que es lo correcto.

De nuevo aquel asentimiento. Tenía temple, sí, tengo que admitirlo.

– Bien -dijo por fin. Incluso consiguió esbozar una sonrisa-. Bien, he captado el mensaje. -Parecía relajado a pesar de todo; su palidez era más a causa de la ira que del miedo. Me miró directamente, con una mueca irónica en la boca-. Espero que la victoria mereciese la pena, Mamie -dijo con énfasis-. Porque cuando llegue mañana necesitarás algún consuelo, por pequeño que sea, del que poder echar mano. Mañana tu pobre y miserable secreto aparecerá en cada revista, en cada periódico del país. Tengo el tiempo justo para un par de llamadas telefónicas antes de seguir la ruta… después de todo ha sido muy aburrido, y si nuestro amigo aquí piensa que la pequeña zorra de su hija empezaba a hacer que mereciese la pena… -se interrumpió para sonreír cruelmente a Louis y se quedó boquiabierto cuando las esposas del policía se cerraron bruscamente primero sobre una muñeca y luego sobre la otra.

– ¿Qué? -Parecía incrédulo, cercano a la risa-. ¿Qué coño te has creído que estás haciendo ahora? ¿Añadiendo secuestro a la lista? ¿Dónde te crees que estás? ¿En el jodido salvaje Oeste?

Louis lo miró imperturbable.

– Señor, es mi deber advertirle que no toleraré un comportamiento violento y ofensivo por su parte; también es mi deber…

– ¿Qué? -La voz de Luc subió de tono hasta convertirse casi en un grito-. ¿Qué comportamiento? ¡Has sido tú quien me ha golpeado a mí! No puedes…

Louis le dirigió una mirada de educada reprobación.

– Tengo razones para creer que dado su errático comportamiento es posible que esté bajo la influencia del alcohol o de otras sustancias estupefacientes y por su propia seguridad considero mi deber mantenerlo bajo vigilancia hasta…

– ¿Me estás arrestando? -preguntó Luc incrédulo-. ¿Tú me estás acusando a mí?

– No a menos que me vea obligado señor -respondió Louis en tono de reproche-. Pero estoy convencido de que estos dos testigos corroborarán su comportamiento ofensivo y amenazador, un lenguaje violento y una conducta indisciplinada… -hizo un gesto de asentimiento en mi dirección-. Tendré que pedirle que me acompañe a la comisaría, señor.

– No hay ninguna jodida comisaría -gritó Luc.

– Louis utiliza el sótano de su casa para los borrachos y alborotadores -aclaró Paul tranquilamente-. Claro está que no habíamos tenido ninguno desde hace tiempo, no desde que Auguste Tinon pilló aquella borrachera hace cinco años…

– Pero yo tengo un sótano que está enteramente a tu disposición, Louis, por si crees que existe el peligro de que se desmaye de camino al pueblo en este estado -propuse suavemente-. Hay una buena cerradura y no hay forma de que pueda lastimarse…

Louis pareció considerar la idea.

– Gracias, *veuve* Simon -dijo por fin-. Creo que quizá será lo mejor. Al menos hasta que resuelva cuál va a ser el siguiente paso.

Lanzó una mirada crítica a Dessanges que ahora estaba pálido por algo más que por la rabia.

– Estáis locos. Los tres -dijo despacio.

– Por supuesto habrá que registrarle primero -anunció Louis con calma-. No podemos arriesgarnos a que le prenda fuego al lugar o algo así. ¿Podría vaciarse los bolsillos, por favor?

– No puedo creerlo -dijo Luc meneando la cabeza.

– Lo lamento, señor -persistió Louis-. Pero tengo que pedirle que se vacíe los bolsillos.

– Pide lo que quieras -replicó Luc ácidamente-. No sé qué es lo que esperas sacar de todo esto, pero cuando mis abogados se enteren…

– Yo lo haré -sugirió Paul-. De todos modos, no creo que pueda llevarse las manos a los bolsillos con las esposas puestas.

Se movió con rapidez a pesar de su aparente torpeza, sus manos de cazador furtivo cacheando las ropas de Luc y sacando su contenido: un mechero, algunos papeles enrollados, las llaves del coche, una cartera, un paquete de cigarrillos. Luc forcejeó en vano, profiriendo insultos. Miraba a su alrededor como si esperara ver a alguien a quien poder pedir ayuda, pero la calle estaba desierta.

– Una cartera -Louis miró su contenido-, un encendedor. De plata. Un teléfono móvil -abrió el paquete de cigarrillos para sacar el contenido en la palma. En aquel momento vi algo en la mano de Louis que no reconocí. Un bloque pequeño e irregular de color marrón negruzco como un viejo caramelo de melaza.

– Me pregunto qué será esto -inquirió Louis con suavidad.

– ¡Vete a la mierda! -le espetó Luc bruscamente-. ¡Eso no es mío! Me lo has puesto tú, viejo bastardo… -Esto iba dirigido a Paul, que lo miraba con una expresión de sorpresa medio alelada-. Nunca conseguirás que se acepte…

– Quizá no -dijo Louis con aire de indiferencia-, pero podemos intentarlo. ¿No te parece?

Capítulo 6

Louis dejó a Dessanges en la bodega como había prometido. Podía tenerlo encerrado veinticuatro horas, nos dijo, antes de hacer una acusación formal. Con una curiosa mirada a los dos y una estudiada falta de inflexión en la voz nos informó de que disponíamos de ese tiempo para poner fin a nuestros asuntos. Un buen chico, Louis Ramondin, a pesar de ser algo lento. Aunque demasiado parecido a su tío abuelo Guilherm para hacerme sentir cómoda; supongo que fue eso lo que no me dejó ver su bondad esencial. Sólo espero que no tenga motivos para arrepentirse de lo que ha hecho.

Al principio Dessanges despotricó y aulló en la bodega. Exigía hablar con su abogado, pedía su teléfono, a su hermana Laure, sus cigarrillos. Se quejaba de que le dolía la nariz, de que estaba rota y de que estaba seguro de que los fragmentos de huesos iban de camino a su cerebro. Golpeó la puerta, rogó, amenazó y blasfemó. No le hicimos caso y al final los ruidos cesaron. A las doce y media le llevé un poco de café y algo de pan con charcuterie; estaba malhumorado pero tranquilo, la mirada de cálculo otra vez en sus ojos.

– Sólo estás retrasando el momento, Mamie -me dijo mientras le cortaba el pan a rebanadas-. Veinticuatro horas es todo lo que tienes porque, como bien sabes, tan pronto como haga esa llamada telefónica…

– ¿De verdad quieres comer? -le espeté bruscamente-. Porque no te vendría nada mal pasar un poco de hambre y de ese modo no tendría que escuchar más tus desagradables palabras. ¿Estamos?

Me lanzó una mirada emponzoñada pero no dijo nada más sobre el asunto.

– Bien -concluí.

Capítulo 7

Paul y yo hicimos ver que trabajamos el resto de la tarde. Era domingo y el restaurante estaba cerrado pero aún seguía habiendo trabajo en el huerto. Azadoné, podé y escardé hasta que mis riñones parecían vidrio caliente y el sudor me empapaba las axilas. Paul me miraba desde la casa sin saber que yo también lo estaba mirando a él.

Aquellas veinticuatro horas me escocieron e irritaron como un ataque agudo de urticaria. Sabía que tenía que hacer algo, pero el qué, era algo que superaba mi capacidad de decisión. Había frustrado a un Dessanges, temporalmente al menos, pero los otros seguían en libertad y más llenos de malicia que nunca. Y el tiempo se agotaba. Varias veces llegué a ir a la cabina de teléfonos que había enfrente de correos, inventándome recados para pasar por ahí cerca; una vez llegué incluso a marcar el número pero colgué antes de que nadie respondiera pues me di cuenta de que no tenía ni la menor idea de lo que iba a decir. Parecía que, mirara donde mirara, veía la misma verdad terrible con su vista fija en mí, las mismas alternativas terribles. La Gran Madre, con la boca abierta y llena de anzuelos, con sus ojos vidriosos mirándome fijamente, y yo resistiéndome a esa espantosa presión, mordisqueándola como un pececillo haría con el sedal, como si el lucio fuera una parte de mí y yo estuviese luchando por liberarme, una parte oscura de mi propio corazón debatiéndose y agitándose en el sedal, una presa terrible y secreta…

Todo se reducía a la elección entre dos opciones. Mi mente podía jugar con otras posibilidades, que Laure Dessanges me prometiera dejarme al margen a cambio de poner en libertad a su hermano menor, pero en el fondo práctico de mi mente sabía que aquello no podía funcionar. Hasta el momento sólo habíamos ganado una cosa con nuestros actos: tiempo, y sentía cómo el premio se me iba escurriendo segundo a segundo mientras me estrujaba el cerebro para decidir cómo podía utilizarlo. En caso contrario, al día siguiente, la predicción de Luc; «Mañana tu pobre y miserable secreto aparecerá en cada revista, en cada periódico» surgiría delante de nuestras narices impresa en papel en blanco y negro y yo lo perdería todo: la granja, el restaurante, mi sitio en Les Laveuses… La única alternativa, lo sabía, era utilizar la verdad como arma. Pero aunque eso podía hacer que recuperara mi casa y mi negocio ¿quién podía saber el efecto que tendría sobre Pistache, sobre Noisette, sobre Paul?

Apreté los dientes por la frustración. Nadie debería tener que hacer una elección así, me lamenté en mi interior. Nadie.

Saché una hilera de cebolletas con tanta fuerza y tan cegada que me olvidé de mí misma y empecé excavar los cultivos casi maduros,

mandando a paseo a las pequeñas cebollas junto con la mala hierba. Me limpié el sudor de los ojos y me di cuenta de que estaba llorando.

Nadie debería tener que elegir entre una vida y una mentira. Y, no obstante, *ella* lo hizo, Mirabelle Dartigen, la mujer de la fotografía con las perlas falsas y la sonrisa tímida, la mujer con los pómulos afilados y el cabello negro recogido hacia atrás. Ella lo hizo, renunció a todo, a la granja, al huerto, al pequeño nicho que ella misma se había cavado, a su dolor, a la verdad… lo enterró sin volver la vista atrás y siguió adelante… Sólo hay una cosa que no aparece en el álbum, tan cuidadosamente cotejada y remitida, una cosa que ella no podía haber escrito porque no podía haberlo sabido. Un solo hecho que falta para completar nuestra historia. Un hecho.

Si no fuera por mis hijas y por Paul, me dije a mí misma, lo contaría todo. Aunque sólo fuera para mortificar a Laure, para robarle su triunfo. Pero ahí estaba Paul, tan callado y modesto, tan humilde en su silencio que consiguió vencer mis defensas antes incluso de que me diera cuenta. Paul, siempre algo chistoso con su tartamudeo y su viejo y desarrapado mono azul, Paul con las manos de cazador furtivo y la sonrisa fácil. ¿Quién hubiera pensado que sería Paul, después de todos estos años? ¿Quién habría pensado que después de tanto tiempo encontraría el camino de vuelta al hogar?

Casi llamé en varias ocasiones. Encontré el número en una de mis viejas revistas. Al fin y al cabo, Mirabelle Dartigen había fallecido hacía tiempo. No tenía necesidad de arrastrarla por las extrañas aguas de mi corazón como a la Gran Madre con el sedal. Una segunda mentira no iba a cambiarla ahora, me dije. Ni tampoco podría resarcirla el hecho de revelar la verdad a estas alturas. Pero Mirabelle Dartigen es una mujer tozuda incluso muerta. Aun ahora puedo sentirla, oírla, como el lamento de las alambradas en un día de viento, aquella voz de tiple, estridente y confusa, que es todo lo que ahora me queda de su recuerdo. No importa que yo nunca supiera lo mucho que la quería. Su amor, aquel secreto imperfecto y duro, me arrastra con él hacia el lodo.

Y, aun así, no estaría bien. Es la voz de Paul dentro de mí, inexorable como el río. No estaría bien vivir una mentira. Ojalá no tuviera que elegir.

Capítulo 8

El sol se estaba poniendo cuando vino a buscarme. Me había pasado tanto tiempo trabajando en el jardín que el dolor en mis huesos se había convertido en un imperativo chirriante y desapacible. Tenía la garganta seca y llena de anzuelos. La cabeza me daba vueltas. Aun así le di la espalda mientras él permanecía en silencio detrás de mí, sin necesidad de hablar, sencillamente esperando, tomándose su tiempo.

– ¿Qué quieres? -le espeté al fin-. ¡Deja ya de mirarme, por el amor de Dios, y ponte a hacer algo útil!

Paul no dijo nada. Sentía que la nuca me ardía. Al final me di la vuelta, tirando la azada en la parcela de verduras y gritándole con la misma voz de mi madre.

– ¡Cretino! ¿Es que no puedes dejarme en paz? ¡Miserable y viejo loco! -Quería herirlo, pensé. Habría resultado más fácil si hubiera sido capaz de herirlo, hacer que se alejara de mí por la rabia, el dolor o la repugnancia, pero me plantó cara -tiene gracia, yo siempre pensé que era mejor que nadie en ese juego-, con su paciencia inexorable, sin moverse, sin hablar, sólo esperando a que yo acabase mi parlamento para que él pudiera decir el suyo. Me giré furiosa, temerosa de sus palabras, de su terrible paciencia.

– He preparado algo de cena para nuestro huésped -dijo por fin-. Quizá te apetezca tomar un poco también.

– Lo único que quiero es que me dejen en paz -le dije.

Oí cómo Paul suspiraba a mis espaldas.

– Ella era igual. Mirabelle Dartigen. Jamás quiso aceptar la ayuda de nadie, ni siquiera de sí misma. -Su voz era tranquila y reflexiva-. Te pareces mucho a ella, ¿sabes? Demasiado para tu propio bien o para el de cualquiera.

Contuve una respuesta brusca y me negué a mirarlo.

– Se distanciaba de todo el mundo con su terquedad. Sin saber que la habrían ayudado si ella lo hubiese dicho. Pero ella nunca lo dijo. Ella jamás se lo dijo a nadie.

– No creo que pudiera -murmuré insensible-. Hay cosas que no se pueden decir. No… se… pueden…

– Mírame -dijo Paul.

Su rostro estaba sonrosado con los últimos destellos del sol, sonrosado y joven a pesar de las arrugas y el bigote manchado de nicotina. Detrás de él, el cielo era de un color rojo intenso, con nubes formando lengüetas.

– Llega un momento en que alguien tiene que contarlo -dijo razonable-. No me he pasado todo este tiempo leyendo el libro de

retazos de tu madre para nada y, a pesar de lo que puedas pensar de mí, no soy tan estúpido.

– Lo siento. No era mi intención decir eso.

– Ya lo sé -dijo Paul sacudiendo la cabeza-. No soy listo, como Cassis o como tú, pero me parece que a veces los listos son los que se pierden antes. -Sonrió y se golpeó suavemente la sien con los nudillos-. Pasan demasiadas cosas aquí dentro -dijo amablemente-. Demasiadas.

Lo miré.

– Mira, no es la verdad lo que duele. Si ella lo hubiese visto es posible que no hubiese sucedido nada de todo esto. Si les hubiera pedido ayuda en vez de ir a su aire como siempre hizo…

– No. -Mi voz era inexpresiva y categórica-. Tú no lo entiendes. Ella no llegó a conocer nunca la verdad. O si lo hizo la ocultó incluso a sí misma. Por nosotros. Por mí… -Me estaba ahogando ahora, un gusto familiar subía desde mi ácido estómago, haciendo que me estremeciera por su amargura-. No le tocaba a ella decir la verdad sino a nosotros, a mí. -Tragué saliva dolorosamente-. Sólo podía haberlo hecho yo -dije con esfuerzo-. Sólo yo conocía toda la historia. Si hubiese tenido el coraje…

Me detuve para volverlo a mirar. Su sonrisa era dulce y triste. Inclinó los hombros hacia delante, los de una mula que ha llevado largas y pesadas cargas con paciencia y paz de espíritu. Cómo lo envidiaba. Cómo lo quería.

– Sí que tienes coraje -dijo Paul por fin-. Siempre lo tuviste.

Permanecimos mirándonos. Silencio entre los dos.

– Muy bien -asentí al fin-. Déjalo marchar.

– ¿Estás segura? Las drogas que Louis le encontró en el bolsillo…

Lancé una carcajada que sonó extrañamente despreocupada en mi boca seca.

– Los dos sabemos que no llevaba drogas. Una farsa inofensiva, eso fue todo, algo que tú mismo le metiste mientras le registrabas los bolsillos. -Volví a reír al ver su mirada de desconcierto-. Dedos de cazador furtivo, Paul, manos de cazador furtivo. ¿Te creíste que eras el único con una mente recelosa?

Paul asintió.

– ¿Qué vas a hacer entonces? -inquirió-. En cuanto se lo cuente a Yannick y Laure…

Meneé la cabeza.

– Deja que se lo cuente -dije. Me sentía ligera por dentro, más ligera de lo que jamás me había sentido antes, un milano en el agua. Sentí que la risa crecía en mi interior, la risa loca de una persona que está a punto de lanzar al viento todo lo que posee. Me metí la mano en el bolsillo del delantal y saqué un trozo de papel con un número de

teléfono anotado.

Luego, pensándolo mejor, fui a buscar mi libreta de direcciones. Después de buscar un momento encontré la página precisa.

– Creo que ahora sé lo que voy a hacer -anuncié.

Capítulo 9

Clafoutis de manzana y albaricoques secos.

Se baten los huevos y la harina junto con el azúcar y la mantequilla derretida hasta que la mezcla quede espesa y cremosa. Se añade la leche poco a poco sin dejar de batir. La consistencia final debería ser parecida a la de un batido. Se unta generosamente una bandeja con mantequilla y se añade la fruta troceada al batido. Se agrega la canela y la pimienta inglesa y se hornea a temperatura media. Cuando el pastel haya empezado a subir se espolvorea con un poco de azúcar moreno y se añaden puntitos de mantequilla. Se deja cocer hasta que la capa de arriba esté dorada y firme al tacto.

Había sido una cosecha pobre. La sequía, seguida de las lluvias desastrosas había dado buena cuenta de ella. Aun así, todos aguardábamos con expectación el festival de la cosecha de finales de octubre, incluso Reine, incluso madre, que había preparado sus pasteles especiales y había dejado cuencos de fruta y verduras en las repisas de las ventanas y había hecho barras de pan para venderlas en el mercado de Angers de una belleza extravagante e intrincada; una espiga de trigo, un pez, una cesta de manzanas. La escuela del pueblo había cerrado el año anterior cuando el maestro se fue a París, pero la escuela dominical seguía funcionando.

Aquel día todos los escolares desfilaban alrededor de la fuente (decorada de forma pagana con flores, frutas y guirnaldas de maíz, calabacines y calabazas de colores, vaciadas y cortadas en forma de fanales), vestidos con sus mejores ropas, sosteniendo velas y cantando. La misa continuaba en la iglesia, donde el altar había sido vestido en tonos verdes y dorados y los himnos -que resonaban hasta la plaza donde nosotros estábamos escuchando, fascinados por el atractivo de las cosas prohibidas- iban sobre la cosecha de los elegidos y la quema de las ahechaduras. Esperamos hasta que la misa hubiera concluido y nos unimos a las festividades con el resto mientras el *curé* se quedaba en la iglesia para recibir la confesión y las hogueras de la cosecha desprendían un humo dulzón en los extremos de los campos pelados.

En aquel momento empezaba la fiesta: la Feria de la Cosecha con luchas, carreras y todo tipo de competiciones de baile, juegos de pescar manzanas con la boca, comer *crêpes* y hacer carreras de gansos. Los ganadores y los perdedores recibían pan de jengibre caliente y sidra, y junto a la fuente se vendían cestas de productos caseros mientras la Reina de la Cosecha sonreía en su trono dorado y bañaba con flores a los transeúntes.

Aquel año apenas si la habíamos sentido llegar. Otros años esperábamos la celebración con una impaciencia mayor aún que la

Navidad, pues los regalos escaseaban en aquellos tiempos y diciembre no era una buena época para celebraciones. Octubre, fugaz y jugoso con la luz dorada y purpúrea, las tempranas heladas blancas y las hojas tornándose de colores brillantes; octubre es otro cantar, es un tiempo mágico, un último y alegre desafío al frío que se avecina. Otros años teníamos montones de leña y de hojas muertas preparadas en un lugar resguardado con semanas de antelación, los collares de manzanas silvestres y las bolsitas de nueces aguardando, nuestras mejores ropas planchadas y listas y nuestros zapatos lustrosos para el baile. Habría una celebración especial en el puesto de vigilancia, guirnaldas colgadas de la piedra del tesoro y flores escarlatas lanzadas al Loira lento y pardo; peras y manzanas cortadas y horneadas, guirnaldas de la buena suerte de maíz amarillento, trenzadas en forma de muñecas y puestas alrededor de la casa, bromas planeadas para los confiados y las tripas rugiendo en hambrienta anticipación.

Pero aquel año no había nada de todo aquello. La amargura después de lo sucedido en La Mauvaise Réputation había iniciado nuestro declive y con él llegaron las cartas, los rumores, las pintadas en las paredes, los cuchicheos a nuestras espaldas y los silencios corteses delante de nosotros. Se daba por supuesto que cuando el río suena, agua lleva. Las acusaciones (Puta de Nazis pintada en rojo en una pared del corral, pintada una y otra vez a pesar de nuestros esfuerzos por limpiarla), además de la negativa de nuestra madre por reconocer o negar las habladurías y las noticias exageradas de sus visitas a La Rép pasando de boca en boca de forma hambrienta bastaban para despertar aún más sospechas. Aquel año la época de la cosecha se presentaba como un momento amargo para la familia Dartigen.

Los otros hicieron sus hogueras y recogieron las mieses. Los niños trabajaban entre las hileras para asegurarse de que no se perdía nada del grano. Nosotros recogimos las últimas manzanas, bueno, las que no estaban podridas a causa de las avispas, y las guardamos en bandejas en la bodega, separadas unas de otras para que la podredumbre no se extendiera. Almacenamos nuestras verduras en bidones y bajo tapas sueltas de tierra seca en el sótano. Madre llegó incluso a preparar algo de su pan especial aunque había poco mercado en Les Laveuses y lo vendía impasible en Angers. Recuerdo un día en que llevamos al mercado un montón de barras y pasteles, cómo brillaba el sol sobre las bruñidas cortezas: bellotas, erizos, pequeñas máscaras sonrientes. Algunos de los niños del pueblo nos negaban la palabra. Un día alguien escondido entre unos tamariscos junto a la orilla del río les tiró puñados de tierra a Cassis y Reine cuando iban de camino al colegio. Conforme se acercaba el gran día, las chicas empezaron a compararse mutuamente, cepillándose el cabello con

especial atención y lavándose la cara con avena, pues el día del festival una de ellas sería elegida Reina de la Cosecha y llevaría una corona de cebada y sostendría un jarro de vino.

A mí aquello no me interesaba en absoluto. Con el pelo corto y liso y mi carita de rana jamás sería Reina de la Cosecha. Además, sin Tomas no había nada que me importara gran cosa. Me preguntaba si volvería a verlo de nuevo. Estaba sentada junto al Loira, con mis trampas y mi caña de pescar, observando. No podía dejar de pensar que, de algún modo, si conseguía capturar al lucio, Tomas regresaría.

Capítulo 10

La mañana del día de la cosecha amaneció fría y resplandeciente, con el destello de las ascuas al extinguirse, típico de octubre. Madre había trasnochado la noche anterior, más por tozudez que por amor a la tradición. Preparando pan de jengibre y *crêpes* de harina de trigo sarraceno y confitura de zarzamoras que fue poniendo en cestos y nos los dio para llevar a la feria. Yo no tenía planeado ir. En su lugar, ordeñé a la cabra, acabé algunas de mis tareas dominicales y me dirigí al río. Acababa de colocar una trampa muy ingeniosa cerca de la orilla, que consistía en una serie de jaulas y bidones atados los unos a los otros con tela metálica, en los que había un cebo de restos de pescado, y estaba ansiosa por probarla. El aire olía a hierba con la primera de las hogueras otoñales y el aroma era intenso, con siglos de antigüedad, un recuerdo de tiempos más dichosos. También me sentí vieja, avanzando penosamente por los campos de maíz hacia el Loira. Me sentí como si ya hubiese vivido muchos y muchos años.

Paul me estaba esperando en las piedras alzadas. No pareció sorprendido al verme: me echó un rápido vistazo mientras pescaba antes de volver a meter el corcho en el agua.

– ¿No vas a ir a la fe-fe-feria? -preguntó.

Moví negativamente la cabeza. Me di cuenta de que no lo había vuelto a ver desde que madre lo echara de la casa y sentí una repentina punzada de culpabilidad por haberme olvidado de mi viejo amigo por completo. Quizá por eso me senté junto a él. A buen seguro no fue por tener compañía: las ganas de estar sola me estaban ahogando.

– Yo tam-tampoco. -Aquella mañana parecía malhumorado, con cara de pocos amigos, juntando los ojos en un gesto de concentración que era inquietantemente adulto-. Todos esos idiotas em-emborrachándose y ba-bailando por ahí. ¿A quién le interesa?

– A mí no. -A mis pies los remolinos parduscos del río eran hipnóticos-. Yo voy a comprobar todas mis trampas y luego creo que iré a probar suerte en el gran banco de arena. Cassis dice que a veces hay lucios por allí.

Paul me dirigió una mirada cínica.

– Nunca la cogerás -dijo lacónico.

– ¿Por qué no?

– No, no lo ha-harás, eso es todo.

Estuvimos pescando un rato el uno junto al otro mientras el sol nos caldeaba las espaldas y las hojas iban cayendo, amarillentas, encarnadas y negruzcas, una a una en el agua sedosa. Oímos las campanas de la iglesia repicando dulces y distantes a través de los

campos, que anunciaban el final de la misa. Diez minutos más tarde daría comienzo la feria.

– ¿Van a ir los otros? -Paul se sacó una lombriz de su caliente escondite en la mejilla izquierda y lo clavó con destreza en el anzuelo.

– No me importa -dije indiferente.

Durante el silencio que siguió oí el estómago de Paul crujir con fuerza.

– ¿Tienes hambre?

– No.

Y entonces la oí. Clara como el recuerdo de la carretera de Angers, casi imperceptible al principio, haciéndose más fuerte como el zumbido de una avispa adormilada, más fuerte aún que el latido de la sangre en las sienes después de una carrera por los campos hasta perder el aliento. El sonido de una motocicleta.

Sentí una violenta sacudida de pánico. Paul no debía verlo. Si era Tomas yo tenía que estar sola, y mi corazón, brincando de dicha, me decía con una certidumbre clara y extática que se trataba de Tomas.

Tomas.

– Quizá podríamos ir a echar un vistazo -dije con fingida indiferencia.

Paul emitió un ruido evasivo.

– Habrá pan de jengibre -le dije astutamente-. Y patatas cocidas y maíz asado, y pasteles y salchichas en las brasas de la hoguera.

Oí gruñir sus tripas con más fuerza.

– Podríamos entrar y servirnos -sugerí.

Silencio.

– Cassis y Reine estarán allí.

Al menos eso esperaba. Contaba con su presencia para que eso me permitiera escabullirme con rapidez y volver con Tomas. El mero pensamiento de su proximidad -la alegría insoportable y cálida que me inundaba sólo de pensar que iba a verlo- era como tener ladrillos ardientes bajo mis pies.

– ¿Es-estará ella allí? -Tenía la voz apagada por el odio, lo que en otras circunstancias me habría sorprendido. Nunca imaginé que Paul fuera de los que guardan rencor-. Quiero de-decir tu ma-ma-ma… -hizo una mueca por el esfuerzo-, tu ma-ma…

Negué con la cabeza.

– No lo creo -le interrumpí con más brusquedad de la intencionada-. ¡Dios, Paul, me sacas de quicio cuando haces eso!

Paul hizo un gesto de indiferencia. Ahora se podía oír con claridad el ruido de la moto, a un par de kilómetros o tres por la carretera. Cerré los puños con tanta fuerza que las uñas me dejaron señales en las palmas.

– Quiero decir, quiero decir que no importa en realidad -le dije en

un tono más amable-. Ella no lo entiende. Eso es todo.

– ¿Es-estará ella allí? -insistió Paul.

– No -le mentí-. Dijo que iba a limpiar el establo de las cabras esta mañana.

– Vale -dijo Paul dócilmente.

Capítulo 11

Tomas podía esperar en el puesto de vigilancia una hora más o menos. Hacía calor; seguramente escondería la moto en los arbustos y se pondría a fumar un cigarrillo. Si no había nadie a la vista quizá se arriesgara incluso a meterse en el río. Si para entonces seguía sin aparecer nadie garabatearía un mensaje para nosotros y lo dejaría (quizá junto a un paquete de revistas o dulces envueltos cuidadosamente en papel de periódico) en lo alto del puesto de vigilancia, en la horca que había debajo de la plataforma. Lo sabía; ya lo había hecho en otras ocasiones. Entre tanto yo podía ir al pueblo con Paul y luego regresar corriendo sin que nadie me prestara atención. No le diría a Cassis o a Reinette que él estaba ahí. Sentí un estallido de avara alegría sólo de pensarlo, imaginando su rostro iluminándose con una sonrisa de bienvenida, una sonrisa que sería para mí sola. Con aquel pensamiento casi arrastré a Paul hacia el pueblo, la mano caliente agarrando con fuerza la suya fría, el pelo sudoroso tapándome los ojos.

La plaza junto a la fuente ya estaba medio llena de gente. Las personas iban saliendo de la iglesia, niños con velas, jovencitas con coronas de hojas otoñales, un puñado de hombres jóvenes recién confesados: Guilherm Ramondin entre ellos, comiéndose a las chicas con los ojos antes de recoger una nueva cosecha de pensamientos pecaminosos. Más, si podía; la cosecha era el momento para ello, después de todo, había muy pocas cosas que esperar aparte de eso… Vi a Cassis y Reinette un poco separados del resto de la multitud. Reine llevaba un vestido de franela de color rojo y un collar de bayas y Cassis estaba comiendo pasteles de azúcar. No parecía que nadie les hablara y sentí un círculo de aislamiento a su alrededor. Reinette estaba riendo, un sonido alto y quebradizo como el grito de un ave marina.

Un poco más allá mi madre estaba de pie, observando, con un cesto con pastas y fruta en la mano. Parecía muy gris entre la multitud festiva; su vestido negro y el pañuelo en el pelo discordaban con las flores y las banderas. Sentí que Paul se ponía rígido a mi lado.

Un grupo de personas junto a la fuente empezaron a cantar una alegre canción. Raphaël estaba allí, creo, y Colette Gaudin y el tío de Paul, Philippe Hourias -con un pañuelo amarillento anudado al cuello de forma incongruente-, y Agnès Petit con su vestido de los domingos y sus zapatos de charol, y una corona de bayas en el pelo. Recuerdo su voz alzándose sobre las demás; no era una voz educada pero era dulce y clara, y sentí que un escalofrío me erizaba los pelos de la nuca, como si el fantasma en el que habría de convertirse hubiese hecho que

me estremeciese. Aún recuerdo las palabras que cantó:

A la claire fontaine j'allais me promener
j'ai trouvé l'eau si belle que je m'y suis baignée
il y a longtemps que je t'aime
jamais je ne t'oublierai.

Tomas, en el caso de que fuese él, estaría ya en el puesto de vigilancia. Pero Paul, a mi lado, se mostraba poco dispuesto a mezclarse con la multitud. En vez de eso, miraba la figura de mi madre al otro lado de la fuente y se mordía el labio con nerviosismo.

– Creí que dijiste que no ven-vendría -dijo.

– No lo sabía.

Permanecimos unos instantes observando mientras la gente salía de la iglesia y se iba a tomar algo. Había jarras de sidra y de vino en el reborde de la fuente y muchas mujeres, al igual que mi madre, habían traído barras de pan, *brioche* y fruta para repartir en la puerta de la iglesia. Vi que mi madre guardaba las distancias y pocos se acercaban lo bastante para pedir la comida que ella había preparado con tanto esmero. Sin embargo, su rostro permanecía impasible, casi indiferente. Sólo las manos la delataban, sus manos blancas y nerviosas aferrándose con fuerza al asa del cesto. Se mordía tanto los labios que se veían blancos en contraste con su pálido rostro.

Me estaba inquietando. Paul no hacía ademán de despegarse de mi lado. Una mujer, Francine Crespin, creo, la hermana de Raphaël, sostuvo una cesta de manzanas delante de Paul y luego, al verme, se le endureció la sonrisa. Eran pocas las personas que no habían reparado en la pintada del corral.

El cura salió de la iglesia. El padre Froment, cuyos ojos débiles y apacibles brillaban ante la idea de tener a su gente reunida, con el crucifijo alzado sobre un palo de madera y elevado como un trofeo. Detrás de él, dos monaguillos sostenían a la Virgen con el estrado dorado, decorado con bayas y hojas otoñales. Los niños de la escuela dominical se unieron a la pequeña procesión con sus velas al aire y empezaron a entonar un himno de la cosecha. Las chicas se acicalaban y practicaban sus sonrisas. Vi que Reinette también se giró. En aquel momento llegó el trono de la Reina de la Cosecha sacado en alza por dos jóvenes desde el interior de la Iglesia. Al fin y al cabo, era paja y nada más, con el respaldo y los brazos hechos de gavilla y un cojín de hojas otoñales. Pero por un instante, con el sol iluminándolo, bien podría haber sido de oro.

Había quizás una docena de muchachas de la edad adecuada esperando junto a la fuente. Las recuerdo a todas: Jeannette Crespin con su traje de comunión demasiado ceñido, la pelirroja Francine

Hourias con su masa de pecas que no se desvanecían por mucho que se frotara la cara con salvado, Michèle Petit con sus trenzas bien tiesas y las gafas. Ninguna de ellas podía hacer sombra a Reinette. Ellas lo sabían también. Podía percibirlo en su forma de mirarla -un poco apartada del resto con su vestido de color rojo y el pelo largo y suelto con bayas entrelazadas entre los rizos- con envidia y recelo y con una nota de satisfacción, también: nadie podía votar a Reinette Dartigen como la Reina de la Cosecha de aquel año. Aquel año no, no con los rumores que se cernían sobre nosotros como las hojas muertas en el viento.

El cura empezó a hablar. Yo le escuchaba con creciente impaciencia. Tomas estaba esperando. Tenía que irme pronto si no quería perderlo. A mi lado, Paul observaba la fuente con aquella mirada suya de intensidad medio alelada en el rostro.

– Ha sido un año de muchas pruebas… -Su voz era un zumbido consolador, como el balar distante de las ovejas-. Pero vuestra fe y energía han hecho que lo consigamos una vez más.

Noté una impaciencia similar a la mía procedente de la gente que lo escuchaba. Acababan de oír un largo sermón. Ahora había llegado el momento de coronar a la Reina, del baile y la celebración. Vi a un niño pequeño alargar la mano para coger un trozo de pastel del cesto de mi madre y comérselo con rapidez, disimuladamente, escondiéndolo detrás de su mano, con bocados ávidos y furtivos.

– Ahora ha llegado el momento de la celebración. -Aquello era más acertado. Oí un rumor apagado de la multitud, un murmullo de aprobación e impaciencia. El padre Froment también lo notó-. Sólo os pido un poco de moderación en todas las cosas -baló-, recordad qué es lo que estáis celebrando… sin Quién no habría ni cosecha ni alegría…

– Vaya al grano, padre -sonó una voz áspera y jovial desde el interior de la iglesia. El padre Froment parecía ofendido y resignado a la vez.

– Todo llegará, *mons fils* -advirtió-. Como iba diciendo… ahora es el momento de dar comienzo al festival de Nuestro Señor eligiendo a la Reina de la Cosecha… una muchacha de edad comprendida entre los trece y los diecisiete años… Que reine sobre nuestras celebraciones y lleve la corona de cebada.

Una docena de voces lo interrumpieron gritando nombres. Algunos eran casi inelegibles. Raphaël gritó: «¡Agnès Petit!» y Agnès, que no tenía menos de treinta y cinco, se ruborizó con complacido azoramiento, pareciendo hasta hermosa por un instante.

– ¡Murielle Dupré!

– ¡Colette Gaudin! -las mujeres besaban a sus maridos, mostrando falsa indignación por el cumplido.

– ¡Michèle Petit! -Ésa era la madre de Michèle, tenazmente leal.

– ¡Georgette Lemaître! -Aquel era Henri votando por su abuela con más de noventa años que lanzó una violenta risotada por la broma.

Algunos hombres jóvenes llamaron a Jeannette Crespin y ella se sonrojó terriblemente detrás de las manos. Entonces Paul, que había permanecido en silencio a mi lado, se adelantó de pronto.

– ¡Reine-Claude Dartigen! -gritó en voz alta y sin tartamudear y su voz era fuerte, casi adulta, una voz de hombre muy distinta de su propia habla lenta y vacilante-. ¡Reine-Claude Dartigen! -volvió a gritar y la gente se giró para mirarlo con curiosidad, murmurando-. ¡Reine-Claude Dartigen! -dijo una vez más y cruzó la plaza hacia la estupefacta Reinette llevando en la mano su collar de manzanas silvestres.

»Aquí tienes. Es para ti -dijo en voz más suave, pero sin ningún rastro aún de su tartamudeo.

Y puso el collar sobre la cabeza de Reinette. La pequeña fruta rojiza y amarillenta refulgió en la luz púrpura de octubre.

– Reine-Claude Dartigen -anunció Paul una vez más y tomando la mano de Reine la guió los pocos pasos que la separaban del trono de paja. El padre Froment no dijo nada, una sonrisa incómoda en los labios, pero permitió que Paul pusiese la corona de cebada sobre la cabeza de Reinette.

– Muy bien -dijo suavemente el cura-. Muy bien. -Luego, en un tono más alto-: ¡Así pues, nombro a Reine-Claude Dartigen la Reina de la Cosecha de este año!

Quizá fuera la impaciencia de pensar en tanto vino y sidra esperando ser bebidos. Quizá fuera la sorpresa de escuchar al pobre y pequeño Paul Hourias hablar por primera vez en su vida sin tartamudear. Quizá la imagen de Reinette sentada en el trono con los labios como cerezas y el sol iluminándole el rostro como un halo. Pero la mayoría aplaudió. Algunos incluso lanzaron vítores y gritaron su nombre, todos ellos hombres, me fijé, incluso Raphaël y Julien Lanicen, que estuvieron aquella noche en La Mauvaise Réputation. Pero algunas de las mujeres no aplaudieron. Sólo fueron unas pocas, sólo un puñado, pero eran suficientes. La madre de Michèle fue una de ellas, y también chismosas resentidas como Marthe Gaudin e Isabelle Ramondin. Pero aún eran pocas y, aunque algunas parecían un tanto incómodas, unieron sus voces al resto, otras llegaron incluso a aplaudir cuando Reine lanzó los pétalos y las frutas de su cesta al grupo de colegiales. Mientras empezaba a escabullirme atisbé el rostro de mi madre y me sorprendí por la repentina mirada en su expresión, la súbita suavidad, la mirada cálida -tenía las mejillas alborotadas y los ojos casi tan brillantes como en la olvidada fotografía de su boda-, el pañuelo casi cayéndole del pelo mientras corría al lado de Reinette.

Creo que fui la única en verlo. Todos los demás estaban mirando a mi hermana. Incluso Paul la estaba mirando a ella desde su puesto junto a la fuente, con la mirada estúpida de nuevo en el rostro como si jamás lo hubiese abandonado. Sentí que algo se crispaba en mi interior. La humedad hizo que los ojos me escocieran con tal intensidad que por un instante estuve segura de que algún insecto -quizás una avispa- me había aterrizado en el párpado.

Se me cayó la pasta que había estado comiendo y me di la vuelta para marcharme desapercibidamente. Tomas me estaba esperando. De pronto era muy importante creer que Tomas me estaba esperando. Tomas, que me amaba. Tomas, sólo Tomas, para siempre. Giré la cabeza y por un instante fugaz fijé aquella escena en mi mente. Mi hermana, la Reina de la Cosecha, la Reina de la Cosecha más hermosa jamás coronada, la gavilla en una mano y en la otra una fruta redonda y lustrosa: una manzana, quizás, o una granada, puesta sobre su palma por el padre Froment, sus miradas cruzándose, él sonriendo de aquella manera suya, dulce y ovina, mi madre, con la sonrisa congelándosele en su rostro radiante en un repentino gesto de retirada, su voz llegando hasta mí apagadamente por encima del ruido de la alegre multitud: «¿Qué es eso? Por el amor de Dios ¿qué es eso? ¿Quién te ha dado eso?»

Eché a correr entonces, mientras nadie me prestaba atención. Riendo casi, con el aguijón invisible clavándoseme aún en los párpados mientras corría hacia el río, tan rápidamente como me llevaban las piernas. Pero de vez en cuando tenía que pararme para acallar los espasmos que me subían desde el estómago, espasmos extrañamente parecidos a la risa pero que hacían que me brotaran las lágrimas. ¡Aquella naranja! Guardada con celo y cariño sólo para la ocasión, escondida y envuelta en papel de seda para la Reina de la Cosecha, copada en su mano mientras madre… mientras madre… Dentro de mí sentía una risa amarga, pero el dolor era exquisito, haciéndome rodar por el suelo como si fuese arrastrada por un anzuelo. La mirada en el rostro de mi madre me provocaba convulsiones cada vez que pensaba en ella, la mirada de orgullo mudándose en miedo, qué digo, en *terror*, a la vista de una sola y diminuta naranja. Seguí corriendo, entre espasmos, tan rápido como pude, calculando que tardaría unos diez minutos en llegar al puesto de vigilancia, a lo que había que añadir el tiempo que habíamos estado en la fuente -unos veinte minutos al menos-; seguí gritando sofocadamente por miedo a que Tomas se hubiera ido.

Esta vez se lo pediría, me prometí a mí misma. Le pediría que me llevara con él esta vez, donde quiera que fuese, de regreso a Alemania o a los bosques o huyendo permanentemente, fuese lo que fuese lo que él quisiera mientras él y yo… él y yo… Recé a la Gran Madre mientras

corría, las zarzas arañándome las piernas desnudas sin que lo notase. «Por favor. Tomas. Sólo tú. Para siempre.» No me crucé con nadie en mi loca carrera por los campos. Todos los demás debían de estar en el festival. Cuando llegué a las piedras alzadas estaba gritando su nombre a todo pulmón, con mi voz estridente como la de un avefría en el silencio sedoso del río.

¿Era posible que se hubiese marchado ya?

– ¡Tomas, Tomas! -Estaba ronca por la risa, ronca por el miedo-. ¡Tomas, Tomas!

Casi ni lo vi, fue así de rápido. Deslizándose desde unos arbustos, agarrándome la muñeca con una mano, con la otra tapándome la boca. Por un segundo ni siquiera llegué a reconocerlo -tenía el rostro ensombrecido- y luché ferozmente, intentando morderle la mano, haciendo ruiditos de pájaro contra su palma.

– ¡Shhh, *Backfisch*! ¿Qué diablos intentas hacer? -reconocí su voz y dejé de forcejear.

– Tomas. Tomas. -No podía parar de decir su nombre; mi olfato se vio inundado por el aroma familiar a tabaco y sudor de su ropa. Estreché su abrigo contra mi cara de un modo que jamás me habría atrevido a hacer dos meses atrás. En la secreta oscuridad, le besé el forro con pasión desesperada-. Sabía que volverías, lo sabía.

Él me miró sin decir nada.

– ¿Estás sola? -la mirada parecía más aguzada de lo habitual, cauta.

Asentí.

– Bien. Quiero que me escuches. -Hablaba muy lentamente, enfatizando, enunciando cada palabra. No llevaba ningún cigarrillo en la comisura, no había brillo en sus ojos. Parecía haber adelgazado en las últimas semanas, su rostro era más afilado, la boca menos generosa-. Quiero que me escuches atentamente.

Asentí obediente. Lo que tú quieras, Tomas. Sentía el brillo y el calor en mis ojos. «Sólo tú Tomas. Sólo tú.» Quería contarle lo de mi madre, Reine y la naranja pero percibí que aquel no era el momento adecuado. Escuché.

– Es posible que vengan algunos hombres al pueblo -anunció-. Uniformes negros, sabes lo que eso significa ¿no?

Asentí.

– Policía alemana. Las SS.

– Exacto. -Hablaba con un tono cortante y preciso muy distinto de su habitual y desenfadada forma de hablar-. Es muy probable que hagan preguntas.

Lo miré sin comprender.

– Preguntas sobre mí -aclaró Tomas.

– ¿Por qué?

– Eso no importa. -Seguía agarrándome dolorosamente la muñeca con la mano crispada-. Podrían preguntarte algunas cosas. Cosas sobre lo que hemos estado haciendo.

– ¿Te refieres a las revistas y a todo eso?

– Exacto. Y sobre el viejo del café. Gustave. El que se ahogó. -Tenía una expresión ceñuda y cansada en el rostro. Me cogió la cara para que lo mirase, acercándose mucho. Pude oler el humo de cigarrillo en el cuello del abrigo y en su aliento-. Escúchame, *Backfisch*. Esto es importante. No les cuentes nada. Nunca me has visto. No estabas en La Rép la noche del baile. Ni siquiera sabes mi nombre. ¿De acuerdo?

Asentí.

– No lo olvides -insistió Tomas-. No sabes nada. Nunca has hablado conmigo. Díselo a los demás.

Volví a asentir y pareció relajarse un poco.

– Hay algo más. -Su voz había perdido la dureza, sonando ahora casi acariciadora. Hizo que me deshiciera por dentro, como caramelo caliente. Lo miré llena de expectación-. No podré volver aquí de nuevo -dijo amablemente-. Al menos, durante algún tiempo. Se ha vuelto muy peligroso. A duras penas he conseguido salirme con la mía la última vez.

Guardé silencio durante un momento.

– ¿Podríamos vernos en el cine? -sugerí tímidamente-. Como solíamos hacer. O en los bosques…

Tomas meneó la cabeza con gesto impaciente.

– ¿Es que no me has oído? -replicó-. No podemos vernos más. En ningún sitio.

El frío me hacía cosquillas en la piel como si fuesen copos de nieve. Mi mente era una nube negra agitándose.

– ¿Durante cuánto tiempo? -conseguí susurrar.

– Mucho, mucho tiempo. -Notaba su impaciencia-. Quizá para siempre.

Me arredré y empecé a temblar. El cosquilleo se convirtió en una sensación de terrible escozor como si me estuviera revolcando entre las ortigas. Me cogió la cara entre sus manos.

– Mira Framboise -dijo despacio-. Lo siento. Ya sé que tú… -se interrumpió bruscamente-. Sé que es duro. -Sonrió, una sonrisa fiera pero arrepentida, como un animal salvaje intentando esbozar un gesto amistoso-. Os he traído algunas cosas -dijo al fin-. Revistas, café. -De nuevo la misma sonrisa rígida y animada-. Goma de mascar. Chocolate. Libros.

Lo miré en silencio. Sentía el corazón como un trozo de barro húmedo.

– Escóndelos ¿quieres? -Le brillaban los ojos, los ojos de un

muchacho compartiendo un delicioso secreto-. Y no le hables a nadie de nosotros. A nadie.

Regresó al arbusto desde donde había saltado y sacó un paquete atado con una cuerda.

– Ábrelo -me instó.

Lo miré de forma apagada.

– Vamos. -Su voz sonaba tensa por la forzada alegría-. Es tuyo.

– No lo quiero.

– ¡Oh, vamos *Backfisch*! -Hizo ademán de abrazarme pero yo lo empujé.

– ¡Te he dicho que no lo quiero! -Era la voz de mi madre otra vez, chillona y brusca y de pronto lo odié por haberla provocado-. No lo quiero, no lo quiero, no lo quiero.

Me sonrió vacilante.

– Oh, vamos -repitió-. No seas así. Yo sólo…

– Podríamos escaparnos -le dije de pronto-. Conozco muchos lugares en los bosques. Podríamos escaparnos y nadie sabría nunca dónde encontrarnos. Podríamos comer conejos y otras cosas: setas, bayas… -Me hervía el rostro. Tenía la garganta seca e irritada-. Estaríamos a salvo. Nadie lo sabría… -insistí pero en su expresión vi que era inútil.

– No puedo -dijo tajante.

Sentía las lágrimas agolpándose en mis ojos.

– ¿No podrías quedarte un ra-rato más? -Ahora hablaba como Paul, de forma humilde y estúpida, pero no podía evitarlo.

Una parte de mí habría deseado dejarlo marchar con un silencio frío y orgulloso, sin decir ni una palabra, pero las palabras se precipitaban a mi boca espontáneamente.

– ¿Por favor? Podrías fumarte un cigarrillo, o nadar un rato, o podríamos pe-pescar.

Tomas movió negativamente la cabeza.

Sentí que algo se desmoronaba dentro de mí con lenta inevitabilidad. En la distancia oí un repentino choque de metal contra metal.

– Sólo unos minutos. Por favor. -Cómo odié el sonido de mi voz en aquel momento, aquel ruego estúpido y herido-. Te enseñaré mis nuevas trampas. Te enseñaré mi trampa para lucios.

Su silencio era irrecusable y paciente como una tumba. Sentía que nuestro tiempo se me escapaba inexorablemente. De nuevo volví a oír el choque de metal contra metal, el sonido de un perro con una lata de metal atada a la cola y de pronto reconocí el ruido. Me inundó una oleada de alegría desesperada.

– ¡Por favor! ¡Es importante! -grité en voz alta e infantil, con la esperanza de salvación, más próxima que nunca a las lágrimas, con

calor manando de mis párpados y de la garganta-. Lo contaré todo si no te quedas, lo contaré, lo contaré…

Asintió una vez impaciente.

– Cinco minutos. Ni uno más. ¿De acuerdo?

Mis lágrimas cesaron.

– De acuerdo.

Capítulo 12

Cinco minutos. Sabía lo que tenía que hacer. Era nuestra última oportunidad -mi última oportunidad-, pero mi corazón, latiendo como un martillo, llenaba mi mente desesperada con una música salvaje. Me había concedido cinco minutos. Me invadió la euforia mientras lo arrastraba de la mano hacia el banco de arena grande donde había colocado mi última trampa. La oración que había ocupado mi mente mientras corría desde el pueblo se había convertido ahora en un imperativo quejumbroso y ensordecedor -«sólo tú sólo tú oh Tomas por favor oh por favor por favor»- el corazón me latía con tanta fuerza que amenazaba con reventarme los tímpanos.

– ¿Adónde vamos? -Su voz era tranquila, divertida, casi indiferente.

– Quiero enseñarte algo -jadeé, estirando más fuerte de su mano-. Algo importante. ¡Vamos!

Oía el ruido de las latas de metal que había atado al bidón de aceite. Había algo ahí dentro, me dije con un violento escalofrío de emoción. Algo grande. Las latas se agitaban furiosamente en el agua, golpeando el bidón. Debajo, las jaulas unidas con alambres daban sacudidas debajo de la superficie.

Tenía que ser. Tenía que ser.

Desde su escondite debajo de la orilla saqué el palo de madera con el que solía sacar a la superficie mis trampas pesadas. Al principio me temblaban tanto las manos que a punto estuve de dejar caer el palo al agua. Con el anzuelo asegurado al extremo del palo solté las jaulas del flotador y empujé el bidón. Las jaulas corcoveaban y saltaban.

– ¡Es demasiado pesado! -grité.

Tomas me miraba anonadado.

– ¿Qué demonios es eso? -preguntó.

– Oh, por favor… por favor… -Estaba levantando las jaulas, intentando arrastrarlas hasta la orilla. El agua salía a chorros a través de los listones de las paredes de las cajas. Algo grande y violento se retorcía y se agitaba en el interior.

A mi lado oí la risa apagada de Tomas.

– Oh, *Backfisch*. Creo que al final lo has cogido. Ese viejo lucio… *Lieber Gott*, pero debe ser enorme…

Apenas lo escuchaba. La respiración me frotaba la garganta como un papel de lija. Sentía mis talones desnudos en el barro, deslizándose sin remedio hacia el agua. Lo que tenía entre las manos me estaba arrastrando poco a poco.

– ¡No pienso perderla! -jadeé bruscamente-. ¡No lo haré! ¡No lo

haré! -Di un paso hacia arriba en dirección a la orilla, tirando de las jaulas. Luego otro más. Sentía bajo mis pies que el lodo resbaladizo y amarillento amenazaba con hacerme caer. El palo se hundía cruelmente en mis hombros mientras luchaba por levantarlo. Y en el fondo de mi mente, el delirante convencimiento de que él me estaba mirando, de que si conseguía arrastrar a la Gran Madre desde su escondite, entonces mi deseo… mi deseo…

Un paso. Luego otro. Hundí los dedos en el barro y me arrastré más hacia arriba. Un paso más, mi carga se iba haciendo más ligera a medida que el agua salía de las jaulas. Sentía a la criatura de su interior moverse furiosa contra las paredes de la caja. Un paso más.

Luego nada.

Tiré, pero las jaulas no se movieron. Gritando de frustración, me precipité hacia la orilla tan lejos como pude, pero la jaula estaba bien atascada. Una raíz, tal vez, colgando de la orilla desnuda como el raigón de un diente cariado o un tronco flotante inmovilizado en el alambre.

– ¡Se ha quedado atascada! -grité desesperada-. ¡La maldita trampa se ha quedado atascada con algo!

Tomas me dirigió una mirada cómica.

– Sólo es un viejo lucio… -dijo con un deje de impaciencia.

– Por favor Tomas… -musité-. Si lo dejo ir… se me escapará… Agáchate y suéltalo… Por favor…

Tomas se encogió de hombros y se quitó la chaqueta y la camisa dejándolas con cuidado sobre un arbusto.

– No me voy a manchar el uniforme de barro -comentó suavemente.

Me temblaban los brazos por el esfuerzo; mantuve el palo agarrado mientras Tomas investigaba la obstrucción.

– Son unas raíces -me gritó-. Parece como si uno de los listones se hubiese soltado y se hubiese quedado enganchado en las raíces. Está muy encallada.

– ¿Puedes llegar hasta ella? -le dije.

– Lo intentaré. -Se quitó los pantalones para colgarlos junto al resto de su uniforme y dejó las botas junto a la orilla. Lo vi temblar al entrar en el agua, era muy profunda en ese punto, y lo oí mascullar de forma graciosa.

– Debo de estar loco -dijo Tomas-. ¡Me estoy congelando! -El agua parda le llegaba hasta los hombros. Recuerdo cómo el Loira se partió en ese momento, con una corriente lo bastante fuerte para hacer pequeños remolinos de espuma alrededor de su cuerpo.

– ¿Puedes cogerla? -le grité, con los brazos surcados por calambres abrasadores y la cabeza latiéndome con furia. Seguía sintiendo al lucio… aún medio cubierto de agua… moviéndose con

brío contra las paredes de la jaula.

– Está ahí abajo -le oí decir-. Justo debajo de la superficie. Creo… -Un ruido como un chapoteo mientras se zambullía momentáneamente y volvía a resurgir brillante como una nutria-. Un poco más abajo…

Me tiré hacia atrás con toda la fuerza de mi peso. Las sienes me ardían y tenía ganas de gritar por el dolor y la frustración. Cinco segundos… diez segundos… casi desmayándome, flores rojas y negras floreciendo ante mis párpados y la plegaria: «Oh, por favor por favor te dejaré libre lo juro lo juro por favor por favor Tomas sólo tú Tomas solo tú para siempre sólo…».

Entonces, sin previo aviso, la jaula cedió. Me resbalé hacia el banco soltando casi el palo, con la trampa liberada casi rebotando detrás de mí. Con la visión nublada y el sabor de metal en la garganta la arrastré a la orilla, clavándome fragmentos de la jaula rota en las uñas y con las palmas llenas de heridas. Rompí el alambre, desgarrándome la piel de las manos, con la certeza de que el lucio se había escapado… Algo golpeó contra los lados de la caja. Plas, plas, plas. El sonido fiero y húmedo de una manopla contra un cuenco esmaltado. «¡Mira esa cara, Boise! Eres un desastre. ¡Ven aquí y deja que te la limpie!» De pronto me acordé de madre y de cómo solía frotarnos cuando no quedábamos limpios hasta hacernos sangrar a veces.

Plas, *plas*, *plas*. El sonido era más débil ahora, menos persistente, aunque sabía que un pez podía vivir minutos… incluso retorcerse durante media hora después de haber sido pescado. A través de los listones en la oscuridad de la jaula pude discernir una forma enorme del color del aceite oscuro y de vez en cuando veía el brillo de su ojo, como una sola bola desviándose hacia mí en un rayo de sol. Sentí una punzada de felicidad tan salvaje que fue como morir.

– Gran Madre -susurré con voz ronca-. Gran Madre. Deseo. Deseo. Haz que se quede. Haz que Tomas se quede -le susurré presurosa para que Tomas no pudiera oír lo que decía, y luego, al ver que no subía por la orilla lo volví a repetir por si el viejo lucio no lo había oído la primera vez-. Haz que Tomas se quede. Haz que Tomas se quede para siempre.

Dentro de la jaula el lucio seguía golpeando y forcejeando. Podía distinguir la forma de su boca, una desagradable media luna vuelta hacia abajo, punteada por el acero, recuerdo de anteriores intentos por capturarla, y sentí terror por su tamaño y orgullo por mi victoria, así como un sentimiento de alivio enloquecido y anegado… Se había terminado. La pesadilla que había empezado con Jeannette y la serpiente de agua, las naranjas, el descenso de madre a la locura… todo se había acabado aquí, en la orilla del río, con una chica con la falda sucia de barro y los pies descalzos, el pelo corto cubierto de

barro y el rostro resplandeciente; esa caja; ese pez; ese hombre con aspecto casi de muchacho sin su uniforme y con el cabello chorreando… Miré a mi alrededor impaciente.

– ¡Tomas! ¡Ven a ver!

Silencio. Sólo los leves ruidos del río batiendo la cuenca encenagada de la orilla. Me puse en pie para mirar en los márgenes.

– ¡Tomas!

Pero no había ni rastro de Tomas. En el lugar donde se había zambullido sólo había una tersura cremosa y lisa del color del café con leche con algunas burbujas en la superficie.

– ¡Tomas!

Quizá debería haber sentido pánico. Si hubiera reaccionado inmediatamente, tal vez podría haber llegado a tiempo, evitando lo inevitable… Eso me lo digo a mí misma ahora. Pero entonces, todavía aturdida por mi victoria, con las piernas temblorosas por el esfuerzo y la fatiga, sólo podía recordar los cientos de veces que él y Cassis habían jugado a aquel juego, sumergiéndose profundamente en el agua y haciendo ver que se habían ahogado, ocultándose en agujeros debajo del banco de arena para volver a resurgir con la cara roja y riendo mientras Reinette no paraba de gritar… En la caja, la Gran Madre se agitaba imperiosamente. Avancé otros dos pasos hacia el margen.

– ¿Tomas?

Silencio. Permanecí ahí un instante que se me antojó una eternidad. Susurré:

– ¿Tomas?

El Loira siseaba suavemente bajo mis pies. Los ruidos de la Gran Madre en la jaula se habían hecho más débiles. A lo largo de la orilla podrida, las largas y amarillentas raíces se extendían por el agua como dedos de brujas. Y lo supe.

Tenía mi deseo.

Cuando Cassis y Reine me encontraron dos horas después, estaba tumbaba en los márgenes del río, con una mano sobre las botas de Tomas y la otra sobre una jaula rota que contenía los restos de un pez grande que ya empezaba a heder.

Capítulo 13

Éramos sólo unos niños. No sabíamos qué hacer. Estábamos asustados. Tal vez Cassis el que más, porque era el mayor y comprendía mejor que nosotras lo que nos pasaría si nos relacionaban con la muerte de Tomas. Fue Cassis quien arrastró a Tomas de debajo de la orilla, liberándole el tobillo de la raíz en la que se había quedado atrapado. Fue Cassis también quien recogió el resto de sus ropas y las lió con su cinturón. Estaba llorando pero aquel día había algo duro en él, algo que no habíamos visto antes. Después se me ocurrió que quizás aquel día agotó la reserva de valentía de toda su vida. Quizás por eso luego huyó al dulce olvido de la bebida.

Reinette no era de ninguna utilidad. Permanecía sentada en la orilla, llorando, con el rostro arrugado y casi feo. Sólo cuando Cassis la zarandeó y le dijo que tenía que prometer -prometer-, dio muestras de reaccionar, asintiendo apenas perceptiblemente a través de las lágrimas y gimoteando: «¡Tomas, oh Tomas!» Tal vez aquello fue lo que hizo que, a pesar de todo, nunca consiguiese odiar a Cassis. Al fin y al cabo, aquel día me ayudó y aquello era más de lo que nadie había hecho por mí. Hasta ahora, claro está.

– Tienes que entenderlo -su voz juvenil, vacilante por el miedo, seguía pareciendo extrañamente un eco de la de Tomas-. Si nos descubren pensarán que nosotros lo matamos. Nos fusilarán. -Reine lo miraba con los ojos enormes y aterrorizados. Yo observaba el río, sintiéndome curiosamente indiferente, curiosamente insensible. Nadie podía dispararme a mí. Yo había capturado a la Gran Madre. Cassis me golpeó bruscamente en el brazo. Parecía afectado pero tenaz.

– ¡Boise! ¿Me estás escuchando?

Asentí.

– Tenemos que simular que fue otra persona quien lo hizo -dijo Cassis-. La Resistencia o cualquier otro. Si se creen que se ahogó… -Se interrumpió para mirar supersticiosamente al río-. Si descubren que venía a nadar con nosotros… podrían hablar con los otros, con Hauer y con el resto… y… -Cassis tragó saliva convulsivamente. No había necesidad de decir más.

Nos miramos el uno al otro.

– Tenemos que simular… -Me lanzó una mirada casi suplicante-. Ya sabéis. Una ejecución.

Asentí.

– Yo lo haré -dije.

Nos llevó algún tiempo saber cómo disparar la pistola. Había un seguro. Lo quitamos. La pistola pesaba y olía a grasa. Luego quedaba decidir dónde teníamos que disparar. Yo decía que en el corazón,

Cassis que en la cabeza. Un solo tiro bastaría, dijo él, justo aquí, en la sien, para hacerlo parecer un asunto de la Resistencia. Le atamos las manos con una cuerda para que pareciera más auténtico. Amortiguamos el ruido del disparo con su chaqueta, pero aun así el impacto -seco pero con una resonancia peculiar que duraba y perduraba- pareció llenar el mundo entero.

Mi pena me había calado hondo, demasiado hondo para dejarme sentir nada, salvo un entumecimiento perenne. Mi mente era como el río, suave y reluciente en la superficie, llena de frío por debajo. Arrastramos a Tomas hasta el borde y lo dejamos caer en el agua. Sin sus ropas ni chapas de identidad. Lo sabíamos, virtualmente sería imposible identificarlo. Quizá mañana, nos dijimos, la corriente ya lo habría arrastrado hasta Angers.

– Pero ¿qué haremos con su ropa? -Había un tono azulado alrededor de la boca de Cassis pero su voz seguía siendo fuerte-. No podemos arriesgarnos a tirarla al río. Alguien podría encontrarla. Y saber…

– Podríamos quemarla -sugerí.

Cassis hizo un gesto negativo.

– Demasiado humo -se limitó a decir-. Además no puedes quemar la pistola, el cinturón o la chapa de identificación.

Encogí los hombros con indiferencia. En mi mente veía a Tomas meciéndose hacia dentro del agua, como un niño cansado en la cama, una y otra vez. Entonces tuve una idea.

– El agujero de Morlock -dije.

Cassis asintió.

– Muy bien -dijo.

Capítulo 14

El pozo no ha cambiado mucho desde entonces, aunque alguien lo haya revestido de hormigón para evitar que los niños se caigan. Naturalmente, ahora tenemos agua en casa. En el tiempo de mi madre, el pozo era la única agua potable que teníamos para beber, aparte de la que quedaba en el canalón procedente de las lluvias y que sólo empleábamos para regar. Era un artilugio gigantesco y cilíndrico, hecho de ladrillos, que se alzaba un metro y medio del suelo, con una bomba de mano para sacar el agua. En el extremo del cilindro había una tapa de madera asegurada con un candado para evitar los accidentes y la contaminación. A veces, cuando el tiempo era muy seco, el agua del pozo salía amarillenta y salobre, pero durante la mayor parte del año era dulce. Después de leer *La máquina del tiempo*, a Cassis y mí nos había dado por jugar algún tiempo a los Morlocks y los Eloi alrededor del pozo que, por su austera solidez, me recordaba a los agujeros oscuros en los que las criaturas habían desaparecido.

Esperamos hasta que se hiciera de noche para regresar a casa. Llevábamos el hato con las ropas de Tomas, y lo ocultamos entre unos frondosos arbustos de espliego que quedaban en un extremo del jardín hasta que oscureciera. También trajimos el paquete con las revistas sin abrir; ni siquiera Cassis estaba interesado en echarle un vistazo después de lo sucedido. Uno de nosotros tendría que inventarse una excusa para salir, dijo Cassis -daba por sentado que era yo quien tenía que hacerlo-, sacar rápidamente el hato y tirarlo al pozo. La llave del candado estaba colgada detrás de la puerta junto con el resto de la llaves de la casa -ponía Pozo; siendo como era la pasión de madre por el orden- y podía ser extraída y devuelta sin que ella lo notase. Después de aquello, dijo Cassis con una dureza no acostumbrada en la voz, el resto dependía de nosotros. Nunca habíamos conocido ni habíamos oído hablar de un tal Tomas Leibniz. Jamás habíamos hablado con soldados alemanes. Hauer y los otros mantendrían la boca cerrada si sabían lo que les convenía. Todo lo que teníamos que hacer era hacernos los tontos y no decir nada.

Capítulo 15

Resultó más fácil de lo que imaginábamos. Madre tenía otro de sus delirios y estaba demasiado preocupada por su propio sufrimiento para notar nuestras pálidas caras y ojos turbios. Mandó a Reine al baño inmediatamente, protestando porque su piel seguía teniendo olor a naranjas y le frotó las manos con alcanfor y piedra pómez hasta que Reinette gritó y suplicó. Volvieron a salir veinte minutos más tarde -Reine con el cabello liado en una toalla y oliendo intensamente a alcanfor-, mi madre malhumorada y con una mueca rígida en la boca por la ira contenida. No había cena para nosotros.

– Hacérosla vosotros si queréis -nos dijo madre-. Corriendo por los bosques como gitanos. Pavoneándoos en esa plaza de ese modo… -casi gemía, con una mano en la sien con su viejo gesto de advertencia. Un silencio, durante el cual nos miró como si fuésemos extraños; luego se retiró a su mecedora junto a la chimenea, retorciendo ferozmente su labor de punto entre las manos, meciéndose y contemplando las llamas.

– Naranjas -musitó en voz baja-. ¿Por qué habríais de traer naranjas a la casa? ¿Tanto me odiáis? -Pero a quién iba dirigida su charla no estaba claro y ninguno nos atrevimos a contestarle. En cualquier caso, tampoco estoy muy segura de lo que le hubiésemos respondido.

A las diez se fue a su cuarto. Ya era tarde para nosotros, pero madre, que durante sus delirios perdía la noción del tiempo, no dijo nada. Nos quedamos un rato en la cocina, escuchando el trajín mientras ella se preparaba para dormir. Cassis fue a la bodega a buscar algo para comer y regresó con un trozo de *rillettes* envuelto en papel y media barra de pan. Comimos, aunque ninguno tenía mucha hambre. Creo que quizás intentábamos evitar hablarnos.

El acto -el terrible acto del que éramos cómplices- pesaba sobre nosotros como una fruta espantosa. Su cuerpo, su pálida piel del norte casi amoratada en el colorido fondo de las hojas, su rostro desviado, su vuelco adormecido y lánguido dentro del agua. Echando hojas con los pies sobre el confuso estropicio en la parte posterior de su cabeza -es extraño que el agujero de la bala fuese tan pulcro en su lugar de entrada- luego el chasquido lento y regio en el agua… Una rabia sombría oscurecía mi pena. «Me engañaste», pensé entre mí. «Me engañaste. Me engañaste.»

Cassis fue el primero en romper el silencio.

– Deberías… ya sabes… hacerlo ahora.

Le dirigí una mirada llena de odio.

– Deberías hacerlo -insistió-. Antes de que se haga demasiado

tarde.

Reine nos miró con aquellos ojos suplicantes de novilla.

– Está bien -dije lacónica-. Lo haré.

Después volví al río una vez más. No sé lo que esperaba encontrarme allí -el fantasma de Tomas Leibniz, quizás, reclinado sobre el puesto de vigilancia y filmando- pero el lugar estaba extrañamente normal, incluso le faltaba aquella misteriosa quietud que habría esperado después de algo tan terrible. Las ranas croaban. El agua se mecía suavemente contra la cuenca de la orilla. En la luz grisácea y fría de la luna, el lucio muerto me miraba con sus ojos como bolas y la boca de babosa llena de púas. No podía quitarme de la cabeza la idea de que no estaba muerto, de que podía oír cada palabra, de que estaba escuchando…

– Te odio -le dije sigilosa.

La Gran Madre me miraba con desprecio vidrioso. Había anzuelos alrededor de toda su boca llena de dientes, algunos incluso habían llegado casi a cicatrizar con el tiempo y tenían el aspecto de extraños colmillos.

– Te habría dejado marchar -le dije-. Lo sabes. -Me tumbé en la hierba a su lado, nuestras caras casi tocándose. El hedor a pescado podrido se mezclaba con el húmedo olor del suelo-. Me engañaste.

En la pálida luz, los ojos del viejo lucio parecían casi maliciosos. Casi triunfantes.

No sé con certeza cuánto tiempo estuve fuera aquella noche. Creo que me quedé dormida un rato, pues cuando me desperté la luna estaba ya río abajo, reflejando su imagen partida sobre el agua tersa y láctea. Hacía mucho frío. Frotándome agarrotados las manos y pies me levanté, luego cogí con cuidado el lucio muerto. Pesaba mucho y estaba encenagado por el barro del río, había restos dentados de anzuelos incrustados en sus flancos relucientes como trozos de carapacho. En silencio lo llevé hasta las piedras alzadas donde había colgado los cadáveres de las serpientes de agua a lo largo de aquel verano. Lo clavé por el labio inferior a uno de los clavos. La carne era dura y elástica; por un instante dudé si la piel no se desgarraría, pero haciendo un esfuerzo lo conseguí. La Gran Madre estaba colgada con la boca abierta sobre el río con una falda de piel de serpiente que temblaba en la brisa.

– Al menos te he cogido -le dije en voz baja.

Al menos te he cogido.

Capítulo 16

Casi fallé en la primera llamada. La mujer que me respondió se había quedado a trabajar más tiempo -ya eran las cinco y diez- y se le había olvidado conectar el contestador automático. Parecía muy joven y aburrida. Y sentí que mi corazón se encogía al escuchar su voz. Conseguí balbucir mi mensaje moviendo los labios que tenía extrañamente entumecidos. Hubiese preferido una mujer más mayor que pudiese recordar la guerra, una que quizá recordara el nombre de mi madre y por un instante estuve convencida de que me iba a colgar, me diría que ahora toda aquella historia tan antigua era cosa acabada y que nadie quería saber nada más…

En mi mente llegué incluso a oír cómo lo decía. Estiré la mano para cortar la comunicación.

– *Madame? Madame?* -Su voz era apremiante-. ¿Sigue usted ahí?

– Sí -dije haciendo un esfuerzo.

– ¿Dijo usted Mirabelle Dartigen?

– Sí. Soy su hija. Framboise.

– Espere. Por favor, espere. -La voz parecía casi sin aliento detrás de la cordialidad profesional, había desaparecido cualquier amago de aburrimiento-. Por favor. No se vaya.

Capítulo 17

Había esperado un artículo, un reportaje como mucho, quizá con una fotografía o dos. En vez de eso, ellos me hablaron de derechos cinematográficos, de los derechos de mi historia en el extranjero, de un libro… Pero yo no podía escribir un libro, les dije, espantada. Podía leer, pero en cuanto a escribir… ¿A mi edad, además? No importaba, me aseguraron con dulzura. Podían encargar la redacción a un negro.

Un negro. Aquello me producía escalofríos.

Al principio creí que lo hacía para vengarme de Laure y Yannick. Para robarles su miserable momento de gloria. Pero el tiempo de eso ha pasado. Como Tomas dijo una vez, hay más de una forma de contraatacar. Además, ahora me dan lástima. Yannick me ha escrito varias veces con creciente urgencia. Está en París por ahora. Laure ha empezado los trámites del divorcio. Ella no ha intentado ponerse en contacto conmigo y no puedo evitar sentir un poco de pena. Después de todo, no tienen hijos. No tienen ni idea del cambio que eso produce en nosotros.

Mi segunda llamada fue para Pistache. Mi hija respondió casi de inmediato, como si me estuviera esperando. Su voz sonaba tranquila y lejana. De fondo oía a Prune y a Ricot practicando un juego ruidoso y el perro ladrando.

– Por supuesto que iré -dijo con suavidad-. Jean-Marc puede ocuparse de los niños unos días.

Mi dulce Pistache. Tan paciente y poco exigente. ¿Cómo va a saber lo que significa tener ese lugar duro en el interior? Ella jamás lo tuvo. Tal vez me amará… quizás incluso me perdone… pero nunca llegará a entenderme realmente. Quizá sea mejor para ella de ese modo.

La última llamada era de larga distancia. Dejé un mensaje, luchando con el acento extraño, las palabras imposibles. Mi voz sonaba vieja y vacilante, tuve que repetir el mensaje varias veces para hacerme oír por encima de los ruidos de la vajilla, de la gente hablando y del distante tocadiscos. Esperaba que con eso bastase.

Capítulo 18

Lo que sucedió después es bien sabido por todos. Encontraron a Tomas casi de inmediato, no habían pasado ni siquiera veinticuatro horas de lo sucedido en Les Laveuses y no fue en absoluto en los alrededores de Angers. En vez de verse arrastrado por la corriente lejos de allí, se había quedado en un banco de arena a un kilómetro de distancia del pueblo, donde fue encontrado por el mismo grupo de alemanes que habían localizado su moto, escondida detrás de unos arbustos debajo del camino de las piedras alzadas. A través de Paul nos enteramos de los rumores que corrían por el pueblo; que un grupo de la Resistencia había disparado contra un alemán que los había descubierto después del toque de queda; que un francotirador comunista le había disparado cuando le pidió los papeles; que se había tratado de una ejecución hecha por su propia gente tras descubrir que traficaba en el mercado negro con mercancía procedente del ejército alemán. De pronto los alemanes estaban por todo el pueblo: uniformes negros y grises registrando casa por casa.

Mostraron un interés superficial por nuestra casa. Después de todo, no había ningún hombre, sino un puñado de mocosos con su madre enferma. Fui yo quien les abrió la puerta cuando vinieron y los conduje por la casa, pero sobre todo parecían más interesados en lo que sabíamos de Raphaël Crespin. Paul nos dijo que Raphaël había desaparecido aquel mismo día, temprano por la mañana o quizá durante la noche; había desaparecido sin dejar ni rastro, llevándose su documentación y el dinero, mientras que en el sótano de La Mauvaise Réputation los alemanes habían encontrado un alijo de armas y explosivos lo bastante grande como para hacer explotar Les Laveuses un par de veces.

Los alemanes volvieron luego a nuestra casa y la registraron de arriba a abajo y más tarde parecieron perder el interés por completo. Me fijé, con poca sorpresa, que el oficial de las SS que acompañaba a la patrulla era el mismo hombre de rostro encarnado y jovial que hizo un comentario sobre nuestras fresas a principios de aquel verano. Seguía con el mismo rostro encarnado y la misma jovialidad a pesar de la naturaleza de la investigación, sacudiéndome con descuido el pelo al pasar y se aseguró de que los soldados lo dejaban todo en orden a su paso. Colgaron un mensaje en francés y alemán en la puerta de la iglesia invitando a cualquiera que supiese algo del asunto a dar información. Madre permaneció en su habitación con una de sus migrañas, durmiendo durante el día y hablando consigo misma durante las noches.

Nosotros dormíamos mal y teníamos pesadillas.

Cuando finalmente sucedió fue como un sentimiento de anticlímax. Ya estaba hecho antes incluso de que nos hubiésemos enterado, a las seis de la mañana contra la pared oeste de la iglesia de Saint Benedict, cerca de la fuente donde apenas dos días atrás Reinette había estado con su corona de avena tirando flores.

Paul vino a contárnoslo. Su rostro estaba pálido y lleno de manchas, con una vena prominente resaltando en su frente mientras nos hablaba en una voz que era un largo tartamudeo. Lo escuchamos en un silencio horrorizado, paralizados, preguntándonos cómo había podido acabar así, cómo nuestra pequeña semilla había podido crecer hasta convertirse en aquella flor sangrienta. Sus nombres caían en mis oídos como piedras en el agua profunda. Diez nombres que jamás podré olvidar mientras viva. Martin Dupré. Jean-Marie Dupré. Colette Gaudin. Philippe Hourias. Henri Lemaître. Julien Lanicen. Arthur Lecoz. Agnès Petit. François Ramondin. Auguste Truriand. Vuelven a mi memoria como el estribillo de una canción que sabes que jamás te dejará en paz, me rompen el descanso nocturno resonando en mis sueños, sirviendo de contrapunto en los movimientos y ritmos de mi vida con implacable precisión. Diez nombres. Uno por cada una de las diez personas que estuvieron aquella noche en La Mauvaise Réputation.

Más adelante supimos que la desaparición de Raphaël fue el elemento decisivo. El alijo de armas en el sótano hacía pensar que el propietario del café tenía conexión con grupos de la Resistencia. Nadie lo sabía. Quizá todo aquello no era más que una tapadera para las actividades cuidadosamente organizadas de la Resistencia, o quizá la muerte de Tomas había sido un simple caso de venganza por lo que le había pasado al viejo Gustave unas semanas antes, pero fuese lo que fuese, Les Laveuses pagó un precio muy alto por aquella pequeña rebelión. Como las avispas de final del verano, los alemanes sentían que se acercaba su fin y se revolvían con rabia instintiva.

Martin Dupré. Jean-Marie Dupré. Colette Gaudin. Philippe Hourias. Henri Lemaître. Julien Lanicen. Arthur Lecoz. Agnès Petit. François Ramondin. Auguste Truriand. Me pregunto si cayeron en silencio como las figuras de un sueño o si lloraron, suplicaron y se arañaron los unos a los otros en su intento por escapar. Me pregunto si registraron sus cadáveres después, alguno todavía presa de espasmos y mirando, pero silenciado por fin por la culata de un fusil; un soldado levantando la falda ensangrentada para dejar al descubierto parte de un muslo rollizo… Paul dijo que no duró más que un segundo. No se le permitió a nadie mirar y había soldados con armas apostados en las ventanas cerradas. Me los imagino quietos, detrás de las contraventanas, los ojos pegados con avidez en las rendijas y los agujeros, las bocas medio abiertas en un estúpido shock. Luego, el

murmullo, sus voces apagándose, sofocándose, borboteando palabras, como si éstas les pudieran ayudar a entender.

«¡Ya vienen! Son los chicos Dupré. Y Colette, Colette Gaudin. Philippe Hourias. Henri Lemaître -pero si no le haría daño ni a una mosca, apenas está sobrio diez minutos al día-, el viejo Julien Lanicen. Arthur Lecoz. Y Agnès. Agnès Petit. Y François Ramondin. Y Auguste Truriand.»

Desde la iglesia donde ya había dado comienzo la primera misa de la mañana se alzó el ruido de las voces. Un himno de la cosecha. Más allá de las puertas cerradas, dos soldados hacían guardia con caras aburridas y agrias. El padre Froment lanza las palabras como un balido mientras la congregación murmura. Sólo unas docenas de personas hoy, los rostros endurecidos y acusadores, pues ha corrido la voz de que el cura ha hecho un trato con los alemanes para asegurar la cooperación. El órgano aporrea una canción a todo volumen, pero aun así se pueden oír los disparos desde fuera hacia el lado oeste, la muda percusión de las balas mientras golpean la vieja piedra, algo que permanecerá incrustado en la carne de cada uno de los miembros de la congregación como un viejo anzuelo, medio curado pero que jamás podrá ser desprendido del todo. En el fondo de la iglesia alguien empieza a cantar La Marsellesa pero las palabras suenan ebrias y demasiado estridentes en el repentino sosiego y el cantante se calla, avergonzado.

Lo veo todo en mis sueños, que son más claros que mis recuerdos. Veo sus rostros. Oigo sus voces. Veo la transición fugaz, como un puñetazo, de la vida a la muerte. Pero mi pena ha echado raíces demasiado profundas para encontrarlas y cuando me despierto con lágrimas en los ojos sólo advierto un extraño sentimiento de sorpresa, casi indiferencia. Tomas se ha ido. Nada más tiene sentido.

Supongo que estábamos bajo los efectos de un shock. No hablábamos entre nosotros de lo ocurrido, sino que cada uno iba a la suya. Reinette a su habitación, donde permanecía tumbada horas y horas en la cama, hojeando sus revistas de cine; Cassis a sus libros, cada vez más parecido a un hombre de mediana edad, creo ahora, como si algo se hubiese derrumbado dentro de él, y yo a los bosques y al río. Le prestábamos poca atención a madre durante aquel tiempo, aunque sus delirios continuaron con tanta frecuencia como antes, superando en tiempo los peores de aquel verano. Pero para entonces nos habíamos olvidado de temerla. Incluso Reinette se olvidó de sobresaltarse ante sus ataques de ira. Después de todo, habíamos matado. Después de eso, ¿qué más había que temer?

Mi odio no se había centrado aún: la Gran Madre estaba clavada a la piedra y, al fin y al cabo, no podía ser culpada por la muerte de Tomas, pero la sentía moverse, observar como el ojo de una cámara de

agujero de alfiler, parpadeando en la oscuridad, tomando nota de todo, tomando nota. Al salir de su habitación después de otra noche sin dormir madre parecía pálida, gastada y desesperada. Sentía que mi odio se tensaba al verla, encogiéndose en un punto de entendimiento exquisito como un diamante negro.

Tú fuiste tú fuiste tú.

Ella me miraba como si me oyera.

– ¿Boise? -Su voz era temblorosa, vulnerable.

Me di la vuelta sintiendo el odio en mi corazón corno una pepita de hielo.

Detrás de mí, oí su afligido suspirar.

Capítulo 19

Luego vino lo del agua. El agua del pozo siempre era dulce y clara salvo cuando el tiempo había sido excepcionalmente seco. Aquella semana había empezado a tornarse marronácea como la turba y tenía un sabor extraño, algo amargo y chamuscado, como si las hojas muertas se hubiesen colado por el cilindro. No hicimos caso durante un día o dos pero iba empeorando. Incluso madre, cuya alucinación había concluido por fin, se dio cuenta.

– Tal vez haya entrado algo en el agua -sugirió.

La miramos con nuestra inexpresividad habitual.

– Iré a echar un vistazo -decidió.

Esperábamos que nos descubrieran con una expresión externa de estoicismo.

– No puede probar nada -dijo Cassis desesperado-. No puede saberlo.

Reine gimió.

– Lo sabrá, lo sabrá. Lo encontrará todo y lo sabrá…

Cassis se mordió los puños con ferocidad para evitar echarse a gritar.

– ¿Por qué no nos dijiste que había café en el paquete? -se lamentó-. ¿Es que no piensas?

Encogí los hombros. Sólo yo, de los tres, permanecía serena.

El descubrimiento no llegó a producirse. Madre regresó del pozo con un cubo lleno de hojas muertas y proclamó que el agua estaba limpia.

– Probablemente sea el sedimento a causa de la crecida del río -anunció, casi jovial-. Cuando baje el nivel, el agua volverá a ser clara. Ya lo veréis.

Luego volvió a poner la tapa del pozo y se puso la llave en el cinturón. No tuvimos oportunidad de volverlo a mirar.

– El paquete debe de haberse hundido hasta el fondo -resolvió Cassis al fin-. Era pesado, ¿no? No podría verlo a menos que el pozo se secase. -Todos sabíamos que había pocas probabilidades de que eso sucediese. Y para el próximo verano, el contenido del paquete habría quedado reducido a una masa blanda y espesa en el fondo del pozo-. Estamos a salvo -dijo Cassis.

Capítulo 20

Receta para crema de licor de frambuesa.

Lo reconocí al instante. Por un momento pensé que sólo se trataba de un montón de hojas. Lo saqué con un palo para limpiar el agua. Se limpian las frambuesas y se les quitan las púas. Se dejan en remojo con agua caliente durante una media hora. Luego vi que era un hato de ropas liadas con un cinturón. No tuve necesidad de registrarle los bolsillos para saberlo inmediatamente. Se cuela el agua de la fruta y se pone en un tarro grande hasta cubrir el fondo. Poner una gruesa capa de azúcar y se van alternando capas de fruta y de azúcar hasta llenar el tarro por la mitad. Al principio no podía pensar. Dije a los niños que había limpiado el pozo y me fui a mi habitación para estirarme. Eché el candado al pozo. No podía pensar con claridad. Se cubre la fruta y el azúcar con coñac, asegurándose de no alterar las capas y luego llenar de coñac el resto del tarro. Dejar reposar al menos unos dieciocho meses.

La letra es pulida y apretujada en los extraños jeroglíficos que madre suele emplear cuando quiere que sus palabras sean secretas. Casi puedo oír su voz mientras habla, la entonación ligeramente nasal, la frialdad de su terrible conclusión.

Debo de haberlo hecho yo. He tenido sueños violentos con mucha frecuencia y esta vez debo de haberlo hecho de verdad. Sus ropas en el pozo. Su identificación en el bolsillo. Debió de presentarse otra vez por aquí y yo le disparé, lo desnudé y lo maniaté y luego lo tiré al río. Casi puedo recordarlo pero no del todo, como si fuese un sueño. Hay muchas cosas que ahora me parecen sueños. No puedo decir que lo sienta. Después de lo que me hizo, de lo que hizo, de lo que dejó que le hicieran a Reine a mí a los niños a mí…

Llegados a este punto, las palabras son ilegibles, como si la estilográfica hubiese sido presa del terror y se hubiese lanzado a hacer garabatos desesperados por la página, pero vuelve a recobrar el control casi de inmediato.

… tengo que pensar en los niños. No creo que estén a salvo. Los estaba utilizando todo el tiempo, pensé que era a mí a quien quería pero estaba utilizando a los niños. Contentándome a mí para poderlos utilizar más. Esas cartas. Esas palabras malévolas… pero me hicieron abrir los ojos. ¿Qué hacían ellos en La Rép? ¿Qué más les tenía reservado? Quizá fuera bueno lo que le sucedió a Reine. Al fin le estropeó los planes. Las cosas acabaron por írsele de las manos. Alguien murió. Eso no entraba en sus planes. Esos otros alemanes nunca formaron parte del asunto. También los utilizaba a ellos. Para que cargaran con las culpas si era preciso. Y ahora mis hijos…

Más garabatos frenéticos

… ojalá pudiese acordarme. ¿Qué me ofreció esta vez por mi silencio? ¿Más pastillas? ¿Creería realmente que yo podría dormir sabiendo lo que había pagado por ellas? ¿O sonreiría y me acariciaría la cara de aquella forma especial como si nada hubiese cambiado entre nosotros? ¿Fue eso lo que desencadenó que lo hiciera?…

Las palabras son legibles pero trémulas, reprimidas por un enorme esfuerzo de voluntad

… siempre hay un precio. Aunque mis hijos no. Coged a cualquier otro. A cualquiera. Coged a todo el pueblo si queréis. Eso es lo que pienso para mis adentros cuando veo sus rostros en sueños. Que lo hice por mis hijos. Los mandaré con Juliette durante un tiempo. Acabaré aquí y los recogeré cuando la guerra haya terminado. Allí estarán a salvo. A salvo de mí. Los enviaré lejos a mis dulces Reine Cassis Boise sobre todo a mi pequeña Boise. ¿Qué otra cosa puedo hacer y cuándo acabará todo?…

Se interrumpe aquí; una receta escrita en tinta de color rojo para conejo guisado separa lo anterior del párrafo final que está escrito en un color y estilo diferentes, como si se hubiese tomado mucho tiempo para meditarlo.

… todo está arreglado. Los mandaré con Juliette. Estarán a salvo allí. Inventaré alguna historia para contentar a los chismosos. No puedo dejar la granja así como así, los árboles necesitan cuidados para el invierno. Belle Yolande da señales de hongos, tengo que decidir muchas cosas. Además estarán más seguros sin mí. Eso lo sé ahora.

No puedo ni siquiera empezar a imaginar cómo debía de sentirse. Miedo, remordimiento, desespero… y luego el terror de que al final se estuviera volviendo loca, que los delirios hubieran abierto la puerta de sus pesadillas al mundo real, amenazando todo lo que ella amaba… pero su tenacidad lo cortó de raíz. La terquedad que yo heredé de ella, el instinto por aferrarse a lo que era suyo aunque acabara matándola.

No, nunca me di cuenta de lo que tuvo que pasar. Yo tenía mis propias pesadillas. Pero, aun así, había empezado a oír rumores en el pueblo, rumores que eran cada vez más altos y amenazadores y que madre, como siempre, no negaba, ni siquiera parecía darse por enterada. Las pintadas en el gallinero habían desencadenado un goteo de rencor y sospecha que ahora, después de las ejecuciones en la iglesia, empezó a correr con mayor libertad. La gente tiene formas diferentes de expresar su pena, algunos lo hacen en silencio, otros con furia, otros aun con rencor. Raramente la pena hace salir lo mejor de las personas, a pesar de lo que los historiadores locales digan, y Les Laveuses no fue ninguna excepción. Chrétien y Murielle Dupré, después del breve silencio tras la conmoción causada por la muerte de sus dos hijos, se tiraron los trastos a la cabeza, ella hecha una arpía

cruel y él un palurdo, mirándose furtivamente en los bancos de la iglesia, ella con un nuevo morado en un ojo, con algo cercano al odio. El viejo Gaudin se encerró en sí mismo como una tortuga que se prepara para hibernar. Isabelle Ramondin, siempre una lengua maliciosa aun en los mejores tiempos, se hizo más artera y falsa, mirando a la gente desde sus ojos negro azulados, con la blanda barbilla temblándole llorosa. Sospecho que tal vez fuese ella quien empezó. O quizá fuese Claude Petit, que nunca habla dicho nada bueno de su hermana mientras estaba en vida pero que ahora parecía el vivo retrato del dolor fraternal. O Martin Truriand, quien pasaba a heredar el negocio de su padre ahora que su hermano estaba muerto… Parece que la muerte siempre hace salir a las ratas de los agujeros, y en Les Laveuses las ratas eran la envidia, la hipocresía, la falsa piedad y la codicia. Al cabo de tres días parecía que todo el mundo miraba con recelo a los demás; la gente se congregaba en grupos de dos en dos y de tres en tres para hablar en susurros y callarse en cuanto alguien se acercaba; algunos rompían a llorar con lágrimas inexplicables y al minuto siguiente le sacaban los ojos al vecino, y poco a poco, incluso yo me apercibí de que las conversaciones acalladas, las miradas de reojo, las imprecaciones susurradas se producían casi siempre cuando nosotros pasábamos por allí, cuando íbamos a correos para recoger las cartas, a la granja de Hourias a buscar leche o a la ferretería para comprar una caja de clavos de mampostería. Siempre las mismas miradas. Los mismos murmullos. En una ocasión fue una piedra lanzada contra mi madre por detrás del establo. Otra, puñados de tierra arrojados contra nuestra puerta después del toque de queda. Las mujeres nos giraban la cara sin saludarnos.

Más pintadas, esta vez en las paredes de nuestra casa. Puta De Nazis, rezaba una. Otra, en la pared del establo de las cabras decía: nuestros hermanos y hermanas han muerto por ti.

Pero madre los trataba a todos con un desprecio indiferente. Empezó a comprar la leche en Crécy cuando la granja de Hourias se quedó seca y echaba sus cartas al correo en Angers. Nadie le hablaba directamente, pero cuando Francine Crespin le escupió a sus pies una mañana de domingo de regreso de la iglesia madre le devolvió el escupitajo, justo en mitad de la cara de Francine, con una increíble rapidez y puntería.

En cuanto a nosotros, éramos despreciados. Paul todavía nos hablaba de vez en cuando, aunque no en presencia de otros. Los adultos parecían no vernos pero, de cuando en cuando, alguien como la demente Denise Lelac nos metía en el bolsillo una manzana o un trozo de pastel, murmurando con su voz cascada: «Tomadlo, tomadlo, por el amor de Dios, es una pena que niños como vosotros tengáis que

veros metidos en un asunto así», antes de apresurarse a seguir su camino, arrastrando la falda negra por el ácido polvo amarillento y con la cesta de la compra agarrada fuertemente entre sus dedos huesudos.

El lunes todo el mundo sabía que Mirabelle Dartigen había sido la puta de los alemanes y que por esa razón su familia no había sufrido el castigo. El martes algunas personas recordaron que nuestro padre había expresado simpatías por los alemanes. El miércoles por la noche, un grupo de borrachos -La Mauvaise Réputation había cerrado sus puertas hacía tiempo y la gente se había vuelto más amargada y violenta bebiendo en solitario- vinieron a proferir insultos a nuestra puerta y a lanzar piedras. Nos quedamos en la habitación con las luces apagadas, temblando y escuchando las voces medio familiares, hasta que madre salió para ponerle fin. Aquella noche se fueron pacíficamente. La noche siguiente se marcharon armando un alboroto. Después llegó el viernes.

Justo después de la cena los oímos llegar. Había hecho un día gris y húmedo, como si una vieja manta hubiese sido extendida por el cielo y la gente estaba encendida y quisquillosa. La noche traía un poco de alivio, dejando caer una niebla blanquecina por los campos, de modo que nuestra granja parecía una isla, con la niebla húmeda filtrándose por debajo de las puertas y alrededor de los marcos de las ventanas. Habíamos comido en silencio, como ya era costumbre, y con poco apetito, aunque recuerdo que madre había hecho un esfuerzo para preparar lo que más nos gustaba. Pan recién hecho con semillas de amapola esparcidas por encima, mantequilla fresca de Crécy, *rillettes*, lonchas de *andouillette* del cerdo del año anterior, trozos de *boudin* que chisporroteaban con su grasa y *crêpes* de trigo sarraceno tostadas en la sartén, tan crujientes y fragantes como las hojas otoñales en una bandeja. Madre, intentando por todos sus medios mostrarse animada, nos sirvió un vaso de sidra dulce de los *bolées* de barro. Pero ella no la probó. Recuerdo que sonrió continua y doloridamente durante toda la comida, lanzando a veces una risa falsa y aguda como un ladrido, aunque ninguno de nosotros hubiese dicho nada gracioso.

– He estado pensando -su voz era brillante y metálica-. Pensando que quizá necesitemos un cambio de aires. -La miramos con indiferencia. El olor a la grasa y la sidra era abrumador-. Estaba pensando en ir a visitar a *Tante* Juliette en Pierre-Buffière -prosiguió-. Os gustará aquello. Está en las montañas, en el Limousin. Hay cabras y marmotas y…

– También hay cabras aquí -le dije yo con voz lacónica.

Madre volvió a lanzar otra de esas frágiles e infelices carcajadas.

– Debería haberme imaginado que pondrías alguna objeción -dijo.

Nuestras miradas se cruzaron.

– Quieres que huyamos -le dije.

Por un momento simuló no entender.

– Sé que parece muy lejos -dijo con aquella alegría forzada-. Pero no lo está y *Tante* Juliette estará tan contenta de vernos a todos…

– Quieres que huyamos por lo que dice la gente -afirmé-. Eso de que eres una puta de nazis.

Madre se ruborizó.

– No deberías hacer caso a las habladurías -replicó en voz brusca-. No trae nada bueno.

– Oh, así que no es verdad, ¿no? -le pregunté simplemente para avergonzarla. Sabía que no lo era… no podía imaginarme que fuese cierto. Había visto putas antes. Las putas eran sonrosadas y rellenitas, suaves y hermosas, con ojos grandes e insípidos y las bocas pintadas como las actrices de cine de Reinette. Las putas se reían, daban gritos y llevaban zapatos de tacón alto y bolsos de piel. Madre era vieja, fea y amargada. Incluso cuando reía era fea.

– Pues claro que no. -Sus ojos me esquivaron.

– Entonces, ¿por qué tenemos que huir? -dije insistentemente.

Silencio. Y en el repentino silencio lo oímos, el primer murmullo bronco de voces afuera, el golpeteo de metales y los zapatazos, antes incluso de que la primera piedra golpeara los postigos. El sonido de Les Laveuses con todo su mezquino resentimiento y rabia vengativa, de personas que ya no eran personas -no había Gaudin, Lecoz o Truriand, ni Dupont o Ramondin- sino miembros de un ejército. Atisbando por la ventana vimos cómo se concentraban fuera de la entrada de nuestro jardín veinte, treinta o más, la mayoría hombres pero también algunas mujeres, algunos con lámparas y antorchas como en una procesión de la cosecha tardía, otros con los bolsillos llenos de piedras. Mientras observábamos y la luz de la cocina se desparramaba por el jardín alguien se volvió hacia la ventana y lanzó otra piedra que partió el viejo marco de madera y esparció vidrios por la habitación. Era Guilherm Ramondin, el hombre de la pata de palo. Apenas pude verle la cara en la luz rojiza y vacilante de las antorchas, pero sentí el peso de su odio incluso a través del cristal.

– ¡Zorra! -Su voz era apenas reconocible, espesada con algo más que la bebida-. ¡Sal de ahí, zorra, antes de que decidamos entrar a por ti!

Una especie de rugido coreó sus palabras, acompañado de fuertes pisadas, aclamaciones y una descarga de puñados de arena y terrones que salpicaron nuestras contraventanas entornadas.

Madre abrió un poco la ventana rota y gritó:

– ¡Vete a casa Guilherm, loco, antes de que te caigas en redondo y alguien tenga que llevarte a cuestas! -Risas y mofa de la multitud.

Guilherm blandió la muleta con la que se apoyaba.

– ¡Una respuesta valiente de una zorra alemana! -bramó. Su voz era ronca y sonaba a cerveza aunque las palabras apenas se distinguían-. ¿Quién les habló de Raphaël? ¿Quién les dijo lo de La Rép? ¿Fuiste tú, Mirabelle? ¿Les contaste a las SS que ellos habían matado a tu amante?

Madre abrió de un golpe la ventana.

– ¿Valiente? -Su voz era estridente y alta-. ¿Tú eres quien me habla de valentía, Guilherm Ramondin? ¡Lo bastante valiente como para ir a la casa de una mujer honesta y aterrorizar a sus hijos! ¡Lo bastante valiente como para volver a casa la primera semana de batalla mientras que a mi marido lo mataron!

Al oír esto Guilherm emitió un rugido de rabia. Detrás de él la multitud lo coreó en voz ronca. Otra descarga de piedras y tierra golpeó la ventana, haciendo que la tierra se desperdigara por el suelo de la cocina.

– ¡Zorra! -Ahora estaban forzando la entrada del jardín, sacándola de sus podridos goznes con facilidad. Nuestro viejo perro ladró una vez, dos y luego calló con un repentino quejido-. ¡No creas que no lo sabemos! ¡No creas que Raphaël no se lo contó a nadie! -Su voz triunfante y odiosa sobresalía entre el resto. En la encendida oscuridad debajo de la ventana vi sus ojos mientras reflejaban la luz del fuego como un mosaico de cristal roto-. ¡Sabemos que negociabas con ellos, Mirabelle! ¡Sabemos que Leibniz era tu amante!

Desde la ventana, madre arrojó un jarro de agua al primero que pilló.

– ¡Refrescaos! -gritó furiosa-. ¿Os pensáis que la gente sólo piensa en eso? ¿Os pensáis que todos estamos a vuestro nivel?

Pero Guilherm ya había franqueado la entrada y estaba aporreando la puerta sin inmutarse.

– ¡Sal de ahí, zorra! ¡Sabemos lo que has estado haciendo!

Veía la puerta temblar con el pestillo bajo la presión de sus golpes. Madre se volvió hacia nosotros encendida de rabia.

– ¡Coged vuestras cosas! ¡Coged la caja del dinero de debajo del fregadero! ¡Coged nuestros papeles!

– ¿Por qué…? Pero…

– ¡Cogedlo, os digo!

Salimos volando.

Al principio pensé que el «crac» -un ruido terrible que hizo temblar las tablas del suelo podridas- era el sonido de la puerta viniéndose abajo. Pero cuando volvimos a la cocina vimos que madre había arrastrado la vitrina hasta la puerta, rompiendo muchos de sus valiosos platos en el proceso y la estaba utilizando para hacer una barricada en la entrada. También había arrastrado la mesa hacia la

puerta, de manera que aunque la vitrina cediera nadie pudiera entrar. En una mano sujetaba la escopeta de mi padre.

– Cassis comprueba la puerta de atrás. No creo que hayan pensado en eso aún, pero nunca se sabe. Reine, quédate conmigo. Boise… -me miró de forma extraña por un instante, con los ojos negros, brillantes e indescifrables, pero fue incapaz de terminar la frase pues en aquel momento un peso terrible chocó contra la puerta abriendo una brecha en la parte derecha del marco, dejando al descubierto un pedazo del cielo nocturno. Los rostros encendidos por el fuego y la furia se asomaron, subidos a espaldas de sus compañeros. Una de las caras era la de Guilherm Ramondin. Su sonrisa era feroz.

– ¡No puedes esconderte en tu pequeña casa! -jadeó-. Vamos a sacarte… zorra. Vas a pagar por lo que… hiciste… a…

Incluso entonces, con la casa desmoronándose encima suyo, mi madre logró proferir una amarga risa.

– ¿A tu padre? -dijo en voz alta y desdeñosa-. ¿Tu padre, el mártir? ¿François? ¿El héroe? ¡No me hagas reír! -alzó la escopeta para que él pudiese verla-. Tu padre era un patético viejo borracho que se meaba en los pantalones día sí y día también cuando no estaba sobrio. Tu padre…

– ¡Mi padre era de la Resistencia! -La voz de Guilherm era aguda por la rabia-. ¿Por qué si no hubiese ido a casa de Raphaël? ¿Por qué si no lo cogieron los alemanes?

Madre volvió a reírse.

– ¡Oh!, conque de la Resistencia, ¿eh? Y el viejo Lecoz también supongo que era de la Resistencia ¿no? ¿Y la pobre Agnès? ¿Y Colette? -Por primera vez aquella noche, Guilherm no supo reaccionar. Madre dio un paso hacia la puerta rota con la escopeta levantada.

»No te digo todo esto porque sí, Ramondin -dijo-. Tu padre no era más de la Resistencia que yo soy Juana de Arco. Era un pobre y triste diablo, eso es todo, a quien le gustaba hablar demasiado y que no conseguía que se le empinase ni clavándole un alambre primero. Lo que sucedió fue que estaba en el lugar incorrecto a la hora incorrecta, como el resto de vosotros, idiotas de ahí fuera. ¡Ahora idos a casa! ¡Todos vosotros! -Disparó un tiro al aire-. ¡Todos! -rugió.

Pero Guilherm era tozudo. Se encogió cuando los trozos de madera pulverizada le rozaron la mejilla pero no se agachó.

– Alguien mató a ese boche -dijo en una voz más sobria-. Alguien lo ejecutó. ¿Quién si no la Resistencia? Y luego alguien los delató a las SS. Alguien del pueblo. ¿Quién si no tú, Mirabelle? ¿Quién?

Mi madre empezó a reír. En la luz de las llamas podía ver su rostro, alborotado y casi hermoso por la rabia. A su alrededor las ruinas de su cocina en pedazos y fragmentos. Su risa era terrible.

– ¿Quieres saberlo, Guilherm? -Había una nota nueva en su voz,

una nota casi de alegría-. No te irás a casa hasta que no lo sepas, ¿verdad? -volvió a disparar la escopeta al techo, haciendo que la argamasa cayera como plumas ensangrentadas a la luz del fuego-. ¿De verdad quieres enterarte de una jodida vez?

Lo vi estremecerse con las palabras más que con el disparo de la escopeta. En aquellos días era normal que los hombres dijeran palabrotas pero que las mujeres lo hiciesen… una mujer decente, al menos… era impensable. Comprendí que con sus propias palabras acababa de condenarse ella misma. Pero madre no parecía haber terminado.

– Voy a contarte la verdad, ¿eh, Ramondin? -dijo. Su voz estaba entrecortada por la risa (histeria, supongo), pero en aquel momento estaba convencida de que se lo estaba pasando bien-. Te diré cómo sucedió en realidad, ¿eh? -asintió alegremente-. Yo no tuve que acusar a nadie ante los alemanes, Ramondin. ¿Y sabes por qué? ¡Porque yo maté a Tomas Leibniz! ¡Lo maté! ¿No me crees? ¡Lo maté! -Oí cómo apretaba secamente el gatillo aunque los dos cañones estaban vacíos. Su sombra fluctuante en el suelo de la cocina era roja y blanca y gigantesca. Su voz se elevó hasta convertirse en un alarido-. ¿Te hace sentir eso mejor, Ramondin? ¡Yo lo maté! Sí que fui su puta, y no me arrepiento. ¡Yo lo maté y lo volvería a matar otra vez si tuviera que hacerlo! ¡Mil veces lo mataría! ¿Qué te parece eso? ¿Qué coño te parece eso?

Aún estaba gritando cuando la primera antorcha cayó en el suelo de la cocina. Aquella se apagó, aunque Reinette se echó a llorar tan pronto como vio las llamas, pero la segunda prendió en las cortinas y la tercera aterrizó en lo que quedaba de la vitrina. El rostro de Guilherm había desaparecido de la parte superior de la puerta, pero lo oía gritando órdenes afuera. Otra antorcha, un manojo de paja muy parecido al empleado para hacer el trono de la Reina de la Cosecha, fue a parar volando a lo alto de la vitrina y aterrizó ardiendo lentamente en el centro de la cocina. Madre seguía gritando fuera de sí:

– ¡Lo maté, cobardes! ¡Lo maté y me alegro de haberlo hecho y os mataré a vosotros, a todos los que se metan conmigo y con mis hijos!

Cassis intentó cogerla del brazo y ella lo tiró contra la pared.

– ¡La puerta de atrás! -le grité a Cassis-. ¡Tenemos que salir por la puerta de atrás!

– ¿Y qué hacemos si están esperando? -lloriqueó Reine.

– ¿Y qué? -le grité impaciente.

De pronto, los rumores y los silbidos se volvieron salvajes afuera. Cogí a mi madre por un brazo. Cassis la cogió por el otro. Juntos la arrastramos, todavía desvariando y riendo, hacia la parte de atrás de la casa. Naturalmente que estaban esperando, con sus rostros

encendidos a la luz del fuego. Guilherm nos cerró el paso, flanqueado por Lecoz el carnicero y Jean-Marie Hourias, con una expresión un tanto avergonzada pero con una sonrisa de hoz. Demasiado borracho quizá, o tal vez cauto, animándose para el acto de matar, como los niños cuando juegan a desafiarse mutuamente. Ya le habían prendido fuego al corral y al establo. El hedor a plumas quemadas casaba con el frío húmedo de la niebla.

– No vais a ningún sitio -dijo Guilherm agriamente. Detrás de nosotros la casa susurraba y parecía emitir una risa sofocada mientras era pasto de las llamas.

Madre le dio la vuelta a la vieja escopeta y con un gesto casi demasiado rápido para verla le propinó un golpe en el pecho con la culata. Guilherm se cayó. Por un instante quedó un hueco en el lugar donde él había estado y me escurrí por allí, por debajo de los codos, serpenteando entre una maleza de piernas, palos y horcas. Alguien me cogió de los pelos pero yo era escurridiza como una anguila en aceite y me escabullí entre la exaltada multitud. Me vi a mí misma empujada, sofocada entre la repentina oleada de cuerpos. Me abrí paso a empellones al aire y al espacio, apenas sintiendo los golpes que me caían encima. Eché a correr campo a través hacia la oscuridad, refugiándome en una hilera de frambuesos. En algún lugar detrás de mí me pareció oír la voz de mi madre, más allá del miedo ahora, furiosa y gritando. Parecía un animal defendiendo a sus crías.

El hedor a humo se hacía cada vez más fuerte. Enfrente de la casa algo se cayó con un ruido seco y sentí una suave bofetada de calor llegar hasta mí a través del campo. Alguien -creo que fue Reine-gritaba ahogadamente.

La muchedumbre era una cosa informe, toda odio. Su sombra se extendía hasta los frambuesos y más allá. Detrás, apenas llegué a tiempo de ver el lejano tejado de la casa desmoronarse en una rociada de fuegos artificiales. Una chimenea purpúrea de aire hipercalentado se elevó al cielo, lanzando espuma y petardos, graznando en el cielo gris como un géiser de llamas.

Una figura rompió de la multitud informe y corrió a través del campo. Reconocí a Cassis. Hizo una carrera hacia el maizal, creo que se dirigía al puesto de vigilancia. Un par de personas empezaron a seguirlo pero la granja en llamas tenía a la mayoría hipnotizada. Además, era a madre a quien querían. Podía distinguir sus palabras entre las gargantas gemelas de la multitud y el fuego. Gritaba nuestros nombres.

– ¡Cassis! ¡Reine-Claude! ¡Boise!

Me puse en pie detrás de los frambuesos, lista para echar a correr si alguien se acercaba. Poniéndome de puntillas pude vislumbrarla un instante. Parecía algo salido de un cuento de pescadores, cogida por

todas partes pero agitándose furiosamente, con el rostro encarnado y ennegrecido por el fuego, la sangre y el humo, un monstruo de las profundidades. También acerté a ver otras caras: Francine Crespin, su cara de santa con los ojos de cordero distorsionada en un grito de odio, el viejo Guilherm Ramondin como un ser de ultratumba. Ahora había miedo en el odio, el tipo de miedo supersticioso que sólo puede curarse mediante la destrucción y el asesinato. Les había costado algún tiempo prepararse, pero el tiempo de matar había llegado. Vi a Reinette escabullirse por uno de los flancos de la multitud hacia el maizal. Nadie intentó detenerla. Para entonces, a la mayoría les hubiera costado reconocer quién era, cegados como estaban por el ansia de sangre.

Madre cayó. Me imagino una mano alzada sobre los rostros crispados. Fue como algo sacado de los libros de Cassis: La plaga de los Zombis o El valle de los caníbales. Lo único que faltaba eran los tambores de la jungla. Pero la peor parte del horror era que conocía aquellos rostros que vislumbraba brevemente, gracias a Dios, en la oscuridad refulgente. Aquel era el padre de Paul. Aquella era Jeannette Crespin, que casi había sido la Reina de la Cosecha, apenas dieciséis años y con el rostro manchado de sangre. Incluso el padre Froment estaba ahí… aunque resultaba imposible discernir si estaba intentando poner orden o contribuir al caos. Palos y puños martilleaban la cabeza y la espalda de mi madre, ella enroscada en sí misma como un puño cerrado, como una mujer con un bebé en sus brazos, gritando aún desafíos, aunque apagados ahora por el peso caliente de la carne y el odio.

Entonces sonó el disparo.

Todos lo oímos, incluso, por encima del ruido; el graznido de un arma de grueso calibre, una escopeta de dos cañones quizá, o uno de los revólveres antiguos que se guardaban aún en los áticos de las granjas o debajo de las tablas del suelo en los pueblos de toda Francia. Fue un disparo a lo loco -aunque Guilherm Ramondin sintió que le chamuscaba la mejilla e inmediatamente vació su vejiga por el terror- y las cabezas se volvieron curiosas para ver de dónde procedía. Nadie lo sabía. Debajo de las manos, súbitamente paralizadas, mi madre empezó a arrastrarse, sangrando por una docena de lugares; le habían tirado tanto del pelo que tenía el cuero cabelludo con rodales totalmente pelados, le habían clavado un palo afilado a través de la mano, de forma que los dedos habían quedado irremediablemente extendidos.

El ruido del fuego -bíblico, apocalíptico- era ahora el único sonido. La gente aguardaba, recordando quizás el ruido del pelotón de ejecución frente a Saint Jêrome, temblando tal vez por sus propias intenciones sangrientas. Una voz llegó (desde el campo de maíz, tal

vez, o desde la casa incendiada, o incluso desde el mismísimo cielo), una voz masculina, retumbante y autoritaria, imposible de pasar por alto o desobedecer.

– ¡Dejadlos!

Mi madre seguía arrastrándose. La multitud incómoda se abrió en dos para dejarla pasar como el trigo con el viento.

– ¡Dejadlos! ¡Volved a casa!

La voz sonaba algo familiar, dijo la gente más tarde. Había una inflexión que reconocían pero que no podían identificar del todo. Alguien gritó presa de la histeria:

– ¡Es Philippe Hourias! -Pero Philippe estaba muerto.

Un escalofrío recorrió a la gente. Mi madre alcanzó el campo abierto, poniéndose en pie desafiante. Alguien se adelantó para detenerla y luego se lo pensó mejor. El padre Froment baló algo débil y bienintencionado. Un par de gritos airados vacilaron y se extinguieron en el silencio supersticioso. Cautelosamente, con insolencia, sin desviar el rostro de su mirada colectiva empecé a avanzar hacia mi madre. Me sentía arder la cara por el calor y mis ojos reflejaban la luz de las llamas. La tomé de la mano sana.

La amplia extensión del campo de maíz de Hourias se abría ante nosotras. Nos adentramos en ella sin una palabra. Nadie nos siguió.

Capítulo 21

Fui a casa de *Tante* Juliette con Reinette y Cassis. Madre siguió allí una semana, luego se marchó, quizá por culpabilidad o por miedo, ostensiblemente por su propia salud. Sólo volvimos a verla algunas veces después de aquello. Nos enteramos de que se había cambiado de nombre, adoptando de nuevo su apellido de soltera y se había trasladado a Bretaña. Los detalles posteriores eran vagos. Oí que se ganaba la vida en una panadería, haciendo algunas de sus viejas especialidades. La cocina siempre fue su primer amor. Nos quedamos con *Tante* Juliette, y nos independizamos tan pronto como pudimos: Reine intentó abrirse camino en el cine, por lo que había suspirado tanto tiempo, Cassis se escapó a París y yo a un matrimonio aburrido pero cómodo. Nos llegaron rumores de que la granja en Les Laveuses había sido sólo parcialmente engullida por el fuego, que los cobertizos estaban casi intactos y que, del edificio principal, sólo la parte de delante estaba completamente destruida. Podríamos haber regresado. Pero se había extendido el rumor de la matanza de Les Laveuses. La admisión de culpabilidad de madre -frente a tres docenas de testigos-, sus palabras: «Fui su puta, lo maté y no me arrepiento», así como los sentimientos que había expresado contra sus paisanos bastaron para condenarla. Se erigió un monumento a los diez mártires de la Gran Matanza y, más adelante, cuando aquellas cosas habían pasado a ser curiosidades para visitar en los ratos de ocio, cuando el dolor por la pérdida y el terror hubo menguado un poco, quedó claro que era poco probable que la hostilidad contra Mirabelle Dartigen y sus hijos disminuyera. Tenía que enfrentarme a la verdad; jamás regresaría a Les Laveuses. Nunca más. Y durante mucho tiempo ni siquiera me di cuenta de lo mucho que lo deseaba.

Capítulo 22

El café está hirviendo en la cocina. Su olor es amargamente nostálgico, un olor de hoja negra quemada con una nota de humo en el vapor. Lo tomo muy dulce, como las víctimas de un *shock*. Creo que empiezo a entender cómo se debió de sentir mi madre, la locura, la libertad de echarlo todo por la borda.

Todo el mundo se ha ido. La chica con la grabadora y su montaña de cintas. El fotógrafo. Incluso Pistache se ha ido a casa, por insistencia mía, aunque aún puedo sentir sus brazos estrechándome y el último roce de sus labios contra mi mejilla. Mi buena hija, descuidada durante tanto tiempo en favor de la mala. Pero la gente cambia. Al fin siento que puedo hablar con vosotras ahora, mi salvaje Noisette, mi dulce Pistache. Ahora puedo teneros en mis brazos sin ese sentimiento de ahogarme bajo sedimentos. La Gran Madre está muerta por fin; su maldición ha terminado. No ocurrirá ningún desastre si me atrevo a quereros.

Noisette contestó a mi llamada tarde aquella misma noche. Su voz era tensa y cauta como la mía; me la imagino apoyada como yo contra la superficie pulida del mostrador, con su rostro anguloso lleno de recelo. Hay poco calor en sus palabras, viniendo como vienen a través de fríos kilómetros y de años malgastados, pero a veces, cuando habla de su hija, me parece apreciar algo en su voz. Algo como un principio de suavidad. Y eso me llena de felicidad.

Se lo contaré cuando llegue el momento, creo; poco a poco, atrayéndola hacia mí. Al fin y al cabo me puedo permitir ser paciente; conozco la técnica. En cierto modo ella necesita la historia más que nadie: ciertamente más que el público, husmeando en los viejos escándalos, más incluso que Pistache. Pistache no guarda rencor. Acepta a las personas tal y como son, honestamente y con bondad. Pero Noisette necesita esta historia y su hija Peche también la necesita si no queremos que el espectro de la Gran Madre vuelva a levantar la cabeza algún día. Noisette también tiene sus propios demonios. Sólo espero que yo ya no sea uno de ellos.

La casa está extrañamente vacía ahora que todo el mundo se ha marchado, deshabitada. El viento levanta algunas hojas muertas sobre las tejas. Y, sin embargo, no me siento sola. Es absurdo imaginar que los fantasmas han permanecido en esta vieja casa. He vivido aquí tanto tiempo y jamás he sentido ni la menor vibración de una presencia, y no obstante hoy siento… Alguien aguarda detrás de las sombras, una presencia silenciosa, discreta y casi humilde, esperando…

– ¿Quién anda ahí? He preguntado que quién está ahí. -Mi voz es más brusca de lo que pretendía. Con un sonido metálico contra las paredes desnudas, el suelo embaldosado. Salió a la luz y de pronto sentí ganas de reír y de llorar ante su presencia.

– Huele a buen café -dijo con sus mansas maneras.

– Dios, Paul. ¿Cómo te las arreglas para andar con tanto sigilo?

Sonrió.

– Pensé que tú… pensé que… -balbuceé.

– Piensas demasiado -dijo sencillamente Paul moviéndose hacia la cocina. El rostro parecía dorado en la tenue luz de la lámpara; su bigote lacio le daba una expresión lúgubre traicionada por el raudo destello en sus ojos.

Intenté recordar cuánto había llegado a oír de mi historia. Sentado en las sombras de aquel modo me había olvidado de que estaba allí.

– También hablas demasiado -dijo no sin amabilidad, sirviéndose una taza de café-. Pensé que te ibas a pasar toda la semana hablando tal y como ibas. -Me dirigió una sonrisa fugaz y maliciosa.

– Necesitaba que lo entendieran -empecé con dificultad-. Y Pistache…

– La gente entiende más de lo que tú te crees. -Dio un paso hacia mí y me puso la mano en la cara. Olía a café y a tabaco rancio-. ¿Por qué te ocultaste durante tanto tiempo? ¿Qué pretendías con ello?

– Había… cosas… que no podía soportar contar -titubeé-. Ni a ti ni a nadie. Cosas que creí que harían que el mundo entero se viniera abajo a mi alrededor. Tú no lo entiendes… nunca has hecho nada…

Se echó a reír, un sonido dulce y sencillo.

– ¡Oh, Framboise! ¿Es eso lo que crees? ¿Que no sé lo que significa guardar un secreto? -Me cogió la mano sucia entre las suyas-. ¿Que soy demasiado estúpido incluso para tener un secreto?

– Eso no es lo que pensé… -empecé. Pero lo era. Que Dios me perdone, lo era.

– Crees que el peso del mundo recae sólo sobre tus espaldas -dijo Paul-. Pues bien, escucha esto. -Volvió a pasar al dialecto y en algunas palabras me pareció oír un temblor de su tartamudeo de la infancia. La combinación hizo que me pareciera muy joven-. Aquellas cartas anónimas… ¿te acuerdas de aquellas cartas, Boise? ¿Las de la mala ortografía? ¿Y las pintadas en la puerta del granero?

Asentí.

– ¿Recuerdas cómo las es-escondía en cuanto entrabais en la casa? ¿Recuerdas cómo podías adivinar que había recibido una por aquella mirada en su rostro, la forma de andar pisando fuerte, su aspecto asustado… y enfadado… y de cómo la odiabas especialmente aquellos días, la odiabas tanto que podrías haberla matado tú misma?

Asentí.

– Fui yo -dijo Paul sencillamente-. Yo las escribí, todas y cada una. Apuesto a que ni siquiera sabías que sabía escribir, ¿eh? Y bastante mal trabajo que hice para todo el tiempo que me llevó escribirlas. Para vengarme. Porque me había llamado cretino aquel día delante de ti… y de Cassis y de Reine-C-C-C… -Frunció la expresión con una repentina frustración, sonrojándose furiosamente.

– Entiendo.

Por supuesto. Como todos los acertijos, claro como la luz de las estrellas cuando sabes la respuesta. Recuerdo la mirada en su rostro cada vez que Reinette estaba cerca, la forma en que se ruborizaba, tartamudeaba y se quedaba en silencio, a pesar de que cuando estaba conmigo su voz fuese casi normal. Recuerdo la mirada de odio profundo y llano en sus ojos aquel día -«¡habla bien, cretino!»- y el misterioso lamento de dolor y furia que cruzó los campos tras de él. Recuerdo la forma en que a veces miraba los libros de cómics de Cassis con una expresión de fiera concentración: Paul, todos lo sabíamos, no podía leer ni una palabra. Recuerdo la mirada de valoración en su rostro cuando di los trozos de la naranja, la extraña sensación en el río de que a veces me sentía observada… incluso aquella última vez, aquel último día con Tomas… incluso entonces, Dios, incluso entonces.

– Jamás tuve intención de que llegara tan lejos. Quería que se arrepintiese. Pero nunca quise que pasara lo otro. Se me fue de las manos. Como suele pasar con estas cosas. Como un pez demasiado grande, se te lleva por delante el sedal. Pero intenté rectificar. Al final lo intenté.

Me lo quedé mirando.

– ¡Dios mío Paul! -estaba demasiado sorprendida incluso para sentirme enfadada, suponiendo que aún tuviese capacidad en mí para enfadarme-. Fuiste tú, ¿no es cierto? Tú, con la escopeta aquella noche en la granja. Tú, escondido en el campo.

Paul asintió. No podía dejar de mirarlo, de verlo, quizá, por primera vez.

– ¿Tú lo sabías? ¿Todo este tiempo tú lo sabías todo?

Encogió los hombros.

– Todos pensabais que era un poco bobo -dijo sin amargura-. Os pensabais que podíais hacerlo delante de mis narices y que no iba a enterarme… -Me dirigió su sonrisa dulce y triste-. Supongo que ahora ya está. Entre tú y yo. Supongo que todo ha acabado.

Intenté pensar con claridad pero los hechos se negaban a permanecer en su lugar. Durante muchos años pensé que fue Guilherm Ramondin quien lo empezó -Guilherm quien mandaba la noche del fuego- o quizá Raphaël, o una de las familias… y oír ahora que fue

Paul, mi dulce y lento Paul, con apenas doce años y abierto como un cielo de verano… Lo empezó y también lo acabó, con la simetría firme e inevitable del paso de las estaciones. Cuando por fin pude hablar fue para decir algo totalmente distinto, algo que nos sorprendió a los dos.

– ¿La amabas mucho? -Mi hermana con los pómulos altos y los rizos satinados. Mi hermana, la Reina de la Cosecha, con carmín en los labios y coronada de bayas, con una espiga de trigo en una mano y una cesta de manzanas bajo el brazo. Así la recordaré siempre, ¿sabéis? Esa imagen vivida y perfecta en mi mente. Sentí una repentina punzada de celos en el corazón.

– Probablemente lo mismo que tú lo amabas a él -dijo Paul con calma-. Como tú amabas a Leibniz.

¡Qué par de tontos éramos de niños! ¡Qué par de tontos crueles e ilusionados! Me pasé la vida soñando con Tomas, durante mis días de casada en Bretaña, durante toda mi viudez, soñando con un hombre como Tomas, con su risa desenfadada y los ojos del color intenso del río, el Tomas de mis deseos -«tú, Tomas, sólo tú para siempre»-. La maldición de la Gran Madre cumplida de forma terrible.

– Me llevó algún tiempo -dijo Paul-. Pero lo superé. Lo dejé pasar. Es como nadar a contra corriente. Te agota. Al cabo de un tiempo, no importa quién seas, tienes que dejarte llevar y el río te trae de vuelta a casa.

– A casa. -Mi voz sonaba extraña a mis oídos. Sus manos sobre las mías eran ásperas y cálidas como el pelo de un perro viejo.

Tengo una imagen de lo más extraña de los dos juntos, allí de pie en la luz mortecina, como Hansel y Gretel que se han vuelto viejos y grises en la casa de la bruja y que finalmente cierran la puerta de jengibre tras de sí.

«Déjate ir y el río te trae de vuelta a casa.» Parecía tan fácil…

– Hemos esperado mucho tiempo, Boise.

– Demasiado, quizás -dije volviendo el rostro.

– No lo creo.

Di un largo suspiro. Había llegado el momento. Tenía que explicarle que todo había acabado, que la mentira entre los dos era demasiado vieja para ser borrada, demasiado grande para ser franqueada, que nosotros éramos demasiado viejos, por el amor de Dios, que era ridículo, que era imposible, que además, además…

Entonces me besó en los labios, no el beso tímido de un anciano sino algo completamente distinto, algo que me dejó perpleja, indignada y extrañamente esperanzada. Sus ojos resplandecieron mientras se sacaba lentamente algo del bolsillo, algo que lanzó destellos rojos y amarillos a la luz de la lámpara…

Una guirnalda de manzanas silvestres.

Lo miré mientras me pasaba dulcemente el collar por la cabeza.

La fruta lustrosa, redonda y reluciente descansaba en mi pecho.

– La Reina de la Cosecha -susurró Paul-. Framboise Dartigen. Sólo tú.

Olía el aroma bueno y ácido de la pequeña fruta contra mi piel tibia.

– Soy demasiado vieja -dije temblando-. Es demasiado tarde.

Me besó de nuevo, en la sien y en la comisura de los labios. Entonces, del bolsillo se sacó una trenza de paja amarillenta que me puso en la frente como una corona.

– Nunca es tarde para volver a casa -dijo y me atrajo dulcemente, insistentemente hacia él-. Lo único que tienes que hacer… es dejar de nadar en contra.

La resistencia es como nadar a contracorriente, agotador y sin sentido. Recliné el rostro en el hueco de sus hombros como si fuera una almohada. Alrededor de mi cuello, las manzanas silvestres despedían el aroma intenso y jugoso, como los octubres de nuestra niñez.

Brindamos por nuestra vuelta a casa con café solo bien dulce, *croissants* y la confitura de tomates verdes según la receta de mi madre.

Joanne Harris

Inglaterra (Yorkshire, 1964)

Joanne Michèle Sylvie Harris, Joanne Harris, de madre francesa y padre inglés, se ha sentido siempre parte de dos culturas. Estudió en St. Catherine's College de Cambridge. Durante su solitaria niñez aprendió a dejar escapar su imaginación a través de los libros y de las historias que inventaba. Tras infructuosos intentos de triunfar como bajista de jazz y contable, decidió seguir la tradición familiar -su padre, su madre y su abuelo eran profesores- y dedicarse a la enseñanza.

Invierte buena parte de su tiempo libre en escribir y jugar con su pequeña hija Anouchka. Su novela, *Chocolate*, se convirtió en un fenómeno literario internacional y consiguió fama mundial cuando fue llevada al cine, dirigiada por Lasse Hallstrom con Juliette Binoche como protagonista.

***